

JUEGO CEREBRAL II
EL REGRESO
DE JAKE



JOSÉ MIGUEL VÁSQUEZ GONZÁLEZ

José Miguel Vásquez González

Juego Cerebral II
El regreso de Jake

Editado por Fabiola Isaac

Copyright © 2019 José Miguel Vásquez González

Todos los derechos reservados.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son bien producto de la imaginación del autor o son usados de una forma ficticia. Cualquier parecido con eventos, o personas, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Prólogo

El Regreso de Jake es la segunda entrega de la trilogía Juego Cerebral. Para refrescar un poco la memoria, así como para aquellos que aún no han leído la primera parte, La Cofradía del Conejo, se presenta un breve resumen de la obra:

Peter Mark-Hodges está comenzando a tener éxito como escritor cuando le diagnostican un tumor cerebral inoperable. Vive en Pasadena, California, junto a su hijo Jake, a quien prácticamente ha criado solo luego de abandonar a su esposa Christine, a quien descubrió siéndole infiel.

Peter, desesperado, ya que es todo para Jake, convence a los doctores de que le operen, aún sabiendo que las posibilidades son ínfimas. Contra todo pronóstico, la operación es un éxito, aunque el escritor cae en un Coma de segundo grado. Christine, a quien Jake tenía años sin ver, aparece en el hospital, cuando Mike Romero, compañero de la universidad y mejor amigo de Mark-Hodges, le avisa del estado de su ex-esposo.

Lo que ninguno sabe es lo que se está incubando en el cerebro de Peter.

Jake, un estudiante brillante, es frecuentemente molestado por Griffin, el mayor bully de su escuela. Peter, antes de la operación, temiendo lo peor, escribe un libro para su hijo, el cual confía a Mike para que se lo entregue en caso de que no supere la intervención. La historia, de la cual el niño es el protagonista, recorre veinticinco años de su vida, convirtiéndole en una especie de héroe. Peter incluye una escena donde Griffin cae por las escaleras, fracturándose dos huesos.

Cuando Peter sale del Coma, su hijo le cuenta que en la escuela, el niño Griffin cayó por las escaleras y se fracturó los mismos dos huesos que había narrado el escritor en la historia, lo que le aterroriza. Tras una segunda prueba, luego de escribir algo y tras tener un sueño extraño donde entra en un mundo onírico poblado por animales parlantes, lo que escribió vuelve a hacerse realidad.

Le confía a su amigo Mike lo que está ocurriendo y para probarlo, escribe un párrafo donde altera el resultado de un juego de béisbol. Para sorpresa de ambos, a la mañana siguiente, luego de una nueva sesión en el mundo donde a quien llaman “El Gran Conejo Azul” parece llevar la voz cantante, el resultado se ha modificado, incluso aparece tal y como lo escribió en los medios noticiosos, incluyendo los impresos. Peter teme escribir.

Va junto a Romero a ver a los doctores Harris y Matthew, los dos eminentes neurocirujanos que le operaron. Los doctores comprueban que, a pesar de que su actividad cerebral está alterada, no hay rastros del tumor. Cuando les relata lo que está ocurriendo, tiene que mostrarles, a través de otro experimento, que lo que dice es cierto, ya que no creen que sea posible.

Peter sabe que la mayor ilusión de Jake es que sus padres vuelvan a estar juntos. Él también extraña a Christine, pero no logra perdonarle lo que le hizo. Decide reescribir su historia de forma que la infidelidad quede fuera de la ecuación, pero al hacerlo, olvida un pequeño detalle: su hijo Jake.

A la mañana siguiente, luego de las burlas del Conejo, quien ya es habitual en sus sueños, descubre que todo ha vuelto a la normalidad como justo antes del divorcio: Christine está con él y parece que el incidente nunca ocurrió. El problema es que ahora no tienen hijos.

El Dr. Harris, en su interés por utilizar el descubrimiento para algo positivo, contacta, luego de presentar una ponencia en Londres al Dr. Ulv Abrahamsen, eminente neurocirujano sueco, a

quien pone al tanto de lo ocurrido con Peter.

Mientras tanto, el doctor Matthew, un ludópata descontrolado con una enorme deuda de juego, le cuenta a Marcus Blackman, ex-agente de la CIA y compañero de juerga en el casino, el extraño caso del escritor, información que el doctor sabe que puede valer mucho dinero en el mercado, lo que podría solucionar sus problemas. Blackman se ofrece a ayudarlo, para lo que contacta a Lev Richardson, otro agente, quien le pone en contacto con Johannessen, cuya línea de investigación radica en la posibilidad de usar el cerebro humano como arma. Este envía al agente Mommadaty a seguir a Blackman, quien se da cuenta tarde de que ha puesto en peligro la vida del doctor. Cuando trata de advertirle, descubre que le han capturado para sacarle información, lo que llevará a su muerte.

Peter recibe a medianoche un mensaje en su teléfono, proveniente del teléfono de Matthew, donde le dice que sabe cómo recuperar a Jake. Sin pensarlo, el escritor va al encuentro del médico, y es secuestrado.

Christine, quien no tiene idea de que alguna vez tuvo un hijo, nerviosa ante la desaparición de su marido, contacta a Mike, quien sí lo sabe. Ambos emprenden la búsqueda de Mark-Hodges.

Peter es llevado a un lugar donde se encuentra un científico a quien apoda como Herman, por su parecido con el protagonista de la familia Monster, junto al doctor Harris, quien también ha sido secuestrado y al sueco Abrahamsen. Las intención de los hombres es utilizar el poder de Peter, a quien solo le importa recuperar a su hijo.

Peter se ha convertido en un arma muy peligrosa y varios grupos compiten por hacerse con su poder. Mike y Christine siguen la pista del escritor, pero de inmediato son detectados por uno de dichos grupos, convirtiéndose en objetivo. Sospechan que la cosa es más grande de lo que imaginan, pues hasta la policía les persigue. Luego de burlarlos con un poco de suerte, escapan y en su desesperación suben al vehículo de un extraño que les ofrece ayuda.

El Gran Conejo Azul decide que es momento de visitar la Tierra para tratar de poner orden.

Rafael, quien en sus dieciséis años de solitaria existencia jamás había tenido que ocuparse de nadie, pues había nacido solo y estaba convencido de que moriría solo —era la ley de la gente de la calle— estaba muy preocupado. Pensaba que el destino le estaba jugando una mala pasada.

Tres días atrás se había tropezado con el chico, el cual se encontraba inconsciente desde entonces y aunque no tenía el más mínimo conocimiento acerca de salud, estaba seguro de que ardía en fiebre. En cualquier otra ocasión hubiera seguido de largo, ya que la calle le había enseñado a ocuparse —aunque a duras penas— de sus propios asuntos. Pero algo que no podía describir, mucho menos entender, le había hecho regresar al lugar en el cual había visto al joven.

Cuando se crece en la calle, sobre todo en la calle de un país sin ley, de los que abundan en el tercer mundo, una de las primeras cosas que aprenden quienes sufren tan desafortunada suerte, es a nunca ser blandos, ya que esto los colocaría en desventaja con respecto a los otros sobrevivientes: sería un error pensar que viven, cuando en realidad pululan, sin saber si cada despertar será el último.

Sin tiempo para la compasión, no les queda más que voltear la cara cuando ven algo que saben que no está bien. Rafael, quien había logrado tomar ventaja sobre tres jóvenes que lo perseguían, quizás para tratar de quitarle un dinero que no tenía, se introdujo en un callejón sin salida debido a su desconocimiento de la zona, con la suerte de que los tres malhechores pasaron de largo.

Bien entrada la noche, Rafael en su nerviosismo no dejaba de voltear hacia atrás, convencido de que en cualquier momento sus perseguidores se devolverían y lograrían arrinconarlo. Tropezó con un bulto en el suelo que le hizo trastabillar y caer al inmundo pavimento. Al hacer uso de sus manos para tratar de incorporarse, una de ellas se hundió sobre algo blando y caliente.

Al principio pensó que se trataba de una rata u otro animal, ya que la escasa luz no le permitía ver nada. Temeroso, exploró el cuerpo con cuidado, sin encontrarle forma al principio, hasta caer en cuenta de que se trataba de un ser humano.

Haciendo uso de su encendedor, descubrió que se trataba de un joven, quizás algo menor que él. *Está muerto*, fue su primer pensamiento, al tiempo que se levantaba y se disponía a huir, ya que lo último que necesitaba era verse involucrado en un crimen. Muy nervioso, echó mano del último segmento del porro que llevaba en el bolsillo y lo encendió con manos temblorosas, buscando coraje donde no lo había.

Ese cuerpo está demasiado caliente. Imposible que esté muerto. Y no es que hubiese tenido mucho contacto con cadáveres, pero recordó cuando una mañana encontró a su hermano menor sin vida, alcanzado por una bala perdida en el medio de la noche; estaba frío y a pesar de que ocurrió al menos ocho años atrás, nunca olvidaría la sensación al tocar su cuerpo inerte. El psicotrópico había cumplido su parte del contrato y se sentía más tranquilo, como si el mundo girase en un tiovivo de colores intensos.

Pero enseguida la paranoia se apoderó de él, por lo que se alejó del bulto tan rápido como se lo permitieron sus piernas, sin dejar de volver la cabeza esperando una reacción del chico. Al

llegar a la entrada de la callejuela, luego de mirar en ambas direcciones para percatarse de que no surgiese otro peligro y tras echar una última mirada hacia atrás, con la cual solo logró percibir la sinuosa forma en el piso, echó a correr como si en ello le fuera la vida.

La primera clase del Boeing 767 contaba, como era de esperarse, con todas las comodidades para hacer placentero (o al menos soportable) el largo vuelo desde el aeropuerto de *Schipol*, en Amsterdam al *Hartsfield* en Atlanta. Sin embargo, Jones no encontraba una posición cómoda, luego de haber volado siete horas desde Abu Dhabi hasta Amsterdam y esperado una hora y cuarto para abordar este vuelo.

Su naturaleza inquieta, sumada al hecho de que era apenas la segunda vez en su larga existencia que tomaba forma humana, hacían que Waxa, como era conocido en su mundo, o el Gran Conejo Azul como le llamaban sus acólitos por cariño, estuviese desesperado y no viese la hora de bajarse de aquel infernal aparato.

Cuando se pasó la mano por la cara por enésima vez, como quien quiere acariciarse los bigotes, intranquilo, la aeromoza se acercó de nuevo a su asiento.

—¿Necesita algo, señor McPherson? —preguntó la joven, con el característico trato dulzón que reciben los pasajeros de primera clase. Waxa levantó la cabeza, lo que le permitió saborear el sex—appeal de la muchacha, viendo su propia lujuria reflejada en las pupilas de la joven. Varias respuestas se le vinieron a la mente, pero se controló recordando que no había sido enviado a La Tierra para dar rienda suelta a sus necesidades, sino por motivos más importantes.

Mucho más importantes.

Sin embargo, su naturaleza animal no era fácil de doblegar. Waxa conocía bien las costumbres de los humanos, no por haberlas experimentado en carne propia, sino porque los había observado con interés desde tiempos inmemorables. Una sonrisa le iluminó el rostro cuando se abrió la puerta del baño, localizado a un costado de su asiento. Luego de volver a evaluar a la azafata, se fijó en la rubia del 2B, pues no había dejado de notar sus bondades físicas cuando se dirigía a su asiento.

Sí, la rubia era mejor opción. *O ambas*, pensó. Ya tendría tiempo para sus escauceos, pero primero lo primero. Otra azafata le entregó el menú y Waxa ahogó sus ganas en los exquisitos platillos. Mientras devoraba la comida, observó en varias oportunidades como 2B le miraba de reojo, lo cual no hizo más que acelerar la urgencia de su carne.

El traje que le había preparado Athan, aunque muy fino y realizado completamente a su medida, le estorbaba. No estaba acostumbrado a llevar los ropajes de los humanos, sobre todo por la ridícula cantidad de capas que aquello implicaba, incluida la corbata. Lo suyo eran los trajes festoneados, y eso cuando la ocasión así lo exigía. Prefería andar tal cual había llegado al mundo, lo que le daba agilidad y facilidad de movimiento. No es que pretendiese saltar —y no porque no pudiese— con aquel traje, pero un poco de holgura le vendría bien.

Todo había sido preparado para su llegada; aunque nunca se imaginó que tendría que recurrir al extremo de presentarse en persona, en definitiva, su gente sabía cómo hacer las cosas. Su amigo le había entregado un pasaporte, acreditándolo como Jones McPherson, ciudadano americano de veintiséis años, así como una licencia de conducir del estado de Virginia, donde se suponía que se encontraba su residencia junto a las correspondientes tarjetas de crédito, todo colocado en una elegante cartera de cuero naranja, junto a un maletín a juego con una buena suma de dinero en efectivo, lo que daba a Waxa un aire de próspero ejecutivo.

Una vez concluida la comida, aunque se encontraba preocupado por lo que tendría que

resolver a su llegada a los Estados Unidos de América, se dijo a sí mismo que era poco lo que podía hacer mientras se encontrase dentro de aquel pájaro, por lo que decidió satisfacer una curiosidad que le había carcomido desde hacía mucho tiempo: el placer carnal tal cual lo experimentan los humanos, muy diferente, o al menos así lo parecía, a lo que estaba acostumbrado.

Su viaje anterior había sido rápido y accidentado. En compañía de uno de sus maestros, quien se encargó de contenerlo, no tuvo la oportunidad de explorar lo que sería el sexo con un espécimen de la raza humana. Sonrió a 2B, quien le devolvió el gesto y de inmediato, en un movimiento quizás un poco más rápido del que pudiese ejecutar cualquier hombre, ocupó el 2A. La chica, acariciándose un mechón de pelo, le dedicó una sonrisa insinuante.

Mike y Christine se encontraban ante un gran dilema.

Tras ser interceptados por Mike Hancock, pensando en un principio que era su fin y luego su salvación, no les quedó más remedio que subir al auto de aquel hombre de aspecto corpulento bañado en *piercings*, quien amistosamente les brindó la oportunidad de alejarlos de la cacería de brujas que se cernía sobre ellos.

Todo ocurrió tan rápido que Mike, sin pensar en las consecuencias que aquello les podía acarrear y a sabiendas de que siempre (o al menos eso creía hasta entonces) sería mejor enfrentarse a un civil que a todo un ejército de la policía, aceptó con gusto el ofrecimiento de su tocayo Hancock de sacarles de allí.

Ya por su mente había cruzado el temor de que el individuo fuese un perverso, pero a medida que el vehículo comenzó a culebrear entre el laberinto de calles, que sin duda conocía a la perfección, nuevas ideas comenzaron a perturbar su mente. *¿Quién ofrece llevar a un par de extraños en medio de la noche y en un lugar tan peligroso? Sólo un loco o un perverso.* Pero no había mucho que pudiera hacer por el momento. Tenían que salir de allí, no sólo por su pellejo, sino por el de Peter.

Lo que realmente le preocupó fue pensar que el hombre, Mike, si es que ese era su nombre real, pudiese estar directamente involucrado en la red que se cernía sobre Peter, de la cual, él y Christine eran piezas fundamentales.

Piezas intercambiables. Eso fue lo que disparó el terror en su mente.

Conocía muy bien a Peter, no dudaba siquiera un ápice de su integridad, y estaba seguro de que quienes le habían capturado iban a querer que hiciera cosas malas, muy malas; sabía que Peter no accedería a ello bajo ninguna circunstancia. Ellos dos, junto con el desaparecido Jake, eran los eslabones débiles de la cadena. Y para muestra bastaba un botón. Lo habían logrado atraer con la sola mención del nombre de su hijo como quien rapta niños ofreciéndole caramelos. Cualquier persona podría haberse dado cuenta de que un mensaje como el recibido por Peter a altas horas de la madrugada debía producir, cuando menos una fuerte sospecha.

Por otro lado, solo los doctores sabían acerca de la desaparición del niño, lo cual de cierta forma excusaba al escritor de haber caído en una trampa tan elemental. En realidad no podía juzgarlo, quizás él hubiese hecho lo mismo de estar en idéntica situación. Todo esto daba vueltas en la cabeza de Mike mientras el hombre conducía el vehículo sin toparse con ningún otro, alejándolos, de manera lenta pero segura de la vorágine cuyo epicentro era el hotel donde se habían alojado.

Era cuestión de tiempo que más patrullas se sumasen a la búsqueda y su aspecto ya sería del pleno conocimiento de todos los oficiales, por lo que los disfraces que al principio habían sido una gran idea, se convertían en su mayor lastre. Tendría que buscar la manera de deshacerse de

ellos, pero para eso tenía que deshacerse primero de Mike Hancock.

Sumido en estas cavilaciones mientras continuaban su tortuoso avance por calles en penumbras y muy poco transitadas, seguía intentando dar con algo que les ayudase a salir del atolladero en que se encontraban. Lo único que podía hacer por los momentos era indagar acerca de las intenciones del hombre que conducía, quien podría convertirse en su mejor aliado o en su más oscura pesadilla. Un gato negro le miró desde un árbol, haciendo brillar sus ojos demoníacos en un ámbar que presagiaba problemas.

—¿A qué te dedicas, Mike?

El hombre se encogió de hombros sin apartar la vista de la vía.

—Tú sabes... algo aquí, algo allá...

—¿Eres del vecindario? —quería saber cómo alguien que conociese cada vericuetos a la perfección, podía haberles preguntado por una dirección. Más bien, tras la pregunta capciosa esperaba que el hombre mostrase alguna de sus cartas.

—Nacido y criado en Poughkeepsie, pero la vida me trajo a la ciudad —replicó, todavía sin voltearse a mirarlo.

—Se nota que conoces muy bien estas calles.

Por primera vez el hombre lo miró, y Mike vio algo en su mirada que no le gustó. No le gustó para nada.

—He tenido que realizar algunos encargos en la zona —contestó el hombre, al tiempo que en la siguiente transversal un vehículo atravesaba la esquina a baja velocidad. Cuando estaba a medio cruzar, se iluminó su coctelera y se activó la sirena que emitió su penetrante ulular. Mike se quedó impávido mientras Christine se incorporaba en el asiento trasero.

Mike observó como la expresión del rostro de su tocayo mutaba desde la seguridad que había exhibido desde que subieron al vehículo hasta convertirse en una máscara de terror, al tiempo que daba un brusco giro a la izquierda y entraba en una calle en el sentido equivocado.

No había podido dejar de pensar en el chico. En su naturaleza estaba vivir el momento, procurarse lo que pudiese para ir llevando, un pedazo de pan acá, algunos restos abandonados en la basura, allá. Incluso, cuando el hambre apretaba y no lograba poner sus manos sobre algo, hurtar cualquier migaja siempre le había salvado.

Rafael vivía bajo la ley de la calle, y entendía perfectamente que aquello significaba poner atención a su propia supervivencia. Se molestó consigo mismo cuando el pensamiento del chico le volvió a atormentar. Había tenido que ver muchos niños abandonados a su propia suerte, y siempre había tenido que ignorarlos en pro de sus propios asuntos. *Pero ese chico...*, el terco pensamiento no le abandonaba, repitiéndose una y otra vez como quien no se puede sacarse una canción de la mente.

Trató de deducir que era lo que le hacía especial dentro de aquella jungla de concreto en la que malvivía, pero no conseguía un argumento medianamente aceptable. Podría ser el recuerdo de su hermano a quien una bala le había truncado el futuro, pero estaba seguro de que no era eso. Una fuerza mayor le decía que no podía ser indolente a su sufrimiento, que de alguna forma debía ayudarlo; aunque no había podido observarlo con detalle, se veía a las claras que el chico no vivía por allí y que no era, como él mismo, un chico de la calle, presto a afrontar cualquier situación.

Para Rafael estaba claro que dejarlo allí tirado sería, en el mejor escenario, sentenciarlo a que muriese de la fiebre que emanaba de su cuerpo, pero lo más seguro era que alguien lo descubriese

allí tirado, en cuyo caso no contaría con la suerte de una muerte digna. Cualquier predador de los que pululan en la noche lo encontraría y no sólo lo violaría y lo convertiría en su propio esclavo sexual o en mula de drogas... había demasiadas posibilidades para el chico que no quería ni imaginar.

Tal vez haber sufrido todo eso, y más, era lo que le impulsaba a querer regresar. Casi toda su vida la había pasado en la calle, la muerte de su hermano lo había llevado a tomar la decisión de salir a buscarse un futuro. Al menos de la forma que puede decidir un niño de ocho años con una madre que conseguía el poco dinero que tenía, prostituyéndose en la misma casa en que vivían sus dos hijos, y digamos casa para dignificarla, ya que se trataba de una armazón con techo de zinc y delgados bloques formando paredes que les permitían escuchar los gemidos de placer (que aunque fuese fingido, a los oídos de dos pequeños sonaban como latigazos al alma) que profería su madre al trabajar.

Había retardado la decisión de irse por proteger a su hermano, responsabilidad que hizo suya al ver que a su madre no le importaba, pero una vez que se apagó la luz del menor, ya nada lo retuvo. Se lanzó a la calle, con la ilusión de que estaría mejor que allí. A diferencia de otros, que de inmediato se unen a una pandilla, buscando protección mutua, Rafael se mantuvo solo. Nunca más contó con una casa —mucho menos con un hogar— donde dormir, se las arreglaba en el sitio en que le agarrase la noche y pudiese conseguir algún hueco lejos de la mirada de los lobos nocturnos. Esa era su vida. Por supuesto no la que hubiese querido, ni que mereciese, pero simplemente, era su vida. Lo había tenido que internalizar a una temprana edad, pero aún no perdía la esperanza de que las cosas cambiaran. Se había cruzado con mucha gente en su camino, pero hasta ahora no había tenido la fortuna de toparse con alguien que le tendiera una mano.

Al final se convenció de que al menos debería acercarse con cautela a ver si en algo había cambiado la condición del chico. Ya estaba bien entrada la noche, por lo que el sentido común le decía que no era el momento más apropiado para regresar. El trágico grito de una sirena en la distancia indicaba que la hora feliz del crimen se encontraba en su cénit, por lo cual era mejor andarse por las sombras.

Sin embargo, contra todo lo que le indicaba su buen juicio, decidió acercarse aunque fuese a echar un vistazo.

No había practicado nunca el arte del cortejo, acostumbrado a que cuando necesitaba una pareja sexual simplemente la tomaba. Su naturaleza física, al menos en su parte animal, le permitía hacerlo sin culpa. Entendía que para los humanos era distinto, o al menos ellos lo pensaban así; para procurar alivio a su lujuria, habían inventado toda una serie de galanteos, cortejos y zalamerías que a Waxa se le antojaban risibles, por no decir primitivos.

Su excitación crecía en la medida que 2B coqueteaba con él, sentía que estaba llegando al punto de no retorno.

—¿A qué se dedica un chico tan apuesto?

—Negocios —contestó Waxa, sin dejar de mirar sus senos.

—¿De qué tipo?

—Importación y exportación —contestó, impaciente.

Cuando la chica se disponía a preguntar alguna otra cosa, Waxa se abalanzó sobre ella, besándola en la boca. Fue un beso intenso, apasionado, más bien animal. Al principio la chica se resistió, pero él, poniéndole la mano en la nuca, la atrajo con fuerza hacia su cuerpo e incrementó la presión en sus labios. Sintió una sensación muy extraña, el intercambio de saliva nunca había

formado parte de sus rituales de apareamiento, aunque lo había visto desde su mundo en infinidad de ocasiones, por lo que no se le hizo nada difícil, y al cabo de unos instantes superó su aprensión por algo que había considerado sucio y hasta comenzó a gustarle.

Waxa era todo manos, acariciando sus senos, primero el izquierdo y luego el compañero. La mujer, entregada a su pasión, lo disfrutaba, como si nada más importase en el mundo, hasta que Waxa se apartó, lo cual la trajo de vuelta a la realidad. Estaba toda despeinada, con el corazón acelerado y manos temblorosas, pero aun así le dedicó una sonrisa modosa mientras se arreglaba el cabello.

La chica volteó hacia los lados a ver si alguien los había visto, pero los pasajeros cercanos dormían, cortesía de la comida y la larga travesía. Ya Waxa, excitado a un punto que le parecía desconocer, se preparaba para un nuevo embate, cuando ella, recuperando algo de racionalidad, se levantó de su asiento. Waxa la miró, atónito.

—Dame un segundo, voy a retocarme el maquillaje.

La joven abrió la puerta del minúsculo cubículo que cumplía la función de baño.

Waxa, de un ágil brinco se colocó justo detrás de ella, haciendo presión con su abultada entrepierna contra el trasero de 2B, quien se vio lanzada hacia el interior del recinto, donde cayó sentada, de piernas abiertas al tiempo que se levantaba su minifalda, sobre el *WC*. Ya Waxa se había despojado del cinturón y se estaba bajando los pantalones del elegante traje, cuando la chica, sonrojada, pero también excitada le hizo señas para que cerrase la puerta, lo que él hizo de una patada mientras le mostraba a la chica su enarbolado miembro.

2B se quedó sin palabras al ver la enorme erección del Conejo, el cual le levantó las piernas y sin preocuparse por la ropa interior de la chica, la penetró con furia animal. Al cabo de unos segundos, Waxa experimentó su primer orgasmo terrestre, lo cual no le impidió continuar con sus embates contra la chica, cuya cara de placer acusaba la llegada del suyo.

Waxa atinó a taponarle la boca para evitar que viniese la azafata o cualquier otro miembro de la tripulación a cortar su diversión. Sudaba profusamente a través del traje, al igual que la chica. Ella metió el pulgar en su boca y no pudo dejar de notar que llevaba un anillo de matrimonio, lo cual le excitó aún más. Al parecer, las cosas aquí serían más fáciles de lo que había imaginado.

Luego de diez minutos de febril intensidad, los cuales a 2B se le antojaron como segundos, Waxa se recostó sobre ella, exhausto, saliendo de su interior aún sin perder la erección. Se arregló la ropa, se miró al espejo y regresó a su asiento, donde cayó dormido de inmediato.

Mike Hancock aceleró el vehículo que transportaba a Mike y a Christine en contrasentido tras divisar la patrulla que encendía su sirena después de avistarlos. El conductor apagó las luces y Christine, quien no había intervenido hasta el momento, preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Adónde vamos?

El hombre, tras una breve pausa, la miró a través del retrovisor mientras Mike permanecía a la expectativa. Le parecía la decisión correcta aunque no sabía si los motivos que movían al hombre que les había recogido en medio de la calle lo fuesen. Estaba claro que nadie se arriesga a tratar de huir de la policía para complacer a dos extraños. Tenía que haber algo más.

—No quiero que nos cojan esos cerdos —dijo, pero la expresión en su cara indicaba que había otra cosa—. Mi licencia de conducir está vencida —agregó.

En ese momento, tanto Mike como Christine se convencieron de que allí había gato encerrado. El que te detengan con una licencia vencida implica una multa, pero tratar de huir de la policía al tiempo que cometes una o varias infracciones de tránsito lleva, cuando menos, a prisión.

—Tampoco quiero que nos cojan, pero puede llegar a ser peor que nos capturen huyendo —

intervino Mike.

—No nos cogerán —replicó el hombre, dándole una palmada en la rodilla.

Mike y Christine se miraron. La calle por donde rodaban conducía a una avenida y el hombre apagó las luces del vehículo.

—¿Qué hace? —preguntó Christine, muy preocupada.

—Confíen en mí, sé lo que hago.

El hombretón sacó un paquete de cigarrillos de la guantera y lo encendió, echando el humo en la cara a Mike. Rodaban a una velocidad muy superior a la permitida.

—¿Sabe qué? —preguntó Mike—. Esto no me parece una buena idea. Le agradecemos su ayuda, pero creo que mejor nos quedamos por aquí.

El hombre lo miró de reojo, vio por el retrovisor y finalmente volvió a mirarlo, arreglándose uno de los *piercings* que ocupaban gran parte de su oreja mientras daba una larga calada al cigarrillo.

—No lo creo —dijo, echando nuevamente el humo en la cara de Mike.

Christine profirió un grito ahogado en el asiento posterior.

—¿De qué habla? —preguntó Mike, mientras probaba la manija, la cual estaba, como lo supuso, trabada.

—Ya les dije, no lo creo. Los voy a sacar de esta —contestó, forzando una sonrisa hipócrita.

—¿Acaso nos está secuestrando? —preguntó Christine con voz quebrada.

Luego de desandar su camino, tratando de recordar las vueltas que había dado en aquel laberinto desordenado de calles, entrecalles, escaleras y todo lo que aderezaba aquel submundo de Caracas, con una densidad poblacional de niveles aún mayores que en la parte urbana de la ciudad (rodeada por un enorme cinturón de miseria), de por sí bastante altos, Rafael dio con lo que le parecía era la calle que le conduciría al chico.

Tras asomarse con resquemor, vio que todo parecía estar como cuando se había ido. La luna se había despejado, lo que permitía una visión mucho más clara que la vez anterior. Se acercó, sigiloso y alerta. Al menos el chico seguía allí. Aunque no le temía, ya que podía dominarlo sin dificultad por una cuestión de tamaño, había aprendido a no subestimar a nadie, por lo que le tocó la frente sin acercarse más de lo necesario.

En efecto, ardía en fiebre. Parecía estar dormido. Rafael lo tomó por los hombros, tratando de despertarlo, al principio con delicadeza y luego con un poco más de brusquedad, pero no obtuvo respuesta. El chico continuaba inerte, como si estuviese muerto, aunque sabía que no lo estaba, o al menos así le decía el calor de su cuerpo.

Al ponerle la mano en el corazón detectó un latido débil pero rítmico. Acercó el oído a su nariz y notó que la respiración era lenta pero constante. *No debe estar tan mal*, pensó. En ese momento, la luz proveniente del astro dejó ver las facciones del muchacho y se sorprendió al ver que era muy blanco y su cabello muy liso, dos características fenotípicas no muy comunes por aquellos lares. Pensó en moverlo, pero recordó que en un accidente de tránsito que había presenciado, el arrollamiento de un motorizado, los paramédicos habían insistido en que no se debía mover al herido. Aunque no logró entender la razón, prefirió dejarlo como se encontraba, evitando ocasionarle más daño.

Se sentó a su lado, sin tener la más remota idea de qué hacer. Jamás había cuidado a un enfermo y en las pocas ocasiones en que él lo había estado, siempre se las había arreglado. Tampoco tenía a quien acudir y mucho menos, dinero para comprar medicinas. En cualquier caso,

no tenía idea de cuál medicina comprar en el caso hipotético de que pudiese hacerse con algo de efectivo.

Confiaba en que en algún momento el chico despertaría y así las cosas serían diferentes. Aunque era muy observador, su nivel cultural era casi nulo, jamás había asistido a la escuela ni contado con ningún tipo de recurso que le permitiese entender un poco mejor los vericuetos de la vida. Ni siquiera había corrido con la suerte de mirar la televisión, mucho menos películas, la internet y ni hablar de libros.

Rafael quedó petrificado al comenzar a escuchar voces que se acercaban a la callejuela. Parecía un grupo de jóvenes, posiblemente drogados o bajo los efectos del alcohol. Pensó lo más rápido que le permitía su mente, sabiendo que se encontraba arrinconado y que en caso de que llegaran hasta ellos, sería, con gran probabilidad, el fin de ambos.

Siempre podría tratar de correr, ya que era muy ágil, pero en aquel punto sentía que no podía abandonar al chico: de alguna manera que no lograba explicarse, le consideraba su responsabilidad. A su izquierda, a unos tres metros se encontraban unos cubos de basura que podrían servir de escondite temporal, pero sabía que mientras arrastrase al joven, las posibilidades de ser vistos se incrementaban. A la derecha vio un cartón en el piso, el cual tomó rápidamente y utilizó para cubrirlo. Sentía las voces a unos diez metros a lo mucho y acercándose.

Luego de tapanlo, se movió con sigilo hacia los cubos de basura, colocándose detrás. En el piso consiguió un tubo. De ser necesario, defendería al chico con él, aunque le costase caro. Cobarde, Rafael no era. La valentía había llegado luego de tantos años sometido a la presión de vivir en las calles.

Ya el grupo se encontraba a medio camino. Rafael escuchaba con detenimiento. El tono de sus voces le decía que debían ser de su edad, lo que los hacía aún más peligrosos. Escuchó una botella quebrarse, seguida de sus risas. Uno gritó y todos comenzaron a correr. Estaba seguro de que los habían descubierto o al menos habían visto al chico. Tal vez este se había incorporado, descubriéndose.

Waxa, quien aquí sería conocido como Jones McPherson, dio un respingo cuando el inmenso pájaro rebotó sobre el asfalto con un ruido ensordecedor, o al menos así lo percibió con su desarrollado sentido auditivo. Sintió que su corazón se aceleraba pateando su caja torácica, otra de las incomodidades de los humanos que tendría que aprender a sortear en esta forma corpórea que le había tocado adquirir.

Tras realizar la inmigración, y pasar por la Aduana (nada que declarar), salió al lugar donde muchas personas con cartelitos con nombres impresos esperaban a otros tantos pasajeros. Un hombre bajo se le acercó, tomando su maletín de mano y haciéndole una seña para que lo siguiese.

—¿Cómo ha estado su vuelo, señor McPherson?

Waxa le dirigió una mirada de pocos amigos, irritado luego de la larga travesía.

—Si no cuenta que perdí la raya del culo, todo muy bien.

El hombre asintió al tiempo que se encogía de hombros. Abordaron una larga limosina negra.

—Aún falta un trayecto, solo que este será más placentero.

—Oh, pensé que ya estaba en Virginia —replicó Waxa, conteniéndose de decir una palabrota.

—Estamos en Atlanta, pero un jet privado lo llevará allá y será muy cómodo.

—Imagino que tan cómodo como tratar de introducirle una panelita de mantequilla hirviendo por el culo a un jabalí furioso.

El hombre no pudo evitar estallar en una carcajada.

Waxa se resignó y terminó riendo junto a su chofer, quien le conducía al aeropuerto privado donde le esperaban.

Christine rompió en llanto y Mike pasó su brazo a través del asiento y le tomó la mano, tratando de calmarla.

—Por supuesto que no —contestó Hancock—. Pero tampoco puedo dejarlos ir.

—¿Y a eso no lo llamas secuestro? —preguntó Mike, con ironía.

—No —replicó el hombre—, yo solo quiero ayudarlos.

—Y se lo agradecemos, pero creo que podemos arreglarnos —dijo Christine.

—Además, no te hemos pedido ayuda. Te ofreciste a llevarnos, gracias, pero hasta ahí —dijo Mike, furioso, rojo de ira.

—Bien, pero no es así como va a ser —replicó el hombre, endureciendo el tono.

Christine no dejaba de voltear la cabeza, esperando que apareciese la patrulla en cualquier momento. No podía decidir si lo quería o lo temía. Todo el estrés acumulado en las últimas horas parecía subir, abriéndose paso a través de su organismo con la fuerza de una marea encerrada en una botella, buscando explotar.

Mike, en un arrebato de locura, trató de tomar control del volante. Aunque se encontraba en excelente condición física y era un hombre fuerte, Hancock lo apartó de un manotazo que le hizo ir a dar contra la puerta, mientras recobraba el control del vehículo, a punto de chocar contra una hilera de carros estacionados.

—No quiero problemas, menos hacerles daño —dijo el chofer mientras sacaba una pistola que llevaba en el lado izquierdo del cinturón. Mike quedó boquiabierto al ver el arma. Christine, al borde de la histeria, comenzó a gritar mientras golpeaba al hombre con ambos puños. Se abalanzó sobre él, tratando de morderle una oreja, pero se estrelló contra el metal de su arete.

El hombre ni se inmutó ante los embates de Christine hasta que esta, enloquecida, tomó uno de los aretes que él llevaba a media oreja y lo arrancó de un tirón, lo cual produjo de inmediato un chorro de sangre. Acusando el fuerte dolor, Hancock volteó con la intención de golpearla con su manaza, pero a última hora se contuvo y ella se agazapó en el asiento con la cara entre las manos, llorando.

Mike no sabía qué hacer. Había entendido que luchar contra aquella mole no era una tarea que pudiese llevar a cabo, así que decidió que lo mejor era tratar de negociar.

—A ver, por qué no te explicas. ¿A qué te refieres con que quieres ayudarnos? ¿Por qué supones que necesitamos ayuda?

—No estoy autorizado a explicárselo, pero muy pronto lo entenderán.

Un remolino de ideas invadía la cabeza de Mike. *Quizás nos vio en la televisión y sea un caza recompensas*, fue lo primero que pensó. *Absurdo, ¿cómo habría dado con nosotros?, tiene que ser otra cosa. Tal vez tiene que ver con quienes capturaron a Peter*, no era una idea tan loca, sabía muy bien que ambos eran piezas valiosas. *Tiene que ser eso, lo demás no tiene sentido.*

Rafael sentía que el corazón iba a salir disparado de su boca. Alerta, tubo en mano, se movió con sigilo hasta asomar el ojo derecho. Escuchó las voces alejarse, lo que ralentizó un poco su respiración, pero no quería confiarse. Sin embargo, no había señas de los chicos. Pensó que podrían estar tendiéndole una emboscada, pero se dio cuenta de que era un pensamiento absurdo pues no tenían forma de saber que el chico no estaba solo.

En cualquier caso, si lo hubiesen descubierto, ya la fiesta de golpes habría comenzado. Se movió con cautela, sin aflojar el tubo, hasta que la mitad de su cuerpo abandonó la seguridad del bote de basura.

Silencio. Se habían ido.

Se acercó hasta donde yacía el muchacho y levantó el cartón, asegurándose de que todavía estaba allí.

Tenía que hacer algo. El problema era que no sabía qué. Habían corrido con suerte, pero sabiendo que la fortuna nunca había sido su aliada, no podían seguir expuestos. No contaba con algún lugar donde llevarlo, suponiendo que al moverlo no empeorara. Hizo un nuevo intento por reanimarlo, pero seguía inerte.

Para él era común dormir donde le agarrase la noche, conseguir algún hueco donde refugiarse de miradas insolentes. Frecuentaba varios sitios, pero no consideraba ninguno seguro para resguardar al chico. Los buenos lugares estaban ocupados por gente mayor o por personas más fuertes que él, dispuestos a mantener su territorio a cualquier costo.

Además estaba el problema de cómo transportarlo. Si al menos pudiese hacer que recobrase la conciencia, otro gallo cantaría. Pero eso no parecía viable. Tendría que cargarlo, arriesgarse por las peligrosas calles con él a cuestas, era su única oportunidad. Y la del chico también.

Probó a levantarlo, tomándolo con cuidado por las axilas. Pesaba menos de lo que esperaba. Decidió colocarlo detrás del bote de basura que le había servido de resguardo mientras iba a investigar la zona. No tenía idea de la hora, pero el instinto le decía que quedaban unas cuatro horas antes del amanecer. Luego de colocarlo en la posición más cómoda que pudo dadas las circunstancias, le cubrió con el cartón y se aseguró de que estuviera fuera de la vista de cualquiera que se acercase.

Necesitaba conseguir un lugar no muy alejado, dada la dificultad del transporte, pero la zona no proveía ninguna alternativa que recordase. Le vino a la mente un sitio que había utilizado varias noches, meses atrás, al margen del Río Guaire —que si bien era de una inmundicia pestilente— servía de refugio a miles de seres de la noche. Lo había encontrado por casualidad un día que vagaba en busca de alimento y aunque era un espacio pequeño, parecía no haber sido descubierto por otros de su condición.

Allí estaba cómodo, al menos según los parámetros de un niño de la calle, pero tuvo que abandonarlo al comienzo de la época lluviosa porque se había infestado de ratas, volviéndose un gran peligro. Había escuchado que varias personas murieron de una extraña enfermedad, tras la mordedura de uno de estos roedores. Y no era una muerte bonita, según había oído.

Pero la época de lluvias había concluido, dando paso a una calurosa sequía, por lo que aquel sitio podría ser viable de nuevo. Estaba cerca de llegar a las veinticuatro horas sin dormir, se sentía agotado y con los sentidos entumecidos, pero tenía que completar la misión. Tras una buena caminata llegó al sitio, el cual no mostraba signos de haber sido ocupado.

Regresó en busca del chico, con la esperanza de que hubiese recobrado el conocimiento. Con el cansancio que llevaba a cuestas le sería difícil cargarlo. Aquí no continuó su racha de buena fortuna, ya que el cuerpo seguía caliente y sin asomos de recuperación. Sin más opciones, lo cargó sobre sus hombros mientras los brazos, sin vida, se balanceaban contra su espalda.

Tan pronto abandonaron la callejuela, se encontraron con la primera sorpresa. Los jóvenes que estuvieron a punto de pillarlos, estaban de regreso.

Robin Fletwood esperaba a Waxa en el aeropuerto *Fulton County*. Robin, antiguo camarada,

había sido enviado en una misión hacía tantos años que Waxa no lograba dimensionarlos en su memoria, pero en todo ese tiempo no había olvidado los buenos ratos compartidos. Cuando Cangri, como era conocido el gato lengualarga en los predios del Conejo, visitó La Tierra, quedó fascinado por las costumbres humanas más allá de la comprensión de sus acólitos.

Quizás la buena vida que disfrutaba en el nuevo ambiente, junto a la novedad, pues era un gato joven pero muy inteligente, cuando fue asignado al mundo terrenal, le hicieron tomar la decisión de quedarse, aunque fuese por un tiempo, en aquel hervidero donde los humanos malviven. Eso no molestó a ninguno de sus superiores, quienes vieron con buenos ojos el que uno de los suyos estuviese dispuesto a permanecer, ya que facilitaba muchas cosas; la mayoría no quería saber nada de los humanos.

—¡Waxa, que alegría! —dijo, abrazando al Conejo con fuerza, quien le devolvió el gesto.

—Vaya, vaya, siempre quise ver esto. De verdad como que estás a gusto aquí.

Fletwood era un hombre atlético, de tez blanca y cabello en rulos castaños que le caían hasta el nacimiento de la espalda, con una perenne expresión jovial en el rostro y unos ojos azul agua que delataban su origen felino.

—Es lo mejor, deberías considerar quedarte.

—Lo dudo, conozco mucho de esto, espero resolver y regresar pronto.

—Eso lo veremos, amigo, eso lo veremos.

Condujo a Waxa a través de la recepción hasta una puerta que daba a la pista, mientras el conejo se quedaba mirando a la rubia tras el mostrador con ojos de deseo.

—Conozco esa mirada, pero ahora no hay tiempo para eso —dijo Robin, sonriendo, mientras se dirigían por la pista hacia un jet que se encontraba con los motores encendidos y la escalerilla bajada a tierra. En su base, un joven les esperaba, y tomando el equipaje de Waxa, los invitó a subir a la moderna aeronave. Waxa se sintió un poco decepcionado de que no fuese una aeromoza quien les atendiese.

—¿Y este pájaro de quién es? —pregunto Waxa señalando la aeronave.

—Alquilado, supongo. Me dijeron que te esperase acá —contestó el hombre, encogiéndose de hombros.

Se trataba de un jet mediano, un transporte de lujo con mullidos asientos de cuero, capaz de albergar hasta ocho pasajeros con todas las comodidades. Waxa, a quien le gustaba el lujo pero no el derroche, echó una mirada desaprobadora en derredor. Su amigo, al darse cuenta, le dijo:

—Terminas acostumbRANDOTE a ello.

El piloto indicó por el altoparlante que estaban a punto de despegar, que las condiciones climáticas eran inmejorables y que les tomaría una hora y cinco minutos cubrir el trayecto hasta *Virginia Tech*. Cuando la reluciente aeronave se desplazaba a toda velocidad por la pista, Waxa se dispuso a formular la pregunta que tenía tanto tiempo rondando su mente.

Rafael se detuvo en seco, esperando no llamar la atención del grupo de jóvenes que se acercaban escandalosamente en su juerga infinita. Llevó la mano a su bolsillo trasero, donde había tenido la precaución de colocar el tubo recogido en la callejuela. Aunque el chico no pesaba mucho, tratar de defenderse con él a cuestas podría ser muy difícil.

Trató de cobijarse en las sombras, pero ya uno de los chicos lo había visto y se acercaba a ellos. No muy alto, pero de contextura fuerte, un acné espantoso engalanaba su cara que se veía como una pizza de pimentones rancios. El pelo largo, grasiento y descuidado le tapaba la parte derecha del rostro.

—Ey, miren lo que tenemos aquí —aulló a sus compañeros.

Otros dos aceleraron el paso. Rafael comenzó a sudar. Por un momento la idea de depositar al chico en el suelo y huir cruzó su mente. Pero solo fue una ráfaga, enseguida se dijo que en ningún caso lo dejaría allí tirado. Ya se encontraban a unos cinco metros y acercándose.

—Vaya, vaya, dos hermanitas perdidas en el bosque —hizo mofa uno de los chicos que había emparejado al cara de pizza.

El tercero se adelantó y se acercó peligrosamente a ellos. Rafael se metió la mano en el bolsillo.

—¿Lo llevas a la luna de miel? —preguntó a Rafael mientras ponía su mano en el trasero del chico, quien se mantenía inmóvil.

Rafael retrocedió un paso y el muchacho, alto y desgarrado, con una camiseta raída y unos pantalones que se veía a las claras que no eran suyos, avanzó hacia él, empujándolo con sus dos manos por el pecho. Rafael perdió el equilibrio y estuvo a punto de dejar caer al chico, pero en último momento consiguió el balance necesario para mantenerse en pie. Antes de que pudiese reaccionar, el otro le estampó una sonora bofetada, a lo cual sus compañeros, que ya los habían alcanzado, estallaron en carcajadas.

Eran seis en total, entre los doce y los diecisiete, calculó Rafael, lo que no los hacía menos peligrosos. El que parecía ser el líder, de pelo ralo y complexión atlética, con rasgos indios y piel oliva, se adelantó.

—Podríamos divertirnos con ellos —dijo a sus secuaces, quienes rompieron en una algarabía afirmativa.

Rafael, asustado, supuso que era un comentario de índole sexual y retrocedió nuevamente, sacó del bolsillo el tubo, y lo levantó, haciendo equilibrio para mantener al chico sobre sus hombros. Si de algo estaba seguro, era de que moriría peleando.

El líder se echó a reír al ver a Rafael blandiendo el tubo y se acercó, arrancándose de un manotazo. El cara de pizza se le vino encima, tomando al chico del pelo, cuya cabeza inerte se fue hacia atrás. Rafael atinó a asestarle un golpe, pero lo que hizo fue enfurecerlo más. El líder le lanzó un tubazo directo a la cara, pero a último momento logró interceptarlo con el antebrazo, lo que le produjo un dolor equivalente a que le hubiesen arrancado una uña con una pinza. Sintió los latidos donde había recibido el impacto, seguro de que el golpe le había fracturado. El más pequeño del grupo, quien se había colado entre los otros, le asestó una patada en los testículos que le hizo doblar las piernas y caer arrodillado, aún sin soltar al chico, al tiempo que se escuchó el lastimero aullido de un perro.

Rafael, sabiéndose vencido, bajó la cabeza. De repente, una potente luz iluminó la calle. Cuando la levantó para ver de qué se trataba, se vio cegado por un fuerte reflector que le dejó viendo puntos de colores. De inmediato, luces azules y rojas que bailaban al compás de una sirena, cobraron vida.

Nunca había estado tan agradecido de que apareciese la policía. A través de un megáfono, una voz ronca dijo:

—¡Alto! Quédense donde están, póngase de rodillas y levanten las manos donde pueda verlas.

Tres de los chicos arrancaron a correr en diferentes direcciones mientras el reflector se cernía sobre Rafael, el chico a cuestas y los otros tres como si estuviesen representando una tragicomedia griega en un estadio de fútbol. El líder y cara de pizza se miraron, mientras el tercer chico seguía los pasos de sus compañeros. Los otros dos iban a hacer lo mismo, pero ya los dos policías los habían rodeado mientras los apuntaban con sus armas.

—¡Al piso, dije! —bramó uno de los oficiales.

Rafael depositó al chico en el suelo para cumplir con la orden del efectivo, mientras los otros

dos se mostraban reacios. Cada uno de los hombres se dirigió a uno de ellos para forzarlos a hacer lo propio. El líder, aún con el tubo en la mano, se había puesto pálido; le hizo una seña negativa con la cabeza a su compinche, quien se había llevado las manos a la espalda.

Cara de pizza sacó un arma pequeña, apuntando con ella a uno de los policías, mientras que el otro, quien se encontraba en su punto ciego, le tomó por el brazo haciendo que el arma se disparase al aire. El líder aprovechó la oportunidad para echar a correr, mientras el efectivo salía tras él. Rafael se incorporó, bañado en sudor.

—Le hicieron daño a mi hermano, oficial —improvisó.

—¿Qué ocurrió aquí? —preguntó el hombre mientras terminaba de colocar las esposas al joven, quien se retorció con violencia y lanzaba maldiciones al aire.

—Íbamos a nuestra casa —dijo, señalando al frente— cuando nos atacaron y me golpearon con el tubo —continuó, mostrando el brazo que se le había hinchado y sangraba— y a mi hermano en la cabeza, dejándolo inconsciente.

El policía, un joven sin mucha experiencia, no sabía qué hacer, fue a echar mano de su radio para pedir ayuda.

Rafael intervino con celeridad:

—No sé qué tiene, oficial —dijo con lágrimas en los ojos, fingiendo una angustia que en realidad no era tan fingida—. ¿Será que yo mismo lo llevo al hospital que está a la vuelta de la esquina? —preguntó, mirando al hombre con expresión de cordero degollado.

En efecto, a menos de dos cuadras había un hospital, que tal vez era la mejor opción para el chico, pero por costumbre los niños de la calle no acuden a ellos, ya que tendrían que responder muchas preguntas para las cuales no tenían respuestas.

El oficial dudaba, mientras cara de pizza seguía insultando y maldiciendo.

—Por favor, puede ser peor si esperamos —le presionó Rafael.

—Está bien, llévalo, una ambulancia tomaría mucho en llegar aquí, te alcanzaré allá tan pronto regrese mi compañero.

Rafael volvió a levantar al chico y echó a andar a paso rápido antes de que el hombre de azul se arrepintiese, viniese su compañero o llegaran refuerzos.

2

Le gustaba la sensación de vértigo que le oprimía el estómago cuando los aviones, luego de acelerar por la pista, finalmente conquistaban el aire. Le parecía una forma antigua y rudimentaria de desplazarse, pero debía reconocer que los humanos, sin las facilidades que brinda la teletransportación, habían sabido arreglarse.

Ahora, fuera de su entorno, donde era amo y señor, le preocupaba el hecho de no poseer los mismos recursos que allá. Más que preocuparle, le producía pánico. Nunca se lo había confesado a nadie, para no lucir débil, cosa que no era bien vista en su mundo, so pena de ser relevado de su cargo y con mucha seguridad, ser bajado de rango dentro de la Cofradía.

Se consolaba pensando que todos tenían pequeños secretos y que con esto no dañaba a nadie. Por eso había hecho lo imposible para no ser enviado a La Tierra, pero había llegado el momento crucial. Tampoco era cuestión de mandar a alguien más, la situación requería que él mismo se ocupase. Y si no era capaz de hacerlo, su única alternativa era renunciar y dejar que otro con más cojones lo intentase.

Pero eso nunca. Sabía que podía.

Se había preparado desde el momento en que su presencia fue inevitable, y no lo había hecho mal. Pero ahora se estaba acercando al punto álgido y las dudas comenzaban a germinar en su mente. Se repetía sin cesar que todos sus temores eran infundados, que el hecho de no contar aquí con ninguno de sus poderes no lo hacía vulnerable y que podía resolver cualquier cosa como siempre, aun sin ayuda extra; la situación le estaba generando un estado de ansiedad al cual no estaba, ni de cerca, acostumbrado.

—¿Qué ocupa tu mente, Waxa? —preguntó Robin, sentado frente a él en la mullida butaca blanca, con sus extremidades inferiores sobre la mesita que les separaba, mientras daba pequeños sorbos al líquido ambarino que llenaba una copa aflautada, con algún tipo de licor, supuso el conejo.

—Eh, nada, solo pensaba en... tonterías —contestó Waxa, saliendo de su ensimismamiento.

Robin notó un movimiento casi imperceptible en el lugar que debían ocupar los bigotes de Waxa.

—No me dirás que te da miedo volar. ¿Quieres una copa? —preguntó, riendo.

—No, gracias, nada de eso —replicó Waxa, aunque el felino olió duda en su voz.

—Claro que quieres. Anda, prueba. Al principio te va a saber a meado de rata, pero luego te va a encantar —dijo Robin, mientras indicaba por señas al joven asistente de vuelo que trajera otra bebida. En el mundo de Waxa —también el de Robin en algún momento— no existía el licor, así como ninguno de los vicios de los humanos. Una de las críticas más fuertes que allí se hacía contra los hombres era el uso (y abuso) de estas sustancias que solo demostraban lo poco evolucionado de su especie.

Waxa negó con la cabeza, pero ya el joven le había colocado en su mano la copa con el burbujeante líquido.

—¡Salud! —dijo Robin, chocando su copa con la de él y tomando un gran sorbo.

—Larga vida a tu descendencia —contestó el Conejo, aún en su diatriba.

—Pruébalo, verás cómo te hace olvidar todos tus problemas —replicó el felino, en medio de una carcajada, que Waxa no sabía si contenía una carga de ironía. Sin embargo, olvidarse por un rato de sus problemas no estaría mal. Claro que no era, ni de lejos lo que había estudiado a lo largo de su existencia, lo que le había llevado a ocupar la posición que hoy ocupaba y gracias a la cual estaba allí. En su mundo, sabía mejor que nadie como manejar cualquier situación, por más complicada que pareciese. Sin embargo, parecía que no lo habían entrenado bien, o así decidió creerlo. Un pequeño temor que superaría muy pronto y se reiría de él.

Decidió probar aquella bebida. Como todo lo hacía en grande, bebió el contenido de una sola vez. Un sabor repugnante bajó por su esófago y cuando se lo iba a comentar a su compañero, sintió que el líquido al llegar al estómago explotó en una ola de calor, lo que le produjo una agradable sensación que le obligó a mantener la boca cerrada.

Robin le miraba, sorprendido, sin abandonar su sonrisa.

—¿Y? —preguntó. Waxa se encogió de hombros, haciéndose el duro, pero ya el licor comenzaba a expandirse a través de su sangre, la cual, siendo virgen en esos menesteres, lo transportaba como fuego sobre paja seca a través de todo su organismo. Robin hizo otra seña al joven, quien de inmediato rellenó la copa del Conejo.

—Sabe tan bien como la más exquisita de las mierdas —dijo Waxa, riendo, aunque el brillo en sus pupilas le delató ante Robin, quien se dio cuenta de que el alcohol había hecho mella en su compañero. El felino, divertido, recargó su copa y animó al conejo a seguir bebiendo.

La sensación en el cuerpo era muy extraña, la cabeza le daba vueltas, pero lo atribuía a los vaivenes de la aeronave más que a un desbalance en su hipófisis causado por el alcohol. Pero la sensación no le molestaba, se sentía desinhibido, y no es que Waxa fuese tímido, la timidez no era parte de su ser. Pero sus dudas, sus inseguridades acerca de cómo iba a imponer su autoridad y a resolver todos los problemas que involucraban a Peter (mejor conocido como Gunga en el mundo del Gran Conejo Azul), a Jake, la profecía de los Mayas acerca del fin del mundo... parecían haberse desvanecido.

Al menos por el momento.

El incidente con los otros jóvenes y la policía le habían dejado agotado. No solo la cantidad de horas sin dormir que llevaba a cuestas, sino la falta de alimento y más importante, el estrés al que había estado sometido desde el oscuro momento en que la casualidad le había hecho tropezar con el chico, hacían que Rafael sintiera sus piernas como dos enormes gelatinas mal contenidas por los pantalones.

La fortuna lo había librado no solo de los malhechores que quién sabe que les hubiesen hecho, sino de los policías que habían estado a punto de apresarlos, separándolo del chico (cosa que no sabía si tal vez era lo mejor) y quizás recluyéndolo en algún retén de menores, de aquellos de los que siempre se sale mucho peor de lo que se entra.

En vez de dirigirse al hospital como le había prometido al efectivo policial, anduvo lo más rápido que dieron sus piernas, dirigiéndose sin distracciones a la guarida que había establecido de antemano. En el camino tenía dudas acerca de si la encontraría vacía, tal como la había visto hacía poco, pero sus temores resultaron infundados.

Luego de colocar al chico en el suelo de la manera más delicada posible, se acostó en el piso a descansar los ojos por un momento, pero el agotamiento pudo más que su fuerza de voluntad,

haciéndole caer rendido en un sueño inquieto, en el cual un animal extraño lo persigue a través de una calle angosta y una multitud vitorea a la bestia que se acerca cada vez más. El piso es gelatinoso pero se desplaza con rapidez y evita ser engullido por miles —tal vez millones— de dientes que castañetean bajo la película verde.

Un fuerte ruido le despierta y se incorpora, sudando, con el corazón hecho una locomotora y la boca reseca sin tener idea de donde se encuentra. Comienza a recordar con lentitud mientras su vista se acostumbra a la oscuridad, y distingue, junto a él, sobre el duro suelo terroso, al chico. Se levanta de un salto, piensa que lo que lo arranca de los brazos de Morfeo ha sido un disparo y examina al joven que yace en el piso en busca de una herida de bala.

No consigue nada, cuando voltea su cabeza para dejarlo en la posición original, este emite un sonido. Rafael piensa que ha sido producto de su imaginación y cuando se dispone a acostarse de nuevo, vuelve a escucharlo. Sin duda, proviene del chico, pero Rafael no logra identificarlo. No fue una palabra, tampoco un grito, más bien parece un lamento.

Le ilumina la cara con el encendedor a la espera de que se repita, pero pasan más de cinco minutos y nada ocurre. Se acerca y le comprueba el pulso y toma su temperatura, que parece haber descendido, aunque no está seguro. Se encoge de hombros, derrotado por el agotamiento físico y se echa, no lejos del chico, para estar alerta.

—Eeeee.

Esta vez no hay duda, el sonido proviene del muchacho. Rafael se levanta de un brinco. Se arrodilla, tomándolo por la nuca.

—Eeeeeee.

La voz suena muy ronca para ser de un chico tan menudo, piensa. Sigue sin entender si es un quejido, un lamento, o qué, la expresión en la cara del chico no ha cambiado. Trata de despertarlo, dándole palmadas en los cachetes, pero no logra que reaccione. Lo toma por los hombros y comienza a zarandearlo, ya asustado.

—Eeeeeeeeeeeeeeeee —esta vez el volumen es mucho más alto y los ojos del chico se convierten en dos enormes linternas azules.

Rafael retrocede, asustado.

No logra apartar la mirada de aquellos ojos que parecen contener el universo dentro.

Retrocede otro paso, siente que la fuerza que proviene de él lo envuelve y lo domina, como si lo hubiese hipnotizado.

Está a punto de echar a correr. Sin embargo, logra contenerse. Esta vez es el muchacho quien se acerca a él, con los ojos muy abiertos, y aunque las pupilas se encuentran dilatadas al máximo, parece que el azul domina por completo el globo ocular y Rafael tiene la sensación, aunque lo sabe imposible, de que esos ojos iluminan la estancia. El chico le toma por los hombros de la misma forma que lo había hecho él. Siente la fuerza de su agarre, firme, pero nota inseguridad en ella. Abre la boca, la vuelve a cerrar.

—Guaaaaaaaaa —es el sonido que emite cuando al fin la vuelve a abrir, luego de lo que a Rafael le parece una eternidad.

Se le queda viendo sin entender nada, hasta que el chico separa la mano derecha de su hombro, la acerca a su boca como quien agarra un vaso imaginario y se dispone a tomar de este.

—Ah, agua. ¿Tienes sed? —dice Rafael al caer en cuenta de que el chico está pidiendo agua, suponiendo que lo carrasposo de la voz se debe a la sequedad en su garganta.

El joven le vuelve a tomar por el hombro, asintiendo. Mil preguntas se le atorán en la garganta a Rafael, siendo calmar la sed del recién despertado, su última prioridad.

No había pasado mucho tiempo desde que le hiciera su extraña solicitud a Herman, quién embelesado por los resultados del experimento, no dudó tan siquiera un instante en complacer lo que pensaba que era un capricho de Peter Mark-Hodges. Así, cuando este, dormido en medio del aburrimiento (no sabía si algo en la comida estaba contribuyendo a su serenidad), escuchó el clic que ya había aprendido a odiar en su corta permanencia en aquella estancia, se incorporó, vio entrar delante del científico loco a una chica que traía un *kennel* que dejaba ver a través de su rejilla frontal un enorme gato.

En efecto, Herman se esmeró en cumplir el deseo de quien asumía era su *ticket* hacia las altas esferas. Se trataba de un hermoso siamés, el cual destilaba pura raza. Una sonrisa iluminó el rostro del escritor. La joven, con una bata de laboratorio, lo que hizo suponer a Peter que sería una de las subalternas del fanático, soltó los pestillos que abrían la caja transportadora, el gato brincó fuera; luego de un rápido reconocimiento visual y tras emitir un corto maullido, brincó al regazo de Peter quien comenzó a acariciar su cabeza.

—Tal como lo pediste, un siamés puro —dijo Herman, tratando de ganar puntos.

Peter hizo caso omiso de sus palabras mientras seguía jugando con el animal, que parecía una versión aumentada de Mr. Boots: aunque tenía los mismos colores, típicos de un siamés, este era más grande y más robusto. De inmediato, Peter tomó la cara del felino entre sus manos, obligándolo a mirarlo fijamente a los ojos, con la esperanza de ver lo mismo que había visto en la Sala Situacional en su último encuentro onírico con el Gran Conejo Azul y sus acólitos, pero más allá de la penetrante mirada de todos los gatos, no vio nada especial en él.

La chica dijo que enseguida traería comida y agua para el animal, así como una caja de arena para sus necesidades. Peter asintió, todavía ignorando al científico. La chica le caía bien, no parecía que fuera parte de esto, aunque sabía que de ninguna forma podía bajar sus defensas: si estaba allí, por algo sería.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —preguntó el hombre.

—Claro que sí, muérase —dijo Peter, viéndole a la cara—. O ya que estamos, me gustaría hablar con mi esposa y con Mike Romero.

—Veré qué puedo hacer —replicó el hombre, dándose la vuelta y saliendo de la habitación.

Peter se quedó viendo al gato, sabiendo que de alguna manera le podría servir de conducto para comunicarse con el Conejo. No sabía por qué y mucho menos cómo, pero algo le decía que aquella era su puerta de salida. El gato se durmió tras ovillarse en sus pies.

Waxa no se imaginaba la fuerza con la que el alcohol podía apoderarse del cerebro. Apenas iba por la mitad del segundo trago y ya había perdido el control en muchos aspectos. Cuando la copa estaba a punto de vaciarse, el joven asistente se acercó para rellenársela, pero Waxa la cubrió con su mano.

—Váyase usted a la mierda —le dijo, estallando en carcajadas. Robin le hizo una seña al asistente para que se alejase.

—Hey, para un momento —dijo Robin quitándole la copa, la cual el conejo entregó con reticencia.

—Entiendo un poco mejor lo que le ven los humanos a esta porquería.

Waxa comenzó a palidecer y Robin se percató de que estaba próximo al vómito, por lo que llamó al joven para que lo llevase al lavabo, donde se colocó como un penitente ante el banco de una iglesia y abrazando el excusado, devolvió hasta lo que no había comido. Inexperto en el área,

gran parte salió por su nariz, lo que le ocasionó una molestia extrema y un terror inenarrable. El conejo, aún en el suelo, abrazó al chico por las rodillas y comenzó a llorar como un niño, en parte por la intoxicación etílica pero también por el miedo que sintió al experimentar dolor, cosa que nunca había hecho, al menos en la forma como los humanos lo perciben.

El chico le ayudó a limpiarse la cara y la nariz, luego de jurarle que “tenía algo atravesado” en ella. Una vez que se calmó y fue recuperando la conciencia, tras mirar al chico, quien aún le sostenía la cabeza, le posó la mano en el fin de la espalda y comenzó a explorar sus glúteos. Al principio Mark no dijo nada, embelesado por la suavidad de la caricia de Waxa, pero enseguida se percató de lo inapropiado de aquello y arreglándose la ropa lo ayudó a levantarse y lo condujo de nuevo al asiento, donde Robin pulía un nuevo trago. Waxa le miró con lujuria cuando el ayudante se alejó por el pasillo, apenado.

—¿Cómo te sientes?

—Ahora bien, luego del desagradable momento de expulsar cuanto tenía dentro.

—Vas a tener mala bebida —dijo Robin, riendo—. Creo que es hora de que nos ocupemos de asuntos más serios.

Waxa estaba acostumbrado a tener el control. A ser quien informaba, quien trazaba los planes, quien juzgaba y quien decidía quien hacía qué. Pero estando en la Tierra, su capacidad de observar todo, esa omnipresencia que lo convertía casi en una deidad, aunque fuese apoyado por tecnologías que estaban años luz de las terrestres, era totalmente nula.

No sabía nada de su mundo desde que había partido, ya que Athan no tenía información, había sido un simple vehículo de La Hermandad para ponerlo en el camino que se encontraba transitando ahora, pero como en toda buena organización el trabajo de cada quien consistía en ocuparse de lo suyo. Así que no solo estaba en ascuas acerca de los últimos desarrollos, sino ansioso y estresado por saber cómo se desenvolvían las cosas, que no pintaban muy bien cuando había iniciado su viaje.

La nube que cubría su mente había pasado luego del vómito.

—Me extrañó que en la asignación original me dijeron que debía hacer una parada para conversar con Ella, pero al final fui enviado directamente acá —dijo Waxa, que se moría por saber la razón, pero no quería que Robin lo notase.

—Al parecer ha habido un giro de última hora en los acontecimientos, pero no te fíes mucho de lo que yo te diga, pues, aunque ellos creen que no me doy cuenta, hace tiempo que dejaron de informarme de las cosas importantes —dijo Robin con un dejo de tristeza en la voz— supongo que piensan que voy a revelar nuestros planes a los humanos, solo por el hecho de que me haya compenetrado tan bien con ellos.

—No te preocupes por eso, eres una pieza muy importante dentro de la organización. Tal vez mucho más importante de lo que te imaginas, se te valora mucho —contestó Waxa, asumiendo que la queja de su amigo se refería en gran parte a él, si bien había tenido la delicadeza de pluralizarla, pero este sabía que la mayoría de las decisiones venían del Conejo—. ¿A qué giro te refieres?

Robin se encogió de hombros.

—Al parecer, lo del Calendario Maya no es tan importante.

—¿Quéééé? —preguntó Waxa alarmado, acercándose demasiado a la cara de Robin—. Si es la principal razón por la que estoy acá, una medida extrema para lograr que esta raza deje de comportarse como lo viene haciendo, cosa que se espera lograr a través de Gunga, para garantizar que con la llegada del fin del calendario no seamos barridos como motas de polvo.

—Ya te lo dije, no sé bien los detalles, supongo que alguien de mayor rango te lo informará

pronto, pero lo que escuché es que eso dejó de ser importante, ya que una amenaza más fuerte se cierne sobre nosotros.

—¿Qué podría ser más fuerte que nos extingamos cual dinosaurios?

—La verdad es que no lo sé, pero creo que no tardarás mucho en averiguarlo.

Lo que para cualquiera es algo elemental, para Rafael estaba representando un problema enorme. No tenía manera de conseguir un vaso de agua, menos a esa hora. Nunca se lo había planteado, pero se dio cuenta, con tristeza, de que si ni siquiera era capaz de proveerse de un simple vaso de agua, ¿qué le quedaba para el resto?

—¿Tienes mucha sed?

El chico asintió con un gesto exagerado.

—El problema es que a esta hora nos va a ser muy difícil conseguir agua. ¿Puedes aguantar hasta la mañana?

Volvió a asentir, esta vez con menos convicción, llevando sus manos a la garganta.

—¿Cómo te llamas?

El chico lo miró, entrecerrando sus ojos, como si le extrañase la pregunta. Al cabo de un rato, negó con la cabeza.

—¿No qué?

Siguió negando.

—¿No te llamas?

—No lo sé —respondió.

Rafael supuso que sufría de algún tipo de amnesia, quizás habría recibido algún golpe en la cabeza.

—Mmmm... ¿qué es lo último que recuerdas?

El chico lo veía cada vez más intrigado, como si no entendiese nada de lo que decía.

—No lo sé.

—Haz memoria, dime lo primero que te venga a la mente.

—Mi mente está en blanco. Me duele la garganta.

Al menos no ha olvidado las palabras, pensó Rafael.

—La garganta te duele porque la tienes seca, eso lo resolveremos, pero ¿la mente en blanco?

El chico se encogió de hombros. Rafael no sabía cómo abordar aquello.

—A ver, cierra los ojos y concéntrate.

El chico lo miró con suspicacia.

—Hazlo —dijo Rafael, cerca de perder la paciencia. El chico lo hizo al escuchar el tono de su voz.

Rafael se acercó al chico —que permanecía con los ojos cerrados con tal fuerza que dejaba ver patas de gallo a su alrededor— contando hasta cincuenta. Acercando sus manos a un palmo de la oreja izquierda del chico, aplaudió con fuerza.

—Aaaaaaay —gritó el chico, dando un salto hacia atrás, claramente trastornado—. ¿Qué pasa?

—Rápido, dime, ¿qué se te viene a la mente?

—¡Que me has dado un susto de la puta madre!

—Aparte de eso, ¿qué más, algo tienes que estar pensando.

El chico volvió a negar con la cabeza.

—¿Te sientes bien? ¿Te duele algo?

—Estoy bien, no sé dónde estoy ni por qué.

—El por qué no lo sé, estás en Caracas, en Petare. Sé que no eres de por aquí, pero ¿algo te parece familiar?

El chico se encogió de hombros, miró a ambos lados, aunque era poco lo que se podía ver en medio de la noche, excepto la luna que se reflejaba en el medio del río, el cual no parecía tan sucio cuando se sometía al plata que proyectaba el astro.

—No... no sé, ya te dije, mi mente está en blanco y tengo sed.

—Descansa, trata de dormir un poco, en la mañana resolvemos —dijo Rafael, a quien el cansancio de la larga jornada le noqueó.

Peter se sentía un poco más animado por la presencia del gato, a quien decidió nombrar Mr. Boots más por cábala que por otra cosa. Pensaba que de alguna manera esto podría influir para que la Cofradía del Gran Conejo se diese cuenta de que estaba en apuros y buscara comunicarse con él a través del animal.

Al principio había supuesto que el animalejo se presentaría en alguno de sus sueños, por lo que trataba de dormir la mayor cantidad de tiempo posible, pero sin ningún resultado: las pocas cosas que había logrado soñar no se relacionaban ni remotamente con pasillos, ni puertas, ni animales que beben mimosas o participan en orgías. Cuando no eran pesadillas en las que un niño sin rostro caía y caía ante su impotencia, o una mujer que le daba la espalda mientras una serpiente reptaba por su entrepierna, se trataba de sueños sin sentido que casi ni podía recordar. Sin embargo, no perdía la esperanza.

Así que mientras más vías abriese, más oportunidades tendría. Estaba claro que era una pieza importante para el roedor y su corte, cofradía, hermandad o como-le-diera-por-llamarle, ya que se lo habían manifestado en más de una oportunidad, lo que le hacía suponer que, de una forma u otra, ellos estarían trabajando en su rescate o en algún plan para enderezar las cosas.

Si habían sido capaces de conferirle el poder que ahora ostentaba, el cual, irónicamente, no podía usar para salir del grave problema en el que se encontraba, no tenía dudas de que también lo serían para sacarle de allí. Era solo cuestión de paciencia. El problema era que por más que tratase de calmarse, la paciencia se le estaba agotando. Pensaba que cada segundo transcurrido era un segundo más en el que Jake se alejaba.

En ese momento recordó que en su último encuentro onírico le mencionaron una posibilidad, la cual —si bien le habían advertido que era muy peligrosa— era una posibilidad. Le asomaron que de alguna manera podría meterse en la mente de Mike, aunque eso pudiera significar el deterioro de la suya.

En realidad, a estas alturas, no le importaba.

Sin embargo, veía dos problemas. El primero: no le habían dicho y no tenía ni idea de cómo podría lograrlo, pero ya pensaría en algo. El segundo era más grave: en caso de que lograra entrar en la mente de su amigo, igual no podía decirle donde estaba, ni proveerle con ninguna pista que le ayudara a dar con su paradero, así que tal vez hacerlo no serviría de mucho. Pero podía tratar de averiguar dónde se encontraba o al menos algo que arrojaría una luz. La chica que había traído al gato —el cual ronroneaba feliz en su regazo, casi sin moverse desde que había llegado— era una candidata perfecta para ayudarlo. Tenía que esperar que viniera sola para iniciar una conversación que le creara un lazo con ella. El problema era el tiempo. De nuevo, no contaba con el tiempo necesario; tendría que arreglarse como pudiese.

Una vez en tierra, Waxa fue conducido a una elegante limosina negra, donde, al fin podría hablar con alguien de su mismo nivel jerárquico. Si bien el Sr. Jofiel siempre había sido un misterio para Waxa, estaba claro que su posición en la organización era importante. No era cuestión de establecer una comparación entre ambos, ya que el organigrama de La Hermandad era muy complicado, dividido y subdividido hasta el cansancio (como debía ser) para poder controlar todo lo que controlaban, que no era poco.

Lo que sí tenía claro el Conejo era que, dentro de la enredada estructura, Jofiel tenía la suficiente influencia como para cuestionar sus decisiones y viceversa, lo cual, de cierta forma, los hacía pares. Se tenían respeto mutuo y se encontraban con cierta frecuencia, pero por primera vez en forma humana.

—¿Cómo es eso de que ya no es necesario atender el problema del calendario?

—En realidad, por ahora es una suposición que cada vez cobra más fuerza...

—Entonces, para qué perder mi tiempo acá. Envíame de regreso que tengo mucho... — interrumpió Waxa.

—No tan rápido —le interrumpió Jofiel a su vez— mucho es lo que se tiene que hacer aquí.

—Es que no entiendo, llevamos años luchando contra esto, buscando la manera de detener lo que parecía indetenible, y ahora, cuando al fin parece que conseguimos la manera, de repente... como si nada, ¿lo cancelamos y ya?

—Deja el apuro y permíteme hablar —contestó el hombre, con calma, mientras se desplazaban en el tráfico, a esa hora bastante fluido.

Abrió una pequeña nevera y sacó dos vasos, colocándolos en la mesita que separaba a los dos hombres, luego una botella, la cual destapó y se disponía a servir. Waxa, de inmediato levantó su mano derecha, diciendo:

—Yo estoy bien, nada para mí, gracias.

El hombre lo observó, extrañado.

—Es jugo de arándanos, excelente para tu salud como humano.

—Ah, pensé que era licor —dijo Waxa, retirando su mano.

—¿Licor? ¿De dónde sacas una idea tan absurda?

Waxa, suponiendo que sería una imprudencia comentar el incidente del avión, se apuró en comentar:

—Entiendo que es costumbre de los humanos, y por lo que he visto estas cosas siempre lo contienen —haciendo un gesto despectivo hacia la nevera.

—Waxa, nosotros no somos humanos, no tenemos esas costumbres —contestó Jofiel, con tono severo.

—Está bien entonces, tomaré un vaso.

—El tema del calendario se ha complicado. Como bien sabes, la única manera de frenar la destrucción de la Humanidad, y con ella de nuestro mundo, descansa en el hecho de que es necesario que los humanos desarrollen una nueva conciencia, de lo que nos deberíamos haber encargado hace mucho, pero pecamos de complacientes y el asunto se nos salió de las manos; no es algo que debemos debatir ahorita.

—Lo hecho, hecho está —intervino el Conejo, mientras el hombre asentía—. Lo que no logro comprender es por qué no podemos utilizar a Mark-Hodges para ejecutar el plan que con tanto detalle diseñamos.

El hombre le hizo un gesto para que esperase. A Waxa le desesperaba su tranquilidad en una situación como aquella.

—El mundo se ha movido. Es otra cuestión que no debemos discutir ahora, pero es un hecho, es algo que tiene que ver con las líneas magnéticas de poder, esto ha llevado a que la confluencia de fuerzas... como te dije, no es el momento, pero el punto álgido es que los humanos, a los que tantas veces hemos subestimado, esta vez han ido muy lejos... han logrado, mejor dicho, están cerca de lograr una de las cosas que siempre hemos temido, ¿sabes de qué hablo? —El Conejo se llevó la mano a la barbilla, pensando. Se encogió de hombros, como preguntando—. Han desarrollado un aparato para controlar mundos paralelos.

Los ojos de Waxa se abrieron, reflejando terror.

—¿Aparato?

—Lo llaman la supercomputadora cuántica, lo cierto es que al fin comenzaron a darse cuenta de cómo van las cosas.

—Pe...pero, no es posible, no cuentan con...

—No parecía posible, pero lo fue. Lo es, han hecho demasiados avances. Claro que es algo muy rudimentario, pero con él pueden hacer mucho daño. Creo, incluso, que el final como consecuencia del calendario, sería más conveniente.

—¿Cuál es el plan? Supongo que tenemos algo. De paso, ¿cómo es posible que yo no supiese nada de esto?

Jofiel se pasó la mano por el cabello y se retiró una mota de polvo inexistente del lujoso traje que llevaba, al tiempo que se aclaraba la garganta. Volteó a la derecha para ver los vehículos que transitaban por la autopista, lo que comenzaba a desesperar a Waxa.

—En principio, solo yo estaba enterado, más bien me parecía algo divertido, una de esas mentes extraviadas que de cuando en cuando surgen, pero que al final no llegan a nada, bien sea porque los demás los consideran locos o por no contar con las herramientas o equipos para llevar a feliz término sus invenciones. Lo descubrí por casualidad, pero no hice más que una nota mental para echarle un ojo a su progreso, el cual veía muy cuesta arriba. Con el pasar del tiempo, un grupo de científicos, físicos teóricos, se incorporaron al proyecto y comenzaron a realizar investigaciones más profundas, primera señal de alarma, si entiendes a lo que me refiero —dijo, mirando al Conejo a los ojos como quien espera la aprobación de un colega.

Waxa se limitó a asentir y le hizo señas para que siguiera.

—Estos hombres llevaron el proyecto a sus universidades, excitados con la promesa de una tecnología que les iba a permitir demostrar la existencia de universos paralelos y de inmediato comenzaron a recolectar dinero de inversionistas privados, también embelesados con las posibilidades. Hasta ese momento solo habían descubierto que las partículas a niveles atómicos o subatómicos podían estar en dos lugares al mismo tiempo, lo que si bien abre el campo, todavía está lejos de desarrollar métodos y procedimientos más complejos.

—Ya en los cincuenta, un científico de Princeton, no recuerdo su nombre, Everett o algo así había desarrollado una teoría similar —intervino Waxa— que no llegó a nada.

—Correcto, pero no tuvo el apoyo ni los recursos que esta gente logró reunir. Pero eso no es lo peor. Como todo entre los humanos, un grupúsculo con malas intenciones se hizo con el proyecto. Mientras, los científicos siguen avanzando, sin saber que trabajan para ellos. Ya la situación había llegado a un punto donde pensé en informarles, pero no lo hice por vergüenza, convencido de que podía resolverlo solo. Por supuesto que esto me rebasó en un instante y ahora estamos en un punto grave. Pero, no acaba aquí. Han expandido sus tentáculos por todos lados y lograron enterarse de la existencia de Gunga y de lo que es capaz de hacer. Una de las mentes malévolas involucradas, inmediatamente sumó dos más dos y llegó a la conclusión de que el escritor era la única pieza que necesitaban para completar el proyecto.

—¿Lo dices en el sentido de llegar hasta nosotros para chantajearnos?

—No, nada de eso. Ellos no saben de nuestra existencia, simplemente saben que Peter tiene que estar ligado a fuerzas superiores y que es capaz de alterar realidades en universos paralelos, deben suponer que es portador de algo muy valioso con lo que pueden adelantarse porque, dicho sea de paso, no es un solo grupo el que lo está desarrollando.

—Entiendo —dijo Waxa, reflexivo— pero entonces nuestro plan original no se ha modificado, al menos en forma.

—Eso es correcto, es necesario que rescatemos a Peter. ¿Tienes alguna idea de cómo vamos a hacerlo?

—Pensé que ustedes tendrían algún plan a estas alturas.

Jofiel negó con la cabeza.

—Ninguno. Está muy difícil.

—Es hora de que pensemos en algo y ¡rápido!

Acostumbrado a dormir casi con un ojo abierto, alerta de lo que pasa a su alrededor, el alba despertó a Rafael, quien se sentía exhausto no solo por toda la actividad física del día anterior, sino por las emociones que le había tocado vivir. Aletargado, dudó si el episodio con el chico la noche anterior había sido real o se trataba de un sueño.

Allá estaba, durmiendo a su lado, apoyando el lateral de su cara sobre su mano derecha. Tan pronto Rafael se acercó, el chico abrió los ojos, incorporándose. Le vio sonreír por primera vez, aunque se trataba de una sonrisa triste.

—¿Cómo amaneces? ¿Pudiste dormir?

—Sí, bien —contestó el chico, entrecerrando los ojos pues el sol le daba de frente en la cara.

—¿Has logrado recordar algo?

El joven negó con la cabeza. Rafael se acercó y este retrocedió un paso, asustado.

—Tranquilo, quiero ver si cedió la fiebre.

El chico lo miró con recelo pero se quedó quieto.

Rafael colocó la mano sobre su frente, notando que había disminuido.

Todavía con su mano derecha en la frente, con la parte frontal de los dedos de la izquierda le tocó el cuello, como recordaba haber visto a su madre hacerlo cuando su hermano enfermaba. Al contacto de las dos manos, el chico dio un respingo y a Rafael le pareció como si una onda eléctrica que se originaba en sus manos recorría todo el cuerpo del muchacho.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, asustado, pensando que podría haberle causado algún daño.

—No lo sé —contestó el chico—. Cuando me tocaste, sentí algo, eh... no sé cómo explicarlo, me pareció ver una luz y una imagen que comenzaba a formarse, pero tan rápido como apareció se fue. Estoy seguro de que había algo... en realidad, no sé.

Rafael, quien se había retirado un paso, se quedó pensando. Estaba seguro de que no era la persona más adecuada para hacer un análisis, en principio pensó que el chico estaba un poco chiflado, pero luego, se dijo que lo que él había sentido, la fuerza de la onda que pareció expandirse y crecer, era real. Y él no estaba loco, o al menos así lo pensaba. Allí debía haber algo, solo que no sabía qué.

—Intentémoslo de nuevo.

El chico accedió y Rafael volvió a colocar sus dos manos en la misma posición que antes, pero sin obtener ningún resultado.

—¿Sentiste algo?

—Nada. Tal vez debas hacerlo como antes, primero una mano y luego la otra.

Rafael lo intentó, de nuevo sin resultados.

—Ya veremos luego —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Estás seguro de que no recuerdas tu nombre?

—Estoy seguro.

—¿Carlos? ¿Manuel? ¿John? ¿Luis?

Negó con la cabeza a todas.

—La verdad es que no lo sé.

—Bueno, igual necesitas un nombre. Escoge uno.

El chico se quedó pensando.

—¿Chuck? —preguntó al cabo de un rato.

—Es un poco ridículo, pero si te gusta, Chuck será. Ahora vamos a ver dónde conseguimos algo para desayunar, me muero de hambre.

—Yo también —dijo Chuck.

Peter estaba a la espera de la chica, pero fue Herman quien se presentó dos veces, la primera para ver cómo se encontraba y la segunda para informarle que más tarde tendrían una reunión con los dos doctores para analizar los resultados del experimento, como si a Peter le importase una mierda. Sin embargo, tenía que hacer de tripas corazón si quería tener algún chance de salir de aquel encierro.

En la segunda visita del científico, Peter había tanteado el terreno a ver si podía sacar algo del doctor, pero se dio cuenta de que aquello no iba a ningún lado y como no quería ponerlo en alerta, decidió apegarse a su plan original y le preguntó si podía enviar a la chica para hacerle unas preguntas acerca del gato, explicándole que para él era muy importante conocer todos los detalles posibles acerca de su nuevo amigo. Herman le dijo que ella estaba ocupada en el laboratorio, pero que tan pronto se desocupara, la enviaría. Para Peter, el hombre era un inmenso cabrón, pero estaba claro que trataría de complacer a su gallina de los huevos de oro.

Peter seguía observando al gato, tratando de detectar cualquier señal que le permitiese conectarse con el conejo, a quien jamás había extrañado tanto. Sin embargo, el animal se comportaba como un gato cualquiera, juguetón a ratos, pero siempre manteniendo su distancia e imponiendo su propia agenda. Por alguna razón, una corazonada le decía que aquello iba a funcionar.

Al cabo de un rato, la chica ingresó en la habitación, sola, para alivio de Peter. Había tenido mucho tiempo para ensayar las diferentes formas en que se aproximaría a ella para obtener la información que necesitaba. Flirtear nunca había sido lo suyo. Eso se le daba mejor a Mike, pero siendo un escritor, estaba acostumbrado a tener que usar el sombrero que ameritase la ocasión. Así que, si tenía que flirtear, flirtearía.

Anna, que era como se llamaba la chica, no llevaba anillo, por lo que Peter asumió que sería soltera. Lucía de treintipocos, esbelta, definitivamente no era una rata de laboratorio. *Aunque si trabaja con esta gente, es muy posible que sea otro tipo de rata*, pensó. El cabello castaño le bañaba los hombros y el hoyuelo que se le hacía en la barbilla al sonreír, la convertía en una chica muy atractiva.

—Me dijeron que requería de mi ayuda, señor Mark-Hodges.

—Llámame Peter, me haces sentir como un anciano.

—Muy bien, Peter, ¿para qué soy buena? —preguntó, sonriéndole.

—Me gustaría saber dónde lo consiguieron —dijo, señalando al gato, que dormía enroscado sobre la parte inferior de la cama.

La chica le miró extrañada. A Peter le pareció ver suspicacia en su mirada.

—Soy amante de los gatos, me gusta conocer su procedencia. ¿Sabes que su personalidad depende mucho del entorno donde han sido criados? —improvisó Peter antes de que la chica pudiese leer sus intenciones. La expresión de ella parecía indicar que no pensaba que los gatos tuviesen personalidad.

—No estoy segura, pero creo que lo trajeron de *Alexandria*.

Peter asumió que se refería a *Alexandria*, Virginia. De ser así, no tendría nada de raro que se encontrase en *Langley*, lo cual era cónsono con la seguridad en las instalaciones y la infraestructura que le rodeaba, pero igual necesitaba algo más específico. Lo que sí tenía claro era que se debía tratar de un lugar de esos que les gusta mantener en secreto, ya que ningún miembro del personal llevaba identificaciones, comunes en cualquier dependencia gubernamental.

—No será un gato de los que utilizan para experimentos, ¿verdad?

—Claro que no, aquí no hacemos eso.

Por supuesto, experimentan con humanos, pensó Peter.

—¿Dirías que es un gato local? —preguntó, cambiando el curso.

—¿A qué te refieres?

El gato se había levantado y luego de estirar las patas de adelante, se acercó a Peter, a quien ya reconocía como su dueño.

—Quiero decir que si será un gato que creció acá en Virginia o crees que lo hayan traído desde otro lugar —quería corroborar que en efecto estuvieran en Virginia. No sabía si la joven mordería el anzuelo, pero la pregunta le serviría como prueba para saber qué tan involucrada estaba, además de ver qué tan secreto era todo aquello.

La chica se quedó pensando.

—No estoy muy segura, pero yo diría que en efecto es un “gato local” como lo llamas, aunque no tengo ni idea de para qué te pueda servir esa información.

—Cuando la Agencia te captura, quiere utilizarte como conejillo de indias, además de pensar que eres el portador del Santo Grial y te retiene contra tu voluntad, créeme, que esa y otras preguntas pueden venir a tu mente —replicó Peter, riendo, pero observando a Anna con detenimiento a ver como reaccionaba a lo que le había dicho.

Ella se limitó a enarcar las cejas.

—Vaya —fue lo único que dijo, pero Peter no vio nada en su expresión que desmintiera lo que decía, así que supuso que, en efecto, era la CIA quien le había capturado, lo cual en cierto modo lo tranquilizaba un poco y le daba un punto de partida en caso de que pudiese activar el plan de comunicarse con Mike por telepatía, o lo que fuese que mencionó el Conejo.

Esa información también podría serle útil si, de alguna forma el gato, materializaba su esperanza de comunicarse con él. Rió pensando hasta qué punto su sanidad mental se vería comprometida ante los ojos de cualquiera, pero si ya lo habían hecho Mr. Boots en su casa —en una vida que sentía a millones de años luz de distancia— y el gato que se sentaba en la Sala Situacional, por qué no este también.

Rafael y Chuck, como comenzó a llamar al chico a falta de un nombre verdadero, salieron en busca de algo que les quitase el hambre pero sobre todo que calmase la sed del joven, quien se encontraba al borde de la deshidratación. En general, cuando Rafael no había hecho ningún trabajo

o se había procurado algún dinero, recurría a la compasión de los transeúntes para conseguir algo de comer.

Lo primero que hizo fue conseguirle un vaso de agua, en una fuente de soda donde trabajaba un joven que conocía. Luego de pedir dinero por un buen rato, lograron reunir para compartir una empanada. El chico se sintió mejor luego de ingerir líquido y probar alimento, aunque se encontraba muy débil todavía.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó Rafael, a lo que Chuck se encogió de hombros.

—No tengo idea de dónde estoy.

—¿Nada te parece familiar?

—Nada. Nada en absoluto.

—Caminemos a ver si ves algo que te refresque la memoria.

Luego de un rato vagando por las calles, con Rafael preguntando a cada momento si reconocía algo y el otro contestando que no, se consiguieron de frente con el policía que les había permitido desligarse del incidente de la noche anterior. Rafael se asustó, pensando que el oficial iba a querer arrestarles o algo, pero este lo único que hizo fue disculparse por no haber podido presentarse en el hospital.

—¿Los atendieron bien?

—Sí, todo bien —dijo Rafael, mientras Chuck los miraba a ambos, extrañado.

—Pero veo que no te han curado ese brazo —dijo el policía al ver sangre seca en el antebrazo del chico.

—Estaban muy ocupados —improvisó Rafael con rapidez— debo volver ahora más tarde, dijeron que no era nada.

El hombre asintió, aunque no parecía muy convencido.

—No lo dejes para luego, se te puede infectar.

—Gracias —contestó, tomando a Chuck por el hombro y alejándolo de allí antes de que otra pregunta del oficial lo llevase a cometer alguna imprudencia. Apenas le puso su brazo en el hombro, volvió a sentir el mismo impulso que había sentido antes.

Los dos se vieron a la cara, mientras el policía se alejaba en dirección contraria.

—¿Lo sentiste? —preguntó Chuck.

—Sí, claro —contestó Rafael, excitado—, ¿qué es?

—No lo sé —dijo el chico, pero de repente se llevó las manos a las sienes, cayendo arrodillado al suelo.

Rafael se arrodilló a su lado, preocupado.

—Tenemos que ir a la cerca, hay gente armada —dijo el chico.

—¿Qué? ¿De qué hablas, qué cerca? —preguntó Rafael, confundido.

—No sé, no sé, es lo que he visto.

—¿Visto?

—Sí, una cerca, hombres armados custodiándola. Debemos ir allí. Ahora.

SingSong Inc. era el nombre de la compañía que habían creado en la Tierra, la cual cumplía su rol de fachada para las operaciones de La Hermandad a la perfección. Y es que no era una fachada propiamente dicha. *SingSong* era una compañía muy exitosa que creaba *microchips* para todo tipo de aparatos electrónicos, siendo los teléfonos móviles y los computadores personales sus líneas más importantes.

Waxa había visto sus oficinas en infinidad de oportunidades, aunque en general se comunicaba

con la sede principal en *Silicon Valley*. Las oficinas de Virginia, aunque mucho más pequeñas, no tenían nada que envidiarles a aquellas en cuanto a lujo. Desde acá se negociaban tratos importantísimos con muchas de las empresas fabricantes de todo tipo de aparatos de telecomunicaciones para el gobierno, dada la cercanía con su sede administrativa.

Nadie podría tener tan siquiera una ligera sospecha de que *SingSong* era responsable de todas las operaciones de la Cofradía. Jofiel, quien dirigía la sede de Virginia, condujo al Conejo a su oficina en el último piso, conformada por ventanales que brindaban una vista que quitaba el aliento.

—No creo que no hayas pensado algo para sacar a Gunga de allí.

—En principio pensé que sería muy simple llegar hasta él, con todos los contactos que tenemos en la CIA.

—Pero... —preguntó Waxa, impaciente.

—Ya sabes que lo tienen en una División olvidada, a la cual nuestra gente no tiene acceso. Y no lo tiene, justo porque a nadie le interesa esa División... hasta que se descubra lo de Peter. ¡Oh, sí!, ahí sí se va a armar la gran fiesta.

—¡Joder! —Dijo Waxa, golpeando la amplia mesa de vidrio— Tiene que haber una forma de entrar. Tú solo encárgate de meterme, yo hago el resto. Es demasiado importante.

—¿Crees que no lo sé?

—Bueno, busca la manera, llama al jodido presidente de los Estados Unidos si tienes que hacerlo, pero méteme.

Waxa había perdido toda amabilidad y Jofiel se dio cuenta de que no estaba dispuesto a aceptar ninguna excusa.

Era la hora de utilizar los contactos que no quería.

Al menos le parecía que había logrado determinar su localización, lo cual suponía una pequeña victoria. Aunque tal vez no sirviera de mucho, saber que probablemente se encontrara en *Langley*, a partir de lo que había dicho Anna, era algo. Claro que no sabía si se encontraba dentro de las instalaciones de la Agencia o en algún otro lugar, donde pudiesen mantenerlo alejado de la vista de quienes siempre suponen que la mayoría de las operaciones de la CIA son ilegales.

Para Peter no había duda de que lo que estaban haciendo con él era ilegal, por el simple hecho de que lo hacían en contra de su voluntad. Por supuesto que no faltaría quien dijese que se trataba de un asunto de seguridad nacional, pero a Peter aquello le valía mierda. Podrían irse todos a tomar su seguridad nacional por el culo. Y que le dieran a la bandera, también.

La cosa era que en caso de que pudiera meterse en la mente de Mike, aun a sabiendas de lo que le había dicho el maldito conejo, decirle que se encontraba secuestrado por gente de la CIA, probablemente dentro de sus instalaciones, quizás no bastaría para que pudiese ayudarlo.

Pero era un comienzo. Al menos uno de sus dos problemas iba mejorando. Ahora faltaba ver como lo lograría, como podría ingresar en la mente de Romero. Suponía, por sentido común, que sería de la misma forma en que el Gran Conejo Azul y su séquito de alimañas ingresaba en la mente de él: a través de los sueños.

No sabía si necesitaba realizar una invocación o algún procedimiento especial, pero desde muy joven había aprendido a hacer las cosas por ensayo y error, así que era lo que tocaba. Pensó que si se concentraba mucho —mientras buscaba deslizarse por el tobogán que llega al mundo de Morfeo— tendría probabilidades.

Se acostó, abrazando al gato —quien al principio se rehusó dada su naturaleza felina, pero

luego pareció encontrar una posición cómoda— pensando en Mike y en lo que significaría ingresar en su mente. Estaba consciente de que era arriesgado, pues el procedimiento iba en detrimento de su salud, como había sido advertido, pero no tenía miedo.

Tenía que intentarlo. Por Jake. Por Christine. Por él.

3

Muy preocupado, Rafael no dejaba de mirar en la dirección en la que se alejaba el policía, aunque también se fijaba en los transeúntes que les esquivaban, ya paranoico al pensar que cualquiera le avisaría y al final los apresarían. Hizo un esfuerzo supremo por controlarse mientras Chuck seguía todavía en el suelo, manos detrás de las sienes, columpiándose.

No era la primera vez que veía a alguien en esa actitud, pero recordó que lo hacían porque sufrían un tipo de enfermedad que no conocía, pero tenía que ver con la mente. Estaba seguro de que no era el caso de Chuck, no mostraba ningún signo, más allá de no recordar de donde venía.

—¿Estás bien? —le preguntó, tocando su hombro. Chuck levantó su húmedo rostro hacia él.

—Tenemos que ir allá —contestó, entre sollozos.

—¿No será que tienes hambre todavía? —preguntó Rafael, asustado, sin saber cómo manejar la situación.

—Podría comerme otra *empacada* de esas, o seis —dijo Chuck, sonriendo, lo que le levantó un poco el ánimo.

—Empanadas, se llaman —le corrigió.

—Como sea, igual me gustan, pero no cambies el tema, necesito ir allá.

—Pero, ¿allá dónde? No sé de qué hablas.

El chico se le quedó mirando con ojos tristes, lo que hizo que los suyos se nublaran también. No sabía por qué sentía esa empatía con el muchacho, era algo que nunca había experimentado hacia nadie, a muy temprana edad había aprendido a ver por su propia sobrevivencia antes que cualquier otra cosa.

—Lo sé, yo tampoco tengo idea, pero tengo que ir, no puedo explicarlo.

Rafael se quedó pensando con la barbilla recostada en su mano derecha.

—Creo que sé lo que tenemos que hacer —dijo de repente.

—¿Qué será?

—Conozco a un hombre muy inteligente, siempre está leyendo y eso —tuvo que hacer una seña con la mano a Chuck, quien se preparaba para interrumpirle— y otras veces que he tenido dudas le he consultado y sus consejos siempre han sido acertados. Además, según dicen, él tiene poderes. O eso he escuchado. No sé muy bien a que se referían, pero parece que puede adivinar cosas, ese tipo de mierdas, tú sabes.

El niño se le quedó mirando, como tratando de ver más allá de él.

—En realidad no sé a qué tipo de mierdas te refieres, pero, en este caso particular, qué puede saber...

Rafael se encogió de hombros. —Al menos más que nosotros, que no sabemos nada.

Chuck sonrió, encontrando lógica en su razonamiento.

—¿Y será fácil encontrarle?

—Ya veremos, tengo tiempo sin verlo, pero si aún está vivo, sé dónde estará. Vamos.

Cuando las luces de la coctelera de una patrulla que apareció detrás de ellos —como de la nada— cobraron vida, al unísono con un corto ulular de su sirena, Mike abrazó la ligera esperanza de que las autoridades, una vez al tanto de su situación, les llevaran a un mejor destino que al que se encaminaban con el grasiento hombre de los tatuajes. No sabía si era un golpe de suerte o más bien iría en detrimento de las posibilidades de Peter. Alguien que estuviese de su lado no iba a ser tan violento como Hancock, sobre todo cuando había estado a punto de golpear a Christine. Por otro lado, también afectaba sus propias posibilidades. Fuese por la razón que fuese, para ese momento eran fugitivos de la justicia, con su foto rodando al menos a nivel local, quién sabe si nacional, por lo que de ser atrapados se verían en problemas muy graves.

Sin embargo, pensándolo mejor, tampoco parecía representar una solución, ya que al final sería su palabra contra la de... quién sabe, pero de seguro de alguien que tendría sus tentáculos bien arraigados como para haber orquestado todo aquello. Hancock, sin otra opción, orilló el vehículo y se detuvo. Aunque había detenido el sangramiento de su oreja con un paño, la sangre seca no era una buena forma de comenzar con el oficial, quien se estaba bajando de la patrulla.

Christine, al voltear la cabeza vio la linterna del policía alumbrando en su dirección lo que le hizo entrecerrar los ojos. Hancock, a quien por alguna razón le vino a la mente *West Side History*, volteó, amenazador, diciendo:

—Si quieren conservar la vida del oficial Krupke, mejor no digan una palabra.

Christine y Mike intercambiaron una mirada.

—¿Está claro? —les conminó el hombre, mostrándoles el arma, que colocó sobre el apoyabrazos de su puerta.

En ese momento, Mike estuvo seguro de que nada bueno podría salir de aquella situación.

Se encontraba con el brazo izquierdo apoyado en el asiento y el torso ladeado de forma que podía ver tanto a Christine como a Hancock, así como al oficial que se acercaba. Con cada paso que daba el hombre, se intensificaba el dolor de cabeza que le ocasionaba la incertidumbre de lo que vendría a continuación.

Todo aquello era muy extraño para Rafael, quien se sentía como llevado por una fuerza externa; parecía que no era él quien tomaba las decisiones, sino que alguien lo manejaba cual títere en un espectáculo. Y es que Arcadio había estado fuera de su mente por largo tiempo.

Varios años atrás, ya no recordaba cuántos (aunque eran pocos los transcurridos desde que había decidido lanzarse a la calle, le parecían una eternidad) alguien que había conocido en su deambular le había llevado al Parque Nacional El Ávila, un lugar increíble que no parecía estar dentro de la misma ciudad en la que vivía, entrelazado con esa jungla de cemento. Se trataba de un lugar muy hermoso, con una vegetación exuberante, dueño de una paz que no se respiraba en sus afueras, salpicadas por el bullicio y la maldad. Anclado en una montaña que rodeaba buena parte de la ciudad, al escalar su bondadosa cuesta se conseguían riachuelos del agua más pura.

Luego de subir mucho más allá de donde llegaban los ciudadanos, buscando desintoxicarse un poco de sus rutinas, o quemar un poco de las grasas saturadas que ingerían para poder seguir el ritmo de la ajetreada vida que llevaban, en el punto donde se apagaban los ruidos de la urbe, y luego de recorrer un sendero semioculto —pues no eran muchos los que se aventuraban hasta allí— llegaron a una especie de cueva, donde consiguieron a un hombre, casi un ermitaño que decía llamarse Arcadio.

Delgado, de ralo cabello largo domado por una bandana deshilachada, parecía el típico gurú

de una producción hollywoodiense de bajo presupuesto, pero su voz... su voz tenía algo que encantaba, que relajaba y que hacía sentir seguro a quien la escuchaba, como si el hombre contuviese toda la sabiduría del universo entre sus sienas.

Quien le había llevado hasta allí, había desaparecido sin dejar rastros. El muchacho decía ser el hijo de Arcadio (lo que el hombre nunca negó, pero tampoco corroboró, ya que era de pocas palabras). No era de extrañar para Rafael, quien estaba acostumbrado a que para los de su clase, cualquier día podía ser el último. Lo cierto es que nunca le volvió a ver, pero sí volvió a visitar a Arcadio, al principio queriendo conocer la suerte de su amigo, a lo que el yogui se había encogido de hombros (y le pareció haber notado un mínimo movimiento de negación con su cabeza, pero no estaba seguro). Posteriormente, volvió otras veces. Y volvió porque al lado del hombre se sentía seguro; no era cuestión de que él jugase el papel de figura paterna, porque ya Rafael sabía moverse en las calles. Pero algo en aquel hombre le hacía regresar cuando no se sentía en paz consigo mismo. Su amigo, el supuesto hijo, le dijo que Arcadio era una especie de deidad, claro que se lo expresó en términos muy diferentes, pero fue lo que quiso decir. Le contó que era capaz de adivinar el futuro, pero de charlatanes ya bastante cuerda había tenido. Lo cierto es que el hombre le había brindado, las pocas veces que había abierto la boca en su presencia, valiosos consejos, y, por qué no admitirlo, una especie de protección, que le permitía seguir acá, o al menos, así lo creía Rafael.

Aunque tenía mucho tiempo sin evocar a aquel hombre, de repente, un pensamiento se había apoderado de su mente, un pensamiento que invadió todo su raciocinio y le convenció de qué era allí a donde debían dirigirse. No estaba seguro cómo Arcadio podía ayudarlos, pero por alguna razón, sabía que lo haría.

Caminaron hasta la estación del metro más cercana, donde tendrían que colarse ya que no contaban con dinero, lo cual no representaba un problema, ya que lo hacía con frecuencia y parecía que las autoridades no le daban ninguna importancia.

—Al llegar a Altamira tendremos que caminar un poco —dijo a Chuck, quien estaba pensativo pero tranquilo pues le había convencido de que Arcadio sabría cómo actuar. No es que lo creyese del todo, pero al menos era algo. El chico se encogió de hombros y continuaron en silencio hasta llegar a su destino.

La empanada, o la media empanada ya había recorrido sus sistemas digestivos y aunque Rafael sabía que la caminata que les esperaba era larga, no podía hacer nada al respecto.

Estoy seguro de que, si tratamos de avisar al oficial, es hombre muerto, pensó Mike. Tiene que haber una forma de alertarlo acerca de lo que pasa sin que este bruto se dé cuenta, pensó Christine. Seguro que estos dos van a intentar algo, tengo que actuar con mucho cuidado, pensó Hancock.

Mike le hizo una seña casi imperceptible a la mujer, tratando de calmarla, como indicando que tenía la situación bajo control, lo cual era como pensar que la luna estaba hecha de queso. Lo último que deseaba era que se formase una balacera allí y aunque no tenía ningún plan, improvisaría sobre la marcha.

—Está claro, no diremos nada.

Hancock asintió, al tiempo que no dejaba de escrutar el retrovisor en busca del compañero de Krupke. Le parecía muy extraño que un policía solitario tratase de detener un vehículo, menos en las condiciones actuales. Sin embargo, nada parecía indicar que el funcionario, que ya se detenía a nivel del conductor, estuviese acompañado. Pensó que eso aumentaba sus posibilidades de salir

ilesos de aquel inconveniente que no estaba entre sus planes.

—Licencia y registro —dijo el oficial tan pronto Hancock bajó el vidrio.

—Buenas noches, oficial. ¿Tengo alguna luz quemada o algo? No creo que fuese a exceso de velocidad —dijo Hancock, mientras Christine notaba que su mano izquierda acariciaba el arma que el efectivo no alcanzaba a ver.

—Es cuestión de rutina. ¿Me permite sus documentos, por favor? —volvió a preguntar el joven oficial.

—No faltaba más, oficial —contestó Hancock, estirándose para tomar el registro de la guantera del vehículo. Tomando de su billetera la licencia, le entregó ambos documentos.

Mientras tanto Christine y Mike se mantenían impávidos, observando los movimientos del hombre. Christine estaba aterrorizada, pensando que en cualquier momento aquel bruto podía dispararle al oficial. Temía no solo por este, sino por lo que se desataría a continuación. Mike trataba de conseguir una oportunidad de hacer algo, aunque en realidad no sabía qué.

El oficial iluminó los documentos con su linterna y les pidió que esperasen en el vehículo.

—¿Es realmente necesario? —preguntó Hancock.— Vamos, no hemos hecho nada y llevamos prisa.

La oreja con sangre era la derecha por lo que el oficial no alcanzaba a verla, lo que le pudiese haber salvado.

—Es rutina, solo tomará un momento —replicó el joven al tiempo que comenzaba a girar el cuerpo para dirigirse a la patrulla.

—¿No puede hacerlo su compañero? —preguntó Hancock. Christine observó con terror como introducía el dedo en el gatillo. Se disponía a gritar cuando Mike la tomó por el brazo, sobresaltándola, ya que se mantenía atenta a los movimientos del hombre.

—Estoy solo... —fueron las últimas palabras del joven oficial. Hancock no necesitaba escuchar nada más. Todo sería más fácil si no había un compañero que diese la voz de alarma. Claro que, si Krupke había sido fiel al procedimiento, ya habría informado que se disponía a detener un vehículo, y, estando solo, hasta el número de placa del vehículo habría radiado. Pero de aquí a que la central reaccionase, dado el zafarrancho que estaba prendido, irónicamente buscándolos a ellos, tendría tiempo más que suficiente para ponerse a cubierto y terminar la misión que le habían encomendado. En un movimiento que ni Mike ni Christine llegaron a apreciar por la velocidad con que lo había ejecutado, Hancock tomó la pistola y le instaló un disparo en el medio de la frente al oficial, quien según su identificación se trataba de S. Credent, un joven que iba en ascenso ya que su pasión era proteger y servir. Tanto, que su turno había acabado hacía varias horas, pero se había distraído y se encontraba regresando a la central cuando el vehículo donde viajaban Christine y Mike, prisioneros de Hancock, le había llamado la atención y había decidido realizar una rápida comprobación. Claro que no estaba al tanto de las descripciones de los considerados fugitivos, lo que quizás le hubiese alargado la vida.

El joven cayó al piso con un golpe sordo, mientras Hancock arrancaba a toda velocidad y se perdía en la noche, con una sonrisa en el rostro al recordar al policía de la película mientras entonaba la famosa línea, *dear officer Krupke, fuck you.*

Al llegar a la entrada del parque enclavado en la montaña, luego de recorrer a pie la enorme subida desde la estación del metro, el cielo comenzó a llover sus lágrimas grises, lo que Rafael vio como un mal augurio. Era muy supersticioso, sobre todo cuando se trataba de señales que venían de la naturaleza.

Sin embargo, el verdadero camino era el que los llevaría desde la entrada del parque hasta el lugar donde esperaba encontrar a Arcadio, escarpado y de difícil acceso, luego de haber dejado atrás el trazado para los senderistas. Tras hidratarse a plenitud en la ladera de la montaña, para el joven una forma de calmar el hambre, se contentó al ver que, si bien continuaba la lluvia pertinaz, en el cielo había aparecido el sol, creando una sensación muy agradable y hasta generando un arcoíris que se divisaba a lo lejos, lo que, en su mente, conjuraba el mal presagio y lo convertía en esperanza.

—¿Hasta cuándo subimos? —preguntó Chuck, casi sin aliento.

—Falta poco —contestó Rafael entre jadeos.

—Lo mismo dijiste hace rato.

—Bueno, ahora falta menos.

Se encontraban escalando una montaña que Rafael no recordaba tan escarpada, pero seguro de que aquel era el camino. Imaginó que Arcadio lo había elegido así porque estaba claro que no le gustaba que le molestasen.

El suelo húmedo a veces jugaba a su favor y otras veces en su contra, pero al fin alcanzaron la cima. Rafael hizo una seña hacia lo que parecía la entrada de una cueva y los dos chicos se dirigieron hacia ella a paso veloz utilizando las pocas energías que les quedaban. No se trataba de un lugar que alentase a la visita. La entrada, casi una rendija en la base de la montaña, podía pasar como una formación cualquiera de la roca. Rafael sabía que por allí se accedía porque había estado antes, pero Chuck le miró, incrédulo. Al adentrarse, aún no se veían señales de vida, pero Rafael le hizo una seña para que lo siguiese, como si de alguna forma no quisiera interrumpir el pacífico silencio que imperaba allí dentro. Doblaron por un recodo hacia la derecha, tras lo cual la luz del exterior se hacía cada vez más exigua. Al cabo de unos veinte metros volvieron a doblar, esta vez a la izquierda, llegando a un lugar que se encontraba casi en penumbra. Rafael sacó el encendedor, lo que les permitió ver que se encontraban en una estancia casi circular que parecía no tener salida.

Cuando ya Rafael comenzaba a dudar que hubiese tomado la entrada correcta, una voz que parecía provenir de ultratumba, no solo por lo ronca sino por el eco que producía en la cueva, invadió la estancia:

—Bienvenidos.

Rafael se puso alerta, pero no se impresionó al reconocer la voz de Arcadio. Chuck, en cambio, se asustó, llevando sus manos a la cabeza como tratando de protegerse de un enemigo invisible, mientras buscaba por todos lados la procedencia de aquella voz. Su sobresalto fue mayor cuando se materializó un hombre de cabello largo vistiendo una especie de túnica blanca desde el fondo de la estancia. En ese momento, Rafael se dio cuenta de que, por la falta de luz, lo que en principio parecía una pared continua, eran dos formaciones rocosas con un espacio entre ambas, que era por donde había salido el hombre, dando la impresión de haber aparecido de la nada. Esto le produjo una sonrisa al ver a su amigo sin palabras, quien ya se le acercaba como buscando protección.

—Les esperaba, por favor, acompañenme —dijo el hombre, invitándolos con una seña a seguirle por donde había salido.

Chuck miró a Rafael con ojos desorbitados, como implorándole que huyeran de allí a toda velocidad, pero este tan solo le puso la mano en la nuca, indicándole que todo estaba bien por medio de una gran sonrisa. Se percató de que hacía mucho tiempo que una no iluminaba su rostro. Tras recorrer los pocos pasos que les separaban del lugar por donde Arcadio había desaparecido, siguieron su dirección y al doblar entraron a una estancia iluminada por dos velas.

No había ningún tipo de mobiliario, excepto una alfombra desgastada en la cual Arcadio acababa de sentarse en posición de loto. El hombre les hizo señas para que lo imitasen.

—Hace un momento dijo que nos esperaba, si no escuché mal —comentó Rafael, mientras se sentaba y conminaba a su compañero a hacer lo propio. — Disculpe, no le he saludado. ¿Cómo está, señor Arcadio? Él es...

—Sé muy bien quién es —le interrumpió el hombre. — En efecto, les esperaba.

—Pe-pero, ¿cómo? ¿A qué se refiere?

—Usted sabe de los hombres en la cerca, ¿no es así? —terció Chuck.

El hombre levantó ambas manos desde sus muslos y con los pulgares casi unidos las movió arriba y abajo con lentitud en un movimiento casi hipnótico, indicándoles que esperasen, al mismo tiempo que con la seña les pedía calma. Toda la estancia se iluminó en una suerte de flash que confería un efecto estroboscópico a las manos del hombre. Ambos chicos se miraron, asustados, cuando un trueno estalló con fuerza demoníaca en la distancia. A Chuck le pareció ver una ligera inclinación en la comisura de los labios del hombre, el comienzo de una sonrisa en esa cara seria, quizás producto de que confundiesen un relámpago con una experiencia mística.

Arcadio puso su pulgar derecho en el medio de la frente de Chuck, donde lo dejó reposar un momento, para luego colocar ambas manos en los hombros del chico. Cerró los ojos mientras entonaba un cántico en una lengua extraña para ambos jóvenes, quienes no entendían las palabras, pero las sentían; la aterciopelada voz del hombre los arrullaba, les transfería una calma que jamás habían experimentado. Cuando la melodía cesó, el hombre abrió los ojos y los alineó con los de Chuck, quien sostuvo su mirada tanto como le fue posible.

Sin embargo, esa mirada penetrante no era fácil de sostener y el chico rompió en llanto. Arcadio se mantuvo impassible mientras Rafael tuvo la intención de moverse a consolar a su amigo del que se sentía más que responsable. El hombre le indicó con la mirada que se quedara dónde estaba.

—Hijo, no te preocupes, no hay nada que temer...

—Pero los hombres en la cerca son malos —le interrumpió Chuck entre sollozos.

—Es verdad, son malos, pero no es una batalla que tú tengas que librar.

Rafael sintió que se iba a volver loco, ahora comprendía menos.

—¿De qué cerca habla? —preguntó.

—No es el momento de pensar en eso. Es necesario actuar rápido —dijo Arcadio, levantándose. — Vengan.

El hombre se levantó y comenzó a caminar a paso rápido, desapareciendo por otro resquicio en la piedra. Los dos chicos se levantaron, Rafael sin saber que pensar y Chuck un poco más calmado, pero sollozando aún. Rafael le pasó el brazo por el hombro al tiempo que comenzaban a caminar hacia donde el yogui había desaparecido.

Llegaron a otra estancia donde otra alfombra en el suelo hacía las veces de cama del hombre, quien se encontraba en cuclillas buscando algo en una especie de archivador que parecía proceder de muchas décadas atrás. Al final se levantó con una cartuchera en la mano.

—Escuchen con atención. Es necesario que vayan a la montaña de Sorte¹. Deben partir ahora mismo.

—¿So-sorte? —preguntó Rafael, asustado.

Chuck se le quedó viendo, extrañado, nunca le había visto dudar.

—¿Qué hay con eso? —preguntó el hombre.

—¿No es allí donde hacen brujería¹ y esas cosas?

Una sonrisa genuina se dibujó en el rostro de Arcadio.

—La brujería es algo en lo que creen los ignorantes. No existe más que en la mente de ellos. Ocurre que esta montaña, que tiene unas características muy peculiares en relación a las fuerzas del Universo, es un lugar perfecto para quienes creen en eso, pero es su magnetismo y otras cosas sobre las cuales no tengo tiempo de explainarme ahora, lo que necesitamos para enviar a este joven al lugar donde pertenece y volver la historia a su curso.

—¿Enviar? ¿A mí? —preguntó Chuck, asustado.

—Sabía que no era de por aquí, pero él está bien, puedo cuidarlo —intervino Rafael.

—Ya hiciste lo que tenías que hacer, hijo, lo sanaste.

Rafael asintió, cabizbajo. Chuck lo miró de reojo.

El hombre abrió la cartuchera y les mostró un fajo de billetes.

—Con esto será más que suficiente para ir hasta allá —dijo, entregándosela a Rafael.

—No tengo idea de cómo hacerlo.

—Vayan al terminal de autobuses y digan que necesitan ir a Yaracuy, vía Chivacoa. Una vez que lleguen a Chivacoa, tomen un jeep que les transportará a la montaña.

—Espere, pero es que... son muchas cosas que no entiendo. ¿Qué sabe usted de Chuck? ¿Qué vamos a buscar allá? ¿Qué haremos una vez que lleguemos? —Las preguntas brotaban de la garganta de Rafael. Arcadio le indicó con una seña que esperase.

—Me encantaría contestar a tus preguntas, pero, primero, para muchas de ellas seguro que no tengo las respuestas y segundo, el tiempo apremia. Hay que moverse. Con respecto a lo que deben hacer cuando lleguen allá, no te afanes, alguien los contactará. Es el destino. Es lo único que de verdad necesitan saber por ahora.

—¿Es peligroso? —Preguntó Chuck.

—Sí. Pero necesario —contestó el hombre.

Chuck miró a Rafael, tragando duro.

—Vamos —dijo este—. Gracias —dijo al hombre.

El yogui les dio un apretón de hombros simultáneo, en señal de despedida.

Los chicos iniciaron el camino.

—Ah —dijo Arcadio— no se llama Chuck. Su nombre es Jake.

Le parecía haber caminado una eternidad a través de un bosque húmedo, descalzo como sabía que lo había hecho en otras ocasiones. Peter se sentía en un sueño lúcido, como aquel que le habían inducido los doctores, aunque esta vez no había drogas de por medio. Sin embargo, estaba muy consciente de que estaba dentro de un sueño, pero a la vez formaba parte de aquel mundo onírico. En realidad, hasta podría ser que estuviese soñando que soñaba que estaba dentro de un sueño lúcido.

Al fin, dobla a la izquierda y encuentra una puerta, cuyo marco de mármol le parece familiar. La puerta se abre hacia adentro apenas se acerca, le sorprende que no haga ruido ya que es de un grosor impresionante. El piso, de mármol también, le va dando la idea de que se encuentra en los territorios del Gran Conejo Azul, aunque no reconoce el sitio. Se adentra en un patio de dimensiones ridículas que se encuentra íngrimo. Al fondo, tan lejos que duda si es una ilusión óptica, le parece ver un juego de columnas dispuestas en semicírculo. Comienza a avanzar hacia estas y descubre que sus pies funcionan como patines, permitiéndole deslizarse a gran velocidad pues el suelo no ofrece resistencia ni genera ningún tipo de fricción. Recorre la distancia en poco tiempo y a medida que se acerca comprueba que, en efecto, unas enormes columnas redondas del mismo material del piso crean un semicírculo como si se tratase de la

entrada de algo muy majestuoso.

A medida que se desplaza, va mirando hacia ambos lados, tratando de conseguir alguno de los sospechosos habituales, pero sigue sin detectar ninguna forma viviente. Llega hasta el lugar demarcado por las columnas, donde se detiene. Hace frío y se da cuenta de que lleva en sus brazos al gato que le entregó Herman. Se le queda viendo, esperando que el animal hable, al estar en los predios del Conejo, pero este se limita a ronronear. Se sienta en el piso, tratando de buscar alguna forma de invocar a Mike, al recordar que era el objetivo que perseguía cuando se dispuso a dormir. Aunque no se le ocurre nada, se alegra de que al menos aquel mundo no haya desaparecido, asumiendo que en cualquier momento alguno de sus habitantes hará acto de presencia y podrá indicarle el camino a seguir.

De repente se siente observado y voltea rápidamente. Aunque le parece detectar un fugaz movimiento por el rabillo del ojo, solo ve columnas. Se encoge de hombros pensando que ha sido producto de su imaginación, pero vuelve a tener la misma sensación. Esta vez se levanta y se dirige a la misma columna donde le parece haber visto algo, para —luego de rodearla— ver que se trata de un pequeño puercoespín que, al verlo, rompe en llanto. Peter se le acerca y tras varios intentos en los que el animalito expande sus espinas, logra tomarlo entre sus manos.

—Tranquilo, no te voy a hacer daño.

El animal se le queda viendo sin proferir ningún sonido.

—¿Dónde están los demás?

El animal niega con la cabeza.

—¿No? ¿Qué significa esto? ¿Dónde está el Conejo?

—No está —lo delgado de su voz le indica que se trata de una cría, lo cual explica su miedo.

—¿Adónde ha ido? ¿Dónde están los demás?

—No lo sé, me quedé atrás. ¿Tú eres Gunga, cierto?

—Así me llaman por acá. ¿A qué te refieres con que te quedaste atrás?

—Escuché que el Gran Conejo fue a tu sitio a tratar de salvarte, eso lo dijo mi mamá.

—¿Y dónde está ella?

El pequeño puercoespín vuelve a romper en llanto.

Las cosas no estaban saliendo como Rafael esperaba. Ya bastante extraña había sido la experiencia con Arcadio en la montaña, los presagios de la tormenta y todo lo que habían experimentado allá arriba, que por un lado parecía una locura, pero por otro se sentía como algo natural. Cuando Arcadio les dijo que tenían que dirigirse a Sorte, era como si ya lo supiese, como si se lo esperase; algo le indicaba, no solo que era lo apropiado, sino lo necesario.

Luego de bajar de la gruta, cueva, o como se llamase donde habitaba Arcadio, con más preguntas que respuestas, en medio de un inclemente aguacero que les caló hasta los huesos, lo primero que hicieron fue satisfacer su apetito. Por fortuna, la cantidad de dinero que les había proporcionado Arcadio era suficiente para eso y más. No quiso ni preguntarse acerca de la procedencia de aquel dinero, pero suponía que todo estaría alineado. Ya el hombre, quien al menos a sus ojos era un sabio, lo había dicho: era el destino.

En principio pensó que iba a ser un problema para dos menores de edad abordar un autobús hacia el interior del país, pero el caos reinante en la terminal jugó en su favor y el dinero —que estaba seguro que aliviaba casi todos los males— representaba otro aliciente, por lo que nadie puso reparo en que los dos adolescentes enfilaran hacia el estado Yaracuy.

El transporte les llevaría hasta San Felipe, la capital del estado. Desde allí tendrían que tomar otro transporte hasta Chivacoa, pero la joven que les vendió los boletos le había asegurado que era la forma más expedita de llegar, ya que si querían ir directo, tendrían que esperar al menos dieciocho horas. Y Arcadio había sido muy claro en que no había tiempo que perder.

Con los estómagos a reventar, abordaron el bus de clase ejecutiva y muy pronto ambos cayeron en un sueño profundo, que solo fue interrumpido cuando el ayudante del chofer les despertó indicándoles que habían alcanzado su destino. Para Rafael, se trataba de una sensación extraña, ya que era primera vez que abandonaba su ciudad natal y aunque hubiese querido ver todo a su alrededor, el descanso le había hecho mucho bien.

Ya en la terminal, mucho más pequeña que la de Caracas, no tuvieron problemas para conseguir otro transporte rumbo a Chivacoa. Un chico muy amable les indicó en detalle lo que tenían que hacer, que no era más que llegar hasta la plaza, donde conseguirían un *jeep* que les llevaría a la montaña. También les advirtió que tuviesen mucho cuidado, ya que Sorte era una montaña encantada que alojaba muchos peligros. Les recomendó que consiguiesen un guía que les condujera a través del recorrido. Para Rafael fue más fácil, al menos de momento, decirle que iban a la montaña por Maria Lionza antes de tratar de explicar unos detalles que no solo no incumbían a nadie, sino que en realidad ni conocía. Llegaron sin novedad y de inmediato se informaron acerca de los vehículos que llevaban a la montaña.

Se encontraban optimistas, si bien estaban alcanzando el punto en el que las instrucciones de Arcadio llegaban a su fin. Se suponía que alguien los abordaría y les diría qué hacer, pero ambos, aunque por diferentes razones, sabían que la vida no era tan fácil. Varias personas se les acercaron, pero ninguno era especial, que era lo mínimo que los jóvenes esperaban. Tuvieron varios ofrecimientos para guiarlos hasta la montaña, lo que les había recomendado el joven en San Felipe, pero todos los declinaron. Allí las cosas comenzaron a complicarse porque al parecer a ninguno de estos supuestos “guías” les gustaba aceptar un no por respuesta. Sin embargo, Rafael, acostumbrado a desenvolverse en la calle no tuvo inconvenientes para manejar la situación.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jake, nombre al que Rafael todavía no se acostumbraba.

—Esperemos un poco más —contestó, encogiéndose de hombros.

—Recuerda lo que dijeron, allá puede ser muy peligroso cuando comienza a oscurecer.

—Lo sé, esperemos un rato más y si no llega nadie, tomemos uno de los *jeeps*.

Jake asintió al tiempo que pateaba una lata y daban vueltas por la plaza. Al cabo de veinte minutos, tomaron la decisión de abordar uno de los rústicos.

—A lo mejor allá es donde nos están esperando —dijo Rafael. Jake asintió con un dejo de preocupación en su mirada.

El viaje fue muy corto, al cabo de quince minutos llegaron a la montaña, donde se apearon todos los pasajeros. Los dos chicos comenzaron a caminar en la dirección que tomaron los demás y de inmediato florecieron, como malas hierbas, guías ofreciendo sus servicios. No es que fuese un lugar turístico ni hubiese rutas demarcadas. Los que allí asistían llevaban bien claro lo que iban a hacer. Rafael no quería pasar por no-iniciado, pero no se le daba bien. Caminaron un poco junto a los demás, que de inmediato se fueron dispersando hasta que los dos quedaron solos. Comenzaba a caer la tarde y el sol buscaba ya ocultarse, lo que alargaba las sombras, produciendo un escalofrío en Jake. Rafael trató de reconfortarlo con una sonrisa fingida. Tomaron un sendero que se ocultaba en la falda de la montaña y cuando habían recorrido pocos metros, tres hombres le salieron al paso. Jake tragó duro al verlos, ya que su aspecto era de gente peligrosa. Se trataba de dos hombres que se encontrarían en sus treinta y un joven no mucho mayor que Rafael.

—¿Ustedes son los que no necesitan ayuda para visitar la montaña? —preguntó el joven, retándoles.

—Estamos bien —dijo Rafael, adelantándose para proteger a Jake, quien se veía afligido.

—Ya va, ya va —dijo el joven, interrumpiéndoles el paso.

Rafael miró a su alrededor y se dio cuenta de que no tenían ningún chance de escapar. Los otros dos hombres, corpulentos, cuidaban su retaguardia.

—¿Qué es lo que quieren?

El joven lanzó una carcajada que de inmediato fue secundada por los dos hombres.

—Tú no vales una mierda —dijo el joven, quien había hecho aparecer un cuchillo en su mano — pero este rubiecito seguro que sí —continuó, mientras uno de los hombres agarraba a Jake por detrás, quien comenzó a resistirse ferozmente con manos y pies.

Rafael fue en su ayuda de inmediato, pero el joven aprovechó cuando se volteó para introducir la hoja del cuchillo en su costado.

Fue necesaria la fuerza de los dos hombres para dominar a Jake quien no paraba de gritarles, más cuando vio a su compañero en el suelo retorcerse en medio de un charco de sangre. El joven recuperó su cuchillo, lo que hizo que el sangramiento aumentase de volumen. Los tres desaparecieron con Jake, dejando a Rafael tirado en el piso.

Peter daba vueltas en la cama, inquieto. Se había dormido con el felino abrazado, pero el animal ahora se encontraba agazapado en un extremo, observando a su nuevo dueño. En el sueño, Peter lo había colocado en el suelo para tomar al puercoespín.

El pequeño animal seguía sumido en llanto, cuando vio venir a la carrera en la distancia, lo que parecía una sombra, pero que ya el animalejo había reconocido, tal vez por el olfato, como su madre. La puercoespina llegó hasta donde se encontraban sin aliento y lo primero que hizo fue recuperar a su retoño de las manos de Peter, delicada pero firmemente. Enseguida hizo una reverencia ante Peter, diciendo:

—Salve Gunga, bienvenido seas.

—Gracias —contestó Peter— ¿sabe dónde puedo conseguir al Conejo?

Ella le miró con tristeza.

—No. Él ha emprendido un viaje para ayudarte. Es lo que sé. También que alguien que se llama Miguel va a ir en tu auxilio. Eso lo acabo de escuchar ahorita. Por favor, préstale atención cuando aparezca en tu vida. Él te va a ayudar y, por ende, a nosotros también.

Peter se le quedó mirando con incredulidad.

—¿Miguel? ¿Pero, quién es? ¿Puedo hablar con el Consejo?

—No hay nada que pueda ser hecho aquí, al menos por los momentos. Yo misma lo escuché con estas orejas. Estamos de manos atadas, pero atiende a lo que te digo, Miguel te va a ayudar. Sea quien sea. Porque no está claro quién es, eso sí te lo puedo decir, Gunga. Pero confía, que él es de los buenos. Ah, y Consejo, ahorita no hay. Hasta que regrese el Conejo.

¹ Sorte es un macizo montañoso en el Estado Yaracuy, Venezuela, donde acuden muchas personas a venerar a lo que algunos locales consideran una diosa indígena, un personaje conocido como María Lionza

Mike no podía creer lo que acababa de presenciar. Su mandíbula inferior había descendido hasta una posición que recordaba a un cascanueces listo para ejecutar su trabajo. Tras llevarse la mano a la garganta, la voz que emergió de su caja torácica fue un murmullo.

—¿Por qué? —dijo, en un tono mucho más agudo de lo normal. Se volteó a ver a Christine, quien se había llevado la mano a la boca y se había retraído en su asiento, los pies sobre el mismo, casi convertida en una bola en el extremo opuesto de Hancock. Dos lágrimas surcaban sus mejillas.

—¿Por qué? —volvió a repetir Romero, sintiendo dificultad para respirar, como si algo comprimiese su garganta y necesitase aire con desespero. Sentía el corazón a punto de desbocársele. Miraba al hombre con ojos perdidos, mientras Christine sollozaba en el asiento trasero con la cara entre las manos. Un ramalazo de adrenalina le hizo reaccionar, a sabiendas de que todas sus elucubraciones acerca de las intenciones de Mike Hancock estaban varios niveles por debajo de lo que se avecinaba: si era capaz de asesinar a un oficial de policía a sangre fría, ¿qué podría esperarles?

Hancock le dirigió una mirada de desprecio, mientras tomaba su teléfono del bolsillo derecho del pantalón. Christine, pálida, parpadeaba rápidamente y Mike notó el temblor en sus manos. Ambos miraron en todas las direcciones, seguros de que en cualquier momento aparecería una patrulla que les detendría, pero el camino estaba libre, ya se encontraban cerca de ganar la autopista.

—Sí, ya los tengo —dijo Hancock, con el teléfono atrapado entre el hombro izquierdo y su cara.

Christine dio un chillido, lo que al hombre se le antojó gracioso.

—Voy en camino. Jefe, surgió un problema.

Sin pensarlo, Christine se incorporó, tratando de cargar contra el hombre. Mike la detuvo, ya con la convicción de que aquel individuo tendría poca paciencia y podría hacerles daño sin ningún reparo de conciencia. Ella rompió en llanto y se aferró de la mano de Romero, quien trató de reconfortarla aunque él mismo se encontraba al borde de un ataque de pánico. Una cosa es ver escenas violentas en las películas y otra experimentarlas en carne propia. Si de algo estaba seguro, era de que no iba a haber un giro dramático, en el cual alguien llegara a prestarles ayuda.

—Un policía, pero ya lo resolví...

Hancock se quedó escuchando a su interlocutor.

—Tuve que dispararle, pero todo salió bien.

—Asesino —gritó Christine. El hombre se volteó hacia ella con cara de pocos amigos y Mike intervino antes de que le cruzase el rostro con su mano siempre presta.

—No hubo testigos, fue un incidente aislado, ya estoy en la autopista... Entendido.

Luego de escuchar un momento más, cortó la comunicación. A Mike le pareció percibir por un instante miedo en su semblante. Sin importar para quien trabajase aquel hombre, si algo estaba

claro es que no estaban jugando. Tenía que tratarse de la gente que tenía cautivo a Peter, no se le ocurría otra razón para la dimensión de lo que estaban viviendo.

—Quédense tranquilos, pronto llegaremos —dijo Hancock, dando una mirada a Christine.

—Necesito que nos explique qué está pasando —inquirió Mike, a quien no le quedaba más que apelar a la cordialidad, aunque le hablara a un asesino. Si pudiese obtener información de aquel hombre, al menos podría contar con alguna ventaja al momento de actuar, ya que no dudaba de que tendría que llegar a eso. También era obvio que el hombre era un peón, se desprendía del tono con el que había mantenido la conversación telefónica.

—Solo cumplo con un mandado y no estoy autorizado para decirles nada. Tengan paciencia.

—Señor Hancock, bueno, supongo que ese no será su nombre real, pero da igual —intervino Christine desde el asiento trasero, con voz quebrada pero recuperando un poco de aplomo— como se llame, ¿qué hemos hecho nosotros para que nos trate de esta manera? Además... asesinar a un oficial, a un joven, de la manera que lo hizo... por favor.

—¿Por qué somos tan importantes? —intervino Mike.

Hancock se encogió de hombros mientras encendía otro cigarro. Exhalando el humo por la nariz, dijo:

—No lo sé y en mi trabajo la mayoría de las veces es mejor no saber. Me dijeron que los capturase y los entregase vivos, por eso les digo que no se preocupen. Quien pueda requerirlos, o el por qué son importantes, ni lo sé, ni quiero saberlo.

Peter se despertó de su sueño bañado en sudor pero con una sonrisa en su cara, sensación que tenía tiempo sin experimentar. No es que la conversación con la familia de puercoespines le diera mucha esperanza, pero al menos sabía que el mundo onírico no había desaparecido. Además, le habían dicho —ya había aprendido que lo que le decían en esos sueños siempre era cierto, no importa que tan loco pareciese o que tan absurda fuese la idea— que el Conejo había venido a tratar de rescatarle.

No tenía idea del funcionamiento de aquella dinámica, la simple idea de que el animalejo se materializase en la Tierra le parecía tan absurda como lo que estaba viviendo, pero tenía confianza de que algo iba a ocurrir y no quería detenerse a pensar en cómo lo lograría el Gran Conejo. El gato saltó en su regazo emitiendo un corto maullido, lo que aceleró el corazón de Peter, ya que pensó que podría tratarse del tan esperado enlace, pero resultó ser una falsa alarma. Lo que necesitaba el gato era un poco de cariño. Mientras le acariciaba detrás de las orejas, lo cual producía un fuerte ronroneo en el felino, escuchó el clic en la puerta que indicaba la llegada de aquellos a quienes odiaba con demasiada fuerza para el corto tiempo transcurrido.

Herman lideraba la comitiva, enérgico y optimista, seguido por el sueco. Harris cerraba el grupo y Peter notó las ojeras que acusaba su rostro, lo que le sirvió de confirmación de que el doctor era tan prisionero como él mismo. Sin embargo, era injusto, ya que el galeno poco tenía que ver con todo lo que estaba ocurriendo, había sido un instrumento, comprometiendo no solo su existencia, sino la de su familia.

—Espero que hayas descansado, Peter —dijo el científico. Peter le dedicó una mirada cargada de odio.

Harris le saludó con un gesto de cabeza.

—Necesito que hagamos otro pequeño experimento —dijo Herman, entregándole una libreta y un lápiz.

—Y yo que usted se muera —contestó Peter, arrojando los implementos de escritura con

fuerza hacia la pared contraria.

—¿Qué modales son esos? —replicó el hombre, mientras el sueco los levantaba del suelo— Creo que convinimos en que mientras más colaborásemos, más pronto saldríamos de esto, el doctor podría reunirse con su familia —señalando a Harris— y tú con la tuya. ¿Acaso no es lo que deseas? —continuó, acercándose al escritor.

—Púdrase, maldito viejo, le repito que lo que deseo es que usted arda en el infierno —Peter le escupió la cara. El hombre, retrocedió un paso y sacó un pañuelo de su bata, con el que se limpió el escupitajo.

—No esperaba eso de una persona educada —dijo, moviendo la cabeza de lado a lado. — Pero, ¿sabes qué?

—Ni sé, ni me interesa —contestó Peter, rebelde.

—Igual te lo voy a decir —sacando una moneda del bolsillo, continuó: — voy a lanzar esta moneda al aire, si sale cara, con una llamada telefónica haré que le arranquen el meñique a Christine, lo filmen y te lo pondré en un televisor en pantalla gigante para que no te olvides como debe uno comportarse acá. Si sale sello, daré licencia a mis hombres para que se diviertan un poco con la pequeña de nuestro amigo Harris.

El cirujano se acercó, las manos hechas puños, dispuesto a golpear a Herman, pero Ulv intervino, conteniéndolo.

—Vamos, señores, comportémonos como gente razonable, no tenemos que llegar a estos extremos —dijo.

Peter, quien no quería arriesgarse en caso de que Herman no estuviese blofeando, bajó la cabeza y dijo, a regañadientes:

—¿Qué es lo que quiere ahora?

—Así me gusta, Peter. ¿Ves que podemos entendernos? Las bravatas no dejan nada. La gente es escéptica, no entiendo por qué no pueden simplemente aceptar las cosas como son. Claro, yo tampoco creería a pies juntillas algo como lo que tú lograste en el caso de la elección, pero de allí a decir que es una coincidencia... por favor, cualquiera sabe que eso no existe cuando la evidencia es tan obvia, pero, en fin, no soy yo quien lo decide. Al parecer, mi superior necesita una prueba más convincente de que tu poder es real y que con este se pueden manejar cosas... yo no las necesito, sé lo que vi, pero órdenes son órdenes...

—¿Podría cortar la mierda e ir al grano? —interrumpió Peter, molesto.

—Lo cierto es que mi jefe está metido en —digamos— un pequeño problema. Si logramos resolverlo, creo que no le quedarán dudas y será tu fan número uno. Al parecer, hubo un supuesto manejo inapropiado de fondos y habrá una audiencia en el Congreso dentro de una semana. Mi jefe va a salir muy mal parado, ya que existe un documento clasificado —que algún imbécil cometió el descuido de no eliminar— que le compromete. Por ende, compromete al departamento. Esto es lo que tenemos que resolver. Necesitamos que el papel desaparezca, junto a la audiencia. Simple.

Peter dejó asomar una sonrisa a su rostro.

—¿Quiere decir que de no actuar yo, su jefe y usted irían a que se les pudra el culo en la cárcel?

Herman dio un puñetazo a la pared, mientras echaba mano de su teléfono celular.

—No, no quiere decir eso, quiere decir más bien que estás a la corta distancia de que mi dedo pulse al botón de llamar, de ver el meñique de tu esposa en pantalla gigante —un poco de espuma asomó en la comisura derecha de sus labios— y conmigo no vas a jugar. Por las buenas podemos hacer mucho, pero por las malas...

—Tiene usted poco sentido del humor —dijo Peter, quien se había alegrado por todo aquello. Se había dado cuenta de que era una pieza demasiado importante para esta gente y aunque no era cuestión de tensar la cuerda, si sabía jugar bien sus cartas, las cosas podían resultar mucho mejor de lo que pintaban.

—Y una mierda —contestó Herman, furioso, con el dedo sobre el botón de llamar. — ¿Hago la llamada o qué? —preguntó.

—Le agradecería que no insulte mi inteligencia. Ambos sabemos que no le conviene hacer esa llamada. Yo soy su gallina de los huevos de oro, su santo grial. Si me pierde no solo es cuestión de tiempo que se pudra en la cárcel sino que esa ambición desmedida que refleja su mirada se irá a la mismísima mierda, así que vamos a ver qué se puede hacer. La cosa es que hay un pequeño problema.

—No me vengas con mierdas a esta hora, ¿de qué se trata? —preguntó Herman, impaciente.

—Me está costando trabajo hacer contacto en mis sueños con... me está costando.

Herman miró a Harris y a Ulv Abrahamsem.

—¿Estará diciendo la verdad? —les preguntó.

El sueco se encogió de hombros. Harris se dirigió a Peter:

—Podemos intentar lo que hicimos en el consultorio.

Los otros dos científicos le miraron interrogativamente.

—Le inducimos un sueño lúcido. ¿Crees que funcionaría así? —le preguntó a Peter.

—La peor diligencia es la que no se hace —contestó, encogiéndose de hombros—.

Hagámoslo.

Los contactos que Jofiel le había mencionado a Waxa habían dado sus frutos. La Cofradía había logrado infiltrar suficientes activos dentro de la CIA como para tener ojos en todo lo que importaba. No es que no supusieran que algo así podría pasar, pero nunca pensaron que se iba a desarrollar con tanta velocidad.

Para nadie era un secreto que cualquier agencia de inteligencia del orbe querría poner sus manos encima de un poder como el de Peter, a cualquier costo. Jofiel se asombraba de la maraña de espías, contraespías, dobles agentes y otros intereses que se podían conseguir no solo en la agencia americana, sino en cualquiera de sus pares del globo. Ya que los elementos infiltrados no tenían otro interés que servir a la cofradía, jamás ninguno había sido descubierto, ni siquiera puesto bajo sospecha; jamás habían utilizado las informaciones reportadas por sus activos para ningún fin, pero siempre supieron que en algún momento ese acceso a información privilegiada podía serles útil.

—Lo que está confirmado es que a Peter lo tienen cautivo en una dependencia contigua a Langley, donde lavan todos sus trapos sucios —dijo Jofiel a Waxa, quien le observaba pensativo.

—¿Contamos con los medios para rescatarlo?

—El problema es que ese sitio es una fortaleza, sacarlo de allí no va a ser tarea fácil.

—Pero tenemos que actuar con celeridad, entre otras cosas porque pueden hacerle daño.

—En estos momentos, Peter es un arma muy peligrosa, que puede desestabilizar el equilibrio del universo. No me refiero a sus jueguitos de quitar y poner gobernantes o incrementar su poderío y su riqueza, sino al hecho de que llegue a caer en manos de quienes trabajaban en el proyecto de la supercomputadora cuántica —dijo Jofiel, con tristeza en la voz.

—Por eso digo que no debemos escatimar esfuerzos y lanzar una operación de rescate ahora mismo.

—Waxa, no es tan fácil. No es cuestión de llegar disparando y rescatarlo. Requerimos un plan muy detallado, lo que me preocupa es que la infiltración que tenemos en esa división es muy débil.

—Pero, algo se podrá hacer, supongo.

—Siempre se puede hacer algo, Waxa, siempre se puede hacer algo...

El conejo se levantó y comenzó a caminar con impaciencia por la estancia, con pasos largos y la respiración acelerada. Le disgustaba no tener el control; lo que más le asustaba era que en la Tierra se sentía como un mortal más, despojado de todo su arsenal de poder que le permitía cambiar el curso de casi cualquier cosa con un chasquido.

—Hay otra cosa. Es todavía un rumor, pero al parecer una división olvidada de la agencia, que opera en California, puede estar en vías de capturar a la esposa de Peter y a su amigo, Romero. Lo que está confirmado es que fueron los responsables de la desaparición del doctor Matthew.

—En efecto, eso es algo que pude ver antes de llegar aquí, ellos andaban detrás de Romero y Christine, pero hasta donde supe lograron darle un esquinazo —dijo Waxa, viendo como todo se complicaba a una velocidad pasmosa.

—Sí, pero al parecer hay algo más. Interceptamos unas comunicaciones que dicen que podrían haber sido capturados, pero aún no logro ver como las dos cosas se conectan, pues estas dos divisiones son independientes y sabemos que no están trabajando en conjunto. Igual, tenemos que esperar la confirmación.

Waxa, con las manos en la espalda, seguía recorriendo la habitación de un lado a otro, impaciente.

Luego de tomar la vía al aeropuerto, Hancock se desvió hacia lo que parecía una zona industrial. Tras adentrarse en una serie de ruinosas callejuelas, llegaron a un almacén que a primera vista lucía abandonado.

Una reja automática se abrió permitiendo el ingreso del vehículo. Un hombre muy alto, casi un gigante, con una terrible cicatriz en el rostro, el cabello recogido en una cola de caballo y cara de muy pocos amigos, salió a recibirlos. Se agachó y les observó a través de la ventana, hizo un gesto de asentimiento a Hancock y le entregó un sobre, que Mike supuso contendría el dinero que le habían ofrecido por capturarlos.

—Bajen —les dijo Hancock, destrabando los seguros.

Mike y Christine se miraron.

—No tengo todo el día —bramó el hombre, apuntando a Christine con la pistola, lo que la hizo proferir un grito ahogado.

—Vamos —le dijo Mike que, si bien estaba asustado, sabía que tenía que mantener el aplomo para que ella no se desplomase.

Ambos salieron del vehículo.

El indio les hizo una seña para que le siguieran, mientras el vehículo de Hancock daba marcha atrás.

—¿Quién es usted y qué quiere con nosotros? —preguntó Romero.

—Hagan lo que les digo y nadie saldrá herido —contestó el hombre, sorprendiéndolos con una voz cálida y melodiosa que de ninguna manera hacía juego con su aspecto rudo. Posando una enorme mano en el hombro de Christine, la guió hacia una puerta que se encontraba al fondo de la estancia.

—Tenemos derecho a saber lo que está ocurriendo —protestó Christine.

El hombre les dirigió una mirada asesina mientras le indicaba con el dedo que se callase.

Al cruzar la puerta, llegaron a una estancia que parecía un estudio fotográfico, equipado con una cámara, luces y una pantalla blanca. Un hombre bajo y regordete, salió a su encuentro.

—Hay que limpiar ese maquillaje, así no puedo trabajar —protestó, dirigiéndose al gigante.

—Pues hazlo, Carlos, y deja de quejarte, para eso te pago bien.

El hombre, tomando a Christine por un brazo, trató de llevarla a una silla.

—¿Qué va a hacerme? —preguntó ella, resistiéndose.

—Ah, no, resuelve tus asuntos, Mommadaty, no tengo tiempo para niñadas —rezongó el hombre en un tono bastante afrancesado.

—No utilices mi nombre, ¿hasta cuándo tengo que decírtelo? —replicó el hombre, mientras se dirigía a Mike y Christine, quienes estaban a la expectativa.

El hombre, tras tronar sus nudillos tomó una silla sobre la cual se sentó a horcajadas, acercándola a donde se encontraban ellos. Era tan alto que las miradas de los tres quedaban alineadas.

—Ustedes ya se imaginarán que cada policía en el estado los está buscando. Este imbécil les va a tomar una foto para hacerles una identificación falsa. A continuación, vamos a tomar un vuelo a Washington, DC —les dijo.

—¿Qué le hace pensar que nosotros vamos a acceder a eso? —preguntó Romero.

Mommadaty dejó ver su blanca dentadura.

—Lo van a hacer, créanme.

Tanto Mike como Christine tuvieron el mismo pensamiento: ¿sería posible que aquel hombre quisiera ayudarles? Cada uno llegó, aunque mediante razonamientos diferentes a que era casi imposible. La gente que permite el asesinato de un policía no es de los que ayuda a otros. Demasiados problemas para que estuviesen tratando de ayudarles, tenía que haber algo detrás.

—Aunque sea puede explicarnos qué quieren de nosotros —preguntó la chica.

—Van a tener que confiar en mí —dijo el hombre y Romero soltó una carcajada ahogada.

—Con todo respeto, pero no confío en nadie, menos en alguien que considera el asesinato a sangre fría como algo natural.

—Con más razón, sea por confianza o por temor, si saben lo que les conviene, hagan lo que les digo. —Dando un golpe en su reloj, continuó: — vamos, el tiempo apremia.

Mike y Christine se miraron, resignados. No era momento de dar pelea. Carlos se acercó y se puso de inmediato a pasarles algodones por la cara que hacían desaparecer sus maquillajes como por arte de magia. Christine se disponía a refutar, pero Mike le indicó por señas que se quedase tranquila. Había percibido que el hombre tenía mucha razón en algo: en caso de que lograsen escapar de allí, no tenían a dónde ir, los buscaban y les capturarían enseguida, por lo que una nueva identificación podría representar un activo muy importante para su futuro inmediato y no había forma de que ellos pudiesen procurárselas por sí mismos. Así que lo más inteligente era tomar las que les estaban ofreciendo en bandeja y luego intentar escapar.

—No nos vendría mal una nueva identidad —dijo, guiñando un ojo a su compañera, quien lo agarró al vuelo.

Carlos los arregló lo mejor que pudo, tomó las fotografías y en menos de una hora se habían convertido en Allison Taylor de *Cedar Rapids*, Iowa y John Torres de *Pleasanton*, California, a través de unas licencias de conducir que nada tenían que envidiarle a las emitidas por el *DMV*.

Mommadaty, contento con el resultado, asintió y entregó al hombre otro sobre, sacado de un maletín de piel gastada, en una comunicación no verbal que dejaba ver que ambos tenían bastante tiempo haciendo negocios. Cinco minutos después de que el gigante hiciese una breve llamada

telefónica, un claxon sonaba en el exterior del local.

Salieron por una puerta lateral y el hombre les hizo subir a un vehículo negro con vidrios ahumados, el cual Mike suponía que les llevaría al aeropuerto. Dos hombres con semblantes de roca y aspecto de agentes federales ocupaban el asiento delantero. Mike, Christine y Mommadaty entraron en la parte posterior, este último incómodo por lo voluminoso de su cuerpo. Mike y Christine se tomaron de las manos. A ella se le veía nerviosa, mientras que él, pensativo, trataba de determinar cuál sería el mejor momento para ejecutar la jugada que les daría su libertad. Sabía que no iba a ser fácil, tenían que empezar por hacerse con sus identificaciones, todavía en poder del hombretón; no sabía si estos dos nuevos gorilas que les acompañaban iban a ser parte de la movida, lo cual dificultaría aún más las cosas. Tal vez cuando estuviesen dispuestos a abordar el avión sería el momento más fácil para intentar la huida.

Mommadaty interrumpió sus cavilaciones con su voz serena.

—Kathy se llama la menor de tus hijas, si no me equivoco.

Los ojos de Mike estuvieron a punto de abandonar sus órbitas.

—¿O estaré equivocado? —volvió a preguntar con amabilidad.

—S-sí, ¿qué hay con eso? —preguntó Mike, mientras el mundo se le venía encima.

—Escúchame con atención. Vas a llamar a Patricia desde este teléfono —dijo Mommadaty, entregándole un celular que ya tenía el número de la esposa de Mike en la pantalla— y le vas a preguntar dónde comió la niña este mediodía. Le vas a decir que perdiste tu celular, que todo está bien, que le llamarás más tarde. ¿Comprendes?

Mike se había quedado de piedra, movía su cabeza en cortos espasmos y sentía que había perdido la capacidad del habla. Al final, haciendo un gran esfuerzo, mientras jugaba con sus manos en rápidos movimientos, contestó:

—Sí, entendido.

—Recuerda que esto no es un juego y es tu responsabilidad el bienestar de ellas.

Mike asintió rápidamente.

—Trata de no sonar nervioso y no se te ocurra hacerte el inteligente.

Mike pulsó el botón de marcado.

—Hola Patty, soy Mike. Perdí mi teléfono, te llamo para que no te preocupes.

Luego de escuchar por un momento, continuó:

—Todo bien por acá, todo marcha según lo planeado. ¿Cómo están las niñas?

Christine lo miraba, asustada y a la expectativa. Un sudor frío invadía su espalda.

Mike no sabía cómo hacer la pregunta que le había pedido el hombre. Al final, dijo:

—Pon a Kathy al teléfono, que quiero saludarla.

Mommadaty hizo un leve asentimiento con la cabeza.

—Hola, osita ¿cómo estás?... Me alegro mucho... Sí, iré pronto... ¿Qué almorzaste hoy?

Christine había comenzado a morderse las uñas.

—Muy bien, te mando un beso grande... Ok. Patty, te llamo luego.

—Un cono de chocolate de postre, si no me equivoco —dijo Mommadaty, en ese tono sedoso que no compaginaba con su físico ni con sus acciones. Mike apretó los puños mientras que las aletas de su nariz se movían en rápido ritmo y dejando salir un sonido gutural de su boca, dijo:

—No se atrevan a tocarla o...

—No le va a pasar nada —le interrumpió Mommadaty— siempre que hagan lo que les digo. En el helado que comió la pequeña Patty colocamos un agente nervioso, que se alojó en su sistema digestivo y el cual no tiene por qué desarrollarse en las próximas dos semanas —Mike se abalanzó sobre el hombre, quien le dominó con una sola mano— y del cual solo nosotros tenemos

el antídoto. Es una ecuación muy simple, la niña toma el antídoto y nada ocurrió... ahora, si no lo toma, estará muerta en minutos.

Christine irrumpió en llanto, Mike estaba desesperado.

—Considérenlo un seguro —dijo Mommady, encogiéndose de hombros— ya les dije que no representa ningún peligro. También les dije que si creen que pueden ir a la policía y ellos van a evitar la desgarradora muerte de la pequeña... eso no va a pasar. Podrían ir, pero nadie sabrá como detener el agente nervioso. ¿Estamos claros?

Mike asintió, mientras murmuraba para sí mismo.

—¿Christine? —preguntó Mommady. Ella también asintió, mordiéndose los labios.

—Quédense tranquilos. Hubiésemos podido secuestrarles, crear angustia para toda la familia, pero como les dije antes, es nuestra prioridad que nadie sufra ningún daño.

A Harris le hubiese gustado tener un mayor control sobre las reacciones cerebrales de Peter, tal como lo había hecho la primera vez que le indujo un sueño lúcido. Aquella vez, los resultados obtenidos le produjeron gran excitación, a diferencia de ahora que se encontraba taciturno, deprimido y sobre todo, asustado, no solo porque le estuviesen reteniendo en contra de su voluntad, sino por la presión adicional generada por la captura de su familia a manos de estos hombres sin escrúpulos. Aun así, el interés científico prevalecía.

Herman había intentado dictarle a Peter lo que debía escribir para lograr la desaparición del documento clasificado XFR- 341289-B y con ello alterar la realidad para que la audiencia con su jefe desapareciese, pero este se negó diciendo que si el texto no salía de su mente, aquello no funcionaría —cosa que Peter suponía que no era verdad, pero que le brindaba una gran ventaja a futuro— lo cual el científico tuvo que aceptar a regañadientes, aunque se encargó de supervisar cada trazo que producía la pluma de Peter: no quería que le fuese a engañar, reconocía que el poder era tan grande que Peter podría acabar con su existencia de un plumazo.

Una vez redactado el documento y conseguidos los implementos necesarios para la sedación, bajo la mirada atenta del doctor Abrahamsenn y el andar inquieto de Herman a pasos cortos y rápidos a través de la estancia, el doctor Harris procedió a inyectar a Peter la L-Dopa que le induciría el sueño lúcido. Peter no tenía muchas expectativas de lograr hacer el contacto necesario para producir el resultado esperado, a sabiendas de que, al no estar el Conejo por allí, existían pocas posibilidades de que pudiese alterar la realidad de este mundo. Sin embargo, existía la curiosidad latente, lo cual podría abrir nuevas esperanzas para zafarse de todo aquel embrollo en el que se encontraba metido.

A diferencia del sueño anterior donde había hablado con los puercoespines, ahora estaba consciente de que se encontraba en el sueño, a tal punto de que sentía el frío de aquella blanca extensión como si en realidad estuviese allí. Se veía en el mismo sitio donde había conseguido al animalito escondido detrás de una columna, pero ningún ser parecía hacerle compañía.

Recorre el mismo camino hasta llegar al semicírculo de columnas, corroborando que nadie está allí y se sienta, apoyando su espalda contra una de estas, aunque en vez de hacerlo con el frente hacia la explanada, se coloca del otro lado para protegerse del frío inclemente. Comienza a pensar en Mike, recordando las palabras del Conejo pidiéndole que ni lo intente porque puede ser peligroso, pero sabe que, a esta altura, tiene que hacer algo.

De repente el ambiente se oscurece, todo está negro como si alguien hubiese apagado una luz gigante que le permitía ver. El silencio sepulcral en la explanada da paso a algunos ruidos, le parece distinguir una corneta y de pronto se queda atento, al escuchar un sollozo que está

casi seguro que es de Christine. No sabe cómo ha logrado reconocerlo, pero cada vez está más seguro. Se siente en movimiento. En ese momento, le parece que se descubre una cortina, pero en vez de hacerlo lateralmente, se abre por la mitad, la parte superior subiendo y la inferior bajando. Ve el parabrisas de un carro en el cual dos hombres que jamás ha visto se encuentran en el asiento delantero.

“Mike” dice Peter en un susurro. No deja de pensar que en realidad se encuentra en la mente de su amigo, tal como lo había predicho el maldito conejo. “Mike” vuelve a susurrar y se queda escuchando, esperando una respuesta. En vez de esto siente como todo gira y casi se cae al observar a Christine. En efecto, allí está ella, con los ojos rojos, se ve que ha estado llorando. Peter se pregunta si será un sueño o si de verdad aquello está ocurriendo. “¿Me dijiste algo?” escucha, no le queda duda de que se trata de la voz de Mike, aunque parece venir desde el centro del lugar. En ese momento se percata de que en efecto se encuentra en la mente de su amigo, por más absurdo que le parezca, allí está sentado. Nota que la cortina que sintió descorrerse eran los párpados de su amigo. “No he dicho nada” contesta Christine. “Me pareció escuchar la voz de Peter llamarme” dice Romero y ella se le queda mirando. Peter nota que su amigo piensa que se debe estar volviendo loco. “Hey, Mike, soy yo, Peter” dice Peter, esta vez un poco más alto. “¿Dónde?” pregunta Mike. “No hables, estoy dentro de tu mente, sólo piensa y puedo escucharte”. Trascurre un momento, que a Peter se le antoja muy largo, sin que Mike reaccione. Mueve la cabeza de lado a lado, permitiéndole tener una mejor visión del entorno. Mike y Christine se encuentran en un carro en movimiento, a su derecha otro hombre, muy alto, con una cicatriz que le recorre la cara, además de dos hombres en el asiento delantero. Peter no piensa que se trate de ayuda, supone que los tienen prisioneros también. “Peter, de verdad eres tú,” piensa Mike, “¿no será que me estoy volviendo loco?”. Voltea de nuevo a mirar a Christine, quien parece darse cuenta de que algo está sucediendo. “No te estás volviendo loco. Soy yo. ¿Dónde están?” pregunta Peter. “Nos capturaron, vamos camino al aeropuerto, hacia Washington, DC. Lo peor, es que están amenazando a Patty y a las niñas.” Peter siente como, incluso en su pensamiento, se le quiebra la voz a su amigo, lo que le parte el corazón. “No te preocupes, todo va a salir bien,” dice Peter, sin creérselo. “Espero que así sea, estoy asustado, Pete.” Peter traga duro, pero hace de tripas corazón. “Mientras le dé lo que quieren, no nos van a hacer daño, no les conviene.” Peter sabe que es muy probable que no pueda responder a sus demandas, pero le queda la esperanza del Conejo. “¿Dónde estás tú?” pregunta Romero. “Me tienen cautivo también, supongo que es la CIA, creo que estoy en Langley. Harris está aquí”. “¿Harris?” pregunta Mike, “¿Implicado en esto?” sorprendido. “No, al parecer también lo están coaccionando.” Peter comienza a ver todo borroso y lo que ve se va apagando, perdiendo saturación, hasta reducirse a un punto como en los televisores de la vieja guardia.

—¿Qué ocurre? —pregunta Herman, mientras Harris trata de despertar a Peter.

Un hilillo de sangre se desliza de cada una de sus fosas nasales. La sangre es oscura y continúa fluyendo, mientras el médico hace infructuosos esfuerzos por reanimar al escritor.

El sonido insistente del repicar del teléfono trajo a Waxa a la realidad. Se despertó sobresaltado, luego de un largo descanso que su cuerpo humano había requerido con urgencia. No estaba acostumbrado a tener que ocupar tiempo en esos menesteres y mucho menos a despertar con dolor de cabeza, cortesía del alcohol, lo cual le produjo el principio de un ataque de pánico.

Estaba seguro de que no había forma de adaptarse a aquello, pero luego de inspirar

profundamente, se relajó un poco. La odiosa campana seguía emitiendo su agudo chillido, cesando al levantar el auricular. Jofiel, quien se encontraba en la recepción, fue quien interrumpió su descanso. Había dormido vestido por lo que, en cinco minutos, luego de alisar un poco su ropa y echarse agua en el rostro, bajó, con la cabeza todavía acusando los excesos del día anterior.

—Se ha confirmado que tienen al amigo y a la esposa de Peter —le dijo el hombre.

Waxa asintió, como si ya lo supiese. Le dijo que no podía funcionar con el terrible repiqueteo en su cabeza.

Se sentaron para un rápido desayuno y Jofiel le consiguió pastillas para el dolor, de las cuales Waxa tragó cuatro.

—¿Es la misma gente que secuestró a Mark-Hodges? —preguntó Waxa, con la boca llena de panquecas.

—No, está conectado con la gente que capturó al doctor Matthew, todavía espero un reporte, ya que ambas facciones no trabajan para un mismo objetivo, aunque sí se trata de dos operaciones de la CIA.

—Algo de eso vi antes de venir.

Jofiel asintió, sorprendido al ver como Waxa engullía abundantes porciones de comida.

—Hay una buena noticia. Parece que vamos a lograr infiltrar a alguien donde tienen retenido al escritor.

—Qué bueno. ¿De quién se trata?

—Michael.

Waxa detuvo a medio camino el tenedor que se disponía a llevar a su boca.

—¿Michael? —preguntó—. ¿Por qué?

Jofiel había previsto esa pregunta y por esa razón había venido a buscar a Waxa en vez de mandar un carro por él. Michael representaba, en la jerarquía de la Cofradía un ser muy elevado, que solo intervenía cuando las cosas necesitaban soluciones dramáticas. Sabía que a Waxa no le gustaría aquello, ya que era como relegarlo a un segundo plano, pero dadas las circunstancias, parecía ser su única oportunidad.

—Saben bien que puedo hacerlo —dijo Waxa—, para eso estoy aquí.

—Lo sabemos, pero en este momento, necesitamos actuar de inmediato.

—¿Yo no soy capaz de hacerlo?

—Claro que lo eres, pero aún no conoces de primera mano el comportamiento de los humanos y podría ser más difícil para ti resolver con la celeridad que amerita el caso.

Waxa asintió, sin mucha convicción. Había perdido el apetito.

—Explícame cómo vamos a hacerlo. Tenía pensado un asalto sorpresa para recuperar a Peter, usando la fuerza, no creo que Michael esté de acuerdo con ello.

—Un ataque de fuerza no es posible, es casi una fortaleza —dijo Jofiel, levantándose—. Vamos, te explico de camino a la oficina.

Una vez que la limosina que los condujo les dejó en las oficinas de *SingSong*, al ver a Waxa cabizbajo, Jofiel le dio una palmada en el hombro.

—Vamos, sabes que tenemos que actuar con inteligencia. Michael es el indicado.

Waxa iba a refutar, pero calló, sabiendo que no le faltaba razón.

—Peter está en la División de Servicios Clandestinos, siempre me he preguntado quién llama así a un departamento, pero los humanos son humanos... lo cierto, es que allá está al cuidado del doctor Raymond Kluivert, un científico dedicado a lavar trapos sucios, pero obsesionado con los poderes de la mente. Su jefe inmediato, un hombre muy poderoso, está metido en un embrollo con un manejo ilegal de fondos; uno de nuestros contactos adentro, quien nos alertó de la presencia del

escritor allá, nos dio el pitazo.

—¿Qué tiene que ver con nosotros todo eso?

—Para allá voy. Al hombre se le viene encima una audiencia en el congreso que puede acabar con él y con buena parte de su departamento. Uno de los nuestros es un congresista con bastante influencia y a través de él, logramos que el científico aceptase incluir a Michael en el equipo que maneja a Peter, a cambio de tratarlo con suavidad durante la audiencia...

—Pero... eso es una locura —interrumpió Waxa.

—No lo es. Así es como se manejan las cosas aquí. La ambición por el poder es lo que nos ha traído a esta situación, bien lo sabes. Es cuestión de saber cuáles teclas apretar.

Waxa asintió, pensativo.

Entraron al edificio y tomaron el ascensor hacia la oficina de Jofiel en la última planta.

—Sigo pensando que puedo encargarme —dijo Waxa, tan pronto arribaron.

—No lo dudo, pero creo que debemos actuar rápido, no es poco lo que nos jugamos y Michael tiene experiencia en este tipo de cosas.

Waxa se preparaba a refutar de nuevo, pero no lo hizo. Aunque sentía celos profesionales, sabía que Jofiel estaba en lo cierto. Era poco el conocimiento que tenía, en su mayoría teórico, acerca de las absurdas costumbres y maneras de lograr las cosas que se aplicaban aquí. Lo de él había sido fundamentalmente estratégico y esto era un problema operacional. El teléfono sobre el gran escritorio de roble sonó y Jofiel lo atendió al primer repique.

—Envíalo a mi oficina —dijo—. Michael está aquí —continuó, dirigiéndose a Waxa, quien asintió.

Waxa había trabajado en varias oportunidades con Michael, aunque no lo había visto en su forma humana. Un hombre imponente, de complexión atlética, ojos azul agua y una larga cabellera dorada, ingresó en la estancia.

Tras saludar a Jofiel, se acercó a Waxa y le dio un cálido abrazo. El conejo se sintió seguro, cosa que no le gustó, por lo que se apartó, perturbado.

—Tiempo sin hablar —dijo.

—Me da gusto que nos encontremos. No luces nada mal —dijo, con una sonrisa en los labios.

—Michael, ya te adelanté la misión, es hora de afinar los detalles.

Los tres hombres se sentaron alrededor del escritorio de Jofiel.

—La cosa es que el doctor Kluivert no va a ceder un ápice en su control. Si el hombre se siente amenazado por ti, todo se puede ir al traste —dijo a Michael, quien asintió—. El doctor necesita la aprobación de su jefe para comenzar, no sé qué tipo de programa habrán planeado, pero piensan usar los poderes de Peter para ello. Su jefe necesita que alguien de su entera confianza corrobore que lo que Kluivert dice tiene suficiente fundamento, siendo tan loco como es. Ya le avisaron que vas a ir allí, lo que despertó la suspicacia en el científico, por lo que tú tienes que hacerle creer que eres un aliado y que él tiene y siempre tendrá el control.

—¿Cómo vamos a sacar a Mark-Hodges de allí? —preguntó Waxa.

—Eso lo tiene que resolver Michael, recursos no le faltan —dijo Jofiel, encogiéndose de hombros—. El doctor Harris también se encuentra allí, podría ser un aliado, pero igual debes andar con pies de plomo.

—No se preocupen, me las arreglaré —contestó Michael, sonriéndole a ambos—. Batallas más difíciles y demonios más fuertes he derrotado.

Mike se encontraba todavía en shock cuando llegaron al aeropuerto. No solo por el hecho de la

atrocidad que le habían hecho aquellos malvivientes a su hija, también por la entrada de Peter a la ecuación. De alguna manera, se sentía un poco más sereno, pero no podía quitarse de la cabeza la imagen de la pequeña Kathy, de su osita. Por los momentos sus planes de escape estaban cercenados, pero no perdía la esperanza de tomar venganza.

—¿Estamos claros en que no quiero sorpresitas? —les preguntó Mommadaty.

Mike asintió, con fuego en los ojos.

Christine, mordiendo sus uñas, concordó.

Mientras Mommadaty compraba los boletos para el vuelo de *American* que les llevaría a la capital, Mike le explicó muy por encima, casi en un susurro lo de Peter. Christine quedó impactada, pero una sonrisa triste se dibujó en sus labios. *Tal vez no todo está perdido*, pensó y apretó la mano de su amigo.

Cuando el hombre regresó con los tres boletos en la mano, les advirtió que, aunque no llevase un arma, les podía someter sin ningún problema, de lo cual ellos no tenían duda. También les explicó que, aunque viajaba con una identidad falsa, tenía su identificación de la CIA, la cual les mostró brevemente, por lo que si intentaban algo, no solo la pequeña sufriría, sino que los entregaría a las autoridades, quedando como un héroe.

La última esperanza de escapar de Christine se desvaneció como cenizas al viento. Luego de una corta espera, abordaron con sus identificaciones falsas sin levantar ninguna sospecha en el personal y tomaron sus asientos en clase ejecutiva. *Para quién trabaja este hombre, ya que dificulto que sea para la agencia*, se preguntó Mike y pensó que eso lo hacía más peligroso aún.

El doctor Harris pasó la noche en vela al lado de Peter, quien no daba signos de despertar. Había logrado detener el sangramiento, pero estaba muy preocupado. Discutió con Herman, ya que en su opinión, debían llevarlo a una clínica de inmediato, pero el científico se rehusaba. No tenía idea de que podría haber pasado, si bien estaba seguro de que no era una reacción adversa al medicamento. Algo tenía que haber ocurrido en el cerebro del escritor, ese cerebro del cual muy poco comprendía, pero del que se sentía responsable.

El científico entró hecho una furia, con el sueco a su retaguardia.

—Lo que faltaba, está a punto de llegar un enviado del... de mi jefe, quien cree que no sé cómo hacer las cosas. Harris, le agradezco que se reserve sus opiniones cuando ese imbécil se presente aquí. Ya bastantes complicaciones tenemos con esto —dijo, señalando a Peter, quien había palidecido y lucía unas sombras bastante pronunciadas debajo de los ojos— espero que logre reanimarlo pronto.

—Le repito por enésima vez, no puedo hacer nada antes de tener un exhaustivo estudio de su cerebro y como comprenderá, no cuento con los recursos para lograrlo, debemos ir a una clínica. Por otro lado, no sería ético que me reservase mis opiniones médicas.

—Su ética se la puede meter por donde no le pegue el sol, doctor. Recuerde que su familia le espera en casa.

Harris le miró con desprecio, negando con la cabeza.

La puerta hizo el clic característico y la chica del gato apareció por ella, conduciendo a un rubio alto de ojos muy azules.

El gato, que no se había movido de los pies de Peter, se puso alerta al verlo y emitió un largo maullido mientras su cola se movía de lado a lado con rapidez. Herman le hizo una seña a la mujer para que se retirase.

—Soy Michael Atwood —dijo el recién llegado, extendiendo su mano hacia el científico.

Harris se levantó de su silla. Le pareció que el hombre reflejaba un buen aura, pero al estar ligado a esos criminales no era mucho lo que podía esperar de él.

Herman le dio un rápido apretón.

—Soy el doctor Kluivert, a cargo de esta operación.

Michael sonrió al ver como el hombre trataba de marcar su territorio cual perro que orina un árbol.

—Me han hablado muy bien de usted, doctor —dijo, rompiendo el hielo—. ¿Qué tenemos aquí?

El científico pareció acusar el efecto de su dulce voz y por un momento quedó como hipnotizado.

—Este es el Dr. Harris, quien es un experto en...

—Mucho gusto —dijo Harris, dándole un fuerte apretón a Michael.

—Perdone que sea tan directo, pero me gustaría saber que ha venido a hacer aquí. No he solicitado ningún tipo de apoyo —terció Herman, saliendo del trance.

—Me dijeron que podía ser de ayuda —dijo Michael, viéndole fijamente a los ojos, de los cuales el científico no podía separar su mirada— y espero que así sea. El señor Ridley me ha dicho que esta investigación es prioritaria y que no debían escatimarse recursos para su feliz término, en caso de que lo que usted ha presentado en sus informes preliminares sea correcto.

—Claro que es correcto —dijo Herman, quien trató de imprimir fuerza a sus palabras, sin éxito.

Michael asintió.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó a Harris, señalando a Peter.

El doctor miró a Herman, quien le advirtió con los ojos.

—Luego de inyectarle una dosis de L-Dopa parece haber caído en una especie de coma.

—¿Sueños lúcidos? —preguntó Michael.

—Así es —dijo Herman, quien no quería quedarse por fuera.

—Ya veo, ya veo. Investiguemos qué podemos hacer, aunque no creo que sea mucho sin una batería de exámenes. ¿Cuentan con equipos para practicarle una resonancia magnética?

—No —admitió Herman, bajando la cabeza y dirigiéndole una mirada de odio a Harris. Sabía que no podía perder el control, pero todo apuntaba a lo mismo—. Veré que puedo hacer.

Waxa seguía caminando impaciente dando largas zancadas en la oficina de Jofiel, en espera de noticias de Michael. Ya el hombre le había dicho en varias oportunidades que se calmase y que tratara de concentrarse en otra cosa, que pasarían horas antes de que supieran algo. Pero el conejo sentía una opresión en el pecho que no le gustaba, temía que algo saliera muy mal. No solo temía por el futuro de la Cofradía; aunque no quisiera reconocerlo, le había tomado cariño al escritor. También estaba lo de Jake. El conejo negaba con la cabeza mientras iba de esquina a esquina sintiendo que su cerebro era muy chico para la cantidad de cosas que necesitaba pensar.

Jofiel se encontraba al teléfono mientras Waxa seguía absorto en sus cavilaciones. Cuando cortó la comunicación, tuvo que llamarlo dos veces para que saliera de su ensimismamiento. Había recibido la llamada que estaba esperando. Se había despejado la duda acerca del proceder de dos grupos dentro de la CIA en los eventos relacionados con Peter. Christine Mark-Hodges y Mike Romero habían sido capturados como el resultado de una operación mal montada por un inútil que dirigía lo que se había conocido como *El Jardín*, departamento que había sido relegado a un suburbio de Los Ángeles en vez de desaparecerlo, tan solo por deferencia a los servicios

prestados por su director a la Agencia.

Al parecer, luego de una infructuosa orden de captura contra los dos fugitivos y tras montar una chapuza acerca de que eran criminales fugitivos, uno de sus agentes había tenido la previsión de retomar el contacto con Dimitri Bashov, un mercenario ruso de temer, quien estaba dispuesto a pagar por la captura y, a *motu proprio*, había contratado a alguien quien había tenido éxito en llevar a cabo la misión. Aunque no tenían los detalles, suponían que los entregarían al ruso, quien, dados los acontecimientos, también estaría tras de Peter luego de que se le fuese la lengua al doctor Matthew.

Eso era algo a lo que tenían que prestar atención, ya que Bashov era un hombre de temer, capaz de enfrentar a cualquier ejército, con sus tentáculos muy arraigados en la corrupción de muchos gobiernos. Si se lo proponía, tendría las mayores probabilidades de quedarse con Peter, lo que sería más que nefasto para la Cofradía.

Waxa sentía los espasmos en la cara en el lugar en que debían estar sus bigotes y el estómago se le había revuelto por la angustia, pese a que no había vuelto a ingerir una gota de licor.

Ambos hombres se miraron con frustración en sus rostros.

Hizo falta la fuerza de los tres hombres para dominarle. Dos rosetones adornaban sus mejillas, adonde la sangre había migrado. Luego de una infructuosa lucha por liberarse, su cuerpo fue cediendo ante la fuerza de quienes le habían capturado. Seguía volteando su cabeza hacia atrás, a la espera de que en cualquier momento apareciese Rafael.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a Jake el mayor de los tres hombres.

El niño hizo caso omiso de la pregunta, su rostro bañado en lágrimas. Utilizando la franela del más joven, habían amarrado sus muñecas con fuerza, mientras otro de los malhechores le arrastraba por el brazo montaña arriba.

El menor le dio una violenta bofetada que le hizo trastabillar y caer de rodillas.

—Te hicieron una pregunta, responde si no quieres...

El otro hombre le indicó por señas que lo dejase, le tomó por el brazo y le obligó a continuar la marcha.

—Si colaboras con nosotros todo va a estar bien.

La mirada de Jake parecía cualquier cosa menos la mirada de un niño. Sus ojos parecían contener un océano de llamas azules.

—Bruto, asesino —dijo, dirigiéndose al que había apuñalado a Rafael—. Déjeme tranquilo —continuó al tiempo que un nuevo ataque de llanto nublaba su visión.

—¿Qué hacemos? —preguntó el que le arrastraba al líder del grupo, quien se encogió de hombros.

—Cuando lleguemos arriba, nos dirá lo que queremos saber o aprenderá lo que es el dolor.

Jake no bajó la cabeza. Al contrario, se irguió más y preguntó: —¿Qué es lo que quieren de mí?

Los tres se miraron y quien fungía de líder, acercándose, le tomó por el hombro.

—Necesitamos un teléfono de alguien a quien le importes, niño.

—Acaban de matar a la única persona a la que le importaba.

—No lo creo, no pareces un niño de la calle —dijo el hombre, mirando a sus compañeros.

—Pero es la verdad, pueden hacerme lo que quieran, les aseguro que... ustedes no entienden.

—¿No entendemos qué?

—Olvídelo. Si me va a matar, hágalo rápido.

El más joven se acercó de nuevo con la intención de volver a golpearle, pero fue interceptado por el mayor.

—Dudo que no tenga dolientes. En el peor de los casos, algún valor tendrá en el mercado —dijo, acariciando la mejilla de Jake, quien retrocedió al contacto. Podría ser pequeño, pero no inocente acerca de lo que aquel hombre insinuaba.

Habían escalado buena parte de la montaña y se acercaban a su cima. Jake estaba desconsolado, seguía esperando un milagro y por más que trataba de pensar, no se le ocurría nada para escapar de sus captores. De repente, sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo seguido de una

oleada de calor. Tuvo una visión fugaz similar a la que había tenido al tocar a Rafael. Esta vez, no solo veía la reja custodiada por los hombres armados, sino que también veía una puerta. Una puerta muy alta que parecía flotar en el ambiente. La visión desapareció tan pronto como llegó y de alguna manera, le invadió una paz interior. Parecían haberle dejado de importar los planes que aquellos malvivientes estaban trazando para él. Una sonrisa iluminó su rostro, convencido de que algo iba a suceder. Los tres hombres se miraron al verle sonreír, extrañados. A medida que se acercaban a la cima, la paz parecía invadir su cuerpo mientras que en el ambiente se respiraba una tensa calma.

La luz de la pantalla del computador portátil iluminaba la cara de Anatoly Bashkov, quien la observaba con expresión adusta. La cercanía de su cara con el monitor era signo de una presbicia que sus lentes redondos no parecían contrarrestar con eficacia. Lo severo de su rostro junto a su incipiente calvicie le hacían lucir mayor que sus cincuenta y siete años.

Se encontraba en una bodega semi-oscura, contra cuyas paredes se encontraban apiladas muchas cajas de madera. Un montacargas que había visto mejores tiempos descansaba en el centro de la estancia. El ambiente lúgubre estaba coronado por un escritorio improvisado sobre el cual descansaba la computadora. La llama del encendedor realzó las duras sombras creadas por las arrugas que surcaban su frente y el contorno de sus ojos. Una puerta lateral se abrió con un crujido, por la que entró con paso apurado un hombre quien lucía al menos veinte años más joven que Anatoly. Su cara no ocultó la sorpresa al verle allí.

—¿Pero qué cara...? —bramó el hombre con voz de pocos amigos.

—Jefe, lo siento, pero se presentó...

—Y un carajo —le interrumpió Bashkov, dando un puñetazo sobre la mesa que por un momento pareció perder su precario equilibrio—. Te dije que te quería en el aeropuerto para recibirlos. ¿Qué haces todavía aquí? —preguntó, mirando su reloj.

—Como le digo, hubo un problema con las armas que teníamos que recibir en Estambul y tuve que encargarme —contestó, jugando nerviosamente con sus manos.

—¿Qué problema? Mejor ni me digas, problema vamos a tener en Washington si los descubren, Sergei.

—Todo va a salir bien. Envié a un hombre...

—¿Otro inútil? Joder, si algo sale mal... esto no es para ser tomado a la ligera. Eres el responsable de lo que ocurra.

Sergei tomó del escritorio una lata de cerveza medio vacía con un movimiento torpe y la dejó caer. La levantó con rapidez y la lanzó a la papelera, evitando la mirada de su jefe, la cual parecía atravesarle. Se introdujo las manos en los bolsillos y dijo:

—Me encargaré de que todo salga bien —dijo, frotándose la parte inferior del cuello.

—Más te vale, Sergei, más te vale —replicó el jefe, volviendo la mirada a la pantalla y echando la ceniza al suelo.

Bashkov, quien se movía como pez en el agua a nivel global, había escapado de la Unión Soviética a principios de los ochenta y había sabido labrarse un camino, comenzando con pequeños trabajos para la mafia rusa pero que le proporcionaron una amplia red de contactos. Su aspecto sencillo ocultaba el que se le considerara uno de los hombres más poderosos del planeta cuando de cosas ilegales se trataba. Manejaba una organización inmensa, con “oficinas” en al menos treinta países y no tenía ningún escrúpulo cuando se le contrataba para algún trabajo. Siempre cumplía sus promesas, lo que le había abierto camino hacia muchas organizaciones

criminales, así como hacia ramas de gobierno en países no muy apegados a la legalidad.

Sergei era su mano derecha; detrás de su torpe andar se escondía una mente brillante que siempre encontraba una solución para todo. Anatoly le había rescatado de una masacre, en un parpadeo de su maldad y le había criado como a un hijo, ya que no tenía familia cercana ni lejana; todos habían sido ejecutados en la antigua URSS. Siempre trabajaba por encargo, pero cuando se enteró del poder de Mark-Hodges a través de la indiscreción del doctor Matthew, de inmediato consiguió a alguien dispuesto a pagar lo impagable por su captura. No era tarea fácil, pero el hacerse con la esposa y el mejor amigo podría tener un rédito espectacular, que dejaría como pequeñas todas sus operaciones de tráfico de armas, transporte de drogas y asesinatos a sueldo. Aparecía como uno de los más buscados en las listas del FBI y la Interpol, pero el bajo perfil que mantenía le permitía operar sin muchas complicaciones. Era un hombre de recursos y utilizando la mente brillante de Sergei, siempre lograba sus objetivos.

El joven dejó la estancia en silencio mientras su jefe continuaba concentrado en el monitor.

El dolor había cedido un poco pero aún se encontraba mareado. Había perdido mucha sangre y la noche hacía todo más tenebroso. Se quedó quieto al escuchar pasos que se acercaban, pensando que quienes habían secuestrado a Jake regresaban para rematarle. No tenía conciencia del tiempo, pero no quería tomar riesgos. Lo mejor sería hacerse el muerto.

Cuando sintió una mano que tocaba su yugular buscando pulso, reunió el poco de fuerza que aún le quedaba y le propinó un golpe al rostro con toda su fuerza, seguido de una patada que lanzó un corrientazo por todo su costado derecho. Trató de incorporarse pero le faltaban fuerzas. En medio de su visión borrosa logró ver que el hombre que había golpeado se encontraba en el suelo, a unos dos metros de distancia, ya levantándose.

Rafael sabía que se encontraba en peores condiciones, que la lucha no era una opción, pero estaba dispuesto a morir peleando. El hombre, al verlo hacer esfuerzos por levantarse, retrocedió un paso y terminó de ponerse en pie. Aunque no lograba distinguirlo, pudo ver que este se acercaba con las manos levantadas.

—Rafa —dijo, acercándose más— ¿Te encuentras bien? ¿Qué pasó?

A Rafael le pareció reconocer esa voz, sin embargo no lograba ubicarla.

Haciendo uso de sus codos, retrocedió.

—No te me acerques. ¡Vete!

—Rafael, soy yo, Raziél —dijo el hombre, calmado, esperando que le reconociese.

Rafael, que no tenía amigos, no sabía quién era, aunque le parecía extraño que conociese su nombre. Se llevó la mano al costado, donde el sangramiento había comenzado de nuevo.

—¿Raziél? No te conozco, déjame, vete de aquí.

—Cierto, no me conoces como Raziél, pero sí como Anderson. Soy el hijo de Arcadio.

Los ojos de Rafael se abrieron como platos cuando logró asociar aquella voz con la de su antiguo amigo. Tenía años sin verle, su voz se había hecho más gruesa y gutural, pero reconocía en ella la de su antiguo amigo. Con la visión un poco menos borrosa, le pareció familiar su cabello liso alborotado en varias direcciones, pero la negra barba que poblaba su cara hacía más difícil su reconocimiento. Sin embargo a Rafael no le quedaba duda de que se trataba del hijo de Arcadio.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me encontraste?

—Siento no haber llegado antes. Mi padre me mandó a que los encontrase aquí, pero algo me detuvo...

—Se llevaron a Jake. Y mira lo que me hicieron —dijo Rafael, mostrándole el costado.

—Le encontraremos, no te preocupes. Déjame ver esa herida.

Anderson-Raziel se acercó y tras examinarla, tomó las manos de Rafael y las colocó sobre la lesión, que casi no sangraba y no lucía grave.

—Mantén tus manos allí, eso ayudará.

—Pero...pero, ¿cómo? —preguntó Rafael.

—Confía en mí —dijo Anderson—. Subiremos en unos minutos. ¿En qué dirección se fueron?

—Por allá —dijo Rafael, señalando el camino por el que habían desaparecido Jake y los tres hombres.

La luz de la luna bañaba el espacio vacío con una luz clara. Tan pronto quitó sus manos de la herida, Rafael se quedó sorprendido. No solo se había detenido el sangramiento por completo, sino que lo que había tomado por una herida mortal, era una cortada de unos siete centímetros de largo, la cual se veía limpia y coagulando con velocidad. Supuso que habían sido los nervios lo que le había hecho creer que se trataba de algo peor. Sin embargo, la mancha de sangre en el suelo corroboraba su idea inicial. Raziel miró la herida con detenimiento, asintiendo y le ayudó a incorporarse, lo cual el joven hizo con miedo, pensando que podría abrirse de nuevo, pero su amigo le indicó con un gesto que no se trataba de nada grave.

—Pero hace unos momentos era inmensa —dijo Rafael, justificando su cobardía.

Raziel se limitó a asentir.

—Tienes que creerme, estuve a punto de desangrarme —insistió el muchacho.

—Lo sé, Rafa, lo sé. Pero ahora todo está bien y debemos ocuparnos de tu amigo.

Rafael asintió, apenado.

—¿Qué haremos?

—Lo primero, encontrarle. Vamos —dijo Anderson, poniéndole una mano en la espalda, conminándole a comenzar el ascenso.

Caminaron un rato en silencio. Raziel se mantenía con paso firme y expresión serena. Una expresión que daba a Rafael algo de seguridad, aunque sabía que la situación no era fácil. Al cabo de un rato, se atrevió a preguntar:

—¿Dónde estabas? ¿Por qué no te había vuelto a ver?

—Tenía asuntos que atender —contestó, sin dar muchas explicaciones.

—¿Asuntos? ¿De tu padre? ¿Cómo es que apareces hoy de repente? —preguntó Rafael, a quien todo aquello se le tornaba confuso.

—Estoy donde me necesiten. Hoy mi padre requirió mi presencia y acá estoy. Es lo único que importa.

Rafael fue a decir algo, pero calló.

—¿Iban armados? —preguntó el hombre, pasando la mano por su barba.

—No lo creo —contestó Rafael— pero nos sorprendieron y no pude enfrentarme a los tres. Jake es muy pequeño para pelear. El cuchillo fue la única arma que vi—. Raziel asintió, pensativo. Ya se acercaban a la cima, cuando vieron una fogata arder a lo lejos. Tomando a Rafael por el brazo, lo apartó del camino.

—Ahora debemos movernos con cuidado. Tenemos que sorprenderlos, no quiero que haya sangre.

Rafael se le quedó mirando mientras se ocultaban detrás de la vegetación. Se encontraban a unos trescientos metros del campamento que suponía habían montado los hombres para pasar la

noche.

—¿Y si no son ellos? —preguntó.

—Lo son —dijo Raziel.

Siguieron avanzando en silencio, procurando no hacer ruido al caminar. Cuando se encontraban a menos de cien metros, Raziel le tomó por el brazo y le dijo en un susurro:

—Deja que me encargue de ellos. Tú encárgate de poner a salvo a Jake, es posible que estén armados y traten de intentar algo...

—Pero tú solo no podrás contra ellos, son tres. ¡Quiero ayudar! —le interrumpió Rafael, susurrando a su vez.

—No. Estás herido. Para mí será fácil. No te preocupes sino por poner al chico a salvo.

—Pero...

—Sin peros, hazme caso —le interrumpió.

Rafael asintió ante el tono autoritario de su amigo. En cualquier caso, si las cosas se ponían feas, intervendría.

Llegaron a menos de cinco metros de los hombres y Raziel le indicó por señas que se detuviese. Desde allí veían con claridad a los tres hombres, pero no había rastro de Jake. Se desplazaron con el mayor sigilo hasta quedar prácticamente a sus espaldas. Cuando uno de ellos se alejó de la fogata, Raziel aprovechó la oportunidad. Con rapidez salió de su escondite, atrapando al más voluminoso de los dos por detrás. Con un rápido movimiento, en el que Rafael supuso que le había partido el cuello, dominó al hombre, quien cayó al suelo. El más joven de la tríada se le vino encima, pero Raziel le recibió con un golpe directo al rostro, que lo mandó de inmediato —inconsciente— a hacerle compañía a su colega. Rafael continuaba inmóvil, petrificado, viendo la velocidad que desplegaba Raziel. Este le hizo señas para que fuese a buscar a Jake, lo cual le sacó de su hipnotismo y le puso en movimiento. Comenzó a recorrer los alrededores sin dar con el paradero de su amigo.

Un ruido llamó su atención y cuando volteó a mirar, observó que el tercer hombre había regresado, cuchillo en mano y se movía en círculos tratando de atacar a Raziel. El joven se había levantado, aunque aturdido, y entre los dos trataban de rodear a Anderson. Rafael pensó en dirigirse allí, pero recordó que su tarea era conseguir a Jake. Si no, todo sería en vano.

Mientras le buscaba por todas partes, ya sin preocuparse por no hacer ruido, escuchó un crujido seguido por un grito. Raziel había vuelto a noquear al joven. El otro se mantenía en movimiento, pero Raziel se movía como lo haría cualquier experto en artes marciales, esquivando las cuchilladas que el hombre le lanzaba. En uno de esos embates, Raziel le tomó por el brazo, se lo torció y le dominó sin inconvenientes, mientras le aplicaba una llave al cuello.

—¿Lo conseguiste? —preguntó a Rafael, quien se encontraba a unos quince metros.

—No lo encuentro por ninguna parte.

—¿Dónde está? —preguntó Raziel al hombre, quien estaba imposibilitado de hablar por la presión que este ejercía en su garganta.

El hombre se limitó a negar con la cabeza. Una lluvia pertinaz comenzó a caer sobre la montaña de Sorte, oscureciendo la visión, lo que no hizo más que aumentar el nerviosismo de Rafael, quien se estremeció al escuchar un trueno en la distancia.

Las siete horas y veinte minutos de vuelo bajo gran tensión causaron una fuerte migraña a Mike Romero. Mommadaty los había dispuesto con Christine en la ventanilla de la tercera fila, él a su lado y Mike en el asiento contiguo, separado por el pasillo.

El agente permanecía todo el tiempo alerta ante cualquier movimiento que intentasen, e incluso había rechazado la comida que les ofrecieron, tan solo permitiéndoles una bebida. Aunque sabía que su amenaza había sido suficientemente contundente, no quería correr ningún tipo de riesgo. Ni Mike pretendía arriesgarse, con la vida de su hija pendiendo de un hilo, ni Christine se encontraba en condiciones de hacerlo, encerrada entre la ventana y el gigante.

A Mommadaty no le había gustado la forma en que la aeromoza les miraba cada vez que iba y venía. Al principio pensó que se trataba de paranoia, pero llegó un momento en el que comenzó a ponerse nervioso. Ellos mismos se habían encargado de difundir la identidad de los supuestos fugitivos, por lo que no le extrañaba que la mujer les hubiese reconocido. Tenía que estar alerta ante cualquier eventualidad. Cuando aterrizaron en el aeropuerto JFK, esperó a que varios de los pasajeros bajasen, buscando sumarse al tumulto de personas abandonando el avión para tratar de pasar desapercibidos. Sin embargo, apenas abandonaron el aparato, tuvo un mal presentimiento al ver a dos oficiales de policía flanqueando la salida. El mayor se acercó a Christine y le pidió amablemente que le acompañase. El agente estaba en un dilema. No consideraba prudente utilizar su placa, ya que no solo quedaría en evidencia, lo cual tendría consecuencias, sino que no tenía ninguna orden que le permitiese transportar a los fugitivos, en caso de que se decantase por esa historia. De inmediato los pondrían a la orden de las autoridades locales, dando al traste con todas sus aspiraciones. Su hoja de servicios era impecable y esperaba mantenerla así. Había hecho uno que otro trabajo para la gente de Bashkov, pero siempre cosas menores. Trabajos sencillos que le permitían darse pequeños lujos a los que se estaba acostumbrando. Pero esto era otra cosa. Había logrado negociar la paga por entregar a la pareja en Nueva York hasta las seis cifras, pues sabía que tanto alboroto no podía ser por nada, así como sabía que Bashkov no jugaba en las ligas menores. Una de sus inquietudes era lo público que se había hecho el rostro de ambos y había propuesto disfrazarlos, pero le dijeron que no había tiempo, que alguien les recibiría en el aeropuerto, pero algo debió salir mal. Siempre le quedaba la alternativa de abandonarlos a su suerte, pero no estaba dispuesto a dejar escapar una paga equivalente a un año de salario.

—¿Algún problema, agente McFry? —preguntó, con su melodiosa voz, mirando la placa que el oficial llevaba en el pecho.

—Ninguno, es una revisión aleatoria de rutina —contestó McFry con una sonrisa en la cara.

Mommadaty sabía que no existían las revisiones aleatorias de rutina. Sobre todo, para gente que se baja de un avión. En todo caso podrían existir para los que suben. Aquello no le gustaba nada. El oficial le estaba pidiendo la identificación a Christine, quien supo mantener la compostura, pero sabía que todo se podía dañar en cuestión de segundos. El único alivio era que los oficiales parecían estar solo pendientes de Christine. En caso de que los hubiesen reconocido, deberían estar haciendo otro tanto con Romero. Igual no le gustaba. Como decidieran comprobar el número de seguro social de la chica, todo estaría perdido. Tomó su teléfono y marcó el número de su contacto con la gente de Bashkov.

La lluvia había aumentado su volumen y la luna se encontraba cubierta por los nubarrones que descargaban su furia sobre la montaña. Rafael se encontraba empapado hasta los huesos, pero no desistía en la búsqueda de su amigo.

Raziel, al dejar fuera de combate al tercer hombre, se le unió. Luego de unos minutos en los cuales la certeza de que todo su esfuerzo había sido en vano, convencido de que aquellos hombres habían acabado con la vida de Jake, Rafael le consiguió atado a un árbol, con su cara apuntando en la dirección opuesta al improvisado campamento. La tempestad se había encargado de reducir

la fogata a cenizas, pero cuando un rayo iluminó el claro como si se tratase de un flash gigante, le observó, luchando febrilmente por liberarse. Luego de arrancar la mordaza que le habían colocado y liberar sus brazos, amarrados por las muñecas alrededor del tronco, le ayudó a incorporarse. El niño se encontraba afónico de tanto gritar, lo que le había ganado la mordaza en primer término y un fuerte dolor en sus brazos, luego de estar en la incómoda posición quién sabe por cuánto tiempo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

El niño le abrazó, rompiendo en llanto.

—Creí que te habían matado —dijo Jake, abrazándole con más fuerza, comprobando que no se trataba de un sueño.

—Yo pensé lo mismo. ¿Te hicieron algo? —preguntó Rafael alejándole para examinarle.

—Nada, excepto que tengo calambres en los brazos —dijo, con una voz que iba y venía por la ronquera.

En ese momento se acercó Raziél a la carrera, al percatarse de que Rafael le había encontrado. Jake retrocedió un paso y se ocultó tras el muchacho, aterrado.

—No te preocupes, es de los nuestros —dijo el joven.

—¿De-de los nu-nuestros? —tartamudeó Jake.

—Sí, su nombre es Anderson, mejor dicho, Raziél —contestó, obligándole a dar un paso al frente, lo cual hizo con resquemor—. Es el hijo de Arcadio.

—Oooh —dijo Jake, dando un paso hacia delante y estrechando con timidez la mano que le ofrecía el hombre.

—Muchas gracias por ayudarme... ayudarnos —dijo Jake, dirigiendo una mirada interrogadora a su amigo.

—Sí, en efecto, él me salvó.

Raziél hizo un gesto con la mano, restando importancia al asunto.

—Tú mismo te salvaste, lo único que hice fue darte apoyo.

—¿Qué hay de aquellos? —preguntó Rafael, apuntando con su pulgar hacia donde estaba el campamento.

—Van a estar fuera de combate por un rato —contestó Raziél con una sonrisa en el rostro— pero debemos apurarnos. Vamos.

—¿A dónde? —preguntaron los dos jóvenes al unísono.

—Síganme, les explicaré en el camino.

Los tres se pusieron en marcha hacia la cima de la montaña. La lluvia había amainado un poco, pero no cesaba.

—Necesito que presten mucha atención, lo que les voy a decir a continuación no es fácil de comprender ni de digerir. No les pido que lo entiendan, tan solo que tengan fe y que hagan exactamente lo que les diga. ¿Estamos claros en eso?

Los dos chicos se miraron y tras un instante, asintieron.

—Bien. El hecho de que Jake no recuerde nada de su pasado ni sepa de dónde vino se debe al hecho de que... a ver, no se me ocurre otra forma de decirlo, él no pertenece a este mundo. —Los ojos de Rafael estaban a punto de abandonar sus órbitas. Iba a abrir la boca, pero Raziél le indicó que esperase. Jake se mantenía impávido—. Para ser más exacto, no pertenece a esta dimensión. Es decir, viene de un mundo paralelo...

—¿Tiene que ver con los hombres en las rejas? —le interrumpió el niño.

—Sí y no —contestó Raziél— esos hombres tienen que ver con tu padre, lo mantienen cautivo, es un reflejo inconsciente de tu mente. Fuiste enviado aquí por un error, un gravísimo error, pero

es hora de que corriamos eso...

—¿Mi padre?

—Pero... ¿y yo? —preguntó Rafael, asustado.

Seguían acercándose hacia la cima, ya no por el camino principal sino por uno más escarpado. Resbalaban sobre la superficie mojada, pero continuaban el ascenso mientras el hombre hacía las revelaciones.

—Tú eres un instrumento que permitió la recuperación de Jake y le ayudó a llegar hasta aquí, pero es hora de que él continúe su camino. Una lágrima resbaló por la mejilla de Rafael—.

¿Quiere decir que no nos volveremos a ver? —preguntó con la voz en un hilo.

Raziel le puso la mano en la cabeza, dándole consuelo.

—Eso no lo sé. Mi padre sólo me dijo lo básico, cuando llegemos a nuestro destino veremos que ocurre.

—Pe-pero eso es injusto —protestó Rafael.

—Lo sé, hijo, lo sé —dijo Raziel—. La vida en general lo es. Lo cierto es que no podemos interferir con los designios superiores.

Rafael asintió sin convencimiento.

—Y ese destino, ¿cuál es? ¿Dónde queda? —preguntó, tragando duro y tratando de parecer más fuerte de lo que realmente se sentía.

—Estamos llegando. Según lo que dijo mi padre, nos toparemos con él en cualquier momento.

—No lo recuerdo. Aquí me encuentro bien —dijo Jake, mirando a Rafael.

—Pronto lo harás y te darás cuenta de que es muy importante que regreses —dijo Rafael, consternado al ver la tristeza del niño.

Ya estaban casi en la cima cuando a Jake le pareció ver un fulgor flotar en el aire. Se llevó las manos a los ojos, frotándolos. Pensó que podría tratarse del comienzo de un arcoíris, lo que era absurdo porque no había sol y aún llovía. Concluyó que había sido una ilusión óptica, pero la volvió a ver. Esta vez la imagen era más clara. Se trataba de la misma puerta de la visión que tuvo cuando sus captores le arrastraban montaña arriba.

—¿Ven eso? —preguntó, sorprendido.

—Lo veo —dijo Raziel.

—¿Ver qué? Yo no veo nada —intervino Rafael.

Rafael le alcanzó luego de que Jake se adelantase al grupo y se pusiera de frente a la enorme puerta dorada que parecía flotar en el espacio. En ese momento la vio y dejó escapar un suspiro. Raziel, al alcanzarles, sonreía. Jake tocó la puerta con miedo, como temiendo que le quemase o que engullese su mano. Era una puerta majestuosa, dorada, con ribetes rojos. Su picaporte áureo refulgía a la luz de la luna, que surgió de repente cuando la lluvia cesó de forma brusca. El silencio era sepulcral y parecía que la tensión se podía rasgar con un cuchillo.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Jake, volteando a mirar a Raziel, quien se encogió de hombros.

—Hasta aquí llego yo. No lo sé, tendrás que averiguarlo por ti mismo —contestó.

Jake miró a Rafael, quien le había tomado por el hombro. Su expresión no reflejaba nada. El niño alargó su mano hacia el picaporte y la retiró rápidamente, asustado. Volvió a intentarlo con el mismo resultado. Al tercer intento, al colocar su mano sobre el pomo, le pareció que estaba construido con el material más sedoso del universo. Al aplicar una mínima fuerza, cedió y tras un ligero empujón, la puerta se abrió. Lo que vieron allí estuvo a punto de hacerles perder la racionalidad. Del otro lado, mucha gente se desplazaba por la acera, apurada. Los carros no dejaban de pasar. El bullicio era ensordecedor. Muchos taxis amarillos iban y venían. Era una

sensación surrealista ver aquel pandemonium y luego voltear la cabeza hacia la serenidad de la montaña oscura.

—Si atravieso la puerta, ¿podré volver? —preguntó Jake.

—No lo sé, pero lo dudo —contestó Raziel. Rafael se aferró a su mano. Jake volteó la cabeza y le miró.

—¿Me acompañas? —preguntó.

A pesar de que Sergei le había asegurado que recibirían ayuda, Mommadaty estaba cada vez más nervioso, pues no veía que nadie apareciese y el oficial, que había pedido amablemente a Christine su identificación, ya no tenía una actitud tan cortés. Debía evitar a toda costa que investigara más a fondo, pero el funcionario no parecía querer apartarse del reglamento. Estuvo a punto de revelar su identidad, sabiendo que le costaría caro, pues no tendría forma de justificar ante su jefe los eventos desde el momento en que se separó de Frasier. Además, en la Compañía se tomaban esas cosas muy en serio, lo sabía bien. Sería acusado cuando menos de traición, algo que no le convenía. Pero no veía otra forma de evitar que los oficiales continuasen indagando. Ya no le quedaba ninguna duda de que la aeromoza había reconocido a Christine y avisado a las autoridades. Lo que le extrañaba era que aún no hubiese aparecido un batallón de agentes del FBI en el aeropuerto, por lo que el tiempo era crucial. Trató de zafarse haciendo uso de una amabilidad extrema, sin resultados. Cuando vio que se les acercaba un sujeto con traje y lentes oscuros, supuso que todo estaba perdido. El hombre tomó control de la situación de inmediato, con decisión. Los oficiales le dijeron que eran los responsables de verificar la identidad de la chica, pero el individuo de inmediato sacó una cartera y le mostró una placa, que aunque Mommadaty no alcanzó a ver en detalle, supuso que pertenecería al FBI o la NSA.

—Necesito llevármelos conmigo —dijo el hombre con autoridad.

—No es el procedimiento correcto —replicó el oficial.

—Hijo, esto se trata de un asunto de seguridad nacional —replicó, poniéndole la mano en el hombro.

—Pero...

—Sin peros, no querrás ser el responsable de retrasar las operaciones.

El oficial miró a su compañero, quien se encogió de hombros dejando ver lo poco que le importaba.

—Pero que conste que...

—Ahórrate el discurso, gracias por tu colaboración —dijo el hombre, arrancándole de la mano la identificación de Christine.

A todas estas Mommadaty se había mantenido a la expectativa, evaluando la posibilidad de desaparecer si las cosas se ponían más turbias de lo que ya estaban. Perdería mucho, eso lo tenía claro, pero que le expulsaran de la Compañía, si no es que terminaba en prisión, sería mucho peor.

—Perdone que insista, agente Miller, pero cuando mi jefe...

—Cuando tu jefe llegue, solo dale esto —le dijo el hombre, entregándole una tarjeta que sacó del bolsillo interior de su chaqueta— y dile que se ponga en contacto conmigo de inmediato. Yo veré que te recompense por tu valiosa colaboración —concluyó, tomando a Christine por un brazo y haciendo señas a Romero y a Mommadaty para que le acompañasen.

Mientras Jake y Rafael, tomados de la mano, se encontraban al borde de la puerta que se había

materializado inexplicablemente en la cima de la montaña, Raziel les observaba desde tres metros atrás.

—¿Podremos ir y venir a través de esto? —preguntó Rafael, volteando la cabeza hacia este mientras señalaba con su mano la puerta que casi flotaba en el ambiente. Jake giró su cabeza también, esperando la respuesta.

—No creo que las cosas funcionen así —contestó—, supongo que esta puerta no permanecerá mucho tiempo abierta, no es que tenga mucha experiencia con estas cosas. Mi padre seguro lo sabrá, pero creo que eso no es lo importante. Existen infinitas realidades, de eso estoy seguro y esta puerta es un canal de comunicación entre dos de ellas. La cosa es que Jake pertenece al otro lado y es allí donde debería estar.

Jake se mantenía estoico, con la cabeza levantada, apreciando la gran diferencia que existía entre ambos mundos. Le parecía estar soñando, pero todo lucía demasiado real para ser un sueño. Sus nudillos estaban rojos debido a la fuerza que imprimía sobre la mano de su amigo, quien, asombrado a su vez, no parecía notarlo. Jake se inclinó y por primera vez, introdujo medio cuerpo hacia el otro lado de la puerta. Un escalofrío recorrió todo su ser y de inmediato retrocedió, alejándose un poco de aquel portal.

—En efecto, puedo sentir que son dos realidades muy diferentes —dijo, erizado.

Rafael, todavía conectado al niño a través de su mano, sintió algo similar a lo que había sentido la primera vez que Jake le había transmitido la energía, solo que en esta ocasión, la sensación parecía multiplicarse por mil. Se sentía asustado pero a la vez muy excitado. Jake le miró, luego a Raziel y volvió la mirada hacia su amigo, clavando sus potentes ojos azules en él.

—Tienes que venir conmigo —dijo con voz pausada pero firme.

—Nada me gustaría más, pero...

—No sabes si perteneces allá y tampoco si podrás encajar —intervino Raziel.

—Exacto —dijo Rafael, asintiendo.— No lo sé y a decir verdad tengo miedo.

Jake le vio con una mirada de súplica.

—También tengo miedo y no quiero ir solo —dijo Jake, abrazando a su amigo y quedando de frente a Raziel, quien notó dos lágrimas salir de sus ojos.

—No debes tener miedo. Allá perteneces y tu padre te necesita.

—¿De-debería ir yo también? —preguntó Rafael.

Raziel se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. Mi padre no me dijo nada de eso, por lo que supongo que deberás hacer lo que te dicte tu corazón.

—Por favor —dijo Jake, sollozando.

Rafael, luego de tomar su decisión, se soltó del abrazo del niño y dando dos pasos, tendió su mano hacia el hombre.

—Gracias por todo, Anderson o Raziel. Sin ti estaríamos perdidos.

El hombre le dio un abrazo y al acercarse Jake, los tres se fundieron en uno por un momento. Escucharon ruido y vieron que eran dos de los hombres que Raziel había dejado fuera de combate minutos atrás, quienes se acercaban, uno con un cuchillo en su mano y el otro con un palo.

—Cuidado —dijo Rafael—. Vienen por ti.

Raziel le restó importancia con un gesto de la mano.

—De prisa, no queremos más complicaciones —dijo Raziel.

—Pero... —intervino Jake.

—No se preocupen, sé arreglármelas solo —dijo el hombre, guiñándoles un ojo—. Vayan.

Tomados de la mano, cruzaron la puerta.

Tan pronto lo hicieron, la misma desapareció.

Raziel se quedó mirando el vacío que había dejado, se encogió de hombros y con una gran sonrisa en la cara, dio la vuelta y se preparó para enfrentarse a los dos hombres que ya se le venían encima.

El agente Mommadaty no dudaba ni por un instante que podría hacerse cargo del hombre que prácticamente le arrastraba por el aeropuerto junto a Christine y Mike. Lo que no sabía, de hecho, lo que le extrañaba, era que estuviese solo. En cualquier caso, estaba en un lugar demasiado público como para intentar algo. Sus sentidos, agudizados, buscaban la más mínima oportunidad. Sabía que una vez llegaran al estacionamiento, al menos el compañero, por no decir otros agentes, les estarían esperando.

Una vez que dejaron atrás la intensa actividad de los viajeros, cuando se dirigían por un pasillo lateral hacia el estacionamiento de permanencia corta, en el momento que Mommadaty consideró apropiado para ejecutar su movida, el hombre se dirigió a él.

—¿Acaso se volvió loco o es un novato? —le preguntó, limpiando el sudor de su frente.—
Estuvieron a nada de que los apresaran y dañasen toda la operación. Sergei ya no es el mismo...

—Espere —le interrumpió el gigante.— ¿Trabaja para Sergei?

—¿Qué pensaba? ¿Qué era de la NSA? Para ser un agente, es usted bien imbécil, si me disculpa. ¿Desde cuándo un agente actúa solo? —dijo el hombre, negando con la cabeza.

—Pero...

—Sin peros, ahora apúrense antes de que los azules den la voz de alarma.

—Bueno, hasta aquí llega mi trabajo. El trato era que los entregase sanos y salvos...

—Algo que se le dio bastante mal, no cree. ¿En serio, ni una peluca o lentes oscuros? Por favor.

—Estaba apurado, además Sergei dijo que todo saldría bien.

—Supongo que no sabía la clase de idiota con quien estaba tratando.

Mommadaty apretó los puños, no dispuesto a aceptar otra humillación, pero le dejó estar.

—¿Dónde está mi paga? —preguntó.

El falso agente se encogió de hombros. —Pregúnteselo a Sergei. Ahora, ¡vamos!

Mike y Christine habían observado todo el intercambio como espectadores en un rápido juego de ping-pong, estupefactos.

—¿Quién es Sergei? —preguntó Mike.

—¿A dónde vamos? —intervino Christine, con la esperanza de que aquellos hombres les ayudasen, aunque en el fondo sabía que no sería así. El hombre les dirigió una mirada cargada de odio y los puso en movimiento, mientras que Mommadaty, echando chispas, se alejaba en la dirección contraria.

6

La condición de Peter no había cambiado en absoluto. Harris continuaba preocupado, la situación era muy seria. Se sentía inseguro por primera vez en todo su largo ejercicio profesional. No solo ignoraba lo que podía estar sucediendo dentro de aquel cerebro, sino que no existía libro, artículo, referencia o colega que pudiese ayudarlo.

Se sentía triste por no haber sabido leer a Abrahamssen. Siempre había pensado que se trataba de un charlatán, pero al ver lo ocurrido con Mark-Hodges se dejó engañar, suponiendo que, siendo un reconocido científico, el sueco quizás tuviera buenas probabilidades de entender el fenómeno. Luego se había dado cuenta de que —además de ser acertada su percepción inicial— el hombre jugaba para el bando contrario. Era algo que no se podía explicar, muchas dudas invadían su mente. Se preguntaba si Abrahamssen siempre habría trabajado para ellos o si simplemente lo habían reclutado a última hora. Eran demasiadas incógnitas, tantas que se sentía a punto de perder la sanidad mental.

El caso de Michael era distinto, o al menos así lo percibía. Tenía que andarse con pies de plomo para evitar equivocarse como lo había hecho con el sueco. No estaba seguro de si se trataba de un doctor, ya que este no se había presentado como tal, pero la terminología que manejaba así lo sugería. Sin embargo, había algo más, una especie de aura en su persona que le decía que sus intenciones eran buenas. Todo era una gran contradicción, ya que al estar al servicio de esa organización, no podía ser bueno. Pero, la forma como se enfrentaba a Herman, al menos le hacía pensar que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa —incluso por encima de los intereses de la Agencia— por el bienestar de Peter. Por los momentos, eso era suficiente para Harris. Se sentía cansado, no se había separado del lado de su paciente y casi no había dormido. El sonido de la puerta al abrirse lo trajo de vuelta de sus cavilaciones.

—¿Algún cambio? —preguntó Michael, acercándose hasta el borde de la cama donde yacía Peter.

Harris negó con la cabeza.

—Es necesario trasladarlo a una clínica, no podemos seguir a ciegas.

—No podría estar más de acuerdo —concordó Michael justo cuando por la puerta apareció Herman, a quien encaró de inmediato.

—¿Y bien? Supongo que ya consiguió los medios para realizar los exámenes al señor Mark-Hodges.

Esta vez fue Herman quien sacudió su cabeza en negativa.

—Estaba pensando en mandar a traer equipos, pero no es factible.

—¿Pero será que usted es idiota? —intervino Harris, levantándose, furioso— ¿Acaso no sabe lo que demoraría instalar esos equipos, sin contar... ¡la verdad es que usted debe estar loco!

—No tenemos tiempo —intervino Michael en tono conciliatorio—. Es necesario trasladarlo de inmediato.

—Eso no va a ser posible. Mark-Hodges no debe salir de aquí.

—¿De qué cree que le va a servir una vez que su cerebro se dañe irreversiblemente? Por favor, deje la codicia a un lado —casi escupió Harris.

—¿No tenemos algún centro donde podamos hacer al menos una resonancia? —preguntó Michael.

—No, al menos por los momentos —contestó Herman, mirando a Harris con odio.

—Entonces vamos a prepararlo para el traslado.

—Ya dije que...

—Sé lo que dijo, pero no me mandaron acá de adorno. ¿Lo trasladamos bajo su mando o quiere que llame a su jefe? —preguntó Michael con sutileza, echando mano a su teléfono celular.

Las orejas de Herman se habían puesto del color del tomate y su semblante dejaba traslucir la impotencia que sentía.

—Deje que yo mismo me encargue —dijo, abandonando la habitación con un portazo.

El resplandor de la cerilla les permitió ver la cara del hombre, quien luego de encender su cigarrillo y darle una fuerte calada, la apagó con la cortina de humo que espiró por su boca.

—¿Saben por qué uso fósforos en vez de encendedor? —preguntó Bashmakov a Mike y Christine, a quienes Sergei había llevado hasta la oscura bodega. Ambos se quedaron mirándole sin decir palabra.

—Cuando uno maneja explosivos —dijo el hombre, señalando las cajas apiladas contras las paredes— no es buena idea hacer uso de gases inflamables. Un colega voló por los aires y desde entonces, no he vuelto a usar encendedores. Sé lo que están pensando, una chispa y ¡BUM! volamos todos, pero la vida sin riesgos no es vida —continuó el hombre, soltando una carcajada ronca pero sin modificar sus facciones, lo cual le confería un aspecto siniestro.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó Mike, abalanzándose sobre el escritorio. Sergei le tomó por detrás, pero se zafó sin inconvenientes, ya que este era muy delgado y no tenía la fuerza para detenerle, menos en el estado en el que se encontraba. Sin embargo, un hombre de piel muy oscura que salió de entre las sombras, le propinó un derechazo directo a la boca, lo cual le hizo retroceder y casi caer al piso. Christine dio un grito, sorprendida.

—Déjalo —ordenó Bashmakov al hombre que se disponía a golpear a Romero de nuevo—. Creí que te lo habían dicho, tu hija está perfectamente, ni siquiera la hemos capturado, no queremos sembrar alarma. Ella va a estar bien en la medida en que ustedes colaboren.

—¿Colaborar con qué? —intervino Christine.

—La vida es un gran juego de ajedrez y ustedes son unas piezas muy importantes, las cuales moveré cuando sea necesario...

—¿Esto es acerca de Peter? —preguntó la mujer, mientras Mike se secaba la sangre de la comisura de los labios.

—Claro que es acerca de Peter...

—¿Dónde le tienen? —interrumpió Mike—. Quiero verlo de inmediato.

—No le veo en posición de hacer exigencias. Pero como estoy de buen humor, le voy a decir que estamos a punto de tenerlo, ¿no es así? —preguntó, mirando a Sergei, quien asintió— y en ese momento es cuando ustedes serán valiosos. Ahora, llévatelos —le indicó a su subalterno haciendo un gesto despectivo con la mano.

Tras ser enviado de vuelta al hotel por Jofiel, quien no le dejaba trabajar esperando noticias de

Michael, Waxa se encontraba en un estado de frustración total. Nunca se había sentido tan inútil, no había nada que pudiese hacer, estaba completamente atado de manos. En sus predios, ya hubiese realizado al menos cien cosas en paralelo, pero no podía sin sus herramientas de trabajo. Comenzaba a pensar que tal vez había sido un error venir.

Mientras se arrastraba por los lujosos pasillos del lobby del hotel, mirando vitrinas sin verlas, tan solo esperando el pasar del tiempo, se cruzó con dos chicas que se le quedaron viendo mientras se reían por lo bajo. En principio no les prestó atención, pero luego se dio cuenta de que representaban una válvula de escape. Una muy buena válvula. Giró sobre sus talones, dando una vuelta de ciento ochenta grados, y comenzó a caminar en dirección a las chicas.

—Señoritas —les llamó.

Una de las jóvenes, la cual llevaba una botella a medio beber en la mano se volteó a mirarle y de inmediato llamó la atención de su amiga. Se detuvieron a esperar al conejo, quien, al menos momentáneamente, había dejado sus preocupaciones a un lado mientras cedía el control de su mente a la lujuria. Cuando las alcanzó, pasó cada uno de sus brazos sobre el hombro de una chica. Ellas, encantadas con su físico, eran todo sonrisas.

—Vayamos por un trago —dijo la chica de la derecha.

—Tengo una idea mejor —contestó Waxa, guiñándole un ojo mientras las dirigía hacia el ascensor que se encontraba enfrente.

De haber contado Harris con el equipo adecuado, estaría más preocupado de lo que ya estaba. La mente de Peter había estado en blanco desde el incidente, nula su actividad cerebral. Apenas comenzaba a descorrerse el velo.

No tenía idea de lo que había ocurrido, por la simple razón de que no pensaba. Las primeras reacciones eran más bien motoras. La sensación inicial que tuvo fue la de estar sentado al fondo de un precipicio en medio de una noche oscura, sin nadie que pudiese ayudarlo. Sin embargo, algo había despertado sus procesos cognitivos. No sabía de qué se trataba, tampoco dónde estaba. El dolor fue la primera sensación reconocible que tuvo. Al principio no sabía qué le dolía, luego se dio cuenta de que era la cabeza. Pero todo seguía oscuro. Trataba de despertar, de asomarse a la realidad, pero un peso muy fuerte le empujaba hacia abajo, similar al experimentado cuando se despierta de una anestesia.

Algo le decía que recobrase la conciencia, que le necesitaban, pero no lograba vencer la fuerza que se lo impedía. Muy poco a poco se fueron sumando sensaciones y se percató de que el mundo era silente. No había ningún ruido, era una sensación que jamás había experimentado: el silencio total. Le pareció escuchar algo a lo lejos, pero se dio cuenta de que era una jugada de su mente, la cual, acostumbrada al ruido, le había hecho creer que escuchaba. Le pareció sentir movimiento y tuvo un fugaz recuerdo de que había estado dentro de la mente de Mike. Aunque fue muy repentino, estaba seguro de que así era. El conejo, vistiendo un frac, venía hacia él, riendo.

Lev Richardson se encontraba muy deprimido. Luego de salvar a su antiguo compañero, Marcus Blackman, de una muerte segura a manos del ala corrupta de la CIA, la cual, sospechaba era responsable de la desaparición de Matthew, había cometido el error de servirle en bandeja de plata a los rusos la información que pondría en peligro a Romero y a la esposa de Mark-Hodges, a quienes, en principio había supuesto fugitivos.

No estaba al tanto de saber que Mommadaty, actuando por cuenta propia, había llevado a su

captura. Todo estaba confuso y no había tenido tiempo de sentarse a tratar de desmadejar ese enredo, ocupado con conseguir un lugar donde esconder a Blackman, lo cual no fue tarea fácil dadas las características del ex-agente. Aunque había logrado, luego de fingir con éxito su muerte, llevarlo a un lugar que consideraba seguro, no quería confiarse. Suponía que no irían tras él, ya que concluirían que Blackman le había utilizado para acceder a la información, pero él no representaba ningún peligro. Al menos, mientras se mantuviese de bajo perfil, no creía que nadie lo buscaría.

Sin embargo, el agente, ya bastante recuperado luego de su episodio cardíaco, insistía en llegar al fondo del asunto; se sentía responsable de la suerte del doctor Matthew y quería enmendar lo que había ocasionado, al menos evitando más víctimas. Se encontraban en la casa de un amigo cercano de Richardson que había salido de la ciudad por unos días y le había dejado las llaves. Al menos Blackman no podía abandonar el sitio, no solo por su débil condición de salud sino porque era muy fácil de reconocer; mientras más tiempo le diesen por muerto, mejor.

Richardson —con una peluca de cabello largo y lentes redondos que le daban un aspecto muy al estilo John Lennon— se movía con cuidado para atender las cosas básicas. Había conseguido un celular desechable, desde el cual se comunicaba con Jerry Cranston, el contacto que le informó acerca de la intervención del teléfono de Matthew, por lo que se puede decir que era quien le había salvado la vida a Blackman. Jerry y Lev eran amigos de vieja data. Habían comenzado juntos en la Agencia y a pesar de trabajar en departamentos diferentes, mantenían una buena amistad.

Cuando Lev regresó del supermercado, encontró un mensaje de su amigo pidiendo que le llamase.

—Llámalo a ver que nos tiene —dijo Blackman, revisando la bolsa de las compras en busca de alguna chuchería, pese a las advertencias del médico acerca del régimen alimenticio que debía mantener. Lev, que estaba al tanto, solo compraba comida saludable. Marcó el número de Jerry, quien tomó la llamada al primer repique.

—¿Qué has conseguido? —preguntó y se quedó escuchando largo rato, solo asintiendo. Blackman le hacía señas para que le dijera qué estaba ocurriendo, las cuales ignoraba—. Comprendo, por favor infórmame tan pronto consigas algo nuevo— dijo, terminando la comunicación.

—¿Y? —Preguntó Marcus.

—Al parecer, toda la operación fue montada por el tullido de Johannessen, con el objeto de capturar a Matthew, usando a Frasier y a Mommadaty, dos agentes a su servicio, pero todo lo hicieron mal. Este último se puso en contacto con Bashmakov y le solicitaron la captura de dos activos importantes, lo cual está haciendo como un trabajo personal.

—¿Activos? No me vas a decir que esto se trata de espionaje.

—No, no creo, no fue el término que usó Jerry, son dos personas ligadas a... lo que sea que están buscando, pero quedó en averiguar más y llamarme.

—Deberíamos hacer algo, aunque no sé qué. No me gusta estar de brazos cruzados —dijo Blackman.

—Lo sé, pero no tenemos alternativa —contestó Richardson, encogiéndose de hombros.

Waxa se alojaba en una de las suites más lujosas del hotel, cortesía del inmenso poder económico que la cofradía manejaba en la Tierra, lo que sorprendió a las chicas. Una de ellas sacó de su cartera una bolsita con polvo blanco, el cual vertió sobre la mesa de vidrio y tras enrollar un

billete, esnifó con fuerza.

Waxa se le quedó mirando, sabía lo que era la coca, pero en ese momento no estaba para melindres. Tomó a la chica por la cintura mientras acariciaba sus senos, despojándola de su minifalda y haciendo lo propio con sus pantalones. Su compañera le invitó a aspirar un poco, a lo que se negó mientras metía una mano por debajo de su falda. Ella, riendo, sacó del bolsillo de su camisa un par de pastillas amarillas que dejaban ver una carita feliz en su superficie. Luego de tragar una, le introdujo la otra a Waxa en la boca de una manera muy sensual. Este sabía que debía tratarse de algún tipo de droga, pero excitado como estaba, no pudo resistirse y la tragó también, mientras continuaba ocupado con el cuerpo de ambas jóvenes.

Un momento más tarde se encontraban los tres en la cama tamaño *king*, desnudos y enredados en un amasijo de piernas y brazos. Waxa comenzó a sentir como su mandíbula se ponía rígida, pero lo que estaba haciendo una de las mujeres con su miembro le dejaba poco espacio para pensar. La otra había enterrado sus senos en la cara del conejo, quien extasiado suponía que el aumento de la temperatura corporal que experimentaba era parte del juego sexual.

Se sentía muy deshidratado, tomó una botella de agua de la mesita de noche y la bebió de un solo trago sin disminuir el ritmo con el que sus caderas embestían a la chica, quien chillaba de placer. Estaba viendo luces de todos colores y le pareció recordar que los humanos hacían referencia a fuegos artificiales al momento del orgasmo, pero no creía que se tratase de la misma sensación.

Sergei había alineado su plan a la perfección. Una vez conocida la ubicación de Peter Mark-Hodges, con todos los contactos que tenían dentro de la Agencia, meter a cuatro de sus hombres fuertemente armados al complejo había sido solo cuestión de hacer las llamadas pertinentes para que no los sometieran a revisión al entrar, haciendo uso de la carta de ENTREGA ESPECIAL.

Bashmakov jamás había realizado abiertamente una operación en contra de la agencia gubernamental y aunque había ejecutado ciertos “proyectos” para la misma, todos habían sido “legales”, aunque en realidad sería más exacto decir que estaban al borde de la fina línea que separa lo legal de lo que no lo es, porque cuando de poder se trata, cuando se apela a la seguridad nacional, son pocas las cosas que no se consideran legales. Lo cierto es que se había granjeado una confianza entre los jefes de algunos departamentos, confianza que se vendría al suelo una vez que ejecutasen el plan para extraer al escritor. Sin embargo, poco le importaba. Este golpe iba más allá de cualquier otra cosa que hubiese hecho o que tuviese por hacer. La cantidad de dinero que recibiría, así como la cuota de poder adicional y credibilidad en el mercado negro una vez completada con éxito la misión, bien valía perder sus contactos en la CIA.

Ya habían dejado atrás lo más difícil, que era ingresar. El lugar donde se encontraba recluido Peter, si bien contaba con cierta seguridad, no estaba custodiado militarmente, pues era un edificio administrativo. Sin embargo, las órdenes eran entrar, tomar a Peter y salir con él en una operación rápida, antes de que corriese la voz de alarma.

Al llegar a la recepción, donde un hombre y una mujer controlaban el acceso, los dos hombres de Bashmakov que iban a la vanguardia, les dispararon a quemarropa y casi al unísono. Tomando la tarjeta de acceso de la recepcionista, ingresaron con velocidad al complejo. Habían estudiado a conciencia los planos. Solo dos puertas les separaban de su objetivo. Cuando estaban por abrir la última, una chica que traía una bolsa de comida para gatos salió de esta, siendo eliminada de un disparo en el pecho que el silenciador del arma automática del enviado del ruso ahogó en un zumbido.

Los cuatro asaltantes cruzaron la puerta que les llevaría directo hacia Peter Mark-Hodges.

Peter se había salvado por minutos de ser capturado por la gente de Bashmakov. En realidad, fue la insistencia de Michael, tratando de fraguar un plan para liberarle, quien lo había evitado. Herman había prometido encargarse de la situación, pero al no ver ningún resultado tangible, Michael y Harris arrinconaron al doctor y le advirtieron, más bien le amenazaron con que el cerebro de Peter podría tener poco tiempo antes de quedar convertido en una masa inservible. Ninguno de los dos pensaba que el argumento tenía fundamento científico, pero surtió el efecto deseado en Herman, cuya avaricia era el punto débil a través del cual podían manejarlo a placer. El hombre sabía que Peter era una pieza de extremo valor para cualquier organización, con buenas o malas intenciones, pero su arrogancia le hacía creer que estaba un paso adelante de todos ellos. Sin embargo, dispuso vehículos blindados que flanquearían a la ambulancia que trasladaría a Mark-Hodges por los cuatro costados, precaución que creía indispensable dado el valor de la carga. Harris iría en la ambulancia y también Michael, por insistencia propia. Herman iría en el vehículo de la retaguardia.

Cuando el último vehículo del convoy desfilaba por la puerta de salida, la gente de Bashmakov se encontraba en la entrada ejecutando la pantomima que les daría acceso a las instalaciones.

Sergei se encontraba frente a Bashmakov cuando recibió la llamada que esperaban con ansias, la que le abriría las puertas a lo que sería su último trabajo. Ya tenía tiempo pensando que no quería continuar con aquella vida, le generaba demasiado estrés. De hecho pensaba retirarse antes de que surgiera lo del escritor, pero cometió el error que siempre cometen los criminales: suponer que aquel golpe maestro sería el último y le proporcionaría suficientes medios de fortuna para vivir como un rey el resto de su vida.

Poseía una gran fortuna, pero sabía de primera mano que una vez que se entraba en un negocio como el que ocupaba sus días, retirarse no era una opción. La única forma de dejarlo era al morir. Sin embargo, inteligente y confiado, había preparado una evasión planificada pacientemente hasta el último detalle: escaparía con su esposa, con quien había contraído matrimonio hacía apenas un par de meses, con una nueva identidad, a un lugar tan remoto que nadie podría dar con ellos. Parte del plan era un conjunto de cirugías que dejaría a ambos irreconocibles; sabía muy bien cómo hacer aquello ya que en el mundo en el que se movía no era algo extraño, aunque tampoco barato. Fue Susan, su esposa, quien le convenció, de hecho, le impuso esa condición para contraer matrimonio. Le daba un poco de remordimiento abandonar a Anatoly, pero más podía su amor por Susan. Temía que cada vez la situación se hiciera más difícil, se habían ganado demasiados enemigos y no sería raro que en cualquier momento los traicionasen y terminasen en una prisión o condenados a la pena de muerte, dependiendo de cómo se desarrollaran las cosas. No quería seguir tentando la suerte. De todas formas, Bashmakov conseguiría arreglárselas sin él, de eso estaba seguro.

Pero siempre estaba el último golpe, el santo grial de los criminales, la manzana de la discordia de los ambiciosos; en este caso, lo que le costaría la vida. Cuando repicó su teléfono, ensimismados cada uno en sus pensamientos, dio un brinco.

—Sergei —dijo, a secas, al responder la llamada.

La expresión en su rostro le dijo de inmediato a Bashmakov que algo había salido mal. Sergei

puso el altavoz y colocó el aparato sobre la mesa, de donde brotó una voz ronca:

—...no había nadie acá. Revisamos todo el lugar...

—¿Có-cómo que nadie? Seguro están en el lugar equivocado —dijo Sergei.

—Negativo, no hay lugar para error. Todo coincide con lo planeado.

—Lo habrán movido de lugar.

—Imposible, revisamos todas las estancias. Se lo llevaron.

Bashmakov dio un puñetazo en la mesa.

—¡Inútiles, jamás pueden hacer nada bien! —dijo echando espuma por la boca.

—Espero instrucciones —replicó la voz al otro lado de la línea— ¿Qué hacemos?

Sergei miró a su jefe, pálido.

—Búsquenlo así tengan que remover el piso. Si no lo traen, alguien pagará con su vida —
bramó Bashmakov.

—Entendido, jefe. Veré que puedo hacer —contestó, terminando la comunicación.

—Te dije que te encargaras personalmente, Sergei.

—Fue lo que hice, tracé todo el plan, era cuestión de que lo ejecutaran. Sabes que el campo no es lo mío.

—Tienes razón, pero sabes que no soporto la incompetencia. Esto no puede salir mal.

—Quédate tranquilo, le conseguiremos.

El ruso hizo una seña despectiva y dijo:

—Tráeme a aquellos dos, es hora de que tenga una conversación con ellos.

Sergei asintió y fue en busca de Mike y Christine.

A Jofiel le extrañaba no tener noticias de Michael aunque suponía que este no había tenido la oportunidad de ponerse en contacto sin arriesgarse. Una alerta en su computador le llevó a una noticia en desarrollo: un ataque terrorista perpetrado en contra de una instalación gubernamental en Langley. Aquello de inmediato le produjo un mal pálpito.

La noticia corría como la pólvora, estaba en todos los noticieros. Se puso de inmediato en comunicación con su contacto dentro de la Agencia, quien le confirmó su sospecha: el atentado fue ejecutado en contra de las instalaciones donde mantenían recluido a Peter, aunque le aseguró que este se encontraba a salvo, que estaba siendo trasladado para realizarle un conjunto de pruebas y aunque no conocía los detalles, le confirmó que se encontraba bien.

No le gustaba para nada la forma en la que se venían desarrollando los acontecimientos. No tenía noticias de Waxa desde la noche anterior cuando se retiró a descansar al hotel, por lo que decidió llamarle.

Luego de muchos repiques, Waxa, somnoliento, contestó:

—Sí —dijo, con voz pastosa.

—¿Durmiendo aún? —preguntó Jofiel, extrañado.

Waxa, al reconocer la voz, aclaró su garganta y apartó la pierna que una de las jóvenes había enroscado en torno a su cintura. No era necesario explicarle que había pasado la mejor de sus noches en la Tierra ni que las dos jóvenes habían estado a la altura, proporcionándole repetidos orgasmos hasta bien entrada la madrugada. Tampoco el festival de luces de colores que había engalanado la orgía ni que sentía dolor en cada uno de los músculos del cuerpo. Al final una de las chicas le había confesado, entre risas, que la pastilla que se había tomado era lo que llaman “la droga del amor”. Por supuesto él estaba en contra de cualquier tipo de estupefaciente, sabía que eran una de las tantas razones que habían llevado a la humanidad a la decadencia moral en la

cual se encontraba sumida, lo cual, en principio, era la razón por la cual habían requerido a Peter Mark-Hodges. Nada de eso necesitaba ser aclarado.

—Para nada, me levanté hace rato, pero estoy un poco ronco —mintió.

—Será mejor que te vengas, tenemos novedades.

—¿Qué ocurrió?

—Aún no tengo el panorama completo, pero hubo un atentado, presumiblemente tratando de secuestrar a Peter. Sin embargo, creo que corrimos con suerte y no lograron el objetivo, espero que Michael haya tenido algo que ver con eso.

Waxa se sintió culpable, al tiempo que le invadía la paranoia.

—Te lo dije, tendría que haberme encargado yo —dijo, sin mucho convencimiento.

—No saquemos conclusiones apresuradas, esperemos a ver qué ocurre.

Sergei regresó con Mike y Christine a ver a Bashmakov, quien caminaba alrededor de la estancia con la oreja pegada al celular y un cigarrillo en la mano. Le hizo una seña para que los sentase en las dos cajas colocadas enfrente del escritorio. Mike lo hizo a regañadientes mientras que la actitud de Christine era más sumisa.

Cuando al fin terminó de hablar, luego de insultar repetidamente a su interlocutor, se sentó sobre el escritorio.

—Bueno, esperaba que llegase su “amiguito” para que los cuatro tuviésemos una conversación productiva, pero parece que vamos a tener que comenzar nosotros tres —dijo, arrastrando las erres con un acento ruso inconfundible.

—Supongo que se referirá a Peter —dijo Mike, altivo.

—No, me refería a la caperucita roja, idiota —contestó al tiempo que propinaba una sonora bofetada a Romero, quien de inmediato trató de irse contra el hombre. El guardaespaldas ya se disponía a intervenir, cuando el ruso le indicó mediante una seña que se detuviese. Tomando a Mike por la pechera, lo levantó de su asiento y acercándose mucho a su cara, dijo—: no me gustan los valientes, la mayoría de ellos está en el cementerio —haciendo sonar cementerio como cementerrio mientras un baño de saliva invadía la cara de Romero en medio de una carcajada del hombre.

—No es necesario utilizar la violencia —intervino Christine, mordiéndose las uñas, nerviosa.

—La violencia no es necesaria cuando la gente sabe ponerse en su lugar. Ahora, quiero que me expliquen qué es lo que hace a su amigo tan valioso —preguntó el hombre.

—¿No había dicho que pronto le tendrían? —intervino Romero sin amilanarse.

—Las cosas no siempre salen como uno quiere. En cualquier caso, las preguntas aquí las hago yo.

—¿Dónde está Peter? —preguntó Christine con voz quebrada.

—Si no fuese porque tengo en mi nómina una partida de incompetentes, estaría aquí —dijo el ruso mirando a Sergei, quien desvió la mirada— pero, les repito, a la próxima pregunta, perderé la poca paciencia que me queda. ¿Qué lo hace tan especial?

—No lo sé —dijo Romero, quien al no saber de qué tanto podría estar enterado Bashmakov, no quería echarle más leña al fuego, aunque suponía que era bastante para montar una operación a tan gran escala, sobre todo si tenía que ver con el sufrimiento proporcionado tanto a ellos como a Peter.

—No me vengan con idioteces, tienen que estar enterados de mucho para haber cometido tantas estupideces.

—¿Qué estupideces? —preguntó Christine.

—Los disfraces y todo eso.

—Se ve que a usted no lo han perseguido y ha temido por su seguridad.

Bashmakov soltó una carcajada.

—Estás describiendo un día cualquiera de mi vida y no me ando disfrazando como si fuese noche de brujas.

—Lo felicito entonces, pero nosotros no somos criminales —dijo Mike.

—Les voy a dar una última oportunidad, se agotó mi paciencia. Recuerda a Kathy.

Mike y Christine se miraron, los ojos de él echando chispas. Christine le tomó la mano.

—No es mucho lo que sabemos. Al parecer Peter tiene un poder en su mente que le interesa a muchos —usted incluido por lo que se ve— y de repente lo secuestraron y desapareció —dijo Christine.

—Eso ya lo sé. ¿Qué más? No forma parte de mi trabajo interesarme en el porqué de las cosas, pero esto me ha intrigado. Tiene que haber algo de mucho peso para que el interés sea tan mayúsculo y ustedes me lo van a decir.

—Tiene que creernos. Luego de que los doctores salvaran a mi marido de un tumor que parecía inoperable, Peter adquirió la capacidad de modificar, no sé, ¿el futuro? —Christine miró a Mike, interrogativamente, quien asintió, encogiéndose de hombros, sin ganas de aportar información a aquel desalmado que le chantajeaba con la vida de su inocente hija— mediante lo que escribe, luego se lo llevaron —concluyó Christine—. Aunque —dijo de repente— creo que hay algo más, teníamos un hijo, ¿teníamos un hijo, Mike? —preguntó Christine, con los ojos casi desorbitados.

Cuando Waxa llegó a la oficina de Jofiel la resaca había desaparecido. Estaba molesto por lo que sucedía, no estaba acostumbrado a no tener el control y aunque reconocía que Michael era un excelente recurso, profesional y dedicado, seguía pensando que había sido un error que no le dejasen realizar el trabajo para el cual había venido. Entendía las razones dadas por Jofiel, pero era terco y obstinado cuando algo se le metía entre ceja y ceja.

—¿Nada de Michael? —preguntó, obviando el saludo.

—Aún no, pero supongo que se comunicará en cualquier momento —contestó Jofiel, preocupado.

—No puedo dejar de decirte que fue con mi voto salvado que lo enviamos a esa misión.

—Waxa, comprendo tu molestia, pero sabes que él estaba mucho mejor preparado que tú para llevarla a cabo.

—No discutamos eso en este momento, ya habrá tiempo. El asunto es cómo enfrentar esta situación.

En ese momento sonó el celular de Jofiel y al ver que se trataba de Michael contestó, activando el altavoz.

—No tengo mucho tiempo. Creo que Harris puede ayudarnos. Estamos trasladando a Peter en este instante.

—¿Ustedes están bien? —preguntó Jofiel.

—Sí, por los momentos. Peter tuvo un problema, pero creo saber de qué se trata.

—Pero, ¿qué se dice del atentado, han extremado la seguridad? —intervino Waxa.

—¿Atentado? ¿De qué hablas? Hay mayor seguridad...

—El lugar donde estaban fue atacado, creo que no los agarraron por un pelo —le interrumpió

el Conejo.

—No sabía nada de eso, sí me pareció que había más seguridad, pero supuse que se debía a precauciones normales...

—¿A qué te refieres cuando dices que Peter tuvo un problema? —interrumpió Waxa.

—Sospecho que abusó de alguna forma de su cerebro, pero no lo he podido confirmar, los exámenes arrojarán...

—No es necesario ningún examen, sé de qué se trata —volvió a interrumpir el Conejo.

—¿De qué? —preguntaron Jofiel y Michael al unísono.

—Le dije a Peter que podía meterse en la mente de Romero y ustedes saben que eso tiene unas consecuencias nada agradables, digámoslo así. Le advertí que no lo hiciera —contestó el Conejo con tristeza en su voz. Jofiel le lanzó una mirada de reproche y Waxa bajó la cabeza, sabiendo que tenía razón.

—No fue una imprudencia, luego les puedo explicar... en cualquier caso, a menos que lo haya hecho muchas veces no creo que sea de gravedad. ¿Está consciente?

—No lo ha estado al menos desde que yo llegué, aunque en las últimas horas he visto que ha tenido ciertas respuestas, cosa que no mencioné para forzar el traslado. Creo que es necesario que intervengan para que lo podamos extraer. Viene alguien, debo colgar —dijo Michael, finalizando la llamada.

—No sé si lo más prudente es que yo vuelva. Creo que las cosas están más enredadas de lo que pensábamos. Tal vez desde allá pueda tener mejor control y, en cualquier caso, podría intentar regresar, una vez que establezca las cosas —dijo Waxa.

—Sabes que te necesitamos aquí y que si te vas no podrás volver. Es una regla inflexible, tendrías que esperar al menos seis meses...

—Se puede hacer una excepción.

—No, en ese caso no, te lo puedo asegurar.

Era necesario que trazaran un plan para rescatar a Peter y no había mañana para eso. Sabían que, con cada minuto transcurrido, no solo la Agencia redoblaría las medidas de seguridad para garantizar su protección, sino que quienes habían intentado atraparlo, lo intentarían una segunda y tantas veces como fuese necesario. Siempre supieron que, de conocerse el alcance de lo que podría llegar a hacer la mente de Peter, se destaparía una carrera por capturarlo. En estos momentos, el juego apenas comenzaba, esa era la otra cosa de la que estaban seguros.

Jerry Cranston informó a Richardson de los últimos acontecimientos en Langley. Si bien no tenían relación con el doctor Matthew, su intuición le decía que podía existir cierta conexión, sobre todo por el hermetismo con el que se estaba manejando el caso.

Tanto Richardson como Blackman estuvieron de acuerdo en que los eventos podrían estar relacionados. También les informó acerca de Mommady, quien no se había presentado a trabajar y no había justificado la razón, cosa que no era aceptable para un activo de su clase. Esto le permitía concluir que, o bien Frasier y el indio seguían alguna pista, lo cual no era muy probable ya que Frasier estaba en sus funciones regulares o que Mommady —de cierta forma— se había involucrado personalmente en el caso.

Cranston seguía tratando de determinar su ubicación a través del teléfono celular, el cual estaba muy bien protegido contra ese tipo de trazas, pero siendo un buen hacker, sospechaba que en cualquier momento lograría localizarle. Blackman opinaba que deberían dejar las cosas como estaban. Se sentía muy deprimido por la muerte de Matthew, quien al principio había sido un

compañero de juega, pero luego llegó a considerarlo un amigo. Richardson le había explicado de todas las maneras posibles que él no era responsable de la suerte que había corrido el doctor, que era algo que él mismo se había buscado. Aunque sabía que era así, no podía evitar sentirse responsable. Para Richardson, esto se había convertido en una cruzada y no pensaba ceder hasta llegar al fondo del asunto, si bien sabía que estaba entrando en un terreno muy pantanoso.

Jake y Rafael observaron con asombro como la puerta que recién habían cruzado, por la cual hacía un instante veían a Raziél, se desvanecía. En su lugar solo quedó aire. Jake trató, a ciegas, de asir su picaporte, pero lo único que logró fue manotear el vacío.

Ambos experimentaban una sensación muy extraña. Estaban parados sobre una acera, varios transeúntes pasaban a su lado, apurados, nadie parecía sorprendido de que dos personas se hubiesen materializado allí. Rafael miró a Jake, todavía en shock. No tenía idea de dónde se encontraban y lo que les circundaba no se parecía en nada a cualquier otra cosa que hubiese visto en su vida. Jake le sonrió con timidez, estoico, sin dejar ver que también estaba anonadado; en ningún caso quería dejar traslucir la sensación de susto que estaba experimentando.

—¿Estás bien? —preguntó a Rafael, quien se limitó a asentir, si bien su expresión decía otra cosa.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó este al cabo de un rato.

Jake se encogió de hombros mientras miraba a su alrededor. Todos los edificios eran enormes, había muchas pantallas digitales vomitando imágenes, las cuales competían con enormes vallas anunciando películas, series de televisión y obras de teatro. Gran cantidad de gente se desplazaba a través de las aceras y los pasos peatonales se encontraban abarrotados. Los que llevaban cámaras fotográficas, no paraban de apretar los obturadores. La temperatura era agradable aunque un poco más caliente que de donde provenían. No se habían movido ni un centímetro desde que atravesaron la puerta.

—Lo único que te puedo decir es que ya no estamos en Kansas —contestó, asomando una tímida sonrisa producto de su ocurrencia, que para él no podía ser más exacta. Rafael lo miró, extrañado, sin entender la referencia.

—¿Cómo? —preguntó, sin dejar de mover su cabeza, observando todo, deslumbrado.

—¿Conoces la historia de Alicia... olvídale —dijo Jake—. Estamos en Nueva York, por más increíble que parezca.

—¿Nueva York? ¿Pero eso no queda en Estados Unidos?

—Así es —dijo Jake, observando un enorme autobús rojo de dos pisos con las palabras *BIG BUS NEW YORK* impresas en su parte lateral. En el piso de arriba, descubierta, los turistas no paraban de capturar imágenes con sus cámaras, mientras señalaban con excitación todo aquel entorno casi mágico que les rodeaba.

—Pe-pero e-eso no es posible —tartamudeó Rafael.

Jake irrumpió en una carcajada.

—Acabamos de atravesar una puerta mágica, te salvaste de lo que parecía una herida mortal y todavía te extrañas...

—Lo que pasa es que...

—Rafa, no sé si te has dado cuenta de que estamos hablando en inglés, ¿dónde lo aprendiste?

—En ningún lado, claro que no sé hablar inglés... —al darse cuenta de lo absurdo de lo que

acababa de decir, Rafael también comenzó a reír y Jake le acompañó. Al cabo de un momento tuvieron que sentarse en la acera, ante la mirada extrañada de alguno que otro curioso, ya que el acceso de risa era incontrolable. Luego de un rato, cuando al fin pudieron calmarse, se incorporaron.

—Ya comencé a recordar, no me preguntes cómo. Nací aquí, bueno, no aquí en Nueva York, sino en California, pero me refiero al país. No logro entender como fui a parar al tuyo ni mucho menos cómo volvimos, pero es un hecho que aquí estamos, estoy seguro de que los hombres de la reja se encuentran aquí.

—¡Coño! —fue lo único que se le ocurrió decir a Rafael—. ¿Tienes idea de qué vamos a hacer?

—Ni la más remota, si te digo la verdad. Supongo que tendremos que buscar la reja.

A Rafael le pareció natural y asintió. Comenzaron a andar sin saber a dónde.

—¿Esto será peligroso? —preguntó Rafael, acostumbrado a cuidarse las espaldas.

—No lo creo, pero... ¡mi padre! —gritó Jake.

—¿Qué hay con él?

—Acabo de recordar, no sé, siento que está en peligro, igual que mi mamá, además de que deben estar preocupados por mí.

—Vamos a buscarlos —dijo Rafael—. Vayamos a tu casa.

—Espacio, no es tan fácil. Mi casa queda muy lejos de aquí. Recuerdo que una vez vinimos a New York y volamos varias horas para llegar. Si tan solo tuviese mi teléfono —se lamentó Jake.

—Consigamos un teléfono y lo llamas, seguro él sabrá qué hacer.

—No es mala idea —dijo Jake— pero necesitamos monedas.

—Tengo lo que nos dio Arcadio —Rafael metió la mano en su bolsillo, donde había guardado el dinero que les había entregado el gurú, esperando que los que le habían acuchillado no se lo hubieran robado mientras estaba inconsciente.

—Ese dinero no nos servirá aquí.

—¿Por qué no? Dinero es dinero —dijo Rafael mientras Jake sonreía al ver su inocencia. Pero cuando sacó la mano del bolsillo, tenía un pequeño fajo de billetes y algunas monedas sueltas. Jake se sorprendió al ver que se trataba de moneda de curso legal americana, aunque en aquel punto, en realidad, nada le extrañaba.

Mike se asombró cuando escuchó a Christine mencionar a Jake. Estaba seguro, dado todo lo que habían vivido desde que se encontraron en el aeropuerto de Los Ángeles, de que el niño se había borrado de la memoria de ella, o mejor dicho que Peter lo había borrado de su realidad cuando lo hizo desaparecer con lo que había escrito. Algo tenía que estar ocurriendo para que de repente ella lo recordase, pero estaba seguro de que esa información no la manejaba Bashmakov.

Se acercó a ella, tomando su cara entre las manos, dando la espalda al ruso para que no viese la suya y le dijo con los labios que no. Por fortuna ella captó de inmediato y llevándose las manos a la cara, comenzó a sollozar.

—¿Hijo? ¿Cuál hijo? ¿Dónde está? —preguntó Bashmakov.

—¿La han drogado? —preguntó Mike, encarando al hombre y tratando de desviar la conversación—. Ellos no tienen hijos.

—No forma parte de nuestros métodos, tenemos mejores recursos.

—No sé lo que digo, estoy nerviosa, quiero ver a Peter —dijo Christine entre sollozos.

Un hombre entró con un teléfono en la mano y se lo entregó a Bashmakov, quien le dijo a

Sergei que se los llevara de momento, que luego continuarían. Mientras los regresaban a la estancia donde les mantenían encerrados, Mike trató de apelar a la compasión de Sergei, quien no parecía tan intransigente como su jefe, sin resultados. Una vez que se cercioró de que se había ido, Mike le preguntó a Christine:

—¿Por qué mencionaste un hijo?

Ella se le quedó viendo, mientras una lágrima descendía por su mejilla.

—Es cierto, ¿verdad? Sí tenemos un hijo.

Mike, pensativo, buscando la mejor forma de decirlo, se acercó a ella y le tomó las manos.

—En efecto, tenían un hijo que se llamaba Jake...

—¿Se llamaba? ¿Qué le ocurrió? No me digas que está muerto... —le interrumpió Christine.

—No, nada de eso. Lo que pasa es qué... esto es complicado. ¿Recuerdas cuando fuimos al

IHOP buscando a Peter?

Ella asintió, intrigada.

—El poder de Peter consiste en que puede cambiar el curso de los acontecimientos con lo que escribe, y sin querer, a raíz de algo que escribió, el niño... ¿cómo te explico? Desapareció...

—¿A qué te refieres con que desapareció? La gente no desaparece —le interrumpió Christine.

—En condiciones normales no, pero no estamos en condiciones normales. Hace rato que dejamos de estarlo. Después de la operación lo normal es... ya ni sé qué es.

—¿Pero te refieres a que lo secuestraron también? ¿Será esta misma gente?

—No, no, no. Por allí no van las cosas. Al modificar la realidad, Peter cometió un error y es como si el niño nunca hubiese nacido, pero, de alguna forma...

—¿Cómo es que yo no estaba enterada de algo tan importante? ¿Por qué no me lo dijeron?

—Peter estaba tratando de resolverlo, pero alguien, supongo que de la misma calaña que estos, lo engañó, haciéndole creer que tenía la manera de recuperar a Jake —lo cual también está relacionado con el doctor Matthew— y lo que hicieron fue tenderle una trampa para capturarlo. Lo que trato de explicarte es que el hecho de que el niño haya vuelto a aparecer en tu mente me da la esperanza de que Peter haya logrado traerlo de vuelta. Es la única forma en la cual tú puedes estar consciente de que existe.

—No puedo creerlo, todo suena muy fantasioso.

—Lo sé, pero te puedo garantizar que es así. Cuando Peter logra modificar algún evento, se genera una reacción en cadena que hace que todo se adapte a la nueva realidad, y es por eso que tengo la firme creencia de que, si de nuevo el niño forma parte de la tuya, aunque sea como un recuerdo, es porque Jake debe haber ingresado a ella. Yo he visto con mis propios ojos como Peter puede manejar eventos a su antojo y, como comprenderás, eso lo convierte en un arma muy poderosa, quizás en la más poderosa que haya visto la Humanidad desde la bomba atómica.

La mente de Peter continuaba su lenta recuperación. La sensación de movimiento de la ambulancia que lo trasladaba, le recordó que había estado en la mente de Mike y luego todo se había apagado. Pensaba que dicho apagón podría haber durado tan solo unos instantes y que aún se encontraba dentro del cerebro de su amigo.

Sin embargo, no escuchaba nada y en su mente todo era oscuridad. Un momento atrás estaba seguro de haber visto al Gran Conejo Azul venir corriendo hacia él, pero ahora creía que se había tratado de una ilusión. Muy a lo lejos percibió un sonido. Llegó a la conclusión de que todo se relacionaba con la advertencia que recibió acerca del peligro de intentar entrar en la mente de Romero, pero no se arrepentía de haberlo hecho y lo volvería a hacer tan pronto como pudiese. Le

urgía saber que tanto Christine como Mike estaban bien y necesitaba encontrar una forma de ayudarlos. Los sonidos regresaban poco a poco.

¡Jake! Por un momento una extraña percepción le hizo sentir su presencia. Estaba seguro de que el niño se encontraba bien, no sabía cómo, pero lo sabía y eso lo tranquilizó. Se imaginaba que el conejo y su séquito se habían encargado, pero un temor invadió su mente, ya casi despierta: si su hijo regresaba, adónde iría, quién se encargaría de él. Por más que fuera un niño muy despierto y lleno de recursos, era un niño. Era muy maduro para su edad, tal vez cinco o seis años más de lo que correspondía, pero aun así, no lo creía capaz de defenderse solo. Más cuando su padre era una pieza demasiado apetecible para tanta gente. Temía que le capturasen y le hicieran daño o que lo usasen para lograr sus objetivos, obligándole a él a hacer quién sabe qué, y lo peor, es que estaría dispuesto a hacerlo por el bienestar del niño.

Tenía que alejar esos pensamientos negativos. Lo importante era que estaba casi seguro de que Jake estaba de vuelta y nada le podía contentar más. Esto le proporcionó las fuerzas para salir del hoyo donde había caído. Ya percibía los sonidos con naturalidad, aunque no lograba abrir los ojos. Escuchó con atención y notó que un hombre hablaba por teléfono. También escuchó la voz de Harris, aunque lejana. El vehículo en que se desplazaban —ya no le quedaba duda de que esta vez sí era real y no un pensamiento— se detuvo y de inmediato escuchó mayor intensidad en los sonidos que le rodeaban. Habían abierto la puerta del vehículo. Sintió que se movía y que tenía gente a su alrededor. Supuso que se encontraba en una camilla, lo más seguro es que lo hubiesen trasladado a un hospital, debido al estado de inconsciencia en el que había caído.

Escuchó con claridad al doctor Harris hablar con otro hombre y por lo que pudo captar, supuso que le practicarían una resonancia magnética, lo cual le traía recuerdos desagradables del momento en que le detectaron el tumor. Esperaba que no hubiese vuelto a aparecer. Tenía que superarlo para poder encargarse de Jake. También necesitaba encontrar la forma de rescatar a Christine y a Mike. Todo lucía muy cuesta arriba, pero saber que existía una posibilidad de recuperar a su hijo lo impulsaba a luchar por ello.

Por los momentos, el único plan que se le ocurría era tratar de regresar al mundo onírico, donde los puercoespines o algún representante de cualquier otra de las especies que allí pululaban quisiera guiarle en la forma de proceder. O tal vez el conejo, que suponía había venido a ayudarlo, ya se había encargado de Jake y estaba en vías de rescatarlo. Soñar no le costaba nada.

Al salir de la inmovilidad en la que habían quedado luego de cruzar el portal, su objetivo era llamar al padre de Jake, pero conseguir un teléfono público no era fácil. Al fin, luego de recorrer unas cinco cuadras, dieron con uno.

Jake marcó primero el número del celular de su padre, recibiendo el correo de voz de inmediato, lo que le decía que el teléfono se encontraba apagado. A continuación llamó a la casa, aunque el número que marcó fue el de *Banbury Oaks*, el último lugar que recordaba haber habitado antes de que su padre le despachase de un plumazo a una realidad alternativa. Si hubiese marcado el número de la casa en *Mendoza Heights*, tampoco le habrían respondido, pues se encontraba vacía.

—Está repicando —dijo Jake, tapando la bocina, a Rafael quien le observaba expectante.

Luego de muchos repiques, una mujer atendió el teléfono.

—Hola, ¿con quién desea hablar? —preguntó.

—Eh, quiero hablar con mi padre... —dijo Jake, extrañado, ya que no conocía la voz— Peter, Peter Mark-Hodges. Soy Jake.

—Creo que te equivocaste de número, hijo —contestó la señora con amabilidad.— Esta es la casa de la familia Brody.

Rafael le miraba, cada vez más ansioso.

—Disculpe, debo haberme equivocado al marcar.

—¿Qué pasó? —preguntó Rafael.

—Número equivocado —dijo Jake, encogiéndose de hombros e introduciendo más monedas en el aparato.

—¿Diga? —volvió a preguntar la misma mujer.

Jake, sorprendido, se había asegurado de marcar el número correcto.

—Disculpe, soy yo otra vez. Es que ese era el número de mi casa, en *Banbury Oaks*.

—Lo siento, pero este ha sido nuestro número desde... siempre —dijo la señora.

—Entiendo —dijo Jake—. Pero... olvídalo, muchas gracias.

—No sé lo que ocurre, estoy seguro de que el número es correcto. Voy a tratar con el celular de mi mamá.

De igual forma, recibió el correo de voz y esta vez dejó un mensaje, aunque no sabía cómo explicarse. Terminó diciendo que llamaría de nuevo, pero eso que sentía, que le decía que su padre se encontraba en peligro, era cada vez más una certeza, con el añadido de que ahora tenía la misma sensación con respecto a su madre. Intentó con el teléfono de Mike, el cual recordaba gracias a su buena memoria, pero el resultado fue el mismo. Una vez que el plan que en principio les había parecido tan natural se fue a pique, regresaron a la casilla uno, esta vez sin saber qué hacer.

Luego de discutir sus opciones, que no eran muchas, decidieron caminar a ver qué se les ocurría. Trataron de detener a varias personas para obtener algún tipo de orientación, pero todos le miraban como si fuesen a pedirle dinero y apretaban el paso. Rafael conocía de sobra la sensación, la había vivido infinidad de veces. Al fin una chica de cabello largo y grasiento, exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja, se quitó sus audífonos y se detuvo.

—¿Son turistas? —preguntó con duda en el rostro.

—Eh...no...bueno, sí —dijo Rafael.

—Necesitamos conseguir a alguien y no sabemos dónde buscarle —intervino Jake.

La sonrisa de la chica se extendió en su cara.

—En eso estamos todos —dijo en tono de broma—. Ese alguien vendrá siendo... —continuó en tono interrogativo.

Jake y Rafael se miraron a la cara sin saber qué decir. Jake reaccionó:

—Sabemos que está en un lugar donde hay rejas y unos hombres vigilan la entrada —obviando que portaban armas.

—Mmmm —dijo la chica, tomando su barbilla entre el índice y el pulgar—. ¿Hay vegetación?

—Sí, puede ser... hay grama alrededor —dijo Jake.

—Lo único que se me ocurre es *Central Park* —dijo la chica— pero no estoy segura de qué tan custodiado esté.

—Bueno, algo es algo —dijo Rafael, sonriéndole. Le parecía la chica más bonita que había visto en su vida.

Se encontraban en la avenida *Madison*, a la altura de la catedral de San Patricio y la chica les indicó cómo llegar. Rafael no dejaba de mirarla, aún luego de que ella había continuado su camino y se bamboleaba al ritmo de la música que escuchaba a través de sus audífonos. Llegaron a la vasta extensión que representaba el pulmón de la gran manzana. Para Jake el paisaje era normal,

pero Rafael no paraba de sorprenderse ante cada nueva cosa que se presentaba ante sus ojos. Pensaba que se encontraba en el mejor lugar del mundo y que solo ver aquello valía todo por lo que había pasado. Se sentía en otro mundo, cuando ciertamente se encontraba en una realidad paralela. Poco a poco se iba adaptando, se sentía seguro, una sensación muy diferente a la que había estado acostumbrado a lo largo de su existencia. En un momento se sintió triste al pensar que una vez que aquello terminase, si es que era lo que debía ocurrir, lo regresarían al lugar de donde provenía y concluyó que era algo que no sería capaz de soportar.

—¿Crees que una vez que encontremos lo que buscamos tendré que regresar? —le preguntó a Jake.

Este se encogió de hombros, no había pensado en ello.

No lo sé, pero no creo, ya estás aquí. Convenceré a mi padre para que te quedes con nosotros. Rafael asintió sin estar muy convencido, aunque sus ojos se iluminaron ante la posibilidad. Ingresaron al parque y comenzaron a recorrerlo. Había mucha gente, unos sentados en la grama disfrutando de la tarde soleada, otros haciendo ejercicio, muchos paseando a sus perros. Un carruaje halado por hermosos caballos negros paseaba a unos turistas. Tras caminar por quince minutos, Jake se detuvo en seco.

—Estamos mal, debemos ir al sur.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rafael.

—No sé cómo, pero lo sé. Vamos —contestó, dando la vuelta en redondo y conminando a su compañero a que deshicieran el camino recorrido. Emergieron por Broadway y continuaron hacia el sur hasta que llegaron a la Quinta Avenida. Estaban hambrientos luego de todo el ejercicio realizado, por lo que decidieron entrar a un *McDonalds* y saciar su apetito. Rafael recordó que la única vez que había estado en uno fue cuando el hijo de Arcadio —antes de convertirse en el Raziél que les había ayudado a conseguir la puerta que les trajo a Manhattan— le había invitado. En aquella ocasión le pareció la comida más deliciosa del universo, pero esta vez la superó. Se atiborraron de hamburguesas y papas fritas en tamaños que alimentarían a una familia completa e increíblemente remataron con helados, aun cuando sus estómagos parecían a punto de reventar.

Con renovadas fuerzas continuaron su recorrido, atravesando *Greenwich Village* y *Soho* hasta llegar al distrito financiero. Estaban muy cansados, pero Jake no quería parar, sentía la necesidad de avanzar aunque no tenía idea hacia dónde. Luego de un buen rato llegaron a *Battery Park*, desde donde a lo lejos se divisaba la Estatua de la Libertad. Sin embargo, desde allí no había forma de continuar hacia el sur, adonde Jake aseguraba que debían ir. Al ser Manhattan una isla, habían alcanzado su extremo más sureño.

Christine se sentía agobiada por todo lo que Mike le había revelado. La información, en vez de calmarla, no había hecho más que contribuir a su nerviosismo. Mike no le había dicho, pues no sabía cómo, que todo el problema había surgido por el hecho de que ella le había sido infiel a Peter. No tenía corazón para hacerlo, sin contar con que estaba seguro de que la preocuparía más. Ya llegaría el momento de contarle, aunque tenía la esperanza de que fuese el mismo Peter quien se lo dijera. Esperaba con ansias el momento en que su amigo volviera a ponerse en contacto con él de la forma en que lo hizo cuando se dirigían al aeropuerto. Christine también se encontraba a la expectativa.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados, Mike.

—Estoy de acuerdo, trato de pensar qué podemos hacer.

En efecto, no había dejado de observar todo lo que sucedía desde que les llevaron allí. Había

contado dos hombres aparte de Sergei y Bashmakov. Uno de ellos estaba siempre cerca del ruso, el hombre moreno que le había golpeado. No era una instalación diseñada para mantener prisioneros, lo cual podría favorecerles en caso de que tuviesen la oportunidad de escapar.

—Tengo una idea —dijo Christine. — El joven ese, Sergei, se ve débil. Estoy segura de que puedes dominarlo.

—Sospecho que él lo sabe, por eso anda con cuidado cada vez que entra aquí.

—Sí, pero podemos engañarle. Cuando venga a traernos comida, puedo fingir que estoy enferma y en lo que se acerque, lo sometemos.

Mike se quedó pensativo, dándole vueltas al asunto, dándole forma a lo que ella planteaba.

—Creo que es una buena idea, lo que tenemos que hacer es, tan pronto entre, te lanzas al piso y finges que estás teniendo un ataque, en lo que baje la guardia para ayudarte, le ataco.

—Tenemos que hacerlo muy bien, ellos no están jugando. Un error nos puede costar la vida. Me puedo lanzar al suelo y tú le dices que soy epiléptica, que es necesario ponerme un paño en la boca para que no me muerda la lengua. Por muy malo que sea, dudo que no reaccione —dijo Christine, emocionada.

—Me parece que es un tipo pacífico, el cerebro de las operaciones, no creo que esté acostumbrado a luchar ni a tratar con rehenes. Ni siquiera parece que llevase una pistola.

—Tiene una, en el tobillo, me fijé.

—Mejor todavía —dijo Mike— eso aumentará nuestras posibilidades.

—¿Le dispararías si tuvieras que hacerlo?

Mike sopesó la posibilidad.

—Sí, lo haría sin duda, si es para salvarnos.

—En caso de que logremos dominarle, para salir de aquí al menos habrá que disparar a alguien, por eso te lo pregunto.

—Estoy de acuerdo, no hacemos nada de brazos cruzados y en caso de que ellos capturen a Peter como parece que planean hacer, nosotros seremos más bien un estorbo, o quizás los instrumentos para obligarlo a hacer lo que sea que estén pensando, que seguro no será nada beneficioso para la Humanidad. No creo que me tiemble el pulso en caso de que tenga que eliminar a alguno de estos malhechores.

Peter fue colocado en una habitación a la espera de que le practicasen la resonancia. Fuera de esta, la seguridad se había reforzado. Cuatro hombres custodiaban la puerta y Herman se había encargado de cerrar por completo el ala donde estaba hospitalizado, en el *John Irving Medical Center*, un pequeño pero muy bien equipado hospital que atendía principalmente empleados de la Agencia.

Michael aprovechó la salida de Herman de la habitación para continuar coordinando el incremento en la seguridad, dejándolos solos a él y a Harris con Peter. Tan pronto el hombre salió, se dirigió al médico:

—No crea que yo estoy con ellos, estoy acá para ayudar a Peter.

Harris le miró con recelo.

—¿Cómo es eso, para quién trabaja?

Michael iba a comenzar a hablar, pero se detuvo, haciéndole una seña con la mano para que tuviese paciencia. Se inclinó sobre Peter y sacando un pequeño frasco del bolsillo, le dio a oler su contenido. Harris se disponía a retirarle la mano en el momento en que Peter abrió los ojos.

—Es para reanimarle —dijo a Harris—. Bienvenido, Peter.

Peter sacudió su cabeza, completamente despierto.

—¿Cómo sabía que estaba a punto de despertar? —preguntó el doctor.

—Vengo de parte del Gran Conejo Azul —le dijo a Peter, ignorando la pregunta del galeno.

Peter se incorporó de inmediato y tomándole por el brazo, preguntó:

—Jake. ¿Dónde está?

Harris no podía creer lo que estaba viendo. Se acercó por el lado contrario de la cama.

—Peter, ¿sabes quién es este hombre?

Peter asintió sin mirarle.

—En realidad no sé, pero supongo que es de los buenos. Hábleme de Jake —insistió, haciendo más fuerza en la muñeca de Michael—. Lo he sentido, sé que ha regresado.

—Por ahora no lo sé, pero confío en tu buen juicio, si dices que le sientes debe ser porque ha regresado. Lo importante en estos momentos es sacarte de aquí, pero no tenemos mucho tiempo. Voy a hablar con Waxa de inmediato para que coordinemos un rescate...

—¿Quién es Waxa? —preguntó Harris.

—Waxa es la humanización del Conejo... olvídalo, luego hablaremos de eso —dijo Michael, mirándolos a los dos.

Peter asintió. Su estado de ánimo había cambiado, se sentía exultante. Harris sonrió por primera vez desde que le habían capturado, viendo una posibilidad que antes había considerado muy remota, una luz al final del túnel.

—Por los momentos, me voy a encargar de que no te vea otro médico. Tú debes fingir que sigues sin despertar. No podemos permitirnos que ese hombre —haciendo una seña despectiva hacia el exterior de la habitación— sospeche que has mejorado, ya que nuestra única oportunidad es escapar desde aquí. Si llegan a trasladarte de nuevo, las cosas se pondrán mucho más difíciles.

Peter asintió y volvió a colocarse en la posición en que se encontraba antes de abrir los ojos. Harris iba a abrir la boca cuando Herman entró, apurado.

Rafael continuaba impresionado con el paisaje, mientras que la mente de Jake estaba en otro lado. Estaba seguro de que tenían que dirigirse más allá de la estatua, pero no se le ocurría como hacerlo. Los turistas tomaban un *ferry* para verla, pero luego regresaban.

Caminaron hacia el parque, donde muchos chicos que parecían locales hacían acrobacias con su patineta. Rafael, distraído ante la majestuosidad de todo lo que le rodeaba, tropezó con uno de ellos, haciéndolo salir despedido y caer a unos cinco metros de donde se encontraban. El chico, tras recoger su patineta, se les acercó con cara de pocos amigos.

—Disculpa, estaba distraído —dijo Rafael, apenado. El chico se le vino encima.

Jake se atravesó, evitando que le golpease. Se trataba de un joven unos tres o cuatro años mayor que Rafael, de complexión atlética y con una cabellera al estilo rastafari que llegaba hasta la mitad de su espalda. No queriendo golpear a Jake, quien era mucho más pequeño y delgado, se contuvo en último momento.

—¡Mierda! A ver si ves por donde caminas —dijo mientras se miraba un raspón que se había hecho en el codo al caer.

—No somos de aquí, estamos perdidos —intervino Jake, evitando a toda costa una confrontación. Veía en el rostro de Rafael que estaba dispuesto a pelear, pero no era el momento ni el lugar.

—Me importa un carajo que estén perdidos.

—Por favor, —dijo Jake— necesitamos ayuda.

—En verdad lo siento —terció Rafael—. Él es Jake y yo, Rafael —continuó, tendiéndole la mano.

El chico volteó a ver a sus amigos, quienes seguían patinando sin prestarle atención.

—Shane —dijo, haciendo de su mano un puño, el cual chocó con la mano de Rafael a modo de saludo. Jake hizo lo mismo.

—Gracias. Necesitamos salir de aquí —dijo Jake.

—¿Adónde van?

—Hacia allá —Jake apuntó con su mano más allá de la estatua. Shane rió.

—¿A la estatua?

—No, más allá de ella, mucho más allá... creo.

—Un momento, ¿saben que esto es una isla, verdad?

—¿Isla? —preguntó Rafael sorprendido. Jake asintió sin mostrar seguridad, no quería que las cosas se complicasen.

—¿De dónde son? No me van a venir con una mierda de que son extraterrestres y me van a secuestrar...

—Nada de eso —dijo Jake, con una risa fingida—, solo estamos perdidos. —El chico les miró, desconfiado—. ¿Cómo salimos de aquí?

—Depende dónde quieran ir. ¿De dónde me dijeron que son?

—Los Ángeles, California —dijo Jake, interrumpiendo a Rafael quien se disponía a hablar.

—¿Qué hacen unos chicos de *LA* en Manhattan, acaso se escaparon o están huyendo de algo? Rafael miró a Jake sin saber que decir.

—No es nada malo, tan solo tenemos que conseguir a... alguien —dijo Jake—. Supón que queremos atravesar hacia allá —continuó, volviendo a señalar más allá de la estatua cuya flama apagada apuntaba al cielo.

—Tendrían que empezar por salir a través del túnel o por el puente.

—¿Cómo hacemos eso?

—¿Tienen dinero?

Jake asintió.

—Tomen el metro en *Bowling Green* hasta *Grand Central* en la 42 y allí, en la estación de autobuses, tomen uno hacia *Jersey*.

Rafael y Jake se volvieron a mirar.

—No entendieron una mierda, ¿verdad? —preguntó Shane con una sonrisa en la cara.

—Metro y autobús —dijo Jake—, pero...

El chico les volvió a explicar con calma el trayecto y les dijo que desde allí tendrían que volver a preguntar, era un neoyorquino nato y no abandonaba la isla casi nunca. Le agradecieron su ayuda y se encaminaron hacia la estación. Les tomó casi dos horas llegar hasta *New Jersey* y aunque iban en la dirección contraria de adonde el instinto le decía que debían dirigirse, Jake confiaba que estaban en el camino correcto. Al abandonar la ciudad el paisaje se hizo menos agradable a la vista, atravesando lo que parecía una zona industrial arruinada.

Mientras Jake y Rafael se dirigían a *Elizabeth*, en *New Jersey*, Mike y Christine tenían todo a punto para ejecutar el plan que habían concebido. No estaban seguros de que funcionaría, pero valía la pena intentarlo.

Cuando Sergei entró a la habitación con una bolsa marrón con hamburguesas y una botella de refresco, comenzó su actuación. Christine se acercó para tomar la bolsa y cuando estaba a punto

de hacerlo, se lanzó al piso, dándole la espalda al hombre y comenzando a realizar movimientos similares a quien está teniendo una convulsión. Mike se levantó, presto a auxiliarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sergei, alejándose hacia la puerta. Ya Mike estaba sobre ella.

—¡Es epiléptica! ¡Ayúdame! —dijo sin mirar a Sergei, quien no se había movido de su sitio. Christine seguía en el piso, haciendo movimientos erráticos.

—Hay que evitar que se muerda la lengua —dijo Mike, mirando en todas las direcciones—. Necesitamos un buen pedazo de tela para meterlo en su boca. —Dejó a la mujer y se dirigió a la esquina de la habitación, donde había un trapo amarillo—. Vamos, no te quedes ahí, necesita ayuda —le dijo a Sergei.

Este soltó la bolsa, no sabía qué debía hacer.

—Voy a buscar ayuda —dijo. Mike tenía que impedirlo a toda costa, ya que eso arruinaría su plan.

—No, no hay tiempo. Agarra su cabeza para evitar que se haga daño. ¡Ahora! —le ordenó Mike—. Es un procedimiento muy sencillo, pero cada segundo cuenta. Entre los dos podemos estabilizarla, luego sí va a ser necesaria la ayuda de alguien, de preferencia un doctor, pero por los momentos es necesario que la inmovilicemos.

Sergei estaba distraído, un mal presentimiento le había hecho acelerar sus planes. Esa misma noche esperaba ponerlo en marcha, sospechaba que algo malo estaba por ocurrir. En principio había decidido esperar hasta que se resolviera el asunto del escritor, pero había cambiado de opinión. No quería tomar riesgos innecesarios. Se puso en cuclillas y trató de tomar la cabeza de la chica, quien se rehusaba con fuerza, en una muy buena actuación. De algo le habían servido todas las lecciones que tomó cuando aún soñaba con labrarse una carrera como actriz.

Mike aprovechó que Sergei le había dado la espalda y pasó el brazo alrededor de su cuello, aplicándole una llave con la que le dominó con facilidad. Sergei, desesperado, en el intento de liberarse, propinó una patada al rostro de Christine. Mike aplicó más fuerza, cortándole la posibilidad de respirar. Ella se levantó, aturdida por el golpe, sangrando por la nariz, pero de inmediato le metió la mano en el bolsillo y tomó su teléfono. Sergei seguía luchando para liberarse, pero la fuerza de Mike le sobrepasaba. Christine marcó el 911 con manos temblorosas mientras Mike se hacía con la pistola que llevaba el lacayo de Bashmakov en el tobillo. Sergei se había puesto rojo. Mike aflojó la presión la cantidad necesaria para que tomase una bocanada de aire y volvió a apretar con fuerza: no quería matarle, pero tampoco quería arriesgarse a que se liberase.

—Auxilio, nos tienen secuestrados —dijo Christine a la operadora. Mike la miraba con la pistola en la mano.

—No, no sé dónde estamos —dijo Christine, desesperada—. Manden a alguien de inmediato. Se trata de gente muy peligrosa.

—Vamos —dijo Mike.

Christine puso el teléfono en el suelo sin cortar la llamada, en caso de que desde el servicio de emergencia no hubiesen determinado aún su localización. Mike propinó un fuerte golpe a Sergei en la cara y tuvo que repetirlo para que se desmayase. La mano le quedó latiendo, pero estaba seguro de que le tomaría un buen rato recuperar el conocimiento. Con la pistola en la mano, se dirigió a la puerta y al ver que no había nadie cerca, le hizo una seña a Christine para que le siguiese.

Ya había caído la noche cuando Jake y Rafael llegaron a *Elizabeth, New Jersey*. Estaban

hambrientos y tan pronto se bajaron del autobús preguntaron a varias personas acerca de un buen lugar para comer. La gente en ese sitio era muy distinta a los neoyorquinos, todos respingados y con prisa. En *Elizabeth*, la gente más bien parecía estar calmada y dispuesta a ayudar, muy diferente a la de *New York*.

Luego de preguntar a tres personas, se decidieron por la recomendación de un chico gordo, quien les aseguró que, si tenían bastante apetito, nada mejor que dirigirse a *Bethy's*, donde conseguirían un *buffet All-You-Can-Eat* por \$9.95 con comida de primera. Para llegar allí tuvieron que tomar otro autobús, esta vez uno local que pasaba justo por donde se encontraban y les dejaría a una cuadra del restaurante. Los chicos, sobre todo Rafael, ilusionados por la promesa de que podrían comer todo lo que quisieran por un monto fijo, no lo pensaron dos veces.

Jake había estado en ese tipo de establecimientos antes, pero Rafael quedó sorprendido al ver la variedad y cantidad de comida exhibida en *Bethy's*. Los recibió una mujer de mediana edad que los miró con suspicacia por el hecho de que dos menores estuvieran solos, pero de inmediato Jake inventó una excusa creíble y luego de pagar el importe, les asignaron una mesa. Al principio Rafael se cohibió, le parecía que estaba abusando, pero al ver como todos los comensales iban y venían recargando sus platos, entró en confianza.

Por estar muy cerca de la Interestatal 95, *Bethy's* era frecuentado en su mayoría por camioneros, que paraban para satisfacer el apetito en su constante transportar de mercancía. Un hombre gordo, casi calvo y con pantalones sujetos por tirantes que estaba sentado en una mesa cercana les dedicaba miradas continuas, que Jake suponía se debían a la velocidad con la que estaban comiendo. Luego de al menos cinco visitas al *buffet*, ambos estaban completamente llenos. Jake decidió que no quería probar bocado al menos hasta dentro de una semana, pero Rafael aún conservaba energía, por lo que fue por otra ronda de postres. Cuando pasó al lado del sujeto de los tirantes, este le dedicó una sonrisa y alzó su vaso como proponiendo un brindis.

Rafael, delgado como era, se sentía mareado luego del festín, al punto que tuvo que desabrochar el botón del pantalón pues sentía el estómago como un tambor. Su malestar fue ganando terreno y al cabo de un rato le dijo a Jake que necesitaba ir al baño. El niño no notó que el hombre le había seguido.

Tan pronto llegó al lavabo, devolvió al menos la mitad de lo que había comido. El gordo, quien había entrado detrás de él le ofreció ayuda, la cual Rafael aceptó con gusto debido a lo mal que se sentía. Postrado en el piso como quien pide clemencia, con el *WC* abrazado, vomitó tres veces más, tras lo cual se sintió un poco mejor. Cuando se incorporó sentía las piernas como de goma, le parecía que eran incapaces de mantenerle en pie. El hombre le ayudó a estabilizarse y luego de echarle un poco de agua fría en la cara, Rafael comenzó a recuperar el color en su pálido rostro.

—¿Qué hacen dos jóvenes solos por aquí?

—Nos dirigimos al sur —contestó Rafael, tras una leve duda.

—Soy Rob, no me pude presentar antes —dijo el hombre, extendiéndole la mano—. ¿Tienen vehículo? —preguntó.

Rafael negó con la cabeza.

—Que coincidencia, voy hacia el sur, tengo que hacer una entrega en Maryland, puedo llevarles.

Rafael sopesó el ofrecimiento con recelo, no estaba acostumbrado a confiar en nadie.

—Consúltalo con tu amigo —dijo Rob al ver que no respondía. Jake, extrañado por lo que estaba tardando Rafael en regresar, entró al baño en ese momento. Se sorprendió al encontrar al gordo allí, pero se dirigió de inmediato hacia su amigo.

—¿Qué ocurre? —preguntó al ver lo pálido que se encontraba Rafael.

—Me parece que tu amigo comió un poco más de lo que debía —dijo Rob, riendo—. Mucho gusto, soy Rob.

—Pero, ¿estás bien? —preguntó Jake, ignorándole.

—Sí, estoy bien, aunque creo que malgastamos el dinero, dejé todo allí —contestó, señalando el *WC*.

—Tu amigo me dice que se dirigen al sur y como voy en la misma dirección, me ofrecí a llevarles. ¿A dónde van exactamente?

Jake y Rafael se miraron y el niño notó la expresión de recelo de su amigo.

—Bu-bueno, todavía no sabemos —dijo tímidamente.

—En cualquier caso, pueden venir conmigo y decidir en el camino —los presionó el hombre.

—Podría ser una buena idea —dijo Jake, mirando a su compañero buscando su aprobación.

Este se limitó a encogerse de hombros.

—No se hable más entonces, vamos, que la carretera nos espera y no me viene mal un poco de compañía.

El vehículo de Rob era un camión de dieciocho ruedas, de un verde reluciente y con *NORTHWEST TRUCKING CO.* en amarillo en letras gigantes en su lateral. Los dos chicos subieron y una vez que el hombre se puso al volante, emprendieron el camino por la *I-95* sur. Rob no dejaba de mirarlos mientras manejaba.

Christine y Mike contaron con suerte al dejar la estancia. De inmediato se dirigieron hacia el frente del almacén, donde uno de los hombres dormitaba. Cuando estaban a punto de ganar la puerta, escucharon la voz de Bashmakov llamando a Sergei, quien no estaba en condiciones de responder.

El hombre que dormitaba a unos cinco metros de donde se encontraban, se puso alerta al escuchar a su jefe, pero tuvieron la fortuna de que giró su cabeza hacia el sonido de la voz. Mike detuvo a Christine con su mano, para evitar que cualquier sonido alertase al hombre de su presencia. Este se dirigió con pasos rápidos hacia el cuartucho que habían abandonado momentos antes. Al abrir la puerta dio la voz de alerta, lo que aprovecharon Mike y Christine para salir del almacén.

Bashmakov apareció, pistola en mano, en la puerta del cuarto donde Sergei yacía en el piso. Su guardaespaldas venía tras él. El ruso se agachó al lado de Sergei, quien permanecía inconsciente y al ver su teléfono en el piso lo tomó, dándose cuenta de que había una llamada al 911 en progreso, lo cual le hizo entrar en pánico. Una alerta invadió la pantalla del aparato, con la notificación de que el vuelo 4112 con destino a Londres partiría en siete horas y treinta minutos. El hombre, confundido, no podía concebir que Sergei le hubiese traicionado, pero le quedaba muy claro que pretendía huir. No había razón para que tomase un vuelo hacia Londres. Pero lo que más le sorprendía era la llamada al servicio de emergencia.

En ese momento se dio de cuenta de que habían sido Mike y Christine quienes la habían hecho, además de que habían huido. En un arrebato de furia, apuntó su pistola hacia Sergei y le instaló una bala en el medio de la frente. Sergei murió sin saber qué había ocurrido, sin haber podido ejecutar su plan de una vida opulenta en un lugar remoto junto a su esposa.

—Rápido, viene la policía, hay que salir de aquí —bramó Bashmakov, furioso.

Los tres hombres se pusieron en marcha hacia la parte trasera del recinto justo cuando se comenzaban a escuchar las sirenas en la distancia.

Herman dijo que todo estaba preparado para la resonancia que querían practicarle a Peter, quien seguía en la cama, ahora simulando un estado de inconsciencia, pero atento a todo cuanto se decía en la habitación.

—¿Algún cambio? —preguntó el científico.

—La situación sigue siendo la misma. Luego de practicarle la exploración tendremos una idea más concreta de su situación —contestó Harris sin mirarle a los ojos, temeroso de descubrirse. Michael asintió con seguridad.

—Quiero estar presente durante el examen —dijo Herman.

Harris miró a Michael, quien le hizo un leve gesto de asentimiento.

—No hay ningún problema, podemos estar los tres junto al técnico en el cuarto de monitoreo.

—Perfecto, no quiero sorpresas —replicó el científico en tono de amenaza.

Michael dijo que necesitaba un café y abandonó la habitación. Una vez lejos de las miradas y oídos de todos los custodios que Herman había colocado alrededor del ala del hospital, llamó a Jofiel. Le explicó con detalle los pormenores de lo que estaba ocurriendo a Peter y le dijo que tenían que estar preparados para intervenir muy pronto. Su trabajo allí estaba casi terminado. Se encargaría de crear la oportunidad de que le extrajesen, pero tenían que moverse con cuidado y con mucha astucia. La seguridad se había quintuplicado y Herman estaría alerta ante cualquier eventualidad. No es que el científico loco sospechase que era él mismo quien planeaba secuestrarle, pero estaba claro que el interés por el escritor había escalado a niveles superiores. Waxa, quien intervenía en la conversación a través del altoparlante, se contentó al saber que Peter había recuperado el conocimiento e insistió en que Michael le recordase, mejor dicho, le exigiese que no volviera a intentar introducirse en la mente de Romero, aunque sabía que este era incluso más terco que él, por lo que no dudaba de que volvería a hacerlo.

Michael se dedicó a recorrer el hospital todavía sin una idea clara de cómo burlar la seguridad instalada para sacar a Peter, a sabiendas de que tendría que utilizar el ingenio, ya que la fuerza bruta no era una opción. No solo no era su estilo, sino que las condiciones no lo permitían. Entró en el área de quirófanos haciendo uso de la credencial de la CIA que le habían proporcionado, buscando inspiración para el plan que debía delinear para que su misión fuera exitosa.

Jake estaba fascinado con el camión de Rob. Sentía una sensación de poder al ir montado en la cabina, recordaba sentir miedo cada vez que uno de aquellos monstruos pasaba al lado del carro de su padre, dejando un vacío que les succionaba. Jamás había imaginado que sus cabinas eran como casas. Detrás de los dos asientos frontales, se encontraba una cama que se veía muy cómoda, sobre todo después del cansancio acumulado, con una sábana roja y una almohada con funda de ositos, lo que le pareció bastante peculiar. El tablero del camión estaba lleno de instrumentos con luces rojas y verdes, también una radio gigante, con un micrófono en uno de sus laterales. Un soporte adherido al parabrisas sostenía el *GPS* más grande que había visto en su vida, mostrando el mapa de los alrededores.

Rafael estaba ocupado viendo en todas direcciones, aunque su rostro todavía conservaba la palidez propia del vómito. Desde la altura de la cabina podía apreciar muy bien el camino, aunque siendo de noche, era poco lo que veían, limitado a lo que los potentes faros del camión bañaban con su luz halógena y a lo que alumbraban los pocos carros que se encontraban en la autopista a esa hora.

—¿De dónde me dijeron que son? —preguntó Rob. En realidad nunca se lo habían dicho.

—Los Ángeles, California —contestó Jake.

—¿Son familia?

—S-sí, él es mi primo —replicó, viendo a Rafael que no parecía tener deseos de hablar. Jake se encontraba en el medio, compartiendo con Rafael el asiento del pasajero, lo bastante grande para albergarlos a ambos.

—Es que no se parecen en nada —dijo Rob, estudiándolos en detalle. Jake se limitó a encogerse de hombros. Por un lado estaba fascinado con el hombre y su camión de última generación, pero por otro, algo le decía que no debía confiar en él—. ¿Qué hacen dos chicos tan guapos tan lejos de sus hogares? —preguntó, como si una cosa tuviese que ver con la otra.

—Vamos a reunirnos con mi padre, que está haciendo un trabajo —dijo Jake, intentando que el hombre no percibiera que estaban solos.

—¿Dónde, exactamente?

Jake sin saber que decir, miró a Rafael quien tenía menos idea.

—L-lo que pasa es que perdí mi teléfono y allí tenía la dirección, tenemos que llamarlo para tenerla de nuevo —improvisó Jake. Rob le dedicó una sonrisa, viendo la mentira en la cara del niño.

—¿Por qué tan callado? —le preguntó a Rafael.

—No me siento muy bien todavía, me duele un poco el estómago.

—Recuéstate un rato, te va a hacer sentir mejor —dijo el hombre, señalando con su pulgar la cama en la parte trasera.

Rafael estaba alerta, no era tan inocente como Jake, sabía que ese hombre representaba un peligro latente, el cual esperaba que no se materializase, pero en su corta existencia había vivido

mucho y había aprendido a desconfiar de la gente. Las contadas veces que le habían ofrecido ayuda, nunca había sido de gratis. Siempre esperaban algo a cambio y no creía que esta fuera la excepción, ni siquiera por encontrarse en otro país. La naturaleza humana varía poco. También suponía que Jake no tendría idea, al tener una vida sin contratiempos, estaba acostumbrado a cobijarse bajo la seguridad de su hogar. Sin embargo, entendía que el hombre, dadas las circunstancias, era su mejor opción. Aunque no sabía hacia dónde debían dirigirse, confiaba en que la intuición de Jake les guiaría, cosa que en otra situación no habría ni considerado, pero los eventos vividos le decían que era lo correcto. Sin embargo, sentía un malestar muy grande, por lo que recostarse podría ayudarle, la posición horizontal se veía muy apetecible.

—Es cierto, descansa un poco —dijo Jake.

Rafael pasó por encima del niño para alcanzar la cama, la cual Rob ya estaba despejando, maniobrando con su mano derecha mientras con la izquierda sostenía el volante. Sin hacer uso de la almohada con los ositos, utilizó el brazo para apoyar su cabeza. Rob, tras buscar en el espacio entre los dos asientos delanteros, tomó un recipiente, el cual pasó a Rafael.

—Si sientes ganas de devolver de nuevo, utiliza esto, el olor a vómito es algo difícil de eliminar y este camión es nuevo —dijo entre risas—. También sirve para mear, en caso de que les den muchas ganas y no estemos cerca una zona de descanso.

El vehículo seguía desplazándose con monotonía por la recta autopista y Jake se dedicó a indagar entre los múltiples espacios colocados en la cabina, destinados a almacenar cosas. Rob le miraba de reojo mientras seguía atento a la vía. De uno de los compartimientos extrajo un libro delgado, pero de gran tamaño que llevaba como título *RAND MACNALLY'S ROAD ATLAS*.

—¿Esto es una especie de mapa de caminos? —preguntó Jake.

—Sí, es lo que se utilizaba antes de los *GPS*, lo conservo porque me trae buenos recuerdos —contestó Rob, poniendo su mano sobre la de Jake, quien dio un respingo al sentir su contacto, guiándolo hacia una página en el medio—. Estamos por acá —continuó, señalando un lugar en el mapa. Jake, tras liberarse de la mano del hombre, comenzó a estudiarlo, concentrado, moviendo su dedo índice a través de la línea que representaba la interestatal. —Voy hasta Filadelfia, donde tengo que entregar esta carga, luego tendré dos días libres. Podríamos ir hasta mi casa, desde donde puedes comunicarte con tu padre y conseguir su ubicación —terminó, con una amplia sonrisa que a Jake no le gustó para nada. Rafael, quien estaba a punto de quedarse dormido, se incorporó de inmediato. Cuando Jake volvió a mirarle, le hizo una seña negativa con la cabeza, a la cual el chico respondió, luego de cerciorarse de que Rob tenía la mirada fija en el camino, con un leve asentimiento.

Jake se concentró en el libro. Le parecía que allí estaba la clave para conseguir a su padre. Fue moviendo su dedo desde el punto en el que se encontraban, muy poco a poco. Le parecía sentir como si algo estuviera guiando su dedo. Con el índice siguió una de las salidas de la autopista y comenzó a recorrer otra vía que llevaba hacia el oeste. De inmediato sintió una sensación extraña, algo le decía que no era el camino correcto. Siguió alejándolo para comprobar si la sensación continuaba y de inmediato sintió el dedo muy frío. Lo regresó por sobre la línea y comenzó a sentir como se normalizaba su temperatura. Al llegar de nuevo a la *I-95*, la sensación había desaparecido. Comenzó a seguir el camino que llevaba al sur, algo le decía que iba en la dirección correcta. Sonrió para sí mismo mientras Rob lo miraba.

Cuando Mike y Christine trazaron el plan para escapar del almacén, Mike tenía su propia agenda. Se sentía apenado por no haber comunicado sus intenciones a la mujer, pero estaba desesperado.

En principio había cometido el error de pensar que Peter volvería a comunicarse con él y le ayudaría a liberar a su pequeña del grave peligro que corría, pero dado que eso no había ocurrido, no tenía otra alternativa: tendría que resolverlo por sí mismo.

No podía confiar en aquella gente, sabía que los criminales no tenían palabra y no podía darse el lujo de dejar al azar la vida de Kathy. Aunque le habían asegurado que si colaboraba con ellos le darían el antídoto a la niña, el hecho de que no hubiesen capturado a Peter, podría cambiar las cosas y eso era algo que no estaba dispuesto a permitir. El plan era que —una vez que dominaran a Sergei e hicieran la llamada al 911— la policía llegase antes que los hombres lo notasen. Mike estaba dispuesto a entregarse, no le importaba que estuviese solicitado, ya encontraría la forma de hacerles ver que todo se trataba de una trampa, era la menor de sus preocupaciones. Lo importante era informar a los cuerpos de seguridad acerca de lo que habían hecho a su hija, de forma que obligaran a Bashmakov a deshacerlo. Le había hecho prometer a Christine, que pasase lo que pasase ella no debía dejarse capturar, tenía que estar libre para —de alguna manera— tratar de ayudar a Peter. Al final la convenció, no sin mucho esfuerzo.

En el momento en el que oyó a Bashmakov gritar, se dio cuenta de que no había pensado bien las cosas. Había asumido que todo iba a salir como quería, lo que rara vez ocurre en la vida real. El ruso podía escapar, haciendo que el antídoto nunca apareciese, pero peor aún, la policía llegaría en cualquier momento y estaba seguro de que no era de los que se entregan, con todo el armamento que poseía plantaría resistencia, con una gran posibilidad de que terminase muerto, lo que tampoco ayudaría a su pequeña.

La idea del plan era refugiarse en las sombras hasta que se presentase la ayuda del 911, pero todo había cambiado, era hora de pasar a la ofensiva. Una vez que llegaron al exterior del almacén, analizó el sitio con rapidez.

—Vamos, por allá —dijo, señalando la pared lateral que conducía hacia el fondo del depósito.

—Por allá van a salir ellos, ya se deben haber percatado de que llamamos al 911 —dijo Christine.

—Lo sé, pero no podemos permitir que escapen...

—Tampoco podemos enfrentarnos a ellos —dijo Christine, nerviosa.

—Tengo que hacerlo. De ello depende la vida de Kathy—. De cierta forma, siempre había sabido lo que debía hacer, aunque estuviese en un nivel inconsciente de su mente. Necesitaba ir tras Bashmakov y obligarle, esa era la parte que no le había contado a ella, suponiendo que se opondría.

—Pero... —dijo Christine. Sabía que Mike tenía razón y rápidamente llegó a la misma conclusión que su amigo, no podían dejar el destino de la niña a la suerte. Lo correcto era enfrentarlos, aunque no sabía cómo.

Se dirigieron a paso rápido hacia la parte trasera del almacén, Mike en la delantera, la pistola de Sergei en su mano. Al llegar al borde, se asomó con cautela. Por los momentos no tenía ningún plan en concreto, pero la adrenalina le hacía seguir adelante, sus sentidos afilados y el corazón latiendo con furia en su pecho. Desde donde estaba, veía la puerta por la que suponía saldrían Bashmakov y su combo. De repente le invadió la duda, se volvió a mirar a Christine, quien estaba detrás, a la expectativa.

—¿Si deciden irse por delante? —preguntó.

Christine, quien también había pensado que la salida natural era la trasera si querían escapar, cayó en cuenta de que era una posibilidad. Sin embargo, al no haber vehículos en la parte delantera y estando la improvisada oficina del ruso en la trasera, suponía que era lo natural que

intentarían la huida desde allí.

—¿Quieres que vaya a ver? —preguntó ella.

—No tiene caso, solo tenemos un arma. Además, es muy arriesgado. Si los escuchamos...

En ese momento sintieron el cerrojo de la puerta descorrerse. De inmediato, el hombre moreno y el que habían visto dormitando salieron a través de ella, aunque no había señales del ruso.

—Escóndete detrás de la pared —dijo Mike en susurro. El hombre moreno miró en su dirección en ese momento, justo cuando ambos se disponían a buscar refugio en el lateral. Una bala pasó a escasos centímetros del cuello de Mike, quien percibió su silbido. Ya Christine se encontraba a resguardo. Una segunda bala impactó en la esquina, arrancando un pedazo de pared en medio de una nube de polvo. Mike se agachó, protegido por la noche y la escasa iluminación. Se asomó, casi al ras del suelo. El hombre venía corriendo hacia ellos con su pistola en la mano. El segundo corría en dirección contraria. Mike tomó la pistola con ambas manos. A pesar de haber disparado muchas veces e incluso ser buen tirador, le temblaba el pulso. Jamás había abierto fuego contra otro ser humano, eso sin considerar que estaban en juego las vidas de Christine, de su hija y la suya propia. Tenía la ventaja de que el hombre no le podía ver, pues esperaba que se asomase por la esquina para dispararle.

Haciendo acopio de gran sangre fría, esperó hasta que el hombre estuviera a cuatro pasos de ganar la esquina para hacer un tiro certero hacia su garganta. Este de inmediato soltó el arma, llevando sus manos al cuello, de donde brotaba un chorro de sangre que se veía casi negra por la oscuridad. Luego de dos pasos en falso, se derrumbó, quedando su cabeza a escasos dos metros de donde se encontraba Mike. Christine ahogó un grito. Romero se levantó sin perder tiempo, era a Bashmakov a quien quería, a quien necesitaba atrapar. Arrancó en una carrera kamikaze hacia la puerta entreabierta, aun sabiendo que los disparos debían haber alertado al ruso, quien se estaría preparando para enfrentarle, pero cabía la posibilidad de que intentara escapar por el frente, cosa que Mike no estaba dispuesto a permitir. Al menos sabía que no tendría vehículo, por lo que podría perseguirle. Le necesitaba vivo.

Evan Prescott se aclaró la garganta, buscando llamar la atención del grupo de científicos que se encontraban alrededor de la mesa en la sala de reuniones. Les había convocado para hablarles de las posibilidades que se abrirían para el grupo, luego de la adquisición del más importante de sus activos en el tiempo que llevaba de constituida la empresa, de la cual cada uno de los científicos era un accionista minoritario. Habían sido escogidos con pinzas, entre la élite de sus especialidades, aunque fue la ambición el factor que prevaleció para su selección. Al principio la gente de Prescott no estuvo de acuerdo, debían usar solo los mejores y punto. Sin embargo, algunos de los mejores eran hombres apegados a sus principios y lo único que les movía era el conocimiento. No eran los más adecuados para este proyecto.

Si bien a ojos de todos lo que estaban haciendo era por el avance de la ciencia, los allí presentes (excepto quizás dos, obstinadamente académicos, pero de los cuales no se podía prescindir) tenían un interés económico. La mayoría soñaba con las grandes riquezas que obtendrían una vez que estuvieran en capacidad de comercializar la Supercomputadora Cuántica. Otros, menos ambiciosos, habían sido extraídos de sus laboratorios por una paga que le agregaba un cero a sus salarios anuales, lo que les convertía prácticamente en mercenarios.

Y si alguien podía dar fe de aquello —en ese momento hizo entrada en la sala— era quien ocuparía el único asiento vacío alrededor de la mesa: el doctor Ulv Abrahamssen. Todos interrumpieron sus charlas para prestar atención al doctor Prescott.

—Les había anunciado que tenía una gran sorpresa para hoy —comenzó—. Pero dejemos que sea nuestro ilustre miembro, el doctor Abrahamssen, quien los ponga al tanto.

Los once científicos fijaron su mirada en el sueco recién llegado, quien se acercó a Prescott sin dejar de sonreír.

—Muy buenas tardes, caballeros —dijo, haciendo una leve reverencia hacia los presentes— permítanme unas breves palabras con el doctor Prescott —continuó, acercándose a quien fungía de maestro de ceremonias. Tomándolo por el brazo, lo apartó de la mesa y le susurró:

—¿Dónde está Mark-Hodges? Se suponía que para esta reunión le íbamos a tener con nosotros. Cuando escuché las noticias acerca del ataque a las instalaciones de la agencia, estaba seguro de que lo habíamos capturado.

Prescott, zafándose del agarre del sueco, contestó, en un susurro también:

—No lo sé, he estado llamando a Sergei sin respuesta. También traté con el celular de Bashmakov, quien, aunque odia que lo molesten, tiene que dar la cara. Algo ocurrió, estoy seguro de eso.

—Pues es mi culo el que está en el asador —respondió el sueco, furioso—. Si me llegan a descubrir, no quiero imaginar lo que podría pasar.

—Ya lo sé, pero no queremos alarmarlos, supongo que en cualquier momento Sergei se pondrá en contacto y nos lo entregará. No es poco lo que estamos pagando por ello —replicó Prescott, poniendo su mejor cara y ocupando su puesto—. Sin más demoras: el doctor Abrahamssen —les dijo a los presentes.

El sueco se dirigió al podio y, luego de ajustar el micrófono a su altura, dijo:

—Estimados colegas, no sé si el doctor Prescott les habrá adelantado algo, pero estamos a punto de hacer historia. Hemos dado con un individuo que tiene la facultad de manejar los universos paralelos a su antojo, no de la forma en que nosotros hemos planeado hacerlo a través de la Supercomputadora, sino a través de un poder que le permite hacerlo con su mente.

Un murmullo creciente en intensidad recorrió la sala.

—¿Te refieres a que puede estar en dos sitios distintos al mismo tiempo? —preguntó el doctor Bailey, de la Universidad de Harvard, un computista con un doctorado en Inteligencia Artificial.

El sueco negó con la cabeza.

—Tiene la potestad, mejor dicho, el poder, de hacer realidad cualquier cosa que escriba, no importa si es modificando presente, pasado o futuro...

—Esto no puede ser, dices que a través de la escritura. ¿Qué tiene que ver... —le interrumpió el doctor Montgomery, del *MIT*, especialista en Fenómenos Paranormales.

—Todo a su tiempo —le calmó el sueco—. En realidad, todavía no tengo claro cuál es el mecanismo que utiliza para tal fin, pero yo mismo he visto lo que es capaz de hacer y puedo decirles que es sorprendente. No quiero que me crean a mí, pronto lo tendremos entre nosotros y cada uno de ustedes podrá verificarlo con sus propios ojos. Como científicos que somos, solo creemos en algo cuando lo vemos.

—Y este individuo, ¿está dispuesto a ayudarnos? —preguntó el doctor Sheppard, de *Cornell* —. Además, ¿cómo podemos beneficiarnos de su poder para nuestro proyecto?

Abrahamssen miró a Prescott, buscando una respuesta. Al ver que este permanecía callado, dijo:

—Con respecto a la primera pregunta, ya lo discutiremos. En relación a la segunda, tenemos la posibilidad de estudiar su cerebro con detenimiento. No me queda ninguna duda acerca de que en su cerebro descubriremos, luego de un análisis detallado, los pequeños detalles que nos faltan para culminar con bien nuestro proyecto.

Luego de un gran esfuerzo por determinar el sitio hacia el cual debían dirigirse, Jake quedó convencido de que Virginia era el lugar. No sabía cómo lo sabía, pero no le quedaban dudas. Rodaron un buen rato en la carretera; Rob lo había dejado tranquilo mientras se encontraba absorto en el mapa de caminos.

Rafael, aunque había luchado contra el cansancio, había perdido la batalla. Sus ojos finalmente se cerraron, acusando no solo el malestar de su cuerpo sino el cansancio de todas las experiencias vividas sin un descanso apropiado. Jake sonrió al escuchar los leves ronquidos que emitía y al rato le siguió hacia los brazos de Morfeo. Habían pasado *Newark* y continuaban avanzando en dirección a *Baltimore*, donde Rob planeaba hacer una parada para ir al baño. Cuando se aseguró de que Jake dormía profundamente, susurró el nombre de Rafael, el cual también parecía estar rendido. El hombre, pasando su brazo derecho entre ambos asientos, comenzó a acariciar la pierna del chico con cautela. Al ver que el joven no notaba el contacto, continuó haciéndolo, pendiente de no salirse del camino. Sabía que la más mínima distracción podía significar la diferencia entre llegar a su destino y un terrible accidente.

Contento con el placer que le producía el contacto con el chico, decidió a aventurarse y comenzó a pasar su mano sobre el abdomen de Rafael, muy cerca del botón que llevaba desabrochado. Esta vez Rob no corrió con la misma suerte. El contacto de la mano del hombre con su piel le despertó. Aunque estaba confundido, sin saber muy bien dónde se encontraba, de inmediato volvió a la realidad y supo que el peor de sus miedos se había hecho realidad.

Dos veces en su vida habían tratado de violarlo, en una de ellas lográndolo. Tenía apenas once años de edad, cuando un chico mucho mayor había logrado dominarle y no había tenido oportunidad de defenderse. No le quedó más que resistir los embates del chico con lágrimas en los ojos y tratar de olvidar el asunto, como si nunca hubiese ocurrido. Juró que aquello no le volvería a pasar, sin importar lo que tuviese que hacer. Cuando tenía quince, otro hombre quiso aprovecharse de él, pero esta vez, siendo mucho más fuerte, se resistió y logró quitarle el cuchillo con el que lo amenazaba. Estuvo a punto de apuñalarle, pero a última hora prevaleció la sensatez y se dedicó a darle una golpiza que no duró menos de una hora. Descargó toda su rabia e hizo pagar al hombre por lo que ya le habían hecho una vez, sin ningún remordimiento, ya que estaba seguro de que él no era el primero al que el hombre atacaba. Lo golpeó hasta que sus manos le dolieron y las tuvo completamente rojas. Luego lo dejó tirado en el suelo y cuando ya se retiraba, tomó un palo y le dio unos buenos golpes en la región genital, asegurándose de que, al no serle útiles, terminarían sus días como violador. En esta oportunidad tampoco lo toleraría. No estaba dispuesto a permitir que el hombre abusase de él, mucho menos de Jake.

Su cabeza se encontraba del lado del conductor mientras sus pies apuntaban hacia el lado donde Jake dormía. Se incorporó con rapidez y pasando su brazo izquierdo sobre el asiento del conductor, le aplicó una llave al cuello, comenzando a ahorcarle. El hombre, quien era muy voluminoso, tenía un cuello muy ancho, por lo que tuvo que agarrar su muñeca con la mano derecha para aplicar más fuerza. Lo presionó tanto, que aún sin soltar el volante se elevó en su asiento, buscando aire con desesperación. Rob hacía intentos por hablar, pero la fuerza de Rafael se lo impedía. El camión comenzó a moverse de lado a lado peligrosamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jake, con voz somnolienta, creyendo que estaba soñando.

Luego giró su cabeza y vio a Rafael, de pie en la parte trasera, ahorcando a Rob.

—Toma el volante —le dijo este. El hombre pataleaba, desesperado, en búsqueda de oxígeno.

Jake se quedó petrificado por un momento, sin saber qué hacer. Rafael estaba rojo por el

esfuerzo. Jake pensó que se había vuelto loco, pero de inmediato razonó que algo malo tenía que estar ocurriendo para que su amigo actuase de aquella manera. Tenía confianza ciega en él. Saliendo de su letargo, tras despojarse del cinturón de seguridad, se movió hacia la izquierda, tratando de tomar el volante, el cual Rob había soltado para llevarse ambas manos al cuello y tratar de zafarse de Rafael.

En principio Jake había creído que podía dominar el volante con facilidad, había visto muchas veces a su padre controlarlo con apenas un dedo. Pero la posición incómoda en la que se encontraba, sumado al hecho de que se trataba de un vehículo de dieciocho ruedas en movimiento, hacían casi imposible moverlo. Se desplazaban a unos setenta kilómetros por hora. Pensó en pasarse hacia el lado del conductor para pisar el freno, pero en ese momento un estruendo le estremeció. El contenedor que llevaban detrás había volcado por la inestabilidad del movimiento del vehículo, llevándose consigo la cabina. Jake sintió como el piso se convertía en techo y de nuevo en piso. Le pareció ver en cámara lenta a Rafael girando al mismo tiempo, todavía sin soltar el cuello del hombre, quien estaba tan rojo como un tomate. El ruido del metal contra el asfalto era ensordecedor, como mil chicharras cantando al unísono. El vehículo, luego de volver a perder su estabilidad se desplazaba sobre su costado izquierdo sobre la autopista y Jake vio con horror como se dirigían hacia un grupo de árboles. La cabeza de Rob, a quien Rafael había soltado finalmente, se encontraba contra la puerta izquierda, lo que ahora era el piso del camión. Rafael se encontraba sobre el hombre.

Cuando impactaron contra los árboles, una lluvia de cristales salió despedida al explotar el parabrisas del camión.

Mike ingresó corriendo al almacén por la puerta trasera. En la estancia donde estaban las armas apiladas en cajas no había señas de Bashmakov. Salió por la puerta que conducía a la nave principal donde también reinaba el silencio. Christine le alcanzó, jadeando.

Siguieron avanzando hacia el frente, revisando cada puerta que encontraban a su paso. Llegaron al lugar donde estuvieron encerrados, en el cual yacía Sergei —con un enorme hueco en medio de los ojos vacíos— sobre un charco de sangre. Christine tuvo que taparse la boca para no gritar. Mike la tomó por el brazo y la sacó de la estancia. Le indicó por señas que no hiciera ruido, aunque temía que el ruso ya no se encontraba allí. Luego de recorrer casi toda la nave, vieron una puerta abierta cerca de la salida. Mike estaba seguro de haberla visto cerrada cuando abandonaron el almacén. Se dirigió de inmediato hacia allí y se asomó con cautela, con el arma por delante.

Allí estaba Bashmakov arrodillado en el piso, metiendo fajos de billetes en un maletín, dándole la espalda. Mike recorrió con rapidez los pasos que le separaban del hombre. Las sirenas continuaban acercándose.

—No haga ningún movimiento brusco y voltee lentamente —dijo, poniendo la pistola contra el occipital del hombre.

El ruso levantó las manos y se incorporó, mientras Mike retrocedía un paso. Puso la pistola en la frente del hombre, mientras con la mano libre le despojaba del arma que llevaba en el cinturón.

—No me mates, tomen todo el dinero que quieran y váyanse —dijo el ruso, con un acento más fuerte que el de costumbre y una expresión de cobardía en el rostro que no estaba a la altura de lo que aquel deficiente representaba.

—Mi intención no es matarle, no soy un asesino como usted —dijo Mike con desprecio—. Quiero que tome su teléfono y llame a quien tenga que llamar para que le den el antídoto a mi hija.

De eso depende que viva o no.

El pulso de Mike temblaba, aunque era la rabia lo que guiaba sus acciones. Minutos antes había asesinado a un hombre por primera vez en su vida y aunque lo había hecho en defensa propia, no le había gustado la sensación. Eso no le impediría, en caso de ser necesario, repetirlo. Sin embargo, primero lo primero, tenía que asegurarse de que Kathy iba a estar bien.

—Está bien, está bien —dijo el ruso, con la expresión asustada de quien no está acostumbrado a ser amenazado.

—Si intenta algo, puede estar seguro de que va a acompañar a sus tres amigos en el infierno. Ya mandé a dos de ellos allá y todavía queda un puesto disponible —mintió a medias Mike.

El ruso introdujo su mano en el bolsillo lentamente. No le gustaba la manera en que la mano de Mike temblaba ni la expresión de Christine, quien parecía dispuesta a reaccionar ante cualquier eventualidad. No dejaba de transpirar mientras buscaba el número entre sus contactos.

—No tenemos todo el día —dijo ella.

—Dígale que todo salió bien, que le apliquen el antídoto y que envíen un mensaje de texto cuando esté hecho.

—Llamando —dijo el hombre al tiempo que apretaba el botón de marcado.

Mike y Christine se miraron, sabiendo que no tenían mucho tiempo antes de que llegara la policía. A Mike no le habría importado que le capturasen, pero existía una posibilidad de escape si las cosas salían como esperaba. Eran muchas las explicaciones que tendrían que dar —y era muy difícil que les creyesen— dado lo absurdo de todo aquello. Eso sin contar con que ya no le quedaba duda de que sus sospechas iniciales, mucho tiempo atrás, de que el gobierno estaba metido en esto, eran ciertas. Peter se lo había confirmado. Bueno, al menos una parte del gobierno, pero lo difícil en esos casos, o al menos así parecía en las películas, es saber distinguir entre los corruptos y aquellos que no lo son. Al estar libres tendrían mayor oportunidad de auxiliar a Peter. Aunque sabía que en algún momento tendrían que solicitar ayuda a las autoridades, prefería escoger el momento adecuado en vez de ser capturado en lo que lucía como flagrancia.

—Todo está listo, apliquen el antídoto a la niña —dijo el ruso a su interlocutor—. ¡Ahora! sin preguntas —bramó al teléfono —me envías un mensaje una vez que lo hagas —dijo, terminando la llamada—. ¿Contento? —preguntó a Mike.

Este le miró con expresión de desprecio y le arrancó el teléfono de la mano.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó a Christine, quien se encogió de hombros.

—¡Oigan! dijeron que me dejarían tranquilo. Ya cumplí con mi parte. La niña va a estar bien. Vamos, somos hombres de palabra —dijo Bashmakov, casi suplicando.

—Ahora no se ve tan recio como allá adentro, cuando tenía a sus gorilas para que le protegiesen —dijo Christine.

Mike amartilló el arma y el ruso ahogó un grito. Le disparó en la pierna, para asegurarse de que no pudiese escapar y tomando un fajo de billetes, se dirigió a la salida, mientras el ruso aullaba de dolor.

—Espero que te pudras en la cárcel, maldito — le dijo Mike.

Ya las patrullas se encontraban a menos de una cuadra, según el ulular de sus sirenas.

Lev Richardson se presentó a trabajar luego de haber fingido una enfermedad durante varios días, aunque en realidad había estado ocupado cuidando de Blackman e investigando acerca de una obsesión que agobiaba su mente. Jerry Cranston al fin logró construir un algoritmo que le permitió acceder al teléfono de Mommady.

Realizó una reconstrucción parcial de los movimientos del agente, incluyendo su viaje desde Los Ángeles hasta Washington. Luego de revisar con detenimiento la computadora con la ayuda de Cranston, llegó a la conclusión de que el agente no podía haber hecho, de ninguna forma, ese viaje en misión oficial. Richardson tenía la sospecha, producto de su intuición, de que Mommadaty andaba en algo raro. Cranston insinuó que tal vez hubiese ido al *DC* a resolver algún asunto personal, pero en ese caso, debió haber solicitado permiso para ausentarse, cosa que no hizo. Lev le preguntó a Cranston si cabía la posibilidad de que hubiese estado en una misión secreta, pero este le contestó que igual habría registros, aunque estuviesen clasificados.

No le quedó otra alternativa que enfrentar al agente directamente. Sabía que no tenía ningún argumento para hacerlo, pero decidió jugársela. Se presentó en su oficina y sin que se le ocurriese otra cosa, le preguntó:

—Agente Mommadaty, ¿podría explicarme por qué tomó recientemente un vuelo hacia Washington?

Richardson observó la expresión de terror que nubló la cara del hombre por un instante. De inmediato este se recompuso y mirándole fijamente a los ojos, respondió:

—Creo que está equivocado, no he ido a Washington desde hace más de un año —en principio la pregunta le tomó por sorpresa, pero al internalizar que había viajado con una identidad falsa, no había razón para reconocer que lo había hecho. No podían tener ninguna prueba, tal vez alguien le había visto, pero en ese caso era su palabra contra la de quien lo hubiese hecho. Sin embargo, aquello no le gustaba para nada.

—Pues la verdad creo que no estoy equivocado, lo que confirma mi teoría acerca de que usted ha realizado actividades fuera de sus asignaciones, razón por la cual se ausentó del trabajo sin permiso. Agente Mommadaty, supongo que usted entenderá lo grave de estas acusaciones. Si no me cree, puede verificarlo en este reporte —replicó Richardson, entregándole una carpeta donde se detallaban los movimientos que había logrado descifrar Cranston.

—¿De-de dónde sacó esto? —preguntó el hombre, entre furioso y asustado.

—Eso no es lo que importa, creo que sus problemas van más allá —dijo Richardson, contento de que el agente estuviese enredándose en lo que le decía, ya que sus alegaciones carecían de base —. No es necesario que esto llegue a mayores, lo único que quiero es que me explique con detalles qué es lo que ha estado haciendo. Sé que está involucrado en la desaparición del doctor Matthew —quizás con la venia de la agencia— pero creo que decidió sacar algún provecho personal y eso es lo que dudo que les guste a sus superiores —continuó Richardson, ya entrando en terreno peligroso, pero era la única manera en la cual suponía que podría hacerle hablar.

Mommadaty se quedó de una pieza. Su tez curtida pareció recorrer la paleta cromática hasta llegar al blanco puro. Tras mirar hacia todos lados, como quien se siente observado, dijo, casi en un susurro:

—Aquí no, encuéntreme en el bar de enfrente en veinte minutos.

Rafael ocultó a Jake detrás de unos arbustos cuando escuchó la sirena de un patrullero de carreteras que se dirigía a toda velocidad hacia el lugar del accidente, que habían dejado unos quinientos metros atrás. Lograron salir por la ventanilla del pasajero, no sin mucho esfuerzo, aturdidos luego del fuerte impacto, pero corrieron con la fortuna de que la gordura de Rob les sirvió de colchón para amortiguar el golpe.

Jake se había doblado el tobillo derecho y tenía una cortada en el hombro izquierdo, pero Rafael pensaba que no era nada de cuidado. Él, aparte de haber recibido algunos golpes, no

presentaba ninguna lesión. Rob no había corrido con la misma suerte. Cuando abandonaron el camión, sangraba profusamente por la cabeza. Jake le pidió que trataran de auxiliarlo, pero Rafael dijo que ya vendría ayuda. Aunque sangraba, el hombre respiraba con normalidad y no creía que se encontrara herido de gravedad. Tenían que alejarse de allí, no le gustaba verse envuelto con las autoridades, serían muchas las preguntas para las que no tenían respuestas. Jake estuvo de acuerdo, lo único que le importaba era continuar en la búsqueda de su padre y tenía el pálpito de que iba en la dirección correcta. Ese percance no iba a evitar que se reuniera con él.

La carga del camión había obstruido toda la vía y cada vez se escuchaban más sirenas acercándose.

—Detrás de esos árboles estaremos bien —dijo Rafael, señalando un conjunto de arbustos a la orilla de la autopista—. ¿Cómo está tu tobillo?

Una vez que se sentaron bajo el refugio de un árbol, Jake se quitó el zapato y la media, dejando ver la hinchazón. Había recorrido todo el trayecto cojeando, apoyado en su amigo. Rafael puso sus manos sobre el tobillo, masajeándolo con cuidado. Jake cerró los ojos, aguantando el dolor, pero enseguida comenzó a sentirse mejor. El calor que emanaba de las manos del chico le reconfortó. Rafael le sonrió y el niño le devolvió la sonrisa. Desde el lugar en donde estaban sentados, veían pasar un desfile de patrullas y ambulancias, así como una grúa gigante que se encargaría de despejar la vía. Cinco minutos más tarde una ambulancia pasó, alejándose del accidente, por lo que asumieron que Rob se encontraría en ella.

—¿Qué pasó allí? —preguntó Jake, quien no se había atrevido a hacerlo.

—El hombre no tenía buenas intenciones —contestó Rafael.

—Pero...

—No te preocupes por eso, confía en mí. No hay nada importante que debas saber —le interrumpió Rafael.

Jake asintió, sin dudar en ningún momento de su amigo.

—¿Ahora qué haremos?

Rafael se encogió de hombros.

—Esperaremos que pase todo este alboroto y comenzaremos a caminar. Calculo que faltan unas cuatro horas para que amanezca.

Christine y Mike se dirigieron de nuevo a la parte trasera del almacén. Mike había visto un llavero detrás del escritorio del ruso de donde colgaban varios juegos de llaves, las cuales suponía que pertenecerían a los vehículos estacionados. Tomó varias de ellas y salieron al estacionamiento. Lo primero que vio Christine fue el cuerpo del hombre al que Mike le había disparado. No había ni rastro del otro.

Se decidieron por un Toyota *Corolla* parqueado hacia el final del estacionamiento, no tenían mucho tiempo. El llavero con el logo les permitió acceder a él sin tener que adivinar. Mike salió del lugar esquivando el cuerpo del hombre que yacía en el piso, justo cuando las primeras patrullas llegaban por el frente. Sabía que en cualquier momento rodearían el almacén por lo que manejó con cautela, para no despertar sospechas si se cruzaban con alguna.

No tenían una idea clara de dónde se encontraban, pero lo único que importaba era salir de allí. Christine, mordiéndose las uñas, no dejaba de mirar hacia atrás mientras se alejaban. Cuando habían recorrido menos de un kilómetro se cruzaron con una patrulla que venía a toda velocidad, la cual no reparó en ellos.

Mike le entregó a Christine el teléfono celular de Bashmakov.

—Revisa a ver si ha llegado el mensaje.

—Nada, pero aún es muy pronto —dijo Christine tras manipular el aparato.

—Quiero llamar a Patty, pero no sé si será lo correcto, no quiero asustarla.

—Creo que es mejor esperar, no vamos a lograr nada con llamarla ahora.

Mike asintió con frustración en el rostro.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Christine.

—Tenemos que deshacernos de este auto, en cualquier momento comenzarán a buscarlo.

—Debemos cambiar nuestra apariencia de nuevo. Si esa azafata fue capaz de reconocermé, cualquiera puede hacerlo.

—Por supuesto. Tenemos que dirigirnos a *Langley* tan pronto lo hagamos y consigamos otro medio de transporte.

Christine no paraba de mordisquear sus uñas, nerviosa.

—¿Qué haremos al llegar allí? Si la CIA tiene cautivo a Peter, no sé cómo lo podremos encontrar.

Mike se quedó pensativo mientras entraba en la *George Washington Parkway*, la autopista que les conduciría hasta *Langley*. Según el letrero, se encontraba a catorce kilómetros.

—Estamos más cerca de lo que pensé —dijo Mike.

—Entonces es más urgente que consigamos otro vehículo. El teléfono del ruso puede ser de ayuda.

—Sí, pero también puede jugar en contra nuestra. Podrían rastrearnos a través de él. Aunque supongo que contamos con algún tiempo, ahora deben estar tratando de entender que pasó allí, cuando descubran todo ese armamento, el dinero y los dos cadáveres, sin contar al mismo Bashmakov.

—No había pensado en eso —dijo Christine—. ¿Por qué todo es tan complicado? —preguntó, frustrada.

—En este mundo en que estamos metidos nada es sencillo, hace rato que nos superó.

Mike vio por el retrovisor acercarse una patrulla con las luces superiores encendidas.

Luego de llamar a Blackman y comunicarle los avances que había obtenido con Mommadaty, Lev Richardson entró en el bar, que se encontraba casi en penumbra. Allí reconoció a varios de sus compañeros de trabajo. Era abstemio al cien por ciento, por lo que entraba por primera vez. Luego de recorrer con la mirada el local y no ver al agente, supuso que su primera apreciación acerca de que estaba metido en algo turbio, había sido correcta. Lo más seguro es que hubiese huido.

Pero estaba equivocado. Mommadaty se encontraba al final de la barra, en la esquina más alejada del local, protegido por las sombras. El inmenso hombre daba vueltas a los cubos de hielo con su mano. Al sentarse Richardson a su lado, el barman le preguntó qué quería tomar, a lo que respondió que estaba bien por ahora.

—¿Y bien? —preguntó Richardson, manteniendo su postura de inquisidor. Mommadaty parecía no percatarse de que el nivel de autorización de Lev era el mismo que el suyo y que no tenía por qué responder a ninguna de sus preguntas, pero el hombre estaba realmente preocupado.

—¿Estás en misión oficial? —preguntó el agente con su voz melodiosa.

—Si lo que te preocupa es que te delate ante la Agencia, mientras me digas lo que quiero saber, no tendrás problemas —dijo Richardson, luego de sopesar su respuesta con cuidado. Mommadaty asintió.

—Fui al *DC* en una misión personal, algo para complementar el salario, tú sabes —en realidad Richardson no sabía, pero lo dejó estar.

—¿Cuál era esa misión?

—Llevar a dos fugitivos y entregarlos allá.

—¿Esto está relacionado con Matthew?

—En parte sí. Pero su desaparición no fue nuestra responsabilidad. Mi jefe nos envió a capturarlo, pero alguien se nos adelantó. La pareja de fugitivos que tanto escándalo generó, Romero y la mujer de Mark-Hodges, fue otra asignación que no pudimos cumplir. Pero un conocido logró dar con ellos y me los entregó...

—Quieres decir que capturaste a unos fugitivos buscados a nivel nacional y en vez de entregarlos a las autoridades, los entregaste a un tercero, porque de no ser así, no veo el problema —le interrumpió Richardson.

—Algo así, pero es más complicado de lo que parece. En realidad, ellos no son criminales. Toda la historia salió de nosotros para capturarlos, en realidad no conozco los detalles, lo cierto es que vi la oportunidad y la aproveché.

Richardson trataba de absorber toda aquella información, pero el asunto estaba más enredado de lo que había supuesto.

—¿A quién se los entregaste y para qué les serían útiles?

—A un mercenario ruso, Anatoly Bashmakov. Es alguien que hace trabajos sucios para nosotros con frecuencia. No tengo idea de qué podrían querer con ellos. Yo solo cumplí con mi parte y recibí mi paga.

—Muy bien. No te preocupes, esto no saldrá de aquí, necesito hacer una llamada, no te muevas.

Mommadaty levantó su copa hacia él. Al menos se había quitado un peso de encima, al principio había pensado que le habían descubierto. Richardson necesitaba hablar con Blackman, quien de seguro podría entender mejor las conexiones. Se sentía como en una película de intrigas internacionales, sin saber que se estaba metiendo en la cueva del lobo. Se apartó para llamar a su compañero, quien seguro sabría qué hacer, o cómo sacar provecho de Mommadaty.

Peter fue introducido en la máquina para practicarle la resonancia magnética bajo la mirada atenta de Herman, quien no confiaba en el doctor Harris; no tenía por qué desconfiar de Michael, más allá del celo profesional —le parecía una ofensa que su superior lo hubiese enviado a meter sus narices donde no le habían llamado—, lo consideraba uno de los suyos.

Con la ausencia de Abrahamsen, quien resolvía los asuntos relacionados con el futuro de Mark-Hodges una vez recuperado, no le quedaba otro recurso que apoyarse en Michael para tratar de controlar a Harris. Sabía que cualquier descuido podría ocasionar una catástrofe, así como sabía que Harris no estaba contento de estar allí, por lo que, si se le presentaba la oportunidad, haría cualquier cosa para liberarse. Y Peter Mark-Hodges era el equivalente a una ojiva nuclear, estaba consciente de que podría, literalmente, desaparecerle de un plumazo, lo que mantenía los niveles de estrés de Herman en su lectura más alta.

Una vez cerrada la compuerta de la máquina, los tres hombres entraron al cuarto desde donde el técnico ajustaba los controles para comenzar el examen. Herman se mostraba impaciente, mientras Harris se acomodaba al lado del profesional para apreciar las imágenes computarizadas que se generarían en un instante. Michael se limitaba a observar los toros desde la barrera. No tenía idea de cómo interpretar los gráficos, lo que, en realidad, no era necesario. Estaba allí para liberar a Peter, lo demás era accesorio. También sabía que cualesquiera fuesen los resultados que produjera la resonancia, la ciencia de los humanos no estaba a la altura de entenderla. Había dos cosas que le preocupaban: la primera era mantener la fachada ante Herman, no le preocupaba Harris, quien suponía que ya había entendido lo que estaba haciendo allí; la otra era que no había podido pasar a Peter el mensaje de Waxa, advirtiéndole que no debía, bajo ninguna circunstancia, intentar de nuevo lo que le había llevado a su condición actual. En realidad, era lo que más le preocupaba, pues sabía que Peter no se quedaría tranquilo y que, en las pocas palabras que intercambiaron, no le había transmitido la suficiente confianza como para que pensase que todo se resolvería para bien.

Cuando comenzaron a aparecer las imágenes, Harris comentaba con él lo que veía, ignorando a Herman flagrantemente. Michael tomó una silla y se sentó a su lado, limitándose a asentir y estando de acuerdo con todo lo que el doctor decía. El plan que habían trazado ambos hombres, aunque no habían discutido los detalles, consistía en hacerle creer a Kluivert —o Herman, como el escritor le había bautizado— que Peter necesitaba ser intervenido de emergencia. Esto les proporcionaría la ocasión para intentar la evasión. Michael no tuvo tiempo de explicarle como pensaba hacerlo, pero le había asegurado que era perfectamente factible.

Harris quedó sorprendido al ver la actividad cerebral de Peter. Sabía que se encontraba en terreno desconocido, pero lo que observaba en las imágenes le desconcertó más allá de lo que había imaginado. El técnico, quien había practicado cantidades de exámenes similares adujo que el aparato debía tener una falla, pero Harris le pidió que ni se molestase, pues no estaban ante un cerebro común. Herman, quien no entendía la parte médica, no paraba de hacer preguntas

impertinentes. Más allá del libreto establecido, el doctor llegó a la conclusión de que la operación no era una excusa, era algo que necesitaban hacer.

—Es necesario reducir el sangrado en esta región —dijo Harris, señalando un sector del gráfico—. Tenemos que operar.

—¿Operar? —preguntó Herman—. No creo que sea una opción.

Harris se volteó furioso y le encaró.

—¿Qué tanto sabe del cerebro humano?

—Bu-bueno, supongo que no tanto como usted —balbuceó.

—Entonces le aconsejo que se quede callado y me deje hacer mi trabajo...

—Señores, no es necesario polemizar —interrumpió Michael—. Estoy de acuerdo con Harris, es necesaria una intervención quirúrgica urgente.

Herman lo miró con fuego en los ojos.

—¿Qué significaría operarle? Tengo resultados que entregar.

—La verdad es que me tiene sin cuidado lo que usted tenga que hacer, lo único que puedo asegurarle es que, si no lo intervenimos, el edema que se va a formar en su cerebro va a ser de tal tamaño que perderá la mayoría de sus funciones, no solo motoras sino cognitivas, y usted será el responsable...

—¡Ya! —le interrumpió Herman—. Ya le entendí, pero...

—¿Qué es esto? —le interrumpió Harris a su vez, al ver que el monitor comenzaba a emitir señales más irracionales de las que venía emitiendo y la actividad cerebral de Peter aumentaba como la espuma, hasta el punto que no podía ser registrada por los aparatos.

Michael, aunque sus conocimientos en la materia eran muy limitados, se sorprendió por la alarma en el rostro de Harris, la cual estaba seguro de que no era fingida.

—¡Hay que sacarlo de inmediato, no tenemos tiempo! —bramó Harris, levantándose a toda prisa.

Con patrullas yendo y viniendo, no tenía sentido que comenzasen a andar, sería demasiado sospechoso que dos jóvenes caminasen por la autopista, sin contar con que ambos se encontraban exhaustos. Jake y Rafael se recostaron de un árbol y se pusieron lo más cómodos posible. Aunque le dolía el hombro, Jake era muy orgulloso para decírselo a su amigo, pero cuando este posó su mano sobre la herida, Jake no pudo contenerse y tuvo que expresar su molestia.

Rafael le atrajo hacia él, como quien acuna a un bebé y tras limpiarle la cortada con una hoja que el rocío había humedecido, dejó su mano sobre esta, lo que reconfortó al niño.

—¿Cómo sientes el tobillo?

—Mucho mejor, ya casi no duele.

Rafael asintió y se quedaron en silencio.

Jake se sentía seguro refugiado en el abrazo de su amigo, pero al cabo de un rato, dos lágrimas surcaron sus mejillas. Cuando Rafael le preguntó que le ocurría, Jake sin bajar la cabeza y con un nudo en la garganta, negó con la cabeza. No quería hablar por temor a romper en llanto. Rafael lo dejó en paz.

Pasado un rato, cuando había recobrado un poco la entereza, Jake dijo:

—Es que no entiendo que fue lo que ocurrió. Un día estaba bien, al fin mis padres parecían en vías de reconciliarse, hasta íbamos a ir a la playa y... hasta ahí llega mi memoria. Lo próximo que recuerdo es despertar allá, junto a ti, pero tratar de pensar cómo llegué me está volviendo loco.

—Me parece que muchas de las cosas que te han ocurrido, o que nos han ocurrido, carecen de

explicación. Yo no me preocuparía mucho por eso, lo que importa es que estamos aquí y pronto vamos a encontrar a tu padre. Todo va a estar bien, ya verás.

Jake asintió, secándose las mejillas. Luego comenzó a hablar, le contó que su madre le había abandonado cuando aún era muy pequeño y su papá se había encargado de todo. Le dijo que en aquel entonces eran felices, o al menos tan felices como se puede ser en su caso, cuando en la mañana esperas que ese será el día en que tu madre volverá y estarán juntos los tres, solo para descubrir al final del día que no sucedió. Así y todo, te vas a dormir con la esperanza de que mañana sí será el día. Le contó como su padre le había llevado a *Disney World*, en Florida, lo que promocionaban como un reino mágico. Él había insistido en ir, luego de escuchar que allí todos los sueños eran posibles y supuso que lo que más quería, que su madre regresase, se podía hacer realidad. Claro que eso no se lo dijo a su padre; en efecto el lugar era mágico, pero tampoco en ese lugar se hicieron realidad sus sueños. El viaje ocurrió antes de que le diagnosticaran a su padre un tumor en el cerebro y aunque nunca se lo dijeron, no era tonto para imaginarse que tenía muy pocas posibilidades de superarlo. Eso lo había investigado en la internet, durante ese período sustituyó su deseo por otro, que se convirtió en el más importante: necesitaba que su padre saliese con bien de aquella operación. Le dijo que había sido un período terrible, en el cual había sufrido y llorado mucho, había prometido a Dios o a quien fuera que estuviese allá arriba que haría cualquier cosa para que su papá se salvase. De alguna manera, sus súplicas fueron escuchadas y su padre se recuperó. Por retazos de conversaciones, escuchando aquí y allá, supo que lo ocurrido había sido casi un milagro y para mayor felicidad, junto a la recuperación de su padre, su otro deseo, en el cual había dejado de pensar por aquella época, también se materializó. Su madre había aparecido, lo que le hizo sentirse la persona más afortunada del universo y aunque su padre no le había prometido nada, él sabía, lo leía en sus ojos, que muy pronto ellos volverían a amarse como lo habían hecho en el pasado. Cuando todo eso estaba a punto de ocurrir, pues habían decidido que los tres irían a la playa al día siguiente, lo que no le dejaba dudas acerca de que sería el comienzo de la reconciliación, luego de irse a la cama con una sonrisa en el rostro tras muchas noches tristes, todo había cambiado.

—¿Estás seguro de qué no viajaron? No sé, puedes haber olvidado algo, tal vez te golpeaste en la cabeza, tiene que haber una explicación —dijo Rafael.

—Totalmente seguro, te puedo garantizar que me fui a dormir ilusionado. Por otro lado, no hay forma de explicar que apareciese allá y que fuese capaz de hablar otro idioma del cual tenía escaso conocimiento. En todo caso, lo que puede haber ocurrido es que durante el sueño haya atravesado una puerta como la que utilizamos para volver aquí, aunque no le veo el más mínimo sentido.

Rafael se quedó pensando, no tenía idea de cómo pudo haber sucedido lo que su amigo le relataba con tanta seguridad. Luego Jake dijo que era posible que lo hubiesen mandado allá como un castigo por todas las promesas en vano que había hecho para evitar que su padre muriese. Le contó el episodio de la maqueta y le habló del *pimp*, de cómo este le había golpeado por envidia y de como él había mantenido su cabeza en alto, pero luego, el chico había tenido un terrible accidente al caer por las escaleras. También le relató el suceso en el cual unos chicos tomaron la escuela, liderados por el *pimp*, quien había sido el cerebro de la operación. Le dijo, y era la primera vez que se lo confesaba a alguien, que se había alegrado cuando tuvo el accidente y lo peor es que no se había arrepentido, le parecía que lo tenía bien merecido. Le preguntó a Rafael si creía que había sido castigado por eso, pero el chico le dijo que estaba seguro de que no.

Rafael, quien jamás había tenido un contacto tan cercano con alguien después de lanzarse a la calle, se sentía bien protegiendo a Jake. Le contó el incidente de su hermano pequeño, asesinado

como consecuencia de una bala perdida y de cuánto había sufrido y se había atormentado pensando que era su culpa pues no lo pudo proteger. Le habló de su madre, que era una prostituta drogadicta. Jake le reconfortó diciendo que estaba seguro de que él no era responsable de lo ocurrido, que en todo caso la culpa había sido de su madre y que su mejor decisión fue irse. Rafael se sintió mejor pues era algo que tenía muy guardado y luego de desahogarse, sintió que se quitaba un gran peso de encima.

El flujo de vehículos oficiales había bajado casi a cero y Rafael sabía que pronto debían ponerse en marcha, era mejor que lo hiciesen mientras estuviese oscuro. Fue a decírselo a su compañero, pero este había caído en un sueño profundo, por lo que decidió dejarlo descansar un rato antes de iniciar el camino. Le gustaba la sensación de cuidar de alguien, más allá de que Jake le recordase a su hermano.

Cuando Lev Richardson regresó a la barra, luego de haber hablado con Blackman, Mommadaty estaba trabajando en un nuevo trago. Por su mirada, Lev llegó a la conclusión de que el gigante había extralimitado su cuota de alcohol.

—Acabo de hablar con mi compañero. Vamos a necesitar algo más de ti.

Mommadaty revolvía los cubos de hielo con el índice.

—¿Qué será? —preguntó, ausente.

—El sitio ese donde llevaste a los dos fugitivos. Quiero que me lleves allá.

—No. Esa gente es peligrosa. Créeme que no querrás meterte con ellos.

—Por eso mismo, porque son peligrosos es que necesito que me lleves.

—¿Qué vas a hacer? ¿Acaso tienes un equipo de asalto? —dijo el indio, sin perder su tono melodioso, pero con una sonrisa sarcástica.

—Dado el caso, tú serás nuestro equipo de asalto.

—Estás loco, ya te dije que con esa gente uno no se mete. Cree en lo que te estoy diciendo.

—Es un caso hipotético, no creo que haga falta asaltar nada. Lo que te pido es que vayamos allí.

—No me parece prudente.

—Recuerda que pusiste la vida de dos inocentes en peligro. Más allá de cualquier otra cosa, es a tu conciencia a quien deberías responder.

Mommadaty bajó la cabeza. En el fondo era una buena persona y se arrepentía de haberlos entregado, pero enfrentarse a Bashmakov no era algo que se pudiese tomar a la ligera. Por otro lado, Lev podría mandarlo a la cárcel con facilidad. No sabía qué hacer.

—Además, como te dije, lo único que te pido es que vayamos hasta allá.

—Lo haré —dijo Mommadaty, terminando su bebida de un solo trago, buscando fuerzas para enfrentar el gran peligro en el que se estaba metiendo.

Mientras, Harris y Michael trataban de convencer a Herman de que era necesaria una operación (Harris por convicción y Michael por necesidad) suponían que el festival de fuegos artificiales que estaban presenciando se debía a la condición actual de Peter, pero no podían saber que este se estaba deslizando de nuevo dentro de la mente de Mike Romero. Aun sabiendo, o al menos suponiendo, que eso era lo que le había llevado al hospital y bajo la amenaza de que su mente sufriría, para Peter, cada vez más convencido de que Jake había regresado, dejar al niño solo no era una opción.

Así estuvieran prisioneros Mike y Christine, prefería sacrificar su mente poniéndolos sobre aviso para que le ayudasen, antes de volverse loco al no saber nada de su hijo, a quien sin querer había enviado a un lugar desconocido: dimensión, mundo paralelo, realidad alternativa o como quiera que le llamase el Conejo y sus acólitos.

La primera vez le costó mucho esfuerzo establecer contacto con su amigo, pero en esta ocasión, acostado en la camilla dentro de la máquina, las cosas surgieron de manera natural. Mientras buscaba mentalmente la forma de convencer a Harris y al recién llegado Michael —para quienes su hijo no era una prioridad— pensó que Christine y Mike eran los adecuados. De inmediato una sensación de estar cayendo al vacío invadió su mente, como cuando se está a punto de conciliar el sueño y se siente el cuerpo descender y descender, mientras se trata de aferrarse de algo, pero sabiendo que todo está bien e incluso se siente, vívidamente, que en realidad se está cayendo. Luego de lo que le pareció un tiempo demasiado largo, su cuerpo comenzó a reducir la velocidad, hasta detenerse en un sitio muy iluminado, o al menos así lo percibía luego de la oscuridad absoluta de la cual venía. De nuevo, sentía movimiento, pero esta vez el desplazamiento no era hacia abajo, sino hacia adelante. Era la misma sensación que había experimentado en su primer contacto; en esta oportunidad le fue fácil identificar que se encontraba en un vehículo.

“Mike,” dijo. Su amigo debía ir en el asiento delantero, pues lograba ver el flujo de carros en la autopista casi como si se encontrase al volante. “Mike, soy yo, Peter.” Sintió como el vehículo daba un bandazo, seguido por el ruido insistente de una bocina. Mike, quien estaba ensimismado en sus pensamientos, estuvo a punto de causar un accidente. “Peter, me alegro de escucharte, aunque casi nos matas del susto,” dijo Mike en voz alta. “Recuerda que no es necesario que uses la voz, puedo escuchar tus pensamientos,” dijo Peter. “Lo sé, pero solo estamos Christine y yo,” dijo Mike, emocionado y se volvió a ver a Christine. “Peter, ¿puedes escucharme?, por favor dime que estás bien,” dijo ella. “Dile que la escucho, que la veo y que la amo,” dijo Peter. Mike le transmitió el mensaje. Eran muchas las cosas que necesitaba hablar con su amigo, no hallaba por donde comenzar. “¿Qué ocurrió? ¿Los liberaron? ¿Están bien?” preguntó Peter, quien a su vez tenía mucho que decir. “Escapamos, ahora estamos huyendo, de hecho, nuestro plan es ir a buscarte tan pronto nos digas dónde estás,” dijo Romero, mientras Christine, tomándolo por el brazo, decía: “Peter, sé lo de nuestro hijo, Mike me lo contó, ¿sabes algo de él?” Peter se quedó de una pieza, no creía que Mike le hubiese contado acerca de Jake por iniciativa propia. “¿Lo sabe? ¿Lo dedujo o tú le contaste?” preguntó Peter, sabiendo que ella no podía escucharle. Christine no apartaba su mirada de Mike, quien tenía que estar alerta al volante. “Christine sintió al niño, por lo que supongo que de alguna manera regresó, pensamos que tú habías tenido algo que ver con eso,” dijo Romero.

“En realidad he sentido a Jake, creo que de alguna manera ha vuelto, pero yo no he tenido nada que ver con ello. Estoy preocupado porque no sé dónde se encuentra y hay demasiados riesgos,” replicó Peter. Mike se lo transmitió a Christine, quien albergaba la esperanza de que su hijo estuviese a salvo con Peter. “Es necesario que lo busquen, me imagino que lo más natural es que esté en la casa, pero al no encontrarnos allí, seguro se preocupará. ¿Qué posibilidades tienen de ir hasta allí?” Mike le contó que eran considerados fugitivos de la justicia y que tendrían que moverse con mucho cuidado, le contó el incidente en el avión, lo que descartaba toda posibilidad de tomar un vuelo hacia California, al menos no antes de modificar radicalmente su aspecto. Peter les contó acerca de Michael, quien se suponía estaba fraguando un plan junto al conejo para liberarle, les dio el nombre del hospital donde se encontraba, pero les advirtió que era poco lo que podían hacer ellos. Mike le preguntó acerca de cómo ponerse en contacto con el conejo, ahora que estaba en la Tierra, tal vez eso sería un buen comienzo. Estaba seguro de que el

animalejo tendría recursos, pero Peter no tenía idea de cómo lograrlo, aunque les dijo que iba a hablarlo con Michael tan pronto tuviese la oportunidad.

Christine rompió a llorar, diciendo que quería recuperar tanto a su hijo como a su esposo y maldijo al conejo y a toda su Hermandad, aun sin conocerles. Le parecía injusto que por un problema que nada tenía que ver con ellos, tuvieran que estar pasando por todo aquello. Peter le comentó a Mike lo irónico de la situación, Christine podría tener razón, aunque por una razón muy distinta a la que pensaba. De no ser por el Conejo ella no estaría involucrada, tal vez ni supiera de la desaparición de Jake. Mike le contestó a través del pensamiento que no le había dicho nada acerca de su infidelidad, ni de que por tratar de enmendar las cosas se había producido la desaparición del niño.

Aunque el vehículo de Richardson no estaba tan bien equipado como el de Mommadaty, Lev no quiso arriesgarse a que este manejase, ya que sospechaba que su nivel de alcohol en sangre era el boleto para un accidente.

El teléfono del indio comenzó a repicar, la pantalla indicaba un número que no tenía registrado.

—Mommadaty —dijo—. ¿Quién? —preguntó.

—Ah, sí, claro —dijo al cabo de un momento—. ¿Para qué soy bueno?

Richardson lo miró de reojo, sin saber si era el nivel étílico el que no le permitía reconocer a su interlocutor.

—¿Escaparon? —preguntó, sorprendido. Luego de escuchar, dijo—: espérenme, voy para allá.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lev.

—Parece que estás de suerte —dijo el agente—. Los dos fugitivos volvieron a fugarse —continuó, entre risas.

—¿Quién llamó?

—Uno de los asociados, o... bueno, no sé... uno de los hombres de Bashmakov.

—¿Qué querían?

—Quieren que les ayude a recuperarlos, y ya que estamos en camino, le dije que sí.

Richardson sintió que el corazón se le salía por la boca. Estaba realmente asustado.

—Pe-pero no podemos involucrarnos con esa gente.

—Tú querías saber de ellos, qué mejor que la propia fuente.

Richardson se convenció de que, en efecto, el indio tenía razón.

—¿Adónde vamos?

—Van rodando por la *George Washington Parkway*. Me dijeron que me dirigiese allí y que luego me darán más instrucciones. Ellos pagan bien, ¿sabes?

—¿No estarás pensando en ayudarles? —preguntó Richardson, alarmado.

Mommadaty profirió una sonora carcajada. El alcohol había explotado en su cabeza.

—Claro que no, soy un hombre de palabra, te dije que te iba a ayudar.

Rafael despertó a Jake calculando que faltaba menos de una hora para que amaneciese, con el fin aprovechar el anonimato de la oscuridad. Casi no había tráfico en la autopista, lo que les permitió ir bordeándola y refugiarse en la cuneta cuando algún esporádico vehículo se acercaba.

Caminaron por largo rato sin ver nada más que la vía. Jake le aseguró que pronto encontrarían alguna salida e irían a algún lugar poblado donde decidirían qué hacer. El tobillo de Jake había

mejorado mucho y apenas sentía una molestia al caminar. La herida del brazo también estaba sanando con rapidez y la sangre en la camisa casi no se notaba, pues era roja. Al fin divisaron un letrero que anunciaba una salida de la autopista, “*SALIDA 3 - SALEM CHURCH RD*”, la cual se encontraba a 3 kilómetros según el cartel.

—¿Tienes hambre? —preguntó Jake.

—Muero de hambre.

—Pensé que habías dicho que no comerías en una semana.

—Retiro lo dicho, muero de hambre —dijo Rafael, soltando una carcajada.

—Es decir que ya te sientes bien.

—Sí, lo único es que me suena el estómago del hambre.

—Igual el mío.

Ya era de día y el tráfico en la autopista comenzaba a crecer. Tuvieron que abandonar el cobijo de la cuneta y caminar en el sector adyacente al canal de emergencia, lo cual a pesar de no ser lo más apropiado, era su única opción. Esperaban que no apareciese una patrulla y les detuviese. En cualquier caso, ya Jake estaba preparando una historia. Varios vehículos les pasaron por el lado tocando sus bocinas, a las que hicieron caso omiso.

Abandonaron la autopista y se incorporaron a *Salem Church Road*, que tampoco estaba pensado para tráfico peatonal, aunque era mucho menos arriesgado que caminar por el borde de la autopista. Jake divisó a lo lejos el aviso de una estación de servicio y le aseguró a Rafael que en los alrededores conseguirían algún sitio para comer. Estaban realmente cansados luego de la larga caminata, pero su esfuerzo se vio recompensado cuando al lado de la estación de servicio *WAWA*, consiguieron un pequeño centro comercial con varios establecimientos de comida.

Jake pensó dirigirse a *DUNKIN DONUTS*, pero luego vio un pequeño restaurante que anunciaba desayunos las veinticuatro horas y supuso que era más adecuado para satisfacer sus apetitos. Los recibió una chica rubia con una larga crineja y unos ojos verdosos que impactaron a Rafael.

—¿Cuántos van a ser? —preguntó la chica, mirando hacia la puerta como si esperase ver aparecer un adulto a través de ella.

—Eh... nosotros dos nada más —contestó Jake. Al darse cuenta de que Tammy, como ponía el distintivo en el uniforme de ella, se sorprendía al ver a dos chicos tan jóvenes, por no decir niños, solos, agregó—: nuestro padre está haciendo un trabajo enfrente y nos envió a desayunar — haciendo un vago gesto con su pulgar hacia la calle.

—Muy bien, vengan conmigo —dijo Tammy, tomando dos menús y dirigiéndolos hacia una mesa, sin parecer muy convencida.

—¿Quieren café? —les preguntó, arrepintiéndose de inmediato.

—Jugo de naranja, grande, para ambos —contestó Jake.

La chica se retiró a buscar las bebidas, mientras ellos atacaban los menús con la vista.

—No conozco nada de esto —dijo Rafael, quien, aunque la carta contenía fotos de los platos, jamás los había probado.

—No te preocupes, yo ordeno por ti.

Cuando Tammy regresó con los dos vasos con jugo de naranja, les preguntó si estaban listos para ordenar, a lo que Jake asintió.

—Queremos dos raciones de tostadas francesas, dos de panquecas especiales, y dos platos con huevos y tocineta. Los huevos, revueltos, por favor —dijo Jake.

La chica los miró con expresión sorprendida.

—¿Tiene hambre, no? —dijo, con una sonrisa en la cara y tras voltear hacia la caja

registradora, añadió—: disculpen que les pregunte, pero... ¿tienen dinero?

Rafael extrajo de su bolsillo los billetes que aún les quedaban, donde destacaban varios de veinte. La chica, apenada, le guiñó un ojo y Rafael se sintió en las nubes. Los estómagos de ambos chicos rugían con anticipación, cuando luego de una corta espera, Tammy apareció con lo que habían ordenado. Jake supuso que se había extralimitado, pero viendo la cara de alegría de Rafael, se encogió de hombros y comenzó a devorar la comida.

—Esto es exquisito —dijo Rafael, con la boca medio llena y el tenedor con una buena porción de tostada francesa a punto de terminar de llenarla. Jake asintió, sabiendo que no debía hablar con la boca llena.

Cuando estaban a punto de finalizar el festín, un hombre rubio, con el cabello hasta los hombros y tez pálida se acercó a la mesa. Rafael miró a Jake con el ceño fruncido.

—Hola chicos, soy Gabriel, veo que están disfrutando su comida.

—Todo está muy rico, gracias —dijo Jake, suponiendo que se trataba del gerente del local.

El hombre, apartando una de las sillas, preguntó:

—¿Les molesta si les acompaño?

Jake miró a Rafael, cuya expresión se tornó iracunda.

—En realidad sí nos molesta, lo mejor que puede hacer es irse y dejarnos tranquilos.

Aparte de que por costumbre no confiaba en nadie, el episodio con Rob estaba muy fresco en su mente. Estaba consciente de que la suerte les había salvado y no pensaba permitir que volvieran a caer en una situación similar.

—Chicos, siento importunarlos, pero lo que tengo que decirles es importante —dijo el hombre, mirándolos alternadamente, esperando su reacción.

—Diga lo que tiene que decir rápido y luego desaparezca —dijo Rafael.

Jake estaba apenado, pero sabía que su amigo tenía razón, estaba aprendiendo a desconfiar de la gente.

—Sé que estás buscando a tu padre —dijo Gabriel, mirando a Jake a los ojos.

—¿Có-cómo sabe eso? —preguntó Jake.

—Seguro se lo dijo la chica —dijo Rafael, señalando hacia la caja registradora.

Mike se sentía muy optimista luego de su última conversación con Peter. Christine seguía preocupada por su hijo, pero su estado de ánimo había mejorado. Al menos Peter se encontraba bien y aunque no sabía que podrían hacer para recuperarle, el hecho de estar haciendo algo al menos la mantenía distraída.

Se sobresaltó cuando el teléfono de Bashmakov, el cual tenía en su mano, emitió una notificación. Mike se volvió de inmediato.

—Fíjate si es el mensaje —dijo, mientras ella manipulaba el aparato.

Ella volteó a mirarle, una sonrisa iluminando su rostro.

—Lo es.

—¿Qué dice?

Ella levantó el teléfono para que Mike lo viera por sí mismo. El mensaje decía “PAQUETE ENTREGADO SIN NOVEDAD”.

—¿Paquete? —preguntó Mike—. ¿Estás segura de qué no se trata de otra cosa?

—No lo creo, el mensaje viene desde el último número que marcó el ruso.

Mike, quien se había distraído viendo la pantalla, estuvo a punto de chocar por detrás un convertible que había reducido su velocidad considerablemente, evitándolo —luego de frenar

bruscamente— por escasos centímetros.

—Dame el teléfono, es hora de llamar a Patty.

—Dime el número —dijo Christine. No quería que se vieran involucrados en un accidente luego de haber llegado tan lejos.

—Está repicando —dijo, luego de marcar el número que le dictó Mike, pasándole el teléfono.

Romero estaba muy nervioso, puso el aparato en altavoz. Cuando ya parecía que se iba a disparar el buzón de voz, se escuchó la voz de la mujer.

—¿Diga?

—Patty, soy yo, cariño.

—¿Mike? ¿Dónde estás?

—¿Acaban de entregarte algo? —preguntó, saltando las formalidades.

—Eh... sí, acaba de llegar un paquete a tu nombre.

—Ábrelo.

—Espera —dijo, mientras se escuchaba el ruido que hizo el sobre al rasgarse. Mike y Christine se miraron.

—¿Qué contiene?

—Un frasco y una nota...

—¿Qué dice la nota?

—Inyectar intramuscularmente, todo en mayúsculas.

—Patty, escúchame bien. Necesito que lleves a Kathy a que le inyecten el contenido del frasco.

—¿Cómo? ¿Qué ocurre? —la voz de la esposa de Mike reflejaba la alarma propia de una madre que siente que uno de sus hijos está en peligro.

—Amor, es algo muy complicado, no te lo puedo explicar ahora, pero necesito que lleves a la niña a que le inyecten eso.

—Pero, qué... no entiendo nada, Mike, ¿está Kathy en peligro? —dijo, entre sollozos.

—No, no, cariño, todo va a estar bien, pero es primordial que hagas lo que te dije.

—Pero explícame, qué es ese líquido, por qué hay que inyectárselo...

—Confía en mí, Patty, todo está bien —dijo Mike, tragando duro. No le gustaba mentirle a su esposa, mucho menos con una mentira tan grande como la que acababa de decirle, pues nada estaba bien, aunque esperaba que en algún momento lo estaría, pero lo último que quería era alarmarla.

—Está bien, lo haré —dijo Patty, llorando. Sabía que Mike no le estaba diciendo la verdad, le conocía muy bien.

Cuando Harris vio la actividad que se estaba produciendo en el cerebro de Peter, sintió como si todos sus años de estudio hubiesen pasado en vano. No solo aquello contradecía la ciencia —ya de por sí sorprendido al ver la recuperación del escritor, adquiriendo además la facultad que él mismo había corroborado—, sino que estaba más allá, bastante más, de la forma en que esta explicaba las funciones cerebrales. Lo había aceptado más como un acto de fe que como un evento científico, pero esta nueva fase le dejaba atónito, sentía como si tuviese que reiniciar sus estudios.

Michael, quien sabía que nada de lo que ocurría estaba fuera de los parámetros esperados, estaba preocupado únicamente por el hecho de que Peter pudiese hacerse más daño durante este nuevo intento. Se reprochaba por no haberle advertido, pero se consolaba pensando que así lo hubiese hecho, Mark-Hodges no se habría detenido, tenía claro que era del tipo de personas que

les gusta tener la sartén agarrada por el mango. Cuando Harris se levantó, dirigiéndose a paso rápido hacia la máquina, hizo lo propio, sabiendo que no tenía mucho espacio para maniobrar. Herman se quedó petrificado donde estaba.

Harris sacó a Peter del aparato, encontrándolo consciente.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Un poco mareado, pero sí, estoy bien—. De nuevo sangraba por la nariz.

—¿Volviste a intentarlo, verdad? —preguntó Michael, poniendo una mano en su hombro.

Peter se limitó a asentir sin mirarle a los ojos.

—Bien, no tenemos mucho tiempo —dijo Michael—. Escuchen ambos con atención, antes de que nos escuche Kluivert. Peter, necesito que me sigas la corriente en todo lo que diga. Harris, por favor no me contradiga, así piense que lo que estoy diciendo es una locura. Confíen en mí, sé lo que estoy haciendo. ¿Estamos claros?

Peter hizo un leve gesto de asentimiento y Harris, luego de mirarle, se encogió de hombros. Se sentía inútil.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Herman, acercándose.

—Muy mal, debemos ir al quirófano ya, necesito un monitor cardíaco.

El técnico, quien había abandonado la cabina, acercó uno portátil. Michael hizo las conexiones, asegurándose de manipular antes sus controles.

—Está inconsciente, me temo que su corazón no podrá resistir —dijo, haciendo énfasis en la palabra inconsciente, esperando que Peter hubiese internalizado lo que le acababa de decir. Hizo un esfuerzo por reanimarlo, pero Peter, aunque despierto, no reaccionó.

El monitor cardíaco comenzó a emitir su señal, mostrando, gracias a la manipulación de Michael, signos vitales alarmantes. Michael lo desconectó antes de que el técnico lo notase.

—Urgente, al quirófano —dijo Michael, simulando alarma.

—¿Quién-quién le va a operar? —preguntó Herman.

Michael se le quedó mirando.

—¿Será que es idiota? Harris y yo somos los dos mejores neurocirujanos que usted puede encontrar en este país, por no decir en este planeta y, ¿todavía va a hacer una pregunta tan estúpida?

—Lo siento, estoy preocupado —respondió Herman.

—Está preocupado porque no puede permitir que se muera su gallina de los huevos de oro —dijo Harris.

—¡Vamos, muévase! —le ordenó Michael—. Habilite un quirófano y consiga un anesthesiólogo.

Harris le miró y Michael le guiñó un ojo sin que Kluivert lo notase, pues estaba levantando el teléfono para cumplir la orden que le acababan de dar. Peter fue colocado en una camilla antes de que Herman tuviese tiempo de reaccionar y Michael lo sacó con Harris a su lado. Herman se les unió, diciendo:

—El quirófano número tres está habilitado y el anesthesiólogo listo. Vamos.

—Vamos es mucha gente —dijo Michael—. Usted se queda aquí.

—Ni lo sueñes, iré con ustedes.

—¿Es usted cirujano? —preguntó Michael, deteniendo la camilla—. En mi quirófano no va a estar haciendo sus preguntas estúpidas y creándonos más presión. Por si no se ha dado cuenta, es una operación delicada que requiere nuestra mayor concentración, así que le sugiero que se quede aquí haciendo lo único que sabe hacer, vigilar que no se vaya producir otro atentado.

—Pero es mi responsabilidad...

—Estoy de acuerdo, no queremos distracciones en el quirófano, dedíquese a lo suyo — secundó Harris.

Herman, sin saber qué hacer, se quedó callado. Ya estaban en la entrada del área de quirófanos.

—Si algo le llega a suceder, ustedes dos serán los responsables —les amenazó justo cuando introducían la camilla a través de la puerta, cual niño que amenaza a otro con acusarlo con la maestra.

—Si nos deja trabajar todo saldrá bien —replicó Michael, dirigiéndole una mirada cargada de rabia.

—¿Cuánto tiempo durará la intervención? —preguntó Herman.

—Unas tres horas si todo sale bien —contestó Michael, cerrando la puerta en su cara. Herman se quedó viendo por la ventanilla como Michael y Harris se alejaban por el pasillo.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Harris, ya lejos de los oídos del científico loco.

Apenas Peter los escuchó, abrió los ojos y trató de incorporarse. Michael le puso la mano en el pecho para mantenerlo acostado mientras con la otra apretaba un botón en su teléfono.

—¿Lo lograron? —preguntó, a la expectativa al igual que Harris.

—Bien, pero no veo a Thomas —dijo Michael a su interlocutor, mientras los otros dos le observaban, ansiosos.

Al doblar la esquina, divisaron a un hombre que venía arrastrando pesadamente un carrito lleno de sábanas limpias.

—Ya lo encontré —dijo Michael, terminando la llamada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Peter.

—No te preocupes, estamos a punto de sacarte de aquí —dijo Michael—. Thomas —dijo, a modo de saludo al hombre que llevaba el carro cargado de sábanas limpias.

—Michael —contestó este, entregándole una jeringa que Michael pasó a su vez a Harris.

—¿Para? —preguntó Harris. Michael le indicó con la mano que esperase.

—Quédate cerca del quirófano número tres y espera mi señal —dijo Michael a Thomas, quien asintió y siguió su camino.

Peter y Harris miraban a Michael de forma interrogativa. Este comenzó a mover la camilla hacia el tercer quirófano.

—Es para que inyectes al anesthesiólogo, tenemos que ponerle a dormir.

—No entiendo, ¿cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Harris.

—No te preocupes, ya verás.

—¿Qué hago yo? —intervino Peter.

—Por ahora, hazte el inconsciente —dijo Michael al tiempo que atravesaban la puerta del quirófano.

Un hombre se encontraba dentro, preparado para la operación.

—Soy el doctor Bailey y este es el doctor Harris —dijo Michael, extendiendo su mano.

—¿Dónde están los ayudantes? —preguntó el anesthesiólogo.

—En camino —dijo Michael—. Prefiero usar mi propia gente.

—Soy el doctor Newman —dijo el médico, extrañado.

Trasladaron a Peter a la mesa de operaciones. Tan pronto el doctor le dio la espalda, Michael hizo una seña a Harris que, sin pensarlo dos veces, sacó la jeringa del bolsillo de su bata y la inyectó en el cuello del anesthesiólogo, quien se volteó al sentir el pinchazo.

—Pero qué... —dijo el hombre, desplomándose. Michael lo atajó antes de que cayera al suelo.

—Levántate —dijo a Peter, quien lo hizo de inmediato. Harris le ayudó a poner al doctor, desmayado, en la mesa de operaciones.

—¿Qué le inyecté? —preguntó Harris.

—Un poco de su propia medicina —dijo Michael, riendo—. Rápido, cada segundo cuenta. Se acercó a la puerta del quirófano y abrió la puerta. Thomas ingresó arrastrando el carrito. Entre los dos, vaciaron su contenido.

—Adentro —dijo Michael a Peter, quien le miró extrañado—. ¡Métete allí! —le ordenó.

Peter se introdujo en el carro y los dos hombres comenzaron a meter de nuevo las sábanas. Harris miraba, desconcertado. Michael hizo un espacio en la lencería para que Peter pudiese respirar.

—¿Estás bien? —le preguntó Michael.

—Sí —contestó Peter, su voz ahogada por el montón de sábanas que le cubrían.

—Vamos —dijo Michael mientras Thomas comenzaba a empujar el carrito que se había hecho mucho más pesado con Peter dentro.

—¿Cómo vamos a salir de aquí con toda esa vigilancia? —preguntó Harris, preocupado.

Desde la autopista, Mike divisó una valla que decía, “DISFRACES PARA HALLOWEEN - PRÓXIMA SALIDA”.

Todo se había desenvuelto muy rápido y sospechaba que no contaban con el tiempo para ejecutar lo planeado. Sin embargo, confiaba en que el carro del ruso todavía no estuviera solicitado, ya que había pasado poco tiempo. El cambio de apariencia era prioritario, ya que cualquiera podría reconocerles y arruinar sus planes.

—Es mejor que nada —le dijo a Christine al tomar la salida de la autopista.

—No es lo que tenía en mente, pero algo podremos hacer —contestó ella, todavía afligida.

Se trataba de un enorme almacén en el cual se encontraban, aparte de los disfraces tradicionales, gran cantidad de accesorios, cada uno más inverosímil que el otro. Luego de recorrer los pasillos con rapidez, Mike consiguió un sombrero como el que llevan los gánsteres, una peluca rubia que no parecía tan irreal y unos lentes oscuros. El conjunto disimulaba bastante sus rasgos faciales. Christine se hizo con una peluca negra de cabello largo, lentes oscuros y una caja de maquillaje que le permitiría una vez en el carro, disimular sus facciones. El tiempo corría y no se podían poner a reparar en detalles. Igual, se encontraban bastante lejos de donde suponían que estaría concentrada su búsqueda.

De vuelta en el vehículo, mientras Christine se aplicaba el maquillaje, Mike se reincorporó a la autopista en dirección al hospital donde se encontraba Peter, haciendo uso del *GPS* del teléfono de Bashmakov.

Mike no se percató de que otro vehículo lo venía siguiendo y aparcó su carro, aunque no tenía idea de qué hacer a continuación. Era obvio que no podía llegar a la recepción preguntando por su amigo, además de que notó mucha vigilancia apostada en la entrada, lo que supuso, tenía que ver con Peter.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Christine, quien había hecho un buen trabajo con el maquillaje en poco tiempo. En realidad, parecía otra persona. En el caso de Mike, la diferencia no era tan notoria, pero se necesitaba que lo viesen muy de cerca para reconocerle. Eso les bastaba por los momentos.

—Para ser sincero, no tengo idea —contestó Mike, encogiéndose de hombros—. Entremos y demos una vuelta a ver si observamos algo. Sería el momento perfecto para que Peter se

comunicase y nos diese una pista.

El vehículo que les seguía había conseguido un puesto en la fila contigua, a unos veinte metros de ellos. Tan pronto Christine se bajó del vehículo, sintieron un disparo. Mike se agachó por instinto. Tres camionetas *Range Rover* blancas, último modelo, pasaron a su lado, acelerando. Venían de la parte trasera del hospital y de inmediato salieron y se incorporaron al tráfico. El aire fue cortado por el sonido de un segundo disparo, que esta vez Mike sintió demasiado cercano. Fue a gritarle a Christine que se pusiera a resguardo, pero cuando volteó la cabeza, ella no estaba donde la había visto segundos atrás, de pie junto a la puerta del pasajero. Mike, agachado, rodeó el vehículo por delante. Una tercera detonación no le dejó duda de que alguien estaba disparando contra ellos.

Christine yacía en el suelo, con su mano izquierda sobre el hombro derecho, del cual se extendía una mancha roja hacia el área del pecho de su camisa. Mientras Mike se acercaba a ella, escuchó una serie de disparos y de inmediato, una ráfaga que provenía de un arma más potente, por lo ronco de su sonido.

Bashmakov yacía en el suelo haciendo esfuerzos por contener la hemorragia con el pulgar de su mano derecha. No podía dar crédito a lo que le estaba sucediendo. Se había caracterizado por ser un hombre metódico y muy atento a su seguridad personal. Había negociado con yihadistas, con cabezas de gobierno, con radicales islámicos, con dictadores del tercer mundo y jamás había tenido inconvenientes. La red que había extendido a través del globo le había permitido salir ileso de todos y cada uno de los crímenes que había cometido. Por eso le parecía absurdo que dos personas, que ni siquiera eran criminales, pudiesen acabar con su imperio como si se tratase de un castillo de naipes. No lo aceptaba, pero en ese momento se dio cuenta de que estaba a minutos de ser atrapado por la policía. En sus peores pesadillas, lo capturaba un equipo integrado por los mejores hombres del *FBI* trabajando en conjunto con *SWAT*, jamás se imaginó que un policía común le pondría las esposas. Sin embargo, estaba seguro de que gracias al poder que poseía, sus abogados se encargarían de librarlo de la terrible situación en que se encontraba.

Aunque en realidad eso no era lo que ocupaba su mente por los momentos. Necesitaba conseguir a ese par que había osado atentar contra su libertad y tomar venganza. Tenía que hacerlo así fuese la última acción de su vida. También se encontraba deprimido por Sergei, el último en quién pensaría como un traidor. Cuando escuchó pasos cerca, por un lado sintió alivio, al menos no moriría desangrado. Siempre que aquellos oficiales le prestaran la atención médica adecuada, lo que sabía era su derecho.

Recibió una gran sorpresa al ver que quien llegaba, corriendo, era Iván, el hombre que custodiaba la puerta cuando Mike y Christine escaparon. Su primera reacción fue reclamarle, pero de inmediato se dio cuenta de que podría representar una tabla de salvación, aunque sentía a la policía ya casi en la entrada. No estaba al tanto de que Iván había huido al ver a su compañero muerto; jamás lo comprobaría. Iván, luego de correr unas cuantas cuadras, se dio cuenta de que no tenía adónde ir. Conociendo la malicia de su jefe, sabía que este no dejaría piedra sin mover hasta encontrarlo y ejecutarlo a sangre fría, sin contar con las cosas que podría hacerle a su familia. Por eso decidió regresar: ayudar a su jefe no solo le daría puntos con este, sino la posibilidad de escapar en alguno de sus vehículos.

—¿Qué pasó, pudiste atraparlos?

—Negativo, jefe, huyeron —contestó Iván, viendo la herida en su pierna.

—Ayúdame, no hay tiempo —dijo el ruso, tendiendo sus brazos para que lo ayudase a incorporarse.

Iván dudó por un momento, podría ser su oportunidad de despacharlo al otro mundo, pero recapacitó.

—¡Vamos, están llegando! —dijo Bashmakov, apoyándose en él y dirigiéndose a la parte trasera. Justo cuando la cruzaban, los policías ingresaron al almacén.

Luego de ayudarlo a subir en una de las camionetas, Iván se puso al volante, saliendo rápidamente del estacionamiento. Ya los policías recorrían el almacén. El ruso pensó que tal vez

no todo estaba perdido. Haciendo uso del teléfono de Iván, ingresó a la página que le permitía localizar su *iPhone*, obteniendo la ruta por la que se dirigían Mike y Christine hacia el hospital. Llamó a Mommady, el más adecuado para ayudarlo en ese momento. Sus demás hombres estaban lejos y era Sergei quien se encargaba de la logística. Una vez en la ruta, se aplicó un torniquete sobre la herida, seguro de que funcionaría al menos durante un rato. Por los momentos, capturarlos era su prioridad, ya nada tenía que ver con el dinero, era su *vendetta* personal. Aprovecharon la parada de estos en la tienda de disfraces, dándoles alcance justo cuando entraban al estacionamiento del hospital. Una vez allí, le ordenó a Iván que se estacionara lo más cerca posible, quería saborear su victoria cuando los matase a sangre fría. Tres camionetas blancas abandonaban el hospital. Bashmakov se les quedó mirando, su instinto le decía que eran parte del embrollo. Por algo se habían dirigido sus fugitivos hacia allí, pero no era momento de preocuparse por eso. Ya habría tiempo. Primero lo primero.

Tomando el arma que se encontraba en la guantera, se apostó detrás de su puerta, desde la cual tenía una clara visión del vehículo en el que llegaron sus víctimas, irónicamente, uno de los suyos. Christine abrió la puerta y salió del vehículo, pero quería encargarse del hombre primero. Sin embargo, al no tener una clara línea de tiro, no le quedó más que dispararle a ella. Sus dos primeros disparos fueron erráticos, pero el tercero logró hacer impacto. Era solo cuestión de tiempo que Romero entrase en su campo de visión.

Para Jake estaba claro que él había sido el culpable de lo que pasó con Rob. Rafael nunca hubiese aceptado irse con aquel hombre, en el poco tiempo que llevaban juntos había aprendido a conocerlo, en realidad era un libro abierto. Había accedido a que aceptaran el ofrecimiento al ver la expresión en su cara, Jake sabía que por más que Rafael estuviese en contra, al final no había querido acabar con sus ilusiones. Por eso, en esta oportunidad, iba a dejar que fuese él quien tomase la decisión; aun sabiendo que las probabilidades apuntaban hacia una negativa, no estaba dispuesto a ponerse de nuevo en peligro. No esta vez. Su desesperación por conseguir a su padre era tal, que aceptaría cualquier cosa. Gabriel los miró por turnos, primero a Jake y luego a Rafael, con expresión circunspecta. Luego, viendo el ceño fruncido del último, suspiró.

—No me lo dijo la chica. Jake, es importante que te reúnas con tu padre.

Los dos chicos se miraron, extrañados.

—¿Cómo sabe mi nombre?

Gabriel dejó ver su dentadura, blanca y perfectamente alineada.

—Sé muchas cosas, casi nada es un secreto para mí —contestó, divertido. En vez de facilitar las cosas, logró un efecto adverso en Rafael.

—¿Cosas cómo...? —preguntó.

—Cosas, eso no es importante en este momento. Entiendo que no es fácil que confíen en mí, pero sé que han hecho un largo viaje, un larguísimo viaje —dijo, haciendo especial énfasis en larguísimo— y ya se encuentran casi al final, pero van a necesitar una ayuda extra para culminarlo. Para eso estoy aquí hoy, soy el vehículo para terminar con éxito esa larga travesía.

Rafael seguía sin confiar en él, pero Jake se estaba animando. Sin embargo, se quedó callado.

—¿Cuál es su precio? —preguntó Rafael.

—¿A qué te refieres? —contestó el hombre.

—Nadie hace nada de gratis y acabamos de tener una muy mala experiencia. Preferiría que nos dejase tranquilos, si llegamos hasta aquí, podemos terminar de arreglarnos solos.

—Las cosas no son tan fáciles. Sé que no eres de aquí y entiendo tu desconfianza. Lamento que

hayan tenido que pasar por una amarga experiencia, pero tienes que aprender a tener fe.

Rafael soltó una amarga carcajada.

—Eso es lo que dicen todos. No somos tan tontos. ¿Cree que nos iríamos con un hombre, así como así?

Gabriel se encogió de hombros.

—Ya lo hicieron una vez. Las cosas no les salieron como esperaban, pero acá están, enteros. ¿Tú qué piensas? —preguntó a Jake—. Es a tu padre a quien tienen que conseguir.

El niño miró a Rafael, quien continuaba con cara de pocos amigos.

—Eh... bueno... en realidad, él tiene razón, no sabemos quién es usted.

Gabriel asintió y volteó hacia Rafael. Fue a poner la mano sobre su hombro, lo cual hizo que el chico se echase hacia atrás, esquivando el contacto, pero igual le tomó por el brazo. Cuando Rafael sintió su contacto, se quedó quieto, sin decir palabra. Su semblante cambió de inmediato.

—¿Rafael, has sentido mi aura? —le preguntó, mirándole fijamente a los ojos. Rafael no podía apartar su vista de él, intentó hablar, pero de su garganta no salió sino un murmullo. Jake se impresionó por el cambio de actitud de su amigo y comenzó a preocuparse.

Thomas salió del quirófano con Peter dentro del carrito de transportar las sábanas, dirigiéndose hacia el ascensor de servicio. Michael y Harris, luego de quitarse la indumentaria propia del quirófano, tras ver que no había nadie en las cercanías, le dieron alcance. El doctor estaba muy preocupado, creía que en cualquier momento aparecería una legión de guardias que los iban a detener, temía por su familia.

—No te preocupes, todo está bajo control —le dijo Michael para tranquilizarlo.

—En cualquier momento va a aparecer ese hombrecito —dijo, refiriéndose a Kluivert—. Sabes que no puedo estar tranquilo.

—Pasará un rato antes de que decida indagar, pero el tiempo es vital. Igual, si se asoma al quirófano, verá al anestesiólogo en la mesa y pensará que el paciente es Peter —replicó Michael riendo.

—Podrá ser tonto, pero no tanto.

—Para ese entonces ya habremos salido de aquí.

—¿Cómo vamos a burlar toda la seguridad?

—Cálmate, te dije que lo tengo controlado.

En ese momento llegaron junto a Thomas, quien esperaba el ascensor. Cuando abrió sus puertas, vieron en su interior a un hombre con un carrito similar al que transportaba a Peter. Thomas lo saludó con un leve movimiento de cabeza, mientras este le hacía espacio. Michael y Harris entraron luego, el doctor sudando a mares. Cuando las puertas se abrieron en el sótano, que era una especie de lavandería, Thomas sacó el carro con velocidad y lo condujo a un pequeño almacén de lencería limpia, mientras Michael vigilaba los alrededores.

Al cabo de cinco minutos, salió Peter, vistiendo un traje negro y una corbata. Estaba un poco despeinado, pero su nueva ropa le daba un aspecto muy diferente al que tendría un paciente. Michael estrechó la mano de Thomas, quien se alejó, todavía empujando el carro. Marcó un número desde su teléfono y los condujo por varios pasillos hasta llegar a una puerta que daba al estacionamiento de carga. Tan pronto la abrió, una camioneta *Range Rover* blanca se acercó y los tres hombres subieron a ella. Al salir del recinto techado, fueron a dar a la parte trasera del hospital, donde otras dos camionetas idénticas les esperaban. Con la que transportaba a Peter en el medio, las tres arrancaron a toda velocidad. Mark-Hodges no tenía idea de que su esposa

acababa de ser baleada por Bashmakov, mucho menos de que Mommadaty salvaría a Mike de correr la misma suerte. Pasó a escasos metros de ellos, pero desde el asiento trasero de la camioneta blindada, su rango de visión era muy limitado. Ninguno de los ocupantes del vehículo se percató de lo que estaba sucediendo, concentrados en abandonar el sitio.

Cuando Mike se inclinó sobre Christine, sintió que el mundo se le venía encima. La rapidez con la que la sangre se extendía por su camisa blanca era un mal signo. Ella le miró con ojos asustados, como si se le estuviese escapando la vida.

Mike le puso su mano detrás del cuello y le levantó la cabeza mientras inspeccionaba la herida.

—Christine, quédate conmigo, estamos en el hospital, no es una herida grave.

Ella negó con la cabeza.

—Sólo dile a Jake que lo amo, que me hubiese gustado verlo crecer —dijo, mientras sus ojos se cerraban.

Mike, desesperado, no había prestado atención a la balacera que se desarrollaba en las cercanías, era como si el mundo se hubiese detenido. Lo único que le importaba era salvar a su amiga. Cuando los disparos cesaron, levantó la cabeza al escuchar que alguien corría hacia ellos. Ya estaba levantando a Christine en brazos y esperaba que fuese alguien dispuesto a ayudarlos. Para llegar a la emergencia había que darle la vuelta al hospital. Cuando vio que quien se acercaba era Mommadaty con un arma en su mano, la sorpresa fue tal que casi la dejó caer. Supuso que era el fin. Al menos se iría con la satisfacción de que había hecho todo lo que estaba a su alcance por ayudar a Peter.

—¿Cuántos impactos? —preguntó el gigante, cuyo estado de ebriedad se había desvanecido.

Mike se le quedó mirando, sin saber que responder. La pregunta le sacó de balance.

—¿Ah? —fue lo único que respondió.

Ya el agente le estaba quitando a Christine de los brazos.

—Rápido, es necesario que la atiendan ahora —dijo, tratando de reanimar a Christine.

—Pero... se supone que tú...

—No hay tiempo de hablar ahora, ¡vamos! —le interrumpió Mommadaty, comenzando a moverse hacia la entrada del hospital.

Mike, todavía en shock, le siguió. Cuando pasaron al lado del vehículo de Richardson, este yacía en el suelo en medio de un charco púrpura, pudo notar que tenía al menos tres agujeros en el pecho. A unos veinte metros, también en el suelo, sin vida, yacía Iván, recostado contra un carro, la mirada perdida en el vacío. Mommadaty lo había eliminado de un tiro certero en la garganta. Un poco más allá, se encontraba Bashmakov, quien también había sido víctima del arma del indio, con un rictus en la cara que le hacía ver más abominable de lo que lucía normalmente.

—¿Qué ocurrió aquí? —preguntó Mike, sin estar convencido de que el gigante les estaba ayudando, tratando de seguir su paso.

—Estos hombres pretendían eliminarles y me tuve que encargar de ellos.

—¿No trabajabas para ellos? —inquirió Mike, reconociendo a sus captores.

—A veces uno comete errores, lo importante es rectificar —dijo Mommadaty, con melancolía.

—¿Y el otro? —dijo Mike, señalando a Richardson.

—Tuvo mala suerte, no estaba entrenado para el combate, pero murió tratando de hacer su trabajo. Gracias a él yo estuve aquí y pude evitar una tragedia mayor. Espero que no sea muy tarde para ella —contestó el indio, sin aminorar el paso.

—Sabes que estamos solicitados, al entrar ahí seremos capturados —dijo Mike.

—No te preocupes por eso, lo importante es salvarla —replicó el agente, notando que el pulso de Christine era cada vez más débil—. Además, soy un agente federal, mientras estén conmigo se encuentran a salvo.

—¿Pero... si eres un agente, por qué no te valiste de eso en el aeropuerto?

—No me encontraba en misión oficial. Ya está bueno de preguntas. Deja que sea yo quien hable.

Estaban a escasos metros de la puerta de emergencias, la cual se encontraba desierta.

Jake estaba sorprendido ante el cambio de actitud de su amigo. Hasta hacía un momento, estaba seguro de que por ninguna razón Rafael aceptaría la ayuda de aquel hombre que decía llamarse Gabriel, su mirada lo decía. Pero una vez que este posó su mano sobre el brazo del chico, todo pareció cambiar en un instante.

—Rafael, ¿estás bien? —le preguntó.

Enseguida el chico salió del trance en que se hallaba. Hizo un movimiento rápido con la cabeza, como despejando su mente.

—Eh...sí, sí lo estoy. ¿Qué me preguntó? —dijo, mirando a Gabriel, quien lo contemplaba con expresión serena.

—Te pregunté si habías sentido mi aura.

—No sé a qué se refiere, pero sentí algo.

—A través de mi contacto era la única manera de que percibieras que mis intenciones son buenas. Me imagino que ya caíste en cuenta de ello, ¿cierto?

Jake los miraba alternadamente, como quien observa un juego de tenis en la televisión sin perder detalle.

—Supongo que sí... pero... no entiendo.

—Hay cosas que no son fáciles de entender, tampoco de explicar. Así como tú apareciste en la vida de Jake, porque era tu misión guiarle, cosa que has hecho muy bien, yo también debo aportar mi grano de arena. Al igual que la ayuda que han tenido en el camino, todo está coordinado para lograr un objetivo único, que es reunir a Jake con su padre.

—Me he preguntado qué nos separó, le he dado muchas vueltas en mi cabeza... —preguntó Jake.

—Yo no soy el indicado para darte esas respuestas, pero en algún momento te serán dadas —le interrumpió Gabriel, esta vez posando su mano sobre el hombro del niño, quien entendió lo que había experimentado su amigo.

—Ahora, si pueden tener un poco de confianza, debemos irnos, tenemos un largo camino por recorrer —dijo el hombre, mirando su reloj, con una gran sonrisa en la cara.

—¿Vamos? —preguntó Jake, mirando a Rafael, quien se encogió de hombros.

Apenas habían recorrido dos cuadras, cuando encontraron el tráfico casi detenido. El chofer del vehículo donde iba Peter se comunicó con el conductor de la camioneta que iba en la delantera de la caravana, quien no sabía lo que ocurría. Harris miró a Peter, nervioso.

—¿Saben algo de mi hijo? —preguntó Peter.

Michael negó con la cabeza.

—Preparar esta operación en un lapso tan corto no fue tarea fácil, me dediqué por completo a

concebir el plan que nos trajo hasta aquí, la verdad es que no he tenido tiempo de ponerme al tanto de otros asuntos.

—¿Pero no mencionaron algo en las conversaciones que mantuviste con... con Waxa o su gente?

—Negativo. Pero te aseguro que con lo complicado que fue hablar sin sembrar sospechas en Kluivert, no se tocó otro tema que no fuese referente a esta operación. Quédate tranquilo.

—¿Puedes llamarles ahora? —preguntó Peter.

—Muy pronto estaremos allá y podrás preguntar directamente por él. Confía en mí.

Peter se llevó las manos a la cara con resignación. Tenía miedo de que le dijese que no sabían nada de Jake. El lento avance les hizo suponer que habría algún accidente. Luego de recorrer unos metros, el conductor de la primera camioneta les informó que había una alcabala.

—Seguro dieron la voz de alarma —dijo Harris, nervioso.

—No te preocupes, te aseguro que no tiene nada que ver con eso —le tranquilizó Michael.

—En cualquier caso, me imagino que estarán preparados —intervino Peter—. No quiero que me vuelvan a capturar, si es necesario luchar para escapar, estoy dispuesto.

—No va a ser necesaria ninguna lucha, pero sí, claro que estamos preparados.

Peter asintió mientras Harris secaba el sudor de su frente. Se acercaban al lugar donde los policías parecían estar inspeccionando los vehículos.

—Nada de ponerse nerviosos, no hablen a menos que les pregunten directamente. Dejen que yo maneje la situación —dijo Michael. Harris se hundió en su asiento. Peter no tenía miedo, era mucho por lo que había pasado y en su mente una sola cosa importaba: recuperar a su hijo y garantizar su seguridad. Dos hilillos de sangre comenzaron a fluir desde sus fosas nasales.

Mommaty cruzó la puerta de la sala de emergencias con Christine en brazos, inconsciente. La sangre que brotaba de su herida, una vez empapada su camisa, iba dejando una estela en el piso.

—¡Ayuda! —gritó el gigante. Mike le pisaba los talones, al borde de un ataque de nervios.

De inmediato apareció un grupo de personas que tomaron a la herida y la colocaron en una camilla. Una doctora daba órdenes mientras la intubaban y de inmediato ordenó sangre.

—¿Qué ocurrió? —preguntó a Mommaty.

—Le dispararon —Mike se sorprendió por lo obvio de la pregunta, pero más por la fría repuesta del agente.

La mujer se le quedó viendo, juzgándolo. Por su aspecto, Mommaty podría pasar por cualquier cosa menos por un agente. Este, percatándose, sacó su placa, la cual le mostró, diciendo:

—Agente Mommaty, esto es una misión secreta, por lo que se necesita la máxima discreción.

La doctora asintió y se disponía a marcharse junto a Christine, con la camilla ya en movimiento, cuando Mike la tomó por el brazo.

—Doctora, prométame que ella va a estar bien.

—Lo único que puedo prometerle es que haremos nuestro mejor esfuerzo —replicó, zafándose del agarre de Mike.

Mientras se alejaba, Mike percibía el ruido que hacían sus zapatos sobre el mármol blanco como disparos al pecho.

—¿Crees que es muy grave? —preguntó a Mommaty, quien se encogió de hombros.

—He visto peores casos sobrevivir y mejores morir, así que no sé qué decirte —replicó el

hombre, con tristeza en su voz. Mike le extendió su mano, la cual al cabo de un momento el gigante apresó entre la suya.

—Gracias —dijo Mike—. De no ser por ti...

—No me agradezcas, fui yo quien los metió en esto —le interrumpió el agente.

Mike reflexionó, sin soltar la mano del hombre.

—Errar es de humanos, rectificar de sabios. Si no hubieses acabado con el ruso y su secuaz, nos hubiesen cosido a balazos.

—En realidad, es a Lev Richardson a quien deberías agradecer. Claro que ya no va a ser posible, pues murió tratando de defenderlos.

—Supongo que se tratará de uno de los tres cuerpos de allá afuera.

Mike pensó que el hombre se iba a echar a llorar, pero este se recompuso de inmediato.

—Así es. Él me hizo recapacitar. Cuando me metí en esto, lo hice sin pensar, solo por el dinero, nunca medí las consecuencias, se me presentó la oportunidad y me dejé tentar. Supuse que Bashmakov, siendo un ladrón de cuello blanco, los iba a utilizar para un intercambio o algo parecido, no pensé que estuviera poniendo su vida en peligro. Tampoco que ustedes eran inocentes, cuando debí haberlo hecho, siendo nosotros quienes les habíamos expuesto como delincuentes. Pero luego apareció Richardson y en ese momento entendí que había cometido un gran error y por eso accedí a ayudarlo a encontrarlos.

—¿Cómo es posible que hayan dado con nosotros tan rápido? ¿El vehículo tenía un *GPS* o algo así?

—Más simple que eso. El teléfono de Bashmakov tenía activado el servicio de localización para cuando se pierde y de esa manera le fue fácil dar con ustedes.

—¡Que idiotas fuimos! En realidad, supuse que el ruso sería capturado por la policía en el almacén.

—¿Cómo lograron escapar?

—Fue un plan que ideó Christine —dijo Mike, con tristeza—. Se presentó la oportunidad y logramos dominar a Sergei. Viéndolo en retrospectiva, fue un plan muy arriesgado. Tal vez hubiese sido mejor que no lo ejecutásemos. Al menos ella estaría bien.

—Ahora todo se reduce a que ella se salve. Con respecto a ti, estás en la boca del lobo y ese disfraz no sé qué tanto pueda ayudar, vamos a un lugar discreto a esperar. Entremos en aquel salón —dijo el agente con su voz melodiosa que de alguna forma reconfortaba a Mike— apuntando hacia un salón situado a su derecha.

El automóvil de Gabriel era de un modelo viejo, de hecho, tan viejo que había sido ensamblado cuatro años antes del nacimiento de Jake. Sin embargo, los chicos se sentían muy cómodos viajando en él.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Jake.

En la radio sonaba *We are the Champions*, melodía que el hombre acompañaba a todo pulmón. Su voz era muy agradable y afinada.

—...*of the world* —terminó el hombre, manteniendo la última palabra—. Vamos a *Virginia*.

—¿Es lejos? —preguntó Rafael.

—En hora y media, poco más, poco menos, estaremos allá —contestó el hombre.

—¿Mi padre está allí?

—Eso espero, hijo.

—¿Le conoce?

—Tanto como conocerle, conocerle, no. Pero he escuchado mucho de él.

—¿No está seguro de que esté allí? —intervino Rafael.

—Sí, estoy seguro. Me refería a que espero que podamos reunirnos con él cuando lleguemos.

Rafael miró a Jake, quien tenía una gran sonrisa en la cara, con ojos refulgentes de alegría.

—Tengo muchas ganas de verlo. Me parece que pasaron siglos desde la última vez que le vi.

En realidad, perdí la noción del tiempo, todo esto ha sido muy extraño, pero sigo con la sensación de que está en peligro.

—No te preocupes, se está trabajando en ello. Esperemos que todo salga bien.

—Usted dijo antes que ambos fuimos... que nuestra misión era ayudar a Jake —terció Rafael.

—Ajá —contestó Gabriel.

—¿Qué pasará una vez que se reúna con su padre? ¿Nuestra misión habrá terminado?

—Eso supongo.

—Pero... —se interrumpió Rafael, quien quería preguntar qué pasaría con él una vez eso ocurriese, pero le dio vergüenza—. Olvídelo.

—¿Va a estar mi mamá también? —preguntó Jake con timidez—. El caso de ella es distinto. Crecí sin ella y cuando parecía que todo se iba a normalizar e iba a volver a nuestras vidas, ocurrió... lo que haya ocurrido. ¿Usted cree que todo lo que pasó tenga que ver con el hecho de que yo forcé las cosas para que mis padres se reconciliaran?

Gabriel soltó una sonora carcajada.

—Ojalá las cosas fueran tan simples, hijo. No, te aseguro que tú no tuviste nada que ver con lo que ocurrió. No sé si te lo irán a explicar, aunque creo que lo mereces, pero, en cualquier caso, no te culpes, tú no tienes nada que ver. Son eventos mucho más profundos los que generaron la serie de circunstancias que te enviaron a... dejémoslo en que pasó lo que pasó. Sin embargo, todo volverá a la normalidad más pronto de lo que piensas, es lo que creo. Quisiera tener más respuestas para ustedes, pero la verdad es que no las tengo. Lo que tenga que pasar, pasará —dijo el hombre, con melancolía—. Rafa, no te preocupes, vas a estar bien.

El rostro de Rafael se tiñó de rojo al darse cuenta de que el hombre había adivinado su pregunta. Comenzó una llovizna pertinaz. Gabriel activó los limpiaparabrisas, que luchaban por hacer su trabajo, pero se veía que necesitaban un cambio urgente. El hombre se encogió de hombros y comenzó a acompañar a Debby Boone, quien interpretaba *You light up my life* a través de la radio. Ambos chicos comenzaron a quedarse dormidos ante el encanto de su voz.

Evan Prescott y Ulv Abrahamssen estaban reunidos analizando sus posibilidades. Habían llegado a la conclusión de que algo había ocurrido con Bashmakov. El teléfono de Sergei había pasado de repicar a estar apagado. Sin embargo, ni eso ni nada los iba a detener.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el sueco.

—Vamos a tener que hacer lo que no quería.

—¿De qué se trata?

—Un hombre precavido siempre tiene una carta bajo la manga y es hora de que utilice la mía.

Michael le pasó un pañuelo a Peter para que secase la sangre que estaba brotando por su nariz. Harris, preocupado, lo revisó. Ya un oficial se encontraba hablando con el chofer de la primera camioneta, mientras otro se dirigía hacia ellos.

—Papeles y registro —dijo el policía al conductor, quien de inmediato se los entregó.

—¿Algún problema, oficial? —preguntó Michael, bajando la ventanilla trasera. El agente no le prestó atención mientras miraba fijamente los documentos.

—Por favor esperen en el vehículo —dijo, alejándose con estos en la mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Harris, angustiado.

—Relájese —le contestó Michael casi en un susurro—. Encárguese de que no sangre más —continuó, señalando a Peter.

Mientras el oficial iba a verificar el registro del vehículo, Michael hizo una llamada telefónica para informar que se encontraban detenidos en una acabala y que, aunque suponía que no iba a haber problemas, debían estar alerta por si algo ocurría. Harris lo miraba expectante. Cuando terminó la llamada, el oficial regresaba con los papeles.

—¿Hacia dónde se dirigen? —preguntó, esta vez a Michael.

—Vamos a una conferencia sobre conservación del ambiente. Yo soy el ponente y me temo —dijo, mirando su reloj— que vamos un poco tarde, no contábamos con este retraso. ¿Qué está ocurriendo?

El oficial le entregó los documentos al conductor, luego volvió a mirar a Michael.

—Amenaza de bomba en una escuela —dijo, señalando hacia la izquierda—. Pueden seguir. Suerte en su conferencia.

—Gracias, oficial —contestó, subiendo la ventanilla.

Harris respiró, aliviado.

—Creí que nos habían descubierto.

—Hombre de poca fe —dijo Michael, riendo—. ¿Cómo está la nariz? —preguntó a Peter.

—Bien, no es nada.

—Creo que Waxa no va a opinar lo mismo. Prepárate para una buena reprimenda.

—Él y yo hemos tenido nuestras desencuentros. La diferencia es que esta vez lo haremos cara a cara —contestó Peter, quien nunca imaginó que estaría en la misma habitación que el conejo en un lugar diferente a un sueño. Una sonrisa iluminó su rostro, podría aprovechar para aclarar con este unas cuantas cosas. Más sangre brotó por su nariz y el doctor Harris improvisó unos tapones con toallas faciales, introduciéndolos en sus fosas nasales para detener la hemorragia. Peter no estaba cómodo, pero lo dejó pasar. Necesitaba estar bien, en caso de que tuviese que comunicarse de nuevo con Mike.

La camioneta arrancó, con la vía libre delante de ellos.

Waxa estaba muy impaciente esperando la llegada de Peter. Disimulaba que en realidad estaba muy nervioso y no entendía la razón, suponía que tenía algo que ver con esta experiencia humana que estaba transitando, a la cual no estaba acostumbrado. Seguía un ritual que cualquier psiquiatra calificaría como un trastorno obsesivo-compulsivo. Caminaba de extremo a extremo la amplia oficina, al llegar al ventanal se asomaba como si le fuese posible divisar desde aquella altura la llegada de Peter, quien, de cierta forma, era su responsabilidad. Luego emprendía la marcha hacia el otro extremo, haciendo exactamente lo mismo desde el otro ventanal. Jofiel le dijo que se sentase, no le dejaba trabajar.

Cuando al fin avisaron desde la recepción que la comitiva había arribado a la sede de *SingSong*, su ansiedad se incrementó. En minutos estaría frente a frente con Peter Mark-Hodges, a quien no debía ninguna explicación, aunque sentía que le debía muchas. Trataba de calmarse pensando que el traslado del chico a otra dimensión había sido responsabilidad del escritor, y que bastante le había advertido que tuviese cuidado con su poder, pero entendía, ahora en esa piel, que

cualquier humano, cualquier padre para ser más preciso, hubiese actuado como lo hizo Peter.

Las puertas del ascensor privado que daban directo a la amplia oficina —jamás utilizadas por él— se abrieron, permitiendo a Michael salir, al lado de Peter, quien se encontraba muy bien trajeado y luciendo como la persona más normal del mundo. Detrás venía el doctor Harris.

Tan pronto Peter vio a Jofiel y a Waxa esperándolos a la salida del elevador, se detuvo. Cayó en cuenta de que jamás había pensado en el conejo como en un ser humano, en su mente seguía siendo aquel animalejo en el que había aprendido a confiar, pero también a detestar. Los miró a ambos, sin saber cuál de los dos sería el que había encarnado; le pareció que la opción más lógica sería Jofiel, porque se veía mayor, suponía que el conejo debía ser alguien con mucha experiencia. Fue a hacer un gesto hacia este, cuando Waxa se adelantó.

—¡Gunga! —dijo, y antes de que Peter tuviese tiempo de recobrase, le abrazó.

Peter se quedó inmóvil, sin saber cómo reaccionar. Su próximo movimiento, guiado por el instinto, fue apartarse.

Waxa le miró a los ojos y no le gustó lo que veía.

Peter le propinó un golpe directo al rostro, haciendo impacto en su nariz, lo que le tomó por sorpresa.

Observó el rostro del hombre con una expresión de genuina tristeza, cuando se llevó las manos a la nariz, de donde brotaba un poco de sangre. Enseguida sintió pena por él y su próxima acción fue abrazarlo. Waxa, desconcertado, le devolvió el abrazo.

—¡Disculpa, me lo debías! —dijo Peter, poniéndole una mano en el cuello.

Jofiel, Michael y el doctor miraban la escena, sorprendidos.

Waxa se apartó de él, tomándolo por los hombros.

La tensión en el ambiente se podía cortar con un cuchillo.

—Te lo concedo —dijo, tras lo cual se echó a reír. Todos los demás, excepto Peter, le imitaron—. No sabes cuánto me alegra verte.

Jofiel, todavía riendo, negaba con la cabeza, pensando que el convertirse en humano había debilitado a Waxa, quien siempre había sido un ser rígido e inflexible. Jamás, en todos los años en que llevaban conociéndose, que no eran pocos, le había visto tener un momento de debilidad, mucho menos un gesto de compasión por otro. No es que fuese malo, simplemente ese era su carácter.

—Creo que tenemos mucho de qué hablar, comenzando por dónde está mi hijo, por un lado, y dónde están Christine y Mike por otro. Sé que no estás acá por eso, pero pienso que debe ser el primer tema a tratar.

—Antes que nada, debes estar claro en que fuiste advertido no una, sino varias veces, acerca de que no debías tomar acciones personales, lo cual hiciste y son la raíz de todo este desbarajuste —dijo Waxa, serio. Peter fue a replicar, pero el conejo le interrumpió con su mano—. No quiere decir que no te vaya a ayudar, pero necesito que entiendas eso muy bien.

Peter asintió, bajando la cabeza.

—Sé que tengo mucha responsabilidad, pero si no fuese por ti, por ustedes, nada de esto hubiese pasado. Mi vida sería normal, haciendo lo que acostumbraba.

—Por supuesto, eso hasta que el tumor te hubiese enviado bajo tierra —replicó Waxa, para lo cual Peter no tenía respuesta.

Fue a hablar, pero calló.

—Dicho esto, te informo que a tu hijo —no sin mucho esfuerzo y rompiendo aquellas reglas que se suponía que no debíamos romper— lo hemos recuperado...

—¿Dónde está? —interrumpió Peter—. ¿Se encuentra bien?

—Está bien, pronto le verás.

—Quiero verlo ahora.

—No ha llegado, pero pronto lo hará, ten paciencia.

—¿Qué hay de Christine y Mike?

Waxa y Jofiel intercambiaron una mirada.

—Aún trabajamos en eso —dijo Waxa—. Es un poco más complicado.

—Como supongo que sabrán, logré comunicarme con Mike, pero nunca pensé que tendría que ir yo por ellos, le di mi locación en el hospital y lo último que supe es que se dirigían hacia allí a buscarme.

Waxa miró a Jofiel, quien de inmediato se retiró hacia su escritorio y levantó el auricular del teléfono.

—Menos mal que lo mencionas. También se te dijo que no intentarás eso, fuiste muy irresponsable al hacerlo —dijo Waxa, molesto.

—Supuse que iba a tener ayuda de ustedes y terminé en las manos de un fanático dispuesto a obligarme a hacer quién sabe qué. El mundo en el que te conocí, lo conseguí casi desierto, mi hijo estaba desaparecido, mi esposa y mi amigo quién sabe dónde. ¿Qué hubieses hecho tú? —replicó Peter, molesto.

Peter notó el rictus en la cara de Waxa, cuyos labios subían y bajaban en rápida sucesión, como si estuviese moviendo los bigotes, lo que le pareció cómico, aun dadas las circunstancias.

—Hubiese esperado por ayuda, es lo que hubiese hecho.

—Mentira, sabes muy bien que...

—Señores, señores —interrumpió Jofiel, regresando desde su escritorio—. Nada ganamos con discusiones estériles y reclamos. Lo que pasó, pasó. Les exijo un poco de respeto —dijo, alzando la voz.

Tanto Waxa como Peter bajaron sus cabezas.

—¿Pudo averiguar algo? —preguntó Peter con timidez.

—Estoy en eso, con la información que nos acabas de suministrar no creo que sea muy difícil localizarles.

—¿Quieren que vaya hasta allí? —preguntó Michael.

Jofiel lo consideró y le dijo que no se perdía nada con intentarlo, por lo que el hombre se fue de inmediato.

Harris, quien no se había atrevido a hablar, se acercó a este y le preguntó por su familia. Jofiel le dijo que ya se habían encargado de ellos, que estaban todos bien y en un lugar seguro, que muy pronto los reuniría, lo que mejoró considerablemente el talante del médico. Estuvo a punto de ofrecerse a acompañar a Michael, pero luego de todo lo que había pasado, prefirió quedarse en la comodidad de la oficina, un lugar donde jamás le buscarían.

Waxa le dijo a Jofiel que quería conversar un rato con Peter a solas. Este los envió a una pequeña sala de conferencias adosada a la oficina, mientras Harris se quedaba con el hombre, a quien planeaba hacerle una serie de preguntas para satisfacer su curiosidad científica.

—Antes que nada, quiero agradecerte por toda la colaboración que nos has prestado —dijo Waxa una vez se sentaron en el cómodo salón.

—En realidad no he hecho nada —replicó Peter—. Quiero pedirte disculpas por haberte golpeado, no sé qué me ocurrió. El conejo hizo un gesto con su mano, restándole importancia.

—Lo sé, pero estabas dispuesto, eso para mí vale mucho.

—¿Qué era lo que se suponía debía haber hecho?

—El calendario maya predecía el fin del mundo, debido a que expiraba el plazo dado a la

Humanidad para realizar un cambio de conciencia, el cual no se iba a poder cumplir por vías naturales. Si eso ocurría, todo iba a desaparecer, incluyendo nuestro mundo. Como medida desesperada, íbamos a utilizarte para generar el cambio en todos los pobladores de la Tierra, lo cual se dice fácil, pero no lo es. Un evento fortuito hizo que el mundo se desplazase y las líneas de poder cambiaron, lo cual no tiene importancia ahora, pero lo cierto es que el mundo no se va a acabar, al menos como lo profetizaron los mayas.

—¿Es decir que todo esto fue... para nada?

—No, no, no. Nada más lejos de la verdad. El hecho de que no vaya a ocurrir pronto, no quiere decir que no siga siendo una amenaza latente. Además, hay otras tareas que tenemos preparadas para ti...

—Entonces esto no ha terminado? —le interrumpió Peter.

—Esto apenas comienza. Ahora es cuando tenemos trabajo.

—¿Te quedarás en la Tierra?

El conejo negó con la cabeza.

—No, me he dado cuenta de que acá soy poco útil. Seguiremos con nuestras sesiones nocturnas —dijo Waxa, soltando una carcajada—. Sin embargo, en mi corta estancia he aprendido mucho sobre ustedes, me di cuenta de que en algunos aspectos son más tontos de lo que pensaba, pero en otros, son muy superiores. Y las mujeres...

Peter dejó entrever una sonrisa.

—Acerca de lo de Mike, por favor entiende que no me quedó alternativa...

—Lo sé, pero tenía que reprenderte. No vuelvas a intentarlo.

—¿Si tratamos una última, para localizarles?

—No, ya nos encargaremos nosotros, quédate tranquilo.

—¿Y si escribo algo para traerlos de vuelta?

—Con todas las imprudencias que cometiste, en estos momentos no puedes hacer uso de tu poder. Hay que esperar que tu cerebro sane. De hecho, ojalá no lo hayas dañado para siempre.

—Espero que los consigan.

En ese momento se abrió la puerta de la sala, una joven se acercó a Waxa y le dijo algo al oído. Este se levantó.

—Espérame un momento —dijo.

—No me dirás que hay malas noticias.

—Para nada, espera un minuto —dijo el conejo, abandonando la sala.

Luego de múltiples intentos fallidos, Blackman logró comunicarse con el celular de Richardson.

—Lev, ¿dónde andas metido? Llevo ra...

—Disculpe, ¿quién habla allí? —preguntó una voz que el agente no reconocía, lo que disparó una alarma en su mente.

—Soy Scott —mintió—, necesito hablar con Richardson.

—Señor Scott, lamento informarle que eso no va a ser posible.

—¿Debido a?

—El agente Richardson recibió varios disparos en el pecho...

—¿Baleado? —interrumpió Marcus—. Pero, ¿está bien?

—Me temo que no. El agente falleció.

Blackman sintió una terrible puntada en su dañado músculo cardíaco y dejó caer el teléfono.

Peter Mark-Hodges levantó la mirada cuando sintió la puerta de la sala de conferencias abrirse, esperando ver al conejo. Pero quien entró, hecho un torbellino, fue Jake. Peter se levantó con tal ímpetu que hizo caer la silla en la que se encontraba. Se puso de rodillas para recibir el abrazo del chico que corría hacia él, la felicidad visible en su rostro.

—¡Papá! —dijo el niño. Peter le abrazó con tal fuerza que le hizo toser.

—¡Hijo, que alegría verte!

—Estaba preocupado por ti, muy preocupado.

—Yo también, hijo, yo también, pero lo que importa es que estás aquí —dijo Peter, separando al niño de su cuerpo e inspeccionándolo en detalle, a ver si se encontraba bien. Al preguntarle por la herida en el brazo, que estaba casi curada, Jake le restó importancia. Peter comenzó a llorar, dejando salir el nudo en la garganta que tenía tiempo allí instalado.

—¿Por qué lloras, pasa algo malo?

—No, lloro de felicidad. Discúlpame, de veras lo siento.

—¿Disculparte por qué?

—Luego te lo explicaré, pero todo lo que te pasó fue mi culpa y no paro de arrepentirme de ello.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Jake.

—La están buscando, esperemos que la encuentren pronto. Está con el tío Mike.

—Pero... ¿buscando? ¿Está perdida?

—Es una larga historia, en algún momento te la contaré, pero ahorita, cuéntame tú a mí, estoy seguro de que tienes mucho que decirme.

—¿Papá? ¿Me prometes que más nunca me vas a mandar lejos?

—Te lo juro hijo, te lo juro por lo más sagrado —contestó Peter sin poder controlar su llanto.

El niño comenzó a contarle desde el momento en que había despertado en un callejón, explayándose en cada detalle. Waxa abrió la puerta, pero al verlos, no quiso interrumpir el momento y se retiró. Por la forma de describir cada acontecimiento, Peter sintió que su hijo seguiría sus pasos, era un gran narrador. Pocas veces le interrumpió, sobre todo para preguntar por Rafael, le preocupaba que sus padres estuviesen pasando por lo que él había pasado con Jake, aunque el niño le aseguró que no era el caso. Una vez que le hubo contado todo, hasta el momento en que Gabriel los había conducido allí, le pidió a su padre que hicieran un alto para que conociera a sus dos nuevos amigos, lo que Peter aceptó encantado. Era mucho lo que tenía que agradecer a ambos.

Mientras Jake iba en busca de sus amigos, Waxa entró en la habitación con cara de malas noticias.

—Acabo de hablar con Michael. Tu dato acerca de la ubicación de Romero y tu esposa fue acertado.

—¿Los conseguí? —preguntó Peter, ansioso.

—Sí, pero hubo un inconveniente. Christine recibió un impacto de bala, la están operando, pero todo parece ir bien, me aseguró que está fuera de peligro.

—¿Le dispararon? ¿Quién lo hizo?

—No lo sabemos aún, pero no es difícil suponer que fue alguno de los que te persigue. Te dije que involucrar a los doctores nos iba a traer problemas, aunque nunca imaginé la magnitud. Es necesario que redoblemos tu seguridad.

—Pero, ¿qué tienen que ver los doctores?

—Al parecer, Matthew de alguna manera filtró información acerca de tu poder, lo que desató una guerra por encontrarte, lo cual, entre otras cosas, le causó la muerte y llevó al secuestro de tu esposa y tu amigo. Te dije que eras un arma muy valiosa.

—¿Muerto? ¿Matthew? —preguntó Peter, horrorizado.

—Así es. Michael hizo contacto con un agente de la Compañía, que fue quien salvó a tu esposa. Al parecer, ese mismo hombre estuvo involucrado en su captura, pero ahora está de nuestro lado. Michael dijo que lo traería tan pronto pudiese, nos ayudará a aclarar muchas cosas.

—Quiero ver a Christine.

—Ahora no, tan pronto esté fuera de peligro buscaremos la forma de trasladarla a un sitio seguro, allí podrás reunirte con ella.

—¿Y Mike? ¿Se encuentra bien?

—Sí, él está bien, también lo verás pronto.

Peter no podía creer todo lo que estaba pasando. Jake se acercó adonde los dos hombres conversaban y se llevó a su papá a rastras hacia la sala de conferencias, donde se encontraban Rafael, Michael y Gabriel. Luego de las presentaciones de rigor y de que Peter le agradeciera a cada uno desde el fondo del corazón toda su ayuda, Jake, se dirigió a él, solemnemente, mientras Waxa se les unía.

—Papá, quiero que Rafael se quede con nosotros.

—Por supuesto, no faltaba más —contestó Peter—. También tengo una buena noticia. Pronto verás a tu mamá.

Jake brincó de alegría.

—Eso quiere decir que tú y ella...

—Eso quiere decir que pronto la verás —contestó Peter, dándole un beso en la cabeza.

—No me gusta ser un aguafiestas, pero eso no va a ser posible —dijo el Conejo.

—¿Por qué no? —casi chilló Jake.

—Rafael tiene otras misiones que cumplir —dijo, poniéndole las manos sobre los hombros a este.

—Pero... —dijo Rafael.

—Despídanse, tiene que irse —le interrumpió el conejo. Una lágrima surcó la mejilla de Jake. Rafael le miró, asustado. Jake se dirigió a su amigo, quien tanto le había ayudado y por el cual había desarrollado un gran cariño, abrazándolo.

—Gracias —le dijo, llorando.

—Gracias a ti. Sé que nos volveremos a ver —contestó Rafael con la voz quebrada.

—Creo que me debo despedir también —intervino Gabriel, mirando a Waxa, quien asintió.

—Todos le dieron la mano a Peter, quien les agradeció de nuevo.

—¿Lo volveré a ver? —preguntó Jake a Waxa, llorando, sin soltar a su amigo.

—Todo es posible, hijo, todo es posible.

Tan pronto los dos chicos se soltaron, Peter y Jake vieron con asombro como Rafael se desvanecía en el aire. Cuando se voltearon, Gabriel tampoco estaba. Peter y Jake se abrazaron. Jake no paraba de llorar.

Evan Prescott tomó un largo trago de su bebida mientras esperaba que le regresaran la llamada.

—¿Cuál es el misterio? —preguntó Abrahamssen.

—Utilizamos a Bashmakov para tratar de capturar a Mark-Hodges porque mi hombre no quería involucrarse, pero ya es muy tarde. Es necesario que lo haga.

Cuando el teléfono comenzó a repicar, Prescott estuvo a punto de dar un brinco. Contestó con el altavoz.

—Hola Robin, ¿qué me tienes?

—Ya tengo la información. Sé exactamente donde tienen al escritor.

—Soy todo oídos —dijo Prescott.

—Te envío las coordenadas.

Prescott terminó la llamada con Robin Fletwood, quien sintiéndose relegado por la Hermandad desde que había decidido quedarse en la Tierra, había trazado un plan para que se hiciera lo que él consideraba justicia en cuanto a su persona.

—Robin es nuestro hombre adentro. Pertenece a la organización que tiene al escritor, es quien nos ha suministrado toda la información que hemos estado dando a los científicos. Nos va a proveer los medios para hacernos con Mark-Hodges, lo que permitirá que nuestros planes vuelvan a su curso. Una vez que tengamos su cerebro, nadie nos podrá detener —dijo, levantando su copa, rozándola con la del sueco en un brindis.

NOTA DEL AUTOR

Terminar esta segunda parte de la trilogía Juego Cerebral me tomó mucho más tiempo de lo planificado, ya que se atravesaron en el medio otros proyectos, así como la vida misma. Sin embargo, deseo que el resultado final sea de su agrado. En el ínterin recibí muchos mensajes de quienes esperaban con ansias esta entrega. Se puede decir que la historia avanzó, resolviendo algunas de las interrogantes que dejó la primera parte, La Cofradía del Conejo. Ahora es cuando queda espacio para el desenlace de esta épica que le ha tocado vivir a Peter y a su familia, ya que una nueva serie de inconvenientes se atravesarán en sus vidas.

Juego Cerebral es una historia compleja, apoyada en hechos científicos, pero que responde a parámetros que no conocemos, ya que lo que se sabe acerca de la actividad cerebral y su potencial es apenas la punta del iceberg. En cualquier caso, es una obra de ficción que abre interrogantes acerca de lo que podría ser.

Me gustaría robarles un minuto de su tiempo para que se motiven a dejar un comentario en Amazon con sus impresiones acerca del libro. También pueden contactarme a través de mi correo electrónico jmv@jomiv.com, visitar mi sitio web, www.jomiv.com y/o mis redes sociales si quieren tener más información sobre mi trabajo.

José Miguel Vásquez González
Septiembre de 2019

Email: jmv@jomiv.com
Twitter: [@ADNFatalLibro](https://twitter.com/ADNFatalLibro)
Facebook: facebook.com/ADNFatal
Instagram: [@josemiguelvg](https://instagram.com/josemiguelvg)

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a mi editora, Fabiola de Isaac, a quien siempre le toca la tarea de moldear mis escritos, desentrañando su gramática para que su lectura sea más amena.

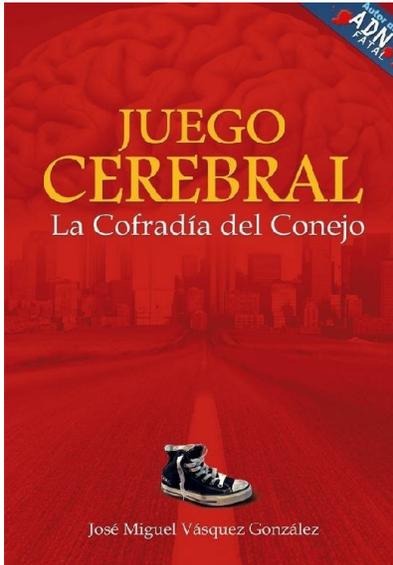
A Tibaide Henriquez, Alejandro Mata y Yosneidy Albarrán, quienes se encargaron de leer el manuscrito con mucha paciencia y dedicación, aportando elementos que enriquecieron el texto.

Finalmente, aunque no menos importante, agradezco a mis lectores, quienes esperaron con paciencia la continuación de esta saga. Siempre es agradable recibir sus impresiones y comentarios, bien sea a través del correo electrónico o de las redes sociales.

DEL MISMO AUTOR

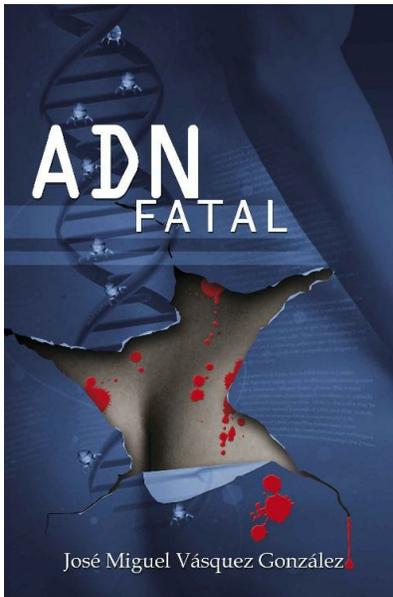
Juego Cerebral

La Cofradía del Conejo



Peter Mark-Hodges, exitoso escritor, siente que su vida da un vuelco fatal al recibir la noticia de que tiene un tumor cerebral inoperable. Ni en sus tramas más escalofriantes se le hubiera ocurrido tal situación. Su hijo Jake, el centro de su vida, de apenas 10 años, depende emocional y económicamente de él. Tras una riesgosa operación, Peter sobrevive pero nuevamente la vida le da sorpresas. Su cerebro le empieza a jugar malas pasadas. Con la extirpación del tumor, recibe el extraño don de transformar lo que escribe en realidad, convirtiéndose en el blanco de poderosos grupos, que ven en él la oportunidad de controlar el mundo.

ADN Fatal



Christian Petersen, brillante ingeniero genético, ha desarrollado métodos que pueden impulsar la medicina a niveles inimaginables. Corina Salgado, publicista, ha sido violada y asesinada. Los detectives Sonia Acevedo y Guillermo Montenegro, encargados de la investigación, tendrán que enfrentarse -en medio de un candente juicio- al secuestro, la traición, el chantaje y hasta el terrorismo para descubrir la verdad, a través de una fascinante y sorprendente trama. ADN Fatal es una novela llena de acción y suspenso, de las que no se sueltan hasta alcanzar su desenlace.

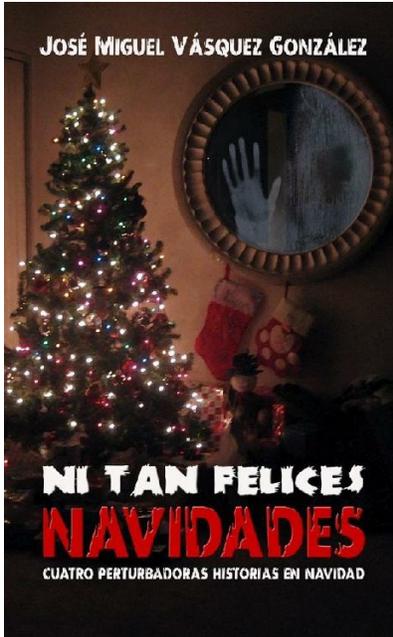
El Trasplante



John Parker, a sus quince años sufre un cambio trágico en su rutina al ser diagnosticado con una grave enfermedad que lo lleva a una insuficiencia renal terminal. Cuando Carlos Luis, su padre, se da cuenta de que ingresarlo en la lista de espera para un trasplante podría costarle la vida al joven, decide conseguirle un riñón fuera del sistema, para lo que se instala en una cabaña en el bosque, desde donde tendrá que ponerse en contacto con un mundo que va mucho más allá de lo ético o moralmente aceptable —como la parte oscura de la internet profunda, la coacción, el chantaje y hasta el secuestro— poniendo en peligro no solo su estabilidad laboral y su matrimonio, sino hasta su vida.

Ni tan felices Navidades

Cuatro perturbadoras historias en Navidad



Cuatro historias cortas que te helarán la sangre. Ambientadas en Navidad, pero seguro que te darán un susto (o cuatro) en cualquier época del año. Robert Robinson es un adicto a la Navidad pero este año ni siquiera la competencia por la mejor decoración hogareña lo anima. Sus hijos sienten que ya no les presta atención y han tomado una drástica decisión. Cuando Billy cumple años, recibe de sus padres un tablero de la Ouija en vez del Atari que esperaba. Su vida cambia, cosas extrañas comienzan a suceder. Descubre lo que trae consigo el tablero. Luego de llevar toda una vida atormentado por un indeseable compañero, Ángel está a punto de quitarse la vida. ¿Serán sus razones suficientes para ello? ¿Con su muerte se acabará el terror que va sembrando a su alrededor? Jane ha sido internada en un sanatorio luego de haber agredido a una mujer con la que sospecha que su marido le era infiel. Ahora está de vuelta. ¿Sembrará de nuevo el caos a su alrededor en una época en que todo debería ser paz y amor?